



Universidad Estatal a Distancia
Colegio Nacional de Educación a Distancia
Coordinación Académica

Antología literaria de Español para 9no





MATERIAL SIN FINES COMERCIALES PARA USO EXCLUSIVO DE ESTUDIANTES DEL COLEGIO NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA, BAJO EL PRINCIPIO DELA EXCEPCIÓN ACADÉMICA, ESTABLECIDO EN LA LEY SOBRE DERECHOS DE AUTOR Y DERECHOS CONEXOS (N.6683) Y SU REGLAMENTOS (N. 24611-J) CONFORME A LA LEGISLACIÓN DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA

Elaborado por: M.Sc. Almitra Desueza Delgado

CONED

Dirección general: M.Sc. Paola Mesén Meneses Coordinación Académica: M.Sc. Jorge Díaz Porras

Coordinación de área: M.Sc. Almitra Desueza Delgado

Teléfonos: 2258-2209 / 2255-3042 Página web: http://www.coned.ac.cr

©2023, CONED

CÓMO ESTUDIAR ESPAÑOL

Guía para estudiar español a Distancia



Revise las orientaciones académicas (Cronograma del curso)



Revise la antología de literatura



Revise la antología teórica o el material complementario



Revise la página del CONED

Orientaciones académicas o Cronograma del curso



Las orientaciones académicas indican semana a semana cuáles son los temas (contenidos) que se abordarán, los aprendizajes que se espera que adquieran las personas estudiantes, los criterios de evaluación, las páginas en dónde encontrará la información.

Las tareas se encuentran al final del cronograma, con las indicaciones específicas. Las fechas de entrega deben consultarlas con la persona docente o con la coordinación de sede.



Finalmente en las orientaciones académicas encuentra las fechas de los exámenes. Las sedes A: San José, Nicoya, Turrialba, Heredia, Esparza, Cartago, Acosta, Quepos y Ciudad Neilly realizan las pruebas de lunes a viernes.

Las sedes B: Palmares, Liberia, Limón y Puntarenas realizan las pruebas los sábados y domingos.

Antología de Literatura y obras literarias



La antología de literatura y las obras literarias que por su extensión se encuentren fuera de la antología de literatura, se encuentran en la página del CONED www.coned.ac.cr, en la sección de APOYO ACADÉMICO, ahí elige el nivel en el que se encuentra y pincha (le da doble click) a donde indica MATERIAL DE APOYO ACADÉMICO.

Antología de texto y material complementario



La antología de texto se encuentra en la página del CONED www.coned.ac.cr, en la sección de APOYO ACADÉMICO, ahí pincha (da doble click) en el nivel en el que se encuentra y luego en Antologías Académicas.

El material complementario lo va encontrar también en la página del CONED, en APOYO ACADÉMICO, ingresa al nivel y pincha MATERIAL DE APOYO ACADÉMICO.

No todas las secciones tienen prácticas y no todas las prácticas coinciden con las obras literarias vigentes, por lo que debe revisar con atención el material.

Pasos para estudiar español



1. Lea las orientaciones académicas o cronograma.

2. Localice donde se encuentra la información que necesita para la semana, recuerde que en Español siempre tendrá una obra literaria que leer.

- 3. Lea el material de la semana, ya sea en la Antología de texto o en el material complementario.
- 4. Resuma la lectura, puede resaltar las ideas principales.
 - 5. Realice fichas de lecturas con la información más importante de

la obra literaria.

- 6. Realice fichas de texto con la información más importante de la antología de texto o el material complementario.
- 7. Escriba las dudas que surgieron y se las envía a la persona docente o se las indica el día de la tutoría.

M.Sc. Almitra Desueza Delgado, coordinadora de Español, CONED. adesueza@uned.ac.cr / almitra.desueza.delgado@mep.go.cr Whatsapp: (506) 89687530

CÓMO LEER UN POEMA

Guía para la lectura de un poema en el CONED

Un poema es una creación literaria escrita en verso que busca exaltar los sentimientos del autor ante alguna circunstancia en particular.

Antes de iniciar la lectura

- Busque información en internet sobre la persona autora del poema: nombre, dónde nació, dónde vivió, dónde murió; cómo fue su vida.
- Busque información en internet sobre las circunstancias de la creación del poema: tiempo histórico, lugar, sucesos relevantes.
- Busque el significado de las palabras que no comprenda.

Durante la lectura

- Lea el poema la primera vez en voz alta.
- Escriba los sentimientos que el poema le evoca, los sentimientos que surgen de usted al leer el poema.
- Identifique las figuras literarias, subráyelas y coloque el nombre del tipo de figura literaria.
- Identifique las figura de construcción, subráyelas y coloque el nombre del tipo de figura de construcción.
- Realice la métrica del poema, recuerde realizar las sinalefas
- y la ley del acento final.

Vuelva a leer el poema.

- Escriba lo que usted cree que la persona autora quería
- expresar.



Figuras literarias:

Símil

Metáfora

Hipérbole

Prosopopeya o personificación

Después de la lectura

Realice una ficha con los datos más importantes de su lectura.

Figuras de construcción:

Anáfora

Reiteración

Encabalgamiento



M.Sc. Almitra Desueza Delgado, Coordinadora de Español, CONED adesueza@uned.ac.cr / almitra.desueza.delgado@mep.go.cr Whatsapp: (506) 8968 7530

Explicación de la guía de análisis para la poesía



• <u>La estructura del poema</u>: Este aspecto del análisis consiste en determinar cuántas estrofas componen el poema, y cuántos versos conforman cada una de las estrofas. Es un aspecto que solo necesita de la observación del texto.

Recordemos que llamamos *verso* a cada una de las líneas de la poesía, y *estrofa* al grupo de versos que expresan una sola idea.

• La rima: La rima es la semejanza o igualdad de sonidos al final de los versos.

Para marcar la rima, subrayamos de la última palabra de cada verso, a partir de la última vocal acentuada . No de la sílaba, sino de la vocal que tiene el acento hasta el final.

La rima del poema puede estar en todos los versos, pero también puede aparecer, como generalmente lo hace, únicamente en los versos pares. E incluso, muchos poemas modernos no tienen rima.

Existen dos tipos de rima:

A.La rima asonante; cu Ejemplo: "Soy un hombre, he na tengo pie y esperanza. No soy Dios, soy un hor como decir un alga. (a- Y exijo por lo tanto, que me dejen usarla." ((a- nz- a) mbre, lg- a)
Jorge Debravo	
B. <i>La rima consonante</i> ; Cuando lo que se repite son tanto las vocales como las consonantes. Ejemplo:	
("Camiante no hay cam <u>ino</u> , (ino) se hace camino al andar. Caminante no hay camino, (ino) sino estelas en la mar."
	Antonio Machado

•La <u>Métrica: La</u> métrica consiste en medir los versos. Los versos se miden por sílabas, como si dividiéramos en sílabas las palabras, respetando por supuesto, las leyes de división silábica.
Ejemplo: "Co/mo/ de/cir/ un/ al/ga"

Para marcar la métrica debemos tener en cuenta, además, las llamadas licencias poéticas, de las cuales estudiaremos las dos que son de uso obligatorio, es decir, que se aplican siempre. Ellas son:

1.La sinalefa; que consiste en la unión de dos sílabas. La última sílaba de una palabra, con la primera sílaba de la palabra siguiente, cuando hay un encuentro de vocales, no importa cual de ellas sean. Las palabras que llevan "h", inicial, también hacen sinalefa, lo mismo cuando aparece una "y" que suena como la vocal "i". Ejemplo:

"Ca/ mi/ nan/ te/ no hay/ ca/ mi/ no/" sinalefa

"Da/ me/ la/ ma/ no y/ me a/ ma/ rás" sinalf.

- 2.*El acento final*; Consiste en sumar o restar una sílaba al verso, de acuerdo con el acento de la última palabra de ese verso. De manera que si la última palabra es:
- *aguda; se le suma una sílaba

Ejemplo:

" A/so/ma/ba a/ sus/ o/jos/ u/na/ lá/gri/ma, (tiene 12 sil. – 1 = 11 síl)

y a/ mi/ la/bio u/na/ fra/se/ de/ per/dón. (tiene 10 síl. + 1 = 11 síl.)

ha/bló el/ or/gu/llo y/ se en/ju/gó/ su/ llan/to, (tiene 11 síl, y la dejamos igual) y la frase en mis labios expiró."

Gustavo Adolfo Bécquer

La sinalefa y el acento final, son licencias de carácter obligatorio, es decir que hay que aplicar siempre. No así la diéresis que consiste en separar el diptongo (lo que nos alarga el verso), o la sinéresis, que consiste en unir el hiato. (lo que nos acorta el verso). Pues estas licencias rompen con las leyes de división silábica, que como sabemos nos dicen el hiato se separa siempre, el diptongo y el triptongo no. Por eso, se aplican solo cuando es necesario, porque talvez hay un verso que no me mide igual a los demás, entonces yo lo obligo; sin embargo

^{*}grave; queda la suma igual (ni restamos, ni sumamos)

^{*}esdrújula; le restamos una sílaba.

cuando aplico estas licencias, debo indicarlo, para que no se me tome como error de división silábica.

Debemos recordar que los versos reciben nombre de acuerdo con el número de sílabas que poseen , y que además se clasifican en "de Arte Mayor" cuando miden más de nueve sílabas; y de "arte menor" cuando miden ocho o menos sílabas. Así:

De arte menor ... De Arte Mayor...

Una sílaba: monosílabos Nueve sílabas: eneasílabos Dos sílabas: bisílabos Diez sílabas: decasílabos Tres sílabas: trisílabos Once sílabas: endecasílabos Cuatro sílabas: tetrasílabos Doce sílabas: dodecasílabos Cinco sílabas: pentasílabos Trece sílabas: _____ (no tienen) Seis sílabas: hexasílabos Catorce o más sílabas: alejandrinos

Siete sílabas: heptasílabos Ocho sílabos: octosílabos

•La versificación: Es el tipo de verso que se utiliza en la poesía. Puede ser regular o irregular. Será regular si todos los versos de la poesía poseen el mismo número de sílabas. E irregular, si no es así.

•El motivo lírico: Consiste en determinar el tema central del poema.

•Los sentimientos predominantes: Consisten en determinar qué sentimientos expresa el autor en su poema: alegría, tristeza, nostalgia. Es el representante del ambiente psicológico que estudiamos en la prosa.

- •Sentido de la obra: Es como una especie argumento. Para recordar de qué trata la poesía.
- "Yo lírico" (hablante lírico): Se refiere al emisor; generalmente es el autor, sin embargo, algunas veces éste designa a un personaje (interno)
- •"Tú lírico": Se refiere al receptor. Lo hay externo (lector) o algunas veces interno, cuando va dirigida a alguien en particular que se encuentra explícito en la poesía.

2.Las figuras literarias:

El lenguaje literario es un lenguaje figurativo, es decir que muchas veces dice algo, queriendo decir otra cosa. Por ejemplo cuando le decimos a alguien: "Es que Roberto es una tortuga para todo", no queremos decir que Roberto sea una tortuga literalmente, sino que es muy lento para hacer todas sus cosas.

El lenguaje figurado o figurativo, no es exclusivo de la literatura, pero es más común hallarlo ahí, pues el lenguaje literario es más pulido, es decir,

trabajado con mayor dedicación. Además muchas veces nos permite apreciar mejor lo que el escritor quiere decirnos.

Dentro de las figuras literarias de la prosa (texto narrativo o descriptivo), que son más comunes encontramos:

A<u>)Símil</u> Comparación literaria que presenta los dos elementos de comparación y entre ellos aparece siempre una palabra de enlace que puede ser "como", "semejante a", etc.

Ejemplo: "La luna es como una perla en el cielo. (comparando la blancura y redondez de la luna con la blancura y redondez de una perla).

B) Metáfora También es una comparación, pero a diferencia del símil no presenta elementos de enlace, además muchas veces (no siempre) prescinde de uno de los elementos que se están comparando.

Ejemplos: " El sol es lentejuela en el cielo" (comparando el brillo del sol con el de una lentejuela)

- "La noche se quedó en tu pelo" (para indicar que el pelo es negro como la noche)
- •Tanto el símil y la metáfora lo que hacen es comparar elementos que deben necesariamente tener algo en común para poder compararlos. Únicamente que el símil lleva elementos de enlace y la metáfora no.

C) <u>Prosopopeya</u>. Llamada también personificación porque lo que hace es personificar, es decir, dar cualidades que solo tienen las personas a las cosas, animales o plantas.

Ejemplo: "El viento lanzaba cuchillos de doble filo"

- "En las axilas de los árboles tiritan las orquídeas".
- " El ojo de agua se me quedó mirando"
- 4. Hipérbole. Exageración literaria.

Ejemplo: "Todo el mundo salió corriendo" "Te bajaré el cielo y las estrellas"

 Debemos tener mucho cuidado de no confundir la prosopopeya con la hipérbole porque aunque si bien es cierto, es una exageración que el ojo de agua se nos quede mirando, más que eso, lo que hace es darle la cualidad de ver al ojo de agua, no así la hipérbole que es una exageración que no tiene nada que ver con cualidades humanas.

3 Las figuras de construcción:

- . <u>Reiteración.</u> Que consiste en la repetición de ideas, palabras o sonidos en
- un texto. Ejemplo: "Caía una gota, salía una nota... caía una gota, salía una nota."

A diferencia de la prosa, en la poesía, la Reiteración se entiende como la repetición de palabras en un mismo verso (línea)
Ejemplo: " El niño la mira mira."

2. Anáfora. Es la repetición de palabras al principio de los versos, entonces se Ejemplo: "Caminante n<u>o hay cami</u>no, se hace camino al andar. Caminante no hay camin<u>o</u>, sino estelas en la mar."

3. Encabalgamiento. consiste en que la idea expresada en un verso no termina sino hasta en el siguiente

Ejemplo: "Canto que ruedas

por las calzadas"

Videotutoría de poesía. Para reforzar el tema

->

https://youtu.be/ira7fSbi5bU

Realice la lectura y análisis de las poesías "Vuelo supremo. Hombre preso que mira a su hijo. Defensa del árbol"; que se encuentran en la Antología de lectura páginas 52 a la 58

Guía para el análisis de la poesía

- 1. Nombre del autor y nacionalidad
- 2. Género literario (características que lo justifican)
- 3. Estructura (cantidad de versos y estrofas)
- 4. Sentido de la obra
- 5. Motivo lírico
- 6.Sentimientos predominantes
- 7. Métrica. Tipo de verso y versificación
- 8.Rima (clasificación)
- 9. Figuras literarias
- 10. Figuras de construcción



Práctica general de poesía

1. Lea la siguiente figura literaria:

"Huir de todo lo que sea humano" Vuelo supremo

La anterior figura se clasifica como:

- a. Símil.
- b. Metáfora.

- c. Hipérbole.
- d. Prosopopeya.

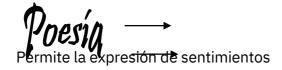
2. Lea el siguiente verso:

"Quiero vivir la vida aventurera" Vuelo supremo

La métrica del verso anterior es

- a. Decasílaba.
- b. Endecasílaba.

- c. Dodecasílaba.
- d. Alejandrino



- 3)Complete el esquema anterior con una característica propia del género literario.
- A)Está escrita para ser representada ante un auditorio.
- B)Descripción idealizada del ambiente.
- C)Está escrita en versos.
- D)Introduce pocos personajes.
- 4) Y cuando sienta el corazón cansado, morir sobre un peñón abandonado con las alas abiertas para el vuelo. Vuelo supremo

Vuelo supremo.

De acuerdo con los versos anteriores qué figura de construcción está presente en los versos 2 y 3.

- A) Anáfora
- C) Personificación.

- B) símil.
- D) Encabalgamiento.

5) Poder vola<u>rcuando la tarde muera</u> 1 entre fugaces lampos (...) Vuelo supremo.

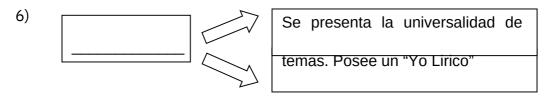
¿Cómo se denomina lafigura literaria anterior?

A) Anáfora.

B) Apóstrofe.

C) Prosopopeya.

D) Reiteración.



Las características anteriores pertenecen al género

- A) Lírico. B) Novela.
- C) Ensayo. D) Cuento
- 7) Y cuando sienta el <u>corazón cansado</u> Vuelo supremo.

La figura literaria subrayada en el verso anterior se clasifica como:

- A) Metáfora B) Anáfora
- C) Prosopopeya D) Encabalgamiento

8.Lea el siguiente fragmento

Una cosa es morirse de dolor y otra cosa es morirse de vergüenza".

Hombre preso que mira a su hijo

Los versos anteriores presentan una figura literaria llamada

a) Anáfora b) prosopopeya

- c) hipérbole d) metáfora
- 9.Lea el siguiente fragmento

"son durísimos golpes son botas en la cara demasiado dolor para que te lo oculte demasiado suplicio para que se me borre". Hombre preso que mira a su hijo

El poema presenta en los versos anteriores una rima

a)Asonante en los versos paresc)Asonante en todos los versos b)Asonante en los versos 1-4d)Consonante en los versos 1-4 10.Lea el siguiente fragmento

Quien no hace nunca daño a nadie No se merece tan mal trato. Ya sea sauce pensativo Ya melancólico naranjo" Defensa del árbol

Los versos anteriores presentan una figura literaria llamada

a) Anáfora b) prosopopeya

c) hipérbole d) encabalgamiento

11.Lea el siguiente fragmento

"Por qué te entregas a esa piedra niño de ojos almendrados con el impuro pensamiento de derramarla contra el árbol."

Defensa del árbol

Según las leyes de la métrica, el verso subrayado, por el número de sílabas que posee se llama

- a) octosílabo b) eneasílabo
- c) decasílabo d) endecasílabo
- 12.Lea el siguiente fragmento

"Ruega al Señor que te perdone de tan gravísimo pecado y nunca más la piedra ingrata salga silbando de tu mano." Defensa del árbol

Según el fragmento y la lectura del poema, el pecado que comete el niño consiste en

- a)no apreciar la educación que le dio su madre
- b)dañar la naturaleza
- c)tirar piedras a las personas
- d)dañar la propiedad ajena

13.Lea el siguiente fragmento.

Seguramente que tu madre
No sabe el cuervo que ha criado,
Te cree un hombre verdadero,
Yo pienso todo lo contrario:
Creo que no hay en todo Chile
Niño tan mal intencionado.
Defensa del árbol.

¿Cuál es el sentimiento del yo lírico?

A. Alegría B.Amor por la naturaleza C. Tristeza

D. Enojo

14.Lea el siguiente fragmento.

Botija aunque tengas pocos años creo que hay que decirte la verdad para que no la olvides.

Hombre preso que mira a su hijo

El fragmento anterior por las leyes de la métrica posee A.todos los versos de arte menor B.todos los versos de arte mayor C.más versos de ate menor D.más versos de arte mayor

15. Lea el siguiente fragmento.

Quiero vivir la vida aventurera de los errantes pájaros marinos; no tener, para ir a otra ribera, la prosaica visión de los caminos. Vuelo Supremo

¿Cuál es el motivo lírico que expresa el yo lírico en este fragmento? A.NostalgiaC.Ansias de libertad B.Deseo de morirD.Amor por la vida con masa de maíz, harina y esperanza. En un filo de roca, sobre el vientre de un cerro, consagraremos la hostia de la vida y el vino del derecho.

(Los que no vengan, los enemigos, rodarán solos a malos ríos).

Ninguno de nosotros rezará arrodillado: rezaremos de pie, listos para la vida, con los ojos volando.

(La rodilla se dobla cuando las manos están apabulladas de fracaso).

De noche llegaremos a nuestro altar, unidos, mezclados en abrazo, rezando la oración de la alegría, el beso de los libres en los labios.

(Cuando se abraza diciendo hermano, los que no abracen quedarán mancos).

Todos seres sacerdotes, todos. Los altos y los bajos. Y todos comeremos la hostia del amor como animales cálidos. Invitaremos a la misa a todos: niños, ancianos, presos, pilotos y mecánicos, arzobispos y obreros...

(Cuando se reza de pie y cantando los de rodillas son los paganos).

Patria

Tengo a mi patria siempre en la mano. La miran mucho mis ojos claros. La besan mucho mis labios mansos.

Quiero a mi patria siempre en la mano. Mansa y pequeña como un garbanzo. Sin rifles negros. Sin sables blancos.

La quiero dulce para los bajos. La quiero tierna

para los altos. La quiero buena para los malos.

Por eso a veces

la llevo al campo, le cuento historias de niños sanos, de ancianos dulces, de lindos ranchos.

Le digo que hay países anchos donde no existen dioses metálicos. Donde no hay primos: que sólo hermanos.

El encuentro

Nadie se ha de quedar sobre la cama entonces.

El que desea ser hombre, tocar un manantial, poseer un almuerzo, pasear con su novia, engendrar algún hijo, no podrá mantenerse un momento en la estera después de la llamada.

Sobre los troncos alzarán sus siluetas pesadas los campesinos y sus sombras serán como la lluvia buena para las plantaciones.

De las casas saldrán las madres y las hijas y las mujeres mozas, y un olor a remanso, a leche pura y fresca, rodará por las calles y los campos.

De las fábricas y talleres -como pequeños dioses-brotarán los obreros.

Las lagunillas de sudor, debajo de sus brazos, moverán los serruchos, las sierras, los escoplos y todo lo que es vida sobre el mundo.

Después - como al descuido - alguien dará parcelas de tierra a cada uno, de amor a cada uno, de pan a cada uno, de luz a cada uno.

Y nunca más, nunca, la tierra tendrá hombres con miles de camisas y hombres con millones de tristezas...

Entonces la palabra hermano querrá decir hermano, exactamente hermano, amadamente hermano...

Sauma, Osvaldo (2011), El libro del adiós, Eduvisión, San José.

MIRÁNDOLA DORMIR

todo hombre es su propio sol en la media noche del hastío cuando los grillos chillan como fuego endemoniado y las estrellas están más distantes que nunca bajo la luz del aguardiente todo hombre apaga la lumbre interior de la nada mientras mira dormir a la mujer que le cedió el destino no la que le cedió el destino no la que le inventó la ilusión todo hombre que como yo se emborracha junto a la mujer que nos huye en sueños evade la necesidad del otro hace de su fracaso un tintineo abstracto y se bebe en silencio su perdición.

PARADOJA

no sé bien si se aman o se odian entre sí si realmente les importamos o la batalla es exclusivamente entre ellas si hay una buena y otra mala
como en las telenovelas
lo cierto es que
si una nos hunde
otra nos saca a flote

TERAPIA MATINAL

el olvido
me cura del pensamiento
limpia las adherencias/lo aquilosado
a su paso fluye una sangre de río
vivo lo que me toca vivir
no me pregunto por lo ya vivido
lo dejo crujir a espaldas del silencio
vivo entre el aquí y el ahora
el mañana
están solo
una extensión de mi presente

CÓMO LEER UN ENSAYO

Guía para la lectura de un ensayo para las personas estudiantes del CONED

Un ensayo es una reflexión analítica y crítica, en la cual se expone un tema desde un punto de vista ideológico específico, a partir de argumentos objetivos y con un lenguaje literario.

Antes de iniciar la lectura

- Busque información en internet sobre la persona autora: nombre, dónde nació, dónde vivió, dónde murió; cómo fue su vida.
- Busque información en internet sobre el tema a desarrollar dentro del ensayo y las circunstancias temporales, sociales y políticas en las que la persona autora escribe.

Durante la lectura

- En un cuaderno aparte, ideas principales expuestas en el ensayo, indique en cuáles está de acuerdo, en cuáles está en desacuerdo y ¿por qué?
- En el mismo cuaderno, escriba los hechos históricos más importantes reflejados en el ensayo.
- Indique las semejanzas históricas y políticas presentadas entre el ensayo y su vida.

Después de la lectura

- · Realice un resumen del ensayo.
- Escriba cuáles ideas fueron las más significativas y por qué.





Características

Escrito de forma expositiva

Posee figuras literarias

Es objetivo (presenta pruebas)

Es subjetivo (presenta el punto de vista de la persona autora) Tiene intención didáctica (busca generar una enseñanza)

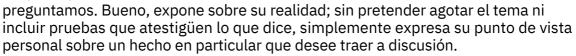
Tiene una función ideológica (busca convencer sobre ideas específicas)

M.Sc. Almitra Desueza Delgado, Coordinadora de Español, CONED adesueza@uned.ac.cr / almitra.desueza.delgado@mep.go.cr Whatsapp: (506) 8968 7530

El ensayo como género literario

El ensayo es un género literario, cuyo modo de elocución es la exposición. En efecto, el ensayo es una exposición de ideas que hace un escritor sobre determinado tema.

¿Y qué expone? ___ nos



Es por eso que el ensayo tiene características muy particulares como:

- 1.Es expositivo
- 2.Es personal y subjetivo; pues expresa la opinión personal del autor
- 3.Es didáctico; pretende enseñar
- 4.Es de extensión variable, aunque tiende a ser breve
- 5. Posee variedad temática; se presentan los más diversos temas
- 6.Es parcial; es decir el tema solo presenta un punto de vista, no el único, ni el último. Pues la pretensión no es agotar el tema, sino traerlo a discusión y fomentar la criticidad sobre él.



El código apreciativo

Cuando un escritor habla al lector a través del <u>hablante</u> narrativo (narrativa), lírico (poesía), dramático (drama), o en este caso <u>discursivo</u> (ensayo), lo hace con dos propósitos:

A.Una función expresiva; donde el hablante discursivo manifiesta sentimientos; de manera directa o a través de la crítica o la ironía

"Es mezquino en el juzgar y aspira generosidad cuando es juzgado, por eso es afín a gente que muestra dócilmente una aptitud especial hacia lo sugerente, cree con firmeza en la influencia, en el nombre, en lo aparente."

"En cada costarricense vive un abogado defensor de sus derechos, de sus equivocaciones y de aciertos. El punto de vista de cada quien en nuestro país, se expone con brillantez y en la pasión de las palabras el costarricense se pinta autorretratos graciosos, se descongestiona, se hace lavados corporales y mentales."

B.Una función ideológica; conativa o apelativa; aquí es donde se manifiesta su carácter didáctico, porque el hablante discursivo trata de influir en el receptor, mediante órdenes, mandatos, sugerencias o ruegos; para que tome la posición del autor, a veces sin que este se dé cuenta.

"Es mezquino en el juzgar y aspira generosidad cuando es juzgado, por eso es afín a gente que muestra dócilmente una aptitud especial hacia lo sugerente, cree con firmeza en la influencia, en el nombre, en lo aparente."

"El idiay, ya con signos implícitos de admiración, es el aviso del peligro que corren los historiadores al omitir un nombre, es el terror que se siente en los homenajes al olvido de una persona en la placa conmemorativa, es la mención infinita de los fulanos y los zutanos en la relación de un acto, es el recuerdo impreso en el abuelo figurón, es el menú de los alegatos interminables por un reconocimiento."

En un ensayo, como vemos, es común encontramos ambas funciones; ya que por su subjetividad, el escritor expresa a veces los sentimientos que tiene sobre la situación que está exponiendo, pero a la vez trata de influir en el lector para que también medite y trate de modificar la realidad; de ahí su carácter didáctico.

En todo texto de este género es importante extraer las ideas principales que expone el escritor a través del hablante discursivo; la estructura del mismo; el registro de habla que utiliza y la forma de tratamiento empleada; porque todo ello nos ayuda a entender a qué público va dirigido, y encontrar la intencionalidad del autor al exponer el tema y la forma como lo desarrolla.

Bibliografía

Calvo Fajardo, Yadira, (2020), La mujer víctima y cómplice, quinta edición, primera impresión-San José, Costa Rica.

EVA Y PANDORA

Y cuando hubo formado (Zeus) esta hermosa calamidad, a cambio de una buena obra, condujo a donde dos los dioses y los hombres a aquella hermosa virgen la admiración se apoderó de los dioses inmortales y de los hombres mortales, en cuanto vieron esta calamidad fatal para los hombres. Porque de ella es de quien proviene 1 raza de las mujeres hembras, la más perniciosa raza de mujeres, el más cruel azote que existe entre los hombres mortales... (Hesíodo. Teogonía).

Hesíodo en el siglo VII a. de C., explica la aparición de "el otro sexo" en la tierra como una condena. Porque robó Prometeo el fuego sagrado de los dioses en una caña hueca, fueron castigados los hombres con "la terrible raza de las mujeres"

En el relato bíblico, Eva es tentada por Lucifer, camuflado en la serpiente que la incita a comer el fruto prohibido del árbol de la ciencia del bien y del mal, y ella a su vez incita a Adán, convirtiéndose en su corruptora. Así, a causa de nuestra primera madre, débil ante la tentación, se perdió para siempre el Paraíso Terrenal, fueron condenados a trabajar los varones, y las mujeres a parir con dolor.

Fray Luis de León decía que la mujer es un animal más flaco y deleznable que ningún otro "y de su costumbre e ingenio una cosa quebradiza y melindrosa" que "dio principio al pecado y por ella morimos todos". Pero él no hace más que repetir casi a la letra los prejuicios de la tradición hebrea plasmados en el texto del Eclesiástico 25:24 y acogidos con beneplácito por innumerables generaciones de santos varones cristianos desde san Pablo a santo Tomás y sus seguidores.

El Antiguo Testamento rebaja la condición femenina desde el mito de la creación, que viene a ser, según lo ve Fromm, "casi un canto de victoria sobre la mujer derrotada", e invierte las relaciones naturales al hacerla surgir del hombre. Alguien ha hecho incluso la observación de que es ella el único ser a quien la Biblia atribuye un nacimiento irregular haciéndola salir de una costilla de Adán, y colocándola así en un nivel de inferioridad y anormalidad que no se presenta ni en el más humilde de los seres creados, que fueron concebidos según el orden normal de la naturaleza.

Eva es tentada por la serpiente, y después de corromperse a sí misma corrompe a Adán. El relato bíblico hace recaer en ella la responsabilidad del pecado original, y después de proporcionar ese magnífico argumento descalificador de por un hecho la extensión de la falta a todas las de su sexo: una persona singular, Eva, se convirtió en "la mujer" un colectivo, de modo que las presuntas culpas de una se cargaron a todas. Así, en la Epístola a Timoteo, san Pablo vuelve a insistir en la maldad fundamental de todo ser femenino cuando afirma: "El engañado no fue Adán, sino la mujer que, seducida, incurrió en la trasgresión" (2:14).

Esta idea fue adoptada por los santos padres, los teólogos y los canonistas, con el propósito de justificar su posición patriarcal y misógina. Se basa en el supuesto de que Eva sucumbió a la tentación por su inferior inteligencia y voluntad, y lo que es todavía más grave, se volvió intermediaria entre el hombre y el mal.

Tradicionalmente se ha atribuido al primer acto de desobediencia humana un carácter sexual y se ha identificado, a la vez, a la sexualidad con el pecado. De este modo, la mujer, relegada a la función de proporcionar hijos y placer al hombre, se transformó, por esto mismo, en el símbolo de la maldad y la concupiscencia. "Mujer -escribe Tertuliano-deberías andar siempre vestida de luto, cubierta de harapos y humillada en la penitencia, a fin de reparar la falta de haber perdido al género humano... Mujer, tú eres la puerta del diablo. Eres tú quien tocó el árbol de Satanás y quien fue la primera en violar la ley divina":

Rosemary R. Rueter opina que el judaísmo y otros sistemas clásicos de legislación religiosa, acentuaban el carácter demoníaco de la mujer al estigmatizar la

menstruación como una cosa inmunda; y estima que este tabú, que tuvo en su inicio un carácter sacral positivo, fue considerado contaminante y malo al ser reprimido el poder maternal dentro del patriarcado.36 En consecuencia con esta degradación, según el Levítico el menstruo vuelve a una mujer impura durante siete días, al igual que el parto de un hijo. Dar a luz a una niña duplica la impureza extendiéndola por dos semanas (Lv 12:2; 18:19). En ambos casos la madre debe sacrificar a Dios un cordero y un pichón o una tórtola y purificarse: si parió niño, durante 33 días no podrá tocar objetos sagrados ni entrar en el templo; si parió niña, esta prohibición se extiende por 66 días.

El colectivo viril, desde muy pronto en la historia se atribuyó a sí mismo todas las cualidades positivas y dejó las negativas a la mujer. Así, en la dualidad humana de cuerpo y espíritu, dictaminó que es él el poseedor del espíritu por excelencia, y asoció a su ser masculino el orden y la luz. Paralelamente se confirió la cabeza y legó el corazón a la mujer; y en un mundo en el que cada vez más se valoran las cualidades racionales que separan al ser humano del animal, se define a las mujeres por su irracionalidad; y hasta hay quien opina que la gran fuerza del movimiento feminista en los últimos años se debe a que estamos viviendo una especie de crisis de la razón. Ortega y Gasset afirma que "el centro del alma femenina, por muy inteligente que sea la mujer, está ocupado por un poder irracional". "La mujer - dice este autor- ofrece la mágica ocasión de tratar a otro ser sin razones, de influir en él, de dominarlo, de entregarse a él sin que ninguna razón intervenga". Ese es su ideal, pero no puede dejar de observar que su teoría ofrece resistencias aunque con ello no se haga problema. Claro que hay mujeres "valiosas" o "talentudas" así dice él; pero al hombre inteligente le repugnan un poco, como no sea que compensen el exceso de razón con un exceso de sinrazón. La que es demasiado racional le "huele al hombre, y en vez de amor siente hacia ella amistad y admiración". Esto de la razón y sinrazón suena a esos juegos de palabras que ridiculizaba Miguel de Cervantes, pero lo dijo Ortega, y se supone que sus observaciones parten de un conocimiento profundo del gusto masculino, lo cual viene a significar que sus palabras representan el sentir común. Este sentir común

exige que las mujeres sean irracionales, o no valiosas, lo que viene a ser lo mismo de acuerdo a la dialéctica del planteamiento orteguiano.

El extremo intolerable de su prejuicio aparece en su afirmación de que "si los

pájaros

tuviesen el mínimo de personalidad necesario para respondernos, nos enamoraríamos de los pájaros y no de la mujer". ¡Vaya macho racional! Ortega encuentra acertadísima la definición que hace Nietzsche del varón mejor según el tipo de compañías femeninas que elige: "criaturas que tienen la cabeza llena siempre de danza y caprichos y trapos". Significa que la racionalidad en una mujer constituye para ella otro motivo de segregación, porque su olor a hombre no será respirable para los que la rodean. Ellos quieren que se ajuste a la falsa imagen con que la definen. La que se aparte de ese arquetipo deja pertenecer a su sexo y se masculiniza.

Es posible que los varones hayan tratado durante mu siglos con mujeres irracionales por ineducadas, y que do hayan conocido mujeres lógicas, recurran a ace, sí, pero no, como se deduce de las palabras del citado filósofo. Esto se puede explicar por los controles subconscientes que la formación recibida ejerce sobre la psique humana, lo mal nos impide liberarnos del todo de las ideas y perjuicios que asimilamos con las primeras papillas. El varón atribuyó a la mujer las fuerzas de la irracionalidad, y obtuvo a Pandora, a Eva, a Helena, a Medea, en la Antigüedad; en la Edad Media, a más de un millón de brujas que purgaron sus pecados (o sus virtudes) en las hogueras de la Inquisición; y en todos los tiempos, el desdén a la inteligencia femenina y el veto a sus llamados "poderes demoníacos.

Parece posible la explicación de la pretendida maldad por una cadena de asociaciones: menstruación, maternidad, sexualidad, tentación, pecado. La maldad, a su vez, se asocia a fuerzas tenebrosas, fatales, inconscientes, y por lo tanto irracionales. Esta identificación de feminidad con irracionalidad se fortaleció por la observación del hecho histórico de que períodos de debilitamiento de la autoridad patriarcal, mujeres han visto la oportunidad para conseguir su autonomía. Es fácil asociar este fenómeno de pérdida de rigor disciplinario, con el triunfo de fuerzas irracionales y diabólicas, sobre todo porque en esos momentos las mujeres han

dado algunos pasos hacia su independencia y se han rebelado contra la opresión sexual, o sea, han buscado eliminar una sujeción que está en la base de todas las restricciones a que han sido sometidas. Ello ha sido motivo de escándalo que han sido sometidas. Ello ha sido motivo de escándalo para los que propician el regreso a los valores sagrados de la tradición, y para los defensores de la castidad ajena. En la Roma antigua, la época de Augusto fue la época de Julia. Y mientras aquel dictaba leyes tendientes a consolidar las bases patriarcales romanas, ella, su única hija, se convertía en el más patente ejemplo de libertad sexual, lo cual pagó con el destierro en la isla Pandataria. Pero Julia no era un caso aislado en la vida romana del siglo I, sino solo el caso visible por su especial situación social.

Kovaliov hace ver que la emancipación de las romanas de la época de Augusto no fue otra cosa que libertad de adulterio. Es lógico que ellas hayan reaccionado siempre contra la opresión quebrantando la norma de castidad que aparece como la medida más inmediata y fácilmente apreciable de dominio que se les ha impuesto. José Guillén, en su obra Cicerón, afirma que se abstiene de describir a la familia romana de la época, según dice, "por delicadeza y pudor". Obviamente, Guillén no nació para historiador, porque la historia de la humanidad aparece plagada de crímenes, venganzas, guerras, odios fratricidas, matanzas colectivas y demás aderezos de que se ha rodeado sempiternamente la ambición de poder, mucho más perniciosos y vergonzantes que las transgresiones a la castidad. Séneca, por su parte, se admira de que sus contemporáneas ya no cuenten los años por cónsules sino por maridos, pero no fue capaz de ver que las romanas, permanentemente menores de edad ante la ley, habían llegado a obtener la única libertad que podían ejercer en privado: la de elegir al próximo compañero de alcoba. En realidad, los varones han medido siempre el grado de degeneración moral de una sociedad por la conducta de las mujeres. Porque libertad para repudiar a la esposa, casarse cuantas veces se les ocurriera, tener concubinas, y visitar cortesanas para mayor variedad, la tuvieron siempre los varones romanos y los de todos los demás pueblos civilizados. De manera que la moral sexual no les atañe a ellos. Es este uno de sus ancestrales privilegios. Por eso, para fray Luis de León, "el ser honesta una mujer no cuenta, no debe contar", entre las partes de que su perfección se compone, "sino

antes es como el sujeto sobre el cual todo este edificio se funda, y, para decirlo, en una palabra, es como el ser y la sustancia de la casada, porque si no tiene esto, no es ya mujer, sino alevosa ramera, y vilísimo cieno y basura de todas las más despreciada". Y puesto que sus ideas son dictadas, no por la lógica del razonamiento sino por los prejuicios religiosos y la exaltación anímica, encuentra sin embargo compatible explicar al mismo tiempo, el origen de los afeites y adornos femeninos en un "amor propio desordenadísimo, apetito insaciable de vana excelencia, codicia fea, deshonestidad arraigada en el corazón, adulterio, ramería, delito que jamás cesa".

Como se ve, la contradicción es patente. Primero establece honestidad como condición sine qua non en la mujer; después atribuye a deshonestidad su interés por el adorno, pero resulta que recurrir al artificio está entre los requisitos de su papel, porque la necesidad de resultar atractiva es una consecuencia de su rol social

como ser subordinado que debe competir por un marido con el solo don de su belleza puesto que sus otras dotes no interesan al efecto. Al condenar tales recursos

como pecaminosos, fray Luis no deja salida posible. Sus lectoras cristianas deben haber llegado a la conclusión de que, siendo, como él lo pinta, tan flaco el animal y tan excesiva la carga, resultaba mucho más sensato renunciar a la perfección. Así, pues, irremediablemente, debían reconocerse como pecadoras.

Herbert Wendt, en su obra Tras las huellas de Adán, estima que la maternidad y los procesos especiales de la vida al femenina, que siempre parecen a los hombres un poco misteriosos, encerraron para los primitivos un significado enigmático y demoníaco. Si a esto agregamos la morbosidad sexual cultivada por los pueblos indoeuropeos y el establecimiento de la autoridad viril, más la subestimación de la inteligencia femenina, tenemos completa la figura de la mujer como origen del pecado y funesto mal. Y así como Hesíodo la considera un mal necesario para la procreación de hijos que cuiden al varón en su vejez, san Pablo establece que ella solo "se salvará por la maternidad, siempre que persevere con modestia en la fe, en la caridad y en la santidad" (1 Tim 2: 11/15).

Ariel Dorfman y Armand Mattelart hacen ver, en su estudio sobre la literatura infantil producida por Walt Disney, que cuando en las historietas las mujeres violan el código de la feminidad, caracterizado por la subordinación, es cuando están aliadas con las potencias oscuras y maléficas. De modo que solo tienen dos opciones, y estas solo aparentes: "ser Blanca Nieves o ser la Bruja, la doncella ama de casa o la madrastra perversa". O sea que deben "elegir entre dos tipos de olla: la cazuela hogareña o la poción mágica horrenda. Sin embargo, Walt Disney está ya muy lejos de Pandora (cronológicamente, por supuesto).

Rosemary Ruether atribuye la incidencia de mujeres dedicadas a la hechicería a dos razones fundamentales. En primer lugar, a que los misterios de que este oficio se ocupa (culto, nacimiento, muerte, partería) emanan de los roles de madre, médica y cocinera; en segundo lugar, porque el sacerdocio oficial está reservado a los varones, lo cual las empuja hacia esferas de acción no sancionadas.

A las percepciones distorsionadas de sus procesos lógicos, se sumaron ciertas condiciones que se suponían desarrollaban más ampliamente las mujeres, como por ejemplo su mayor capacidad intuitiva. Capacidad que consiste según la psiquiatra y psicoanalista Helene Deutsch, en proceso muy rápido de captación por señales externas apenas perceptibles. Por esto, aunque hay en ella, desde luego un proceso de elaboración intelectual de los datos, par como si todo ocurriera en el campo inconsciente y afectivo.

Esto hace que usualmente las personas intuitivas nos provoquen sorpresa y nos maravillen como si tuvieran poderes mágicos. Ashley Montagu define esta cualidad como una especie de sexto sentido, una habilidad para oír en la oscuridad, una capacidad para captar, por así decirlo, vibraciones de onda muy corta casi tan pronto como se han generado".

Pudiera ser que la forma de vida de las mujeres hubiera favorecido este tipo de aptitud. En un estado de permanente dependencia, sin autonomía, bajo control, habrían propendido, por necesidad, al comportamiento secreto y al ocultamiento que las obligara a centrarse en la observación de pequeños detalles. Esto les permitiría conocer con rapidez las actitudes y pensamientos de otros para con ellas

y precaverse a tiempo. Pero en la actualidad se estima que las diferencias cognitivas entre los sexos son insignificantes. Atribuir la intuición a las mujeres podría no ser sino parte de lo que la filósofa francesa Hélène Cixous denomina "pensamiento binario machista.

Se trata de una conceptualización del mundo a base de una serie interminable de oposiciones: bueno-malo, cultura-naturaleza, cuerpo-alma... basadas en la oposición subyacente masculino-femenino. Cada uno de los elementos opuestos se puede interpretar como una jerarquía en la cual las oposiciones alineadas del lado femenino se juzgan negativas y más débiles. Como señala María Jesús Santesmases, en la historia moderna y contemporánea, de creciente autoridad masculina, "las jerarquías sociales vierten en su visión del mundo y en la invención de sus sociedades las mismas jerarquías que adjudican a su propia función política, social y cultural".

Así fue como se achacaron al sexo femenino "estereotipos que han prevalecido tales como la naturaleza del desorden y la intuición [...] como actividades casi mágicas, cuando no de brujería, frente a la racionalidad lógicamente ordenada que se achacó al masculino y a sus certezas".

De hecho, Charles Darwin en El origen del hombre, afirma" Se admite que en la mujer los poderes de la intuición, la percepción y quizás la imitación son más en el hombre, pero algunas de estas facultades son características de las razas inferiores y, por lo tanto, de un estado de civilización pasado y menos desarrollado".

Aunque la intuición es una forma válida de conocimiento, compatible con el pensamiento abstracto, ha sido poco valorada para el mundo occidental que sobredimensionó el valor del intelecto por sobre cualquier otra capacidad cognitiva. Hay quienes piensan que definir a las mujeres como más intuitivas es solo otro modo

de decir que los hombres son más racionales, con lo cual ellos siempre se quedan con lo que aparentemente es la mejor parte. En este sentido, el biólogo Daniel Clos considera que se trata de una trampa intelectual machista, un premio de

consolación

para las mujeres que les impide conseguir reconocimiento por sus propios méritos, al atribuir sus logros a algo hipotéticamente innato. Se trata de estereotipos; esto

es, de percepciones o imágenes mentales exageradas y simplificadas, negativas en el caso de las mujeres, positivas en el de los hombres, que buscan justificar o racionalizar la conducta discriminatoria las diferentes valoraciones y en fin, la desigualdad social.

Parte de ese mismo estereotipo es el que se deja ver en las afirmaciones de Óscar García Quevedo, quien en El rostro oculto de la mente afirma que las mujeres tienen una mayor capacidad en general para las experiencias extrasensoriales, originadas "cuando entran en acción las potencias no conscientes". Aceptar esta clase de generalizaciones contribuye a conceptuarlas como seres terribles y amenazantes, simbolizados en la Pandora de Hesíodo y en la Eva bíblica, enviadas a la tierra para dar origen a todos los males.

En este sentido la bruja es también el resultado de la denigración sistemática de las mujeres en la generalidad de las civilizaciones conocidas por medio de las citadas asociaciones a todo lo considerado inferior: lo telúrico, lo sexual, lo irracional, lo misterioso, lo demoníaco, lo impuro... en contraposición a lo viril concebido como luminoso, lógico, espiritual, racional, científico.

El símbolo más deprimente de la degradación de la mujer y su concepción como pecadora es la figura de la ramera, presente en todas las sociedades conocidas como el peor tipo femenino. Para Engels, y antes de él para Bachofen, el comercio carnal desciende en línea directa del matrimonio por grupos, que sería la forma natural del matrimonio. La entrega de la mujer por dinero era un sacerdocio en la Antigüedad, y choten la considera una penitencia que se le impone para adquirir el derecho a la castidad, "la expresión mítica -según Engels- del rescate por medio del cual ella se libra de la antigua comunidad de maridos y adquiere el derecho de no entregarse más que a uno solo". Pero, a decir verdad, parece poco aceptable esa tesis cuando se sabe que el matrimonio monogámico apareció como una institución patriarcal, jerarquizada, en la cual las mujeres están sujetas a la autoridad masculina, y cuyas consecuencias se están sintiendo todavía en las manifestaciones culturales de desigualdad sexual.

Más bien pareciera que la prostitución sagrada fuera en todo caso un resarcimiento a la mujer por la pérdida de su libertad sexual. Tal es la idea que parece desprenderse del carácter venerable que tuvo según se la practicó en el templo de Anaitis en Armenia, en el de Afrodita en Corinto, y entre las bayaderas y las devadasi de la India.

Una vez cerrados los templos, la prostitución perdió su antiguo prestigio para adquirir ese carácter sórdido y degradante con que la conocemos en la actualidad. La prostituta de hoy ya no es la sacerdotisa de ayer; no solo vende su cuerpo miserablemente en un lupanar, sino que ni siquiera recibe el producto de su venta, el cual pasa a manos de un explotador.

Engels cree que la prostitución solo degrada, de entre las mujeres, a aquellas que la practican, pero envilece en cambio al sexo masculino entero. Entre los principales efectos negativos que tiene sobre los varones el trato con meretrices, Bertrand Rusell destaca el hábito al sentimiento de que no es necesario resultar agradable para tener relación sexual, y la tendencia, entre los que respetan el código moral vigente, a despreciar a toda mujer con la que tengan relaciones. Señala incluso el hecho de que algunos hombres no pueden desear tener intimidad con una compañera a la que aman y respetan, y otros se olvidan de que el acto amoroso solo debe realizarse por deseo mutuo de la pareja, y en consecuencia se comportan con rudeza y brutalidad.

La prostitución tal y como hoy día la conocemos, es en buena parte un producto de la moral sexual convencional que exige la castidad femenina, lo cual a su vez implica

para los varones una continencia que no están dispuestos a soportar. De este modo, habiéndose atado en su propio lazo, no encontraron mujeres respetables dispuestas

a tener relaciones con ellos. Así, la ramera vino a constituir un recurso para salvar la moral en uso, por paradójico que parezca. Se la liberaba de la exigencia de castidad a expensas de su degradación moral y física, para salvar la pureza de las demás mujeres. Se convirtió en un mal necesario, pero mal al fin, y su figura vino a representar, junto a la de la bruja y la adúltera, el símbolo de la mujer como fuente de maldad, corruptora del varón, Eva y Pandora.

Montero, Rosa (2014), Historia de Mujeres, Editorial Alfaguara, San José.

El mundo es una cama

No solemos prestar la debida atención al importante papel que la cama juega en nuestras vidas. Nacemos en una cama y morimos en otra, y la mitad de nuestra existencia transcurre dentro de ella. La cama cobija nuestras enfermedades, es el nido de nuestros sueños, el campo de batalla del amor. Es nuestro espacio más íntimo, la guarida primordial del animal que llevamos dentro. Para Frida Kahlo, la pintora mexicana, esposa del muralista Diego Rivera, la cama era todo esto y mucho más: refugio, potro de tortura, altar sagrado. Pero Frida, por supuesto, era un animal herido. Esa herida perpetua, ese cuerpo aterradoramente lacerado (a menudo tan débil que sólo en la cama se sostenía), se convirtió en el protagonista absoluto de su vida y de su obra.

Frida murió el 13 de julio de 1954, una semana después de cumplir cuarenta y siete años. Meses más tarde, Diego Rivera convirtió la casa de su mujer en un museo que todavía hoy puede visitarse. Ahí está la cama en la que Frida murió (y en la que pudo haber nacido: esa bella casa azul de Coyoacán había sido el hogar de su infancia), un gran lecho con cuatro postes y baldaquino. Hay fotos de esa cama de cuando Frida la habitaba en sus últimos años. Entonces la cabecera estaba cubierta por fotos de sus seres queridos y coronada por un friso de honor con sus grandes héroes: Stalin, Marx, Engels, Mao. Ocupaban el lugar de las estampas religiosas. Para ella terminaron siendo una especie de dioses.

Del dosel pendía, además, un esqueleto de cartón, recordatorio irónico de esa muerte que siempre la rondaba; y en el cielo raso del baldaquín había, y aún hay, el espejo en el que se contemplaba para pintar sus famosos e inquietantes autorretratos. Frida Kahlo es una artista de escasa producción, apenas doscientos cuadros en toda su vida, y la mayoría reproducen su propia figura: hay muchos bustos de mirada taladradora, y lienzos temáticos en donde aparece de cuerpo entero, con las carnes desgarradas, en un charco de sangre, con la espalda abierta: «Me pinto a mí misma porque estoy a menudo sola y porque soy el tema que mejor conozco».

Con ese enternecedor afán que tenemos los humanos de retocar nuestras biografías para darle una apariencia de orden al absoluto caos de la existencia, Frida siempre sostuvo que había empezado a pintar por aburrimiento a los dieciocho años, a raíz del horrendo accidente que le machacó la pierna, le rompió la espalda y le perforó el vientre. Durante la larguísima convalecencia, su madre colocó un espejo en la cama, y ella habría comenzado así a usarse de modelo. Pero no: existe un autorretrato de un par de años antes del accidente, un cuadro juvenil y burdo pero reconocible, con la misma postura, la misma mirada. De manera que pintaba (y se pintaba) con anterioridad a su destrozo físico.

No es éste el único detalle biográfico que Frida manipula: se aplicó en construirse a sí misma como personaje con una imaginación desbordante y una fuerza de voluntad superlativa. Y así, toda su vida dijo que había nacido en 1910, que fue cuando estalló la famosa Revolución mexicana de Zapata y Pancho Villa, un romántico y trágico conflicto (hubo más de un millón de muertos) que sacudió a la vieja oligarquía del país y consagró el indigenismo. Frida se consideraba hija de la revolución, pero en realidad había nacido en 1907. Su padre era un fotógrafo judío de origen húngaro y su madre era medio india.

Con todo, la vida de Kahlo abunda en misteriosas coincidencias y parece estar extrañamente predestinada. Por ejemplo, tuvo un temprano encuentro con el daño físico a los seis años de edad, cuando enfermó de poliomielitis: «Recuerdo un dolor insoportable en la pierna derecha». Ya entonces se metió en la cama durante nueve meses (un parto hacia la invalidez), en ese lecho omnipresente que iba a ser el centro de su vida, el barquito solitario y doliente (esas sábanas-velas sudadas por la fiebre, mojadas por la sangre y por las lágrimas) en donde ella iba a navegar hasta el fin de sus días, náufraga de la existencia y el sufrimiento. De aquella polio le quedó la pierna derecha más delgada y una cojera leve, como de pájaro.

A los dieciocho iba en autobús a la escuela (quería estudiar medicina) cuando un tranvía les embistió. Fue un accidente grave, con varios muertos; y, según los testigos presenciales, fue un accidente extraño, lento, casi sin ruido, con el tranvía triturando el costado del autobús de manera imparable pero poco a poco, con la plasticidad de las pesadillas. Frida apareció desnuda entre los hierros: el pasamanos la había empalado (la barra entró por un costado y salió por la vagina). Un bote de pintura que alguien llevaba se había derramado sobre ella y estaba recubierta de purpurina dorada: era como una estatua del dolor en carne, sangre y oro. Incluso su accidente, en fin, parece un mal sueño, como contagiado del mundo onírico de la cama. Ese mundo onírico que llena también sus cuadros de extraños y poderosos símbolos.

La colisión le partió la columna por tres sitios, le rompió la cabeza del fémur y las costillas, le fracturó tres veces la pelvis y once veces las piernas y le aplastó por completo el pie derecho (el pie malo de la polio). Cuando supo del estado de su hija, la madre se quedó muda de la impresión y no pudo ir a verla en un mes; el padre, que era epiléptico, enfermó y no apareció por el hospital hasta los veinte días. Frida estaba sola, un cuerpo desbaratado enfrentado a un sufrimiento insoportable. El accidente ocurrió el 17 de septiembre de 1925; se puede decir que entonces empezó a morirse Frida Kahlo, una larga agonía que culminó veintinueve años después en Coyoacán. Todos llevamos dentro nuestra propia muerte, toda vida es irse desviviendo, pero Frida falleció precisamente de las heridas de aquel choque, tras casi tres décadas de un constante y terrible deterioro.

En el entretanto, sin embargo, hizo muchas cosas. Tenía tal fuerza de voluntad, tanto coraje y tantísimas ganas de vivir que dos años después, tras un calvario de operaciones, estiramientos, colgaduras y corsés, consiguió llevar una vida

prácticamente normal, aunque se sintiera constantemente agotada y sufriera dolores en la espalda y la pierna. «No tengo más remedio que aguantar porque es peor desesperarse», repetía en las cartas que escribía desde el hospital, mostrando ya ese talante heroico que le hizo sobrevivir donde los demás hubieran muerto: «Estoy empezando a acostumbrarme al sufrimiento».

Cuando regresó al mundo, Frida comenzó a frecuentar un círculo de artistas e intelectuales izquierdistas. En casa de la fotógrafa comunista Tina Modotti le presentaron formalmente a Diego Rivera, que esa noche se lió a tiros y rompió un fonógrafo. A Frida le encantó desde el primer momento «aunque me asustara». O tal vez le encantó porque la asustaba. Se casaron enseguida y en la fiesta de la boda el pintor volvió a darle al gatillo e hirió a uno de los invitados; Frida se fue llorando a casa de su padre y permaneció allí unos cuantos días hasta que su flamante marido fue a buscarla. Ella tenía veintidós años y él cuarenta y dos.

Diego Rivera era ya por entonces el pintor más famoso de México, autor de unos colosales murales de tema revolucionario que hoy, aun manteniendo la fuerza del color y del trazo, resultan un tanto envarados en su estilo realista-socialista: a mí, personalmente, me interesa mucho más la obra de Kahlo. También era un gigante barrigón y horrendo, de ojos abultados y cara de batracio («tu ranasapo», se firma en las cartas a Frida), que, sin embargo, gozaba de un incomprensible predicamento con las mujeres. Había tenido dos esposas y se acostaba con toda hembra que podía. Cosa que siguió haciendo después de unirse a Kahlo, para gran desesperación de ella. Se dice que Diego tuvo, entre otras amantes célebres, a las actrices Paulette Godard y María Félix. Además se acostó con Cristina, la hermana de Frida, y esa herida imperdonable les llevó al divorcio. Pero se volvieron a casar dos años más tarde.

Diego era además un personaje inclasificable. En muchos sentidos su comportamiento resulta abominable: por su insustancialidad, su afán de protagonismo, su crueldad. Su trayectoria política fue de una incoherencia abrumadora; primero perteneció al partido comunista, luego fue trotskista y gracias a él Trotski recibió asilo en México, después hizo todo lo posible para que volvieran a admitirle en el Partido Comunista (esto fue durante los años más feroces del estalinismo) y llegó a pavonearse de haber traído a Trotski a México con el único fin de que lo asesinaran: una baladronada no por mentirosa menos repugnante.

Pero Rivera también debía de ser un tipo imaginativo, divertido cuando quería, único, exuberante. Frida le describe como quien describe a un dios, a una criatura primigenia: «Su vientre enorme, terso y tierno como una esfera, descansa sobre sus fuertes piernas, bellas como columnas [...] es un ser antediluviano, un monstruo entrañable». Para ella Diego es un mito, el ogro bueno y malo de la infancia, el principio mismo de la vida. Y aunque es cierto que Diego la atormentó psíquicamente y la abandonó en momentos de gran necesidad, también es cierto que en otros momentos fue una gran ayuda para Frida y que nunca llegó a abandonarla por completo. Diego fue el más apasionado defensor del arte de

Kahlo («ella es mejor pintor que yo») y la persona que más apoyó su trabajo. A decir verdad la relación de Rivera con Frida está llena de dulzura y de crueldad alternativamente.

Al principio Kahlo fue una especie de hija para Diego, pero durante el segundo matrimonio (ella puso como condición para la nueva boda que no hubiera sexo entre ambos) los papeles se invirtieron y la declinante Frida se convirtió en su madre. Por ejemplo, a menudo ella bañaba con esponja a Rivera, el gigantón blanco y orondo chapoteando en la bañera y jugando con juguetitos flotantes que Frida le compraba; y al final, en la última agonía de Kahlo, cuando Diego, sesentón y enfermo de cáncer de pene (una especie de castigo bíblico al gran macho), volvía a casa después de una escapada de varios días, ella le llamaba desde la cama: «Mi querido niño, ven aquí, ¿quieres una frutita?». Y él contestaba «Chi» con voz y gesto de crío pequeño.

Frida era muy bella. O era más que bella: era tremenda. Tenía unos ojos feroces y maravillosos, una boca perfecta, el entrecejo hirsuto, un bigote apreciable. Una vez se lo afeitó y Diego se puso furioso: de algún modo ambos estaban trastocados en sus atributos sexuales secundarios, porque él tenía unos grandes pechos de mujer que a Frida le encantaban. A su poderoso físico, Frida añadía una increíble puesta en escena: siempre usaba ropas de las indias tehuanas, bellísimos trajes largos crujientes de enaguas y puntillas. Trenzaba sus cabellos con cintas de raso, flores, terciopelos; y se adornaba con pesadas joyas precolombinas o coloniales. Vestirse era para ella una expresión artística más; entre acicalarse frente a un espejo o pintar uno de sus autorretratos no debía de haber mucha diferencia. En las dos actividades se construía a sí misma, algo que le era absolutamente necesario en su carrera contra la decadencia. Porque su cuerpo se le caía a pedazos; en los terribles años finales escribió en su diario: «Yo soy la desintegración».

También Frida daba mucha importancia al sexo y tuvo numerosos amantes, sobre todo después de que Diego la engañara con su hermana. Era bisexual (se rumoreó que entre sus amores femeninos estaba la pintora Georgia O'Keeffe) pero sus mayores pasiones las vivió con hombres: el escultor Isamu Noguchi, el fotógrafo Nickolas Murray, por quien perdió literalmente la cabeza, y un pintor español republicano cuyo nombre se mantiene en el anonimato y que fue, después de Diego, su historia más importante: estuvieron juntos siete años (lo cuenta Hayden Herrera: su biografía de Kahlo es, con mucho, la mejor de todas). Además vivió una breve relación con el viejo Trotski al poco de llegar éste a México. Luego Frida regresó al seno del estalinismo y también ella abominaría de su antiguo amigo. Cuando el español Ramón Mercader mató a Trotski con un punzón para el hielo, Frida fue detenida como sospechosa (Diego se encontraba en Estados Unidos). Algunos sostuvieron que los Rivera colaboraron en el asesinato, pero esta acusación parece carecer de base. Eso sí, tres meses antes el artista Siqueiros, amigo de ambos, había participado en el ametrallamiento del dormitorio de los Trotski: León y su mujer salvaron la vida de milagro arrojándose debajo de la cama. Tiempos oscuros, actitudes siniestras.

Frida pintaba cuadros muy pequeños (mientras su marido hacía enormes murales) y siempre se mostró extremadamente humilde con su trabajo. Durante muchos años nunca enseñó sus obras, y si se convirtió en una pintora conocida fue gracias al empuje de Rivera, que prácticamente la obligó a exponer en Nueva York en 1938. Por entonces conoció a André Breton, el principal teórico del surrealismo, que se quedó fascinado por esa pintora que era surrealista «sin ella saberlo». En 1939 expuso en París y más o menos se la consideró incluida dentro de ese movimiento estético. Años más tarde, en plena fiebre estalinista, Frida repudiaría el surrealismo por ser «una decadente manifestación del arte burgués».

Pero para llegar a eso, al fanatismo final prosoviético, hay que contar la parte más amarga, más terrible de esta historia. El suplicio indecible, la pesadilla. Cómo el cuerpo de Frida se fue deshaciendo: el pie se le ulceraba, la espalda se le torcía, ansiaba tener hijos y no podía (sufrió cuatro o cinco abortos y guardaba en su dormitorio un feto humano anónimo metido en un frasco con formol). La enganchaban en aparatos, colgaban veinte kilos de sus piernas, la encerraban en corsés de hierro, de cuero, de escayola (desde 1944 hasta su muerte usó veintiocho corsés). Se bebía una botella de coñá al día contra el dolor (en los últimos años dos botellas). Le practicaron al menos treinta y dos intervenciones quirúrgicas. Sólo entre marzo y noviembre de 1950 soportó seis operaciones en la columna; la escavolaron encima de las costuras recién hechas y cuando empezó a apestar descubrieron que sus heridas se estaban pudriendo. Desde 1944 padecía unos dolores agudísimos que la obligaban a depender de la morfina. Tenía la pierna derecha gangrenada y en agosto de 1953 se la amputaron desde la rodilla. La simple y fría enumeración de sus tormentos produce asfixia: es como contemplar a los ojos el horror de la vida. Sus últimos años, en fin, son espantosos. Las drogas y el alcohol la tienen fuera de sí; los pocos cuadros que pinta muestran trazos torpes y emborronados. Es entonces cuando más se aferra al dogma comunista: Frida no cree en Dios y necesita encontrar algún alivio, algún sentido a tanto sufrimiento, tanto espanto: «Sólo soy una célula del complejo mecanismo revolucionario», escribe. Y pinta retratos de Stalin, y hoces y martillos sobre sus corsés, y un conmovedor cuadro titulado «El marxismo dará salud a los enfermos» en el que un etéreo y milagroso Marx sujeta entre sus manos a Frida, que abandona radiante sus muletas (ya le habían amputado la pierna para entonces). Pero su último cuadro fue un bodegón de sandías en el que sobre la carne roja y plena de la fruta escribió: «Viva la vida».

En abril de 1953 se inauguró la primera gran exposición de Frida en México; ella estaba ya tan mal que los organizadores creyeron que no podría acudir, pero a Diego se le ocurrió la idea de mandar la cama (el gran armatoste con dosel) e instalarla en medio de la sala de exposiciones, y luego llevar a Frida en ambulancia. Así asistió Kahlo, pues, a su fiesta de inauguración, drogada y lívida pero repintada y emperifollada (empeñada en reconstruirse), tumbada sobre el lecho. Todos sus amigos pasaron a saludarla de uno en uno: fue una especie de ceremonia religiosa, como una de esas largas colas de fieles que acuden a besar el borde del manto de la santa. Y ella se despidió de todos metida en su cama

eterna-cama mundo, en su velero del dolor, con la sonrisa desencajada y las manos resplandecientes de sortijas.

BIBLIOGRAFÍA

Kahlo, Anclrea Kettenmann, Ed. Taschen. Diego y Frida, Le Clézio, Temas de Hoy. Frida Kahlo, Rauda Jamis, Circe. Kahlo, mujer, ideología y arte, Eli Bartra, Icaria. Tinísima, Elena Poniatowska, Ed. Era. Frida, a biography, Hayden Herrera, Bloomsbury, Londres.

CÓMO LEER UNA OBRA DRAMÁTICA

Guía para la lectura de una obra dramática o teatral en el CONED

Un drama u obra teatral es un texto escrito en diálogo con la intención de ser puesto en escena, llevado al escenario y cuenta con indicaciones para la puesta en escena (acotaciones).

Antes de iniciar la lectura

- Busque información en internet sobre la persona autora: nombre, dónde nació, dónde vivió, dónde murió; cómo fue su vida.
- Busque información en internet sobre las circunstancias de la creación de la obra dramática: tiempo histórico, lugar, sucesos relevantes.
- Busque el significado de las palabras que no comprenda.

Durante la lectura

- Subraye los elementos que considera más importante.
- En un cuaderno aparte, escriba las características más importantes de cada personaje.
- En el mismo cuaderno, escriba los acontecimientos o hechos más importantes

Después de la lectura

- Realice un resumen de la obra.
- Escriba el aprendizaje de la misma.
- Compare la obra con sus circunstancias actuales o las circunstancias del lugar en el que vive.



Categorías del drama o teatro:

Comedia

Tragedia

Drama

melodrama

M.Sc. Almitra Desueza Delgado, Coordinadora de Español, CONED adesueza@uned.ac.cr / almitra.desueza.delgado@mep.go.cr Whatsapp: (506) 8968 7530

El Drama

El género dramático



El drama tiene su origen en Grecia. En sus inicios el teatro griego, estaba dividido en dos subgéneros: tragedia y comedia; de ahí que el mismo se representa con dos máscaras, una triste y una alegre. De este modo, las personas asistían al teatro a reírse o a llorar; y estaba dirigido a la clase aristocrática: nobles, reyes...

El teatro en sus orígenes no tenía mujeres actrices, así que el papel de ellas igual era representado por hombres; además ellos usaban unas batas largas, con unos zapatos de madera y máscaras; de manera que nunca mostraban ni su cuerpo, ni su rostro.

La Tragedia se caracterizaba por tener personajes heroicos, un estilo y lenguaje depurado, presentar la búsqueda de la justicia divina; tener un final doloroso; el héroe está destinado a sufrir situaciones inimaginables; y donde el protagonista comete errores por los que paga un alto precio, que puede incluir el castigo o la muerte.

La Comedia a su vez se caracterizaba por el uso de la ironía; el uso de personajes inferiores que encarnan algún vicio, mismos que se presentan por medio de situaciones divertidas, graciosas o ridículas; los personajes son arquetipos (representan un rasgo de los seres humanos el avaro, el mentiroso, el enamorado...); su objetivo es provocar risa; y al final cualquier conflicto es resuelto de manera satisfactoria.

El Drama corresponde a la combinación entre los dos géneros anteriores, por eso es también conocido como tragicomedia. El drama reproduce más

perfectamente la vida que la tragedia y que la comedia, porque abarca lo trágico, lo vulgar y lo cómico. De ahí que sus características mezclan ambos subgéneros: Presenta a los seres humanos tal como son, es decir, ya no se presentan seres superiores ni inferiores. En estas obras el hombre es dueño de su destino. Por lo mismo debe sobrellevarlo con su "humanidad", es decir con sus imperfecciones y limitaciones. El conflicto plantea situaciones en que se mezcla lo trágico y lo cómico. Plantea situaciones individuales o sociales en relación con los problemas que aquejan al hombre de la época. El desenlace puede ser feliz o infeliz.

Lo que sí caracteriza a este género literario desde sus inicios, independientemente del subgénero es:

- 1.Predomina el uso del diálogo y las situaciones dramáticas
- 2. Está estructurada en actos, escenas y cuadros.
- 3.Se necesita escenografía (mobiliario, vestuario, música, luces...)
- 4.No existe un narrador las acciones se narran a través de los diálogos de los personajes.
- 5. No tiene personajes; sino actores que los representan.
- 6. Tiene acotaciones.
- 7. Está escrito no para ser leído sino, representado ante un público espectador, sobre un escenario.

En una obra dramática reconocemos un cambio de acto, cada vez que hay un cambio en el tiempo, o en el espacio. Y un cambio de escena cada vez que entra o sale un actor del escenario. De este modo una obra puede tener un solo acto (si todo se lleva a cabo el mismo día y en el mismo lugar), pero muchas escenas.

Es importante reconocer la diferencia entre el texto dramático que leemos, y en el que los actores aprenden los diálogos. Y la obra dramática, que es el texto ya representado en escena; que los espectadores ven.

Es en el texto dramático donde vamos a encontrar las acotaciones, que corresponden a aquellos textos (frases), que no son parte del diálogo que deben aprender los actores. Generalmente se encuentran en otro tipo de letra o entre paréntesis; y están ahí para indicarle al actor lo que debe hacer, o al director, que va a montar la obra, qué cosas de la escenografía necesita para darle realismo a la obra.

Existen tres tipos de acotaciones:

- A. Escenografía; dirigida al director de la compañía que montará la obra, hace alusión al mobiliario, vestuario, luces, música, época... Ej (En la mesa un teléfono y unas flores...)
- B.Acción; dirigida al actor, le dice lo que debe hacer. Ej. (ve al público y sonríe)
- C.D<u>esplazamiento; l</u>e indica a actor si debe moverse en el escenario, entrar o salir de escena. Ej (*va a la ventana*)
- Y algunas veces podrían combinarse varias acotaciones a la vez. Ej (vα α la ventana y se asoma); donde se combinan acción y desplazamiento.

42

Méndez, Melvin (2011), Terminal del sueño, Editorial URUK, San José.

La joven y el rey

La tarde está escondiendo sus últimos rayos. Desde la zona de los sueños entra un hombre a escena, trae un bote para la basura, escoba y demás utensilios de su quehacer como trabajador de aseo. Su uniforme luce "ajado". Es un hombre maduro, más bien entrado en años. con una vida llena de pequeños triunfos pero también de grandes dolores. Padre de una gran familia pero ahora muy solo. Ha trabajado toda su vida en oficios menores por no tener estudios formales. Sin embargo es autodidacta y un muy buen lector, con una memoria de elefante y aficionado al gran teatro y al cine de su tiempo.

El inicia su acción cotidiana de barrer.

La joven entra a llamar por teléfono, pone sus cuadernos y libros en la banca luego se dirige al teléfono para intentar comunicarse con una amiga. Es una muchacha dinámica, enamoradiza, un tanto alocada, con una vida social activa, sin grandes cuestionamientos existenciales, pero sensible.

Coralia __ Aló se encuentra Mabel...dígale qué es de parte de Coralia. Si yo espero muchas gracias...

El hombre que está limpiando pasa cerca de la banca y se queda mirando el libro. con una señal de su cabeza le pregunta a la joven si puede mirar el libro, ella le hace un gesto vago , él se limpia las manos antes de tomarlo , con el consentimiento de ella lo toma y lo mira como un niño a una bolsa de dulces. Ella lo mira un tanto extrañada por el interés que él ha demostrado en el libro. Él lo continúa mirando con detenimiento...

(Aleyendo <u>la portada</u>) (Apenas adivinamos lo que dice por el movimiento de los labios)

Shakespeare...tragedias...

(La conversación de ella lo trae de nuevo a la realidad y cambia retomando su oficio)

Coralia __ Mabel...soy Coralia... me fue muy bien y a vos ?... Pintura !?,qué bueno... no !, yo matriculé teatro... no mujer, a mí el teatro no me gusta, pero a que no me adivinás quien se matriculó en teatro... Roberto, el de los ojitos achinados que conocimos ayer... Si claro , el cupo estaba agotado pero yo le mentí al profe , le dije que el teatro era para mi importantísimo y que si él me dejaba por fuera yo iba a ser una actriz frustrada y le lloré como media hora hasta que me matriculó ...Ay ,es que ese hombre me mata,...es guapísimo !! Y hoy fue con una camisita pegada al cuerpo que ni te cuento, ay aquel cuerpo que tiene... Mirá cuando el profe dijo que íbamos a empezar con unas escenas de Shakespeare yo dije: zas!, claro aquí está mi oportunidad; escogemos una escena de Romeo y Julieta y yo pido ser la Julieta de Roberto digo Romerto. Coralieta y Romerto , cómo te suena !? (ríe) (el sonido del teléfono que pide más monedas la interrumpe)

Ay, ay se corta la llamada, el número es 2702020, ah no esperá yo creo que tengo más monedas ya casi te llamo...

(Va hasta su cartera que ha dejado en la banca y busca incesantemente una
moneda) Oldemar (citando a Shakespeare) "Se ríe de las cicatrices quien nunca ha sentido una heridapero, calla!! Qué luz se abre paso por aquella ventana? es el oriente y Julieta es el sol. Levántate, bello sol, y mata a la envidiosa luna, que ya está enferma y pálida de dolor porque tú , oh doncella, eres más hermosa aún" Romeo y Julieta, Segundo acto, segunda escena!! (extendiénde su mano y le entrega una moneda) Aquí esta lo que busca Señorita!
Coralia (un tanto confundida) Gracias !! (Oldemar sigue en su oficio, ella va hasta el teléfono y reanuda su conversación) Coralia Pues si como te decía mujer, las ganas que tenía yo era que escogieran Romeo y Julieta pero el aburrido del profe dijo: (Imitándolo) Comenzaremos por una de las obras más importantes de este gran autor "El rey Lear", léanselo todos para la próxima semana y escojan una escena para representar con algún compañero!
Profe más aburrido!! A quien le interesa la historia de un anciano medio loco que
pierde su reino (Oldemar detiene su acción y la mira) Si mujertodos mis planes de enamorar a Roberto se esfumaron. Yo tengo ganas de dejar el curso pero como le dije al profe que para mí era importantísimo no me puedo ir tan rápido talvez vaya a dos o tres clases más y después no vuelvo Total, a Roberto lo puedo mirar en la soda y en otros cursos Oldemar (para sí) Pero a Shakespeare no Coralia Tengo tantas cosas que contarte, pero mejor hablamos mañanasi mujer hasta lueguitoAy que si Mabelita, Claudio te ama, él me lo dijo; pero cuando yo le conté que vos roncabas y que te olían los sobacos se puso a pensarlo No, no, es una broma !! Si ese novio tuyo es perfecto !!(cambia) Bueno, bueno hasta lueguito que ya se va a cortar la llamada, adiós, adiós !!
Coralia se sienta en la banca con la intención de leer. Toma el libro lo ojea, encuentra la tragedia del Rey Lear. Hace una mueca de desaprobación y lo pone a un lado. Saca un cepillo y comienza a cepillarse el cabello, lo vuelve a tomar y lee a regañadientes, lo deja nuevamente. Oldemar Veo que le gusta el teatro Señorita Condina de arriba a abajo mientras se coloca una "cola de caballo" Elmanado Ellera)
(Stafferhound <u>o el</u> Hibree) tr.o le gusta el teatro Coralia
Ah, lo dice por el libro no es mío es de la biblioteca !
OldemarClaro CoraliaTengo una tarea y ni modopero Shakespeare me aburre. OldemarNo diga eso por favor Shakespeare es el más grande! Coralia (muy curiosa) Perdón si le parezco grosera pero usted conoce a Shakespeare
Oldemar Las apariencias siempre engañan Señorita un simple barredor de aceras puede ser un hombre culto. Así como un Senador de la República puede ser un perfecto burro, no le parece!?

Coralia (sonriendo) Bueno sipuede ser
Oldemar Las personas no siempre son lo que parecen. Usted por ejemplo
parece una mujer inteligente y sin embargo no le gusta Shakespeare
Coralia (Busca argumentos para salir del apuro) Bueno si me gustame
encanta Romeo y Julieta, vi la película !
OldemarYo también !
CoraliaDe verdad ?
OldemarSoy aficionado al cine ! Que fue lo que más le gustó
Coralia (ingenuamente sincera) Ay el muchacho que hacía Romeo !! Oldemar Bueno si pero de la trama que parte le gustó más.
Coralia Ay ,lloré mucho cuando él la encuentra y cree que está muerta y
después se envenena . Luego ella despierta y se clava un puñal
Oldemar (Recitando de memoria y tomando la escoba para disfrazarla con el
paño de limpiar como si fuera Julieta. Debe conmoverse hasta el llanto)
" Ojos, mirad por última vez ! Brazos dad vuestro último abrazo ! Y vosotros,
labios, puertas del aliento, sellad con legítimo beso una concesión sin término a la
muerte rapaz ! Vamos, amargo conductor, vamos repugnante guía ! Piloto
desesperado, estrella contra las destructoras rocas tu barca fatigada y mareada !
Brindo por mi amor (lo hace con algún objeto que esta sobre la banca)
Ah veraz boticario ! Tu droga es rápida: así muero con un beso ". (Muere)
Coralia se queda con la boca abierta, no atina a responder nada.
(Oldemar sale de su personaje y cambia de golpe) Acto quinto, última escena
búsquela, allí está!
Coralia(mientras lo busca en el libro) Usted no es un misceláneoquién es
usted!?
Oldemar Tal vez soy un enviado de los tiempos. O una franja de su sueño que
no quiere abandonarla
Coralia No en serioquién es usted !?
Oldemar Sí. Soy un misceláneo como dice usted , mis papás me pusieron
Oldemar, un nombre raro, pero no soy quien para juzgarlos. ¿Y usted?
Coralia Coraliamucho gusto
Oldemar Coralia !! Suena parecido a Cordelia
Coralia ¿A quién ?
Oldemar Cordeliala hija menor del rey Lear!
Coralia Ah sí eh pero , usted no ha respondido a mi pregunta Oldemar
¿Cuál ?
Coralia¿Quién es usted ? Cómo sabe tanto de este libro porqué se sabe partes de memoriadígame la verdad, porque si no voy a creer que me están tomando el
pelo en uno de esos programas de cámara escondida (grita muy divertida)
¿Dónde está la cámara !?
Oldemar (sonríe) No ninguna cámara simplemente un hombre que nunca
pudo realizar su mayor deseo solo eso.
Coralia Hábleme de usted por favor , me interesa
Oldemar De verdadpensé que solo le interesaban los jóvenes con camisas
pegadas al cuerpo
Coralia Pues se equivocaRecuerde que las apariencias engañan.
(bromeando) También me interesan los locos !! No en serio hábleme sobre

usted. Las personas con las que yo me relaciono son muy unerentes a usted,
hábleme por favor !
Oldemar Le repito que puedo ser solo parte de su sueño
Coralia No me importa , quiero vivirlo intensamente antes de despertar !!
Oldemar(Se entusiasma porque alguien le pone atención, saca de su vieja
billetera una foto de su padre) Este es mi papá
Coralia (visiblemente interesada) Su papá , qué ropa tan curiosa
Oldemar Tiene puesto un vestuario él fue uno de los primeros aficionados
al teatro de este país
Coralia La foto es como de cine mudo
Oldemar Bueno si, era un teatro antiguo En el tiempo que llegaron las
viejas compañías españolas a San José, mi papa era empleado de una botica y en
todos los montajes que buscaran actores de relleno, él se metía. Extras le llaman
ahora.
Coralia Sí, creo que sí
Oldemar Sin permiso de los abuelos comenzó a hacer teatroDespués del
trabajo agarraba su chaqueta y se iba caminando desde la botica Solera hasta el
Teatro Nacional. Tiempo después trabajó en el viejo teatro Arlequín como
boletero. Papá se pasaba horas enteras contemplando los ensayosy haciendo
su partecita en el coro no sé si alguna vez hizo un gran papel, pero amaba el
teatro. Guardó todos los libretos en un baúl que después me regaló Yo era un
niño en aquella época, un niño pequeño y asmático
(Coralia tiene una pequeña reacción) Pero no crea usted que me lamento de esta
enfermedad, al contrario le doy gracias a Dios por haberla tenido
Coralia No entiendo
Oldemar Como yo era tan enfermizo pasaba noches enteras sin poder dormi
por causa de mi padecimiento bronquial. Y el viejo con una paciencia Franciscana
se levantaba a darme una cucharada de miel de abeja con limón y se quedaba a
mi lado toda la noche; siempre tenía un libreto que estudiar y para que yo no me
sintiera mal de que él tampoco podía dormir , me decía: tranquilo Oldemar, cuando
me muera voy a dormir todo lo que no he dormido hoy ! además tengo que
· · · · · · · · · · · · · · · · · · ·
aprenderme el papel -decía- El viejo recitaba párrafos enteros de las obras
Shakespeare como un genio .Y yo solo lo escuchaba haciéndole coro involuntario
con un sonido de gato en mis pulmones.
Coralia Ahora entiendo por qué le da gracias a la enfermedad
Oldemar Sentado en esa cama, con dos grandes almohadas en mi espalda
aprendí a amar el teatro(toma el libro en sus manos) El teléfono público
interrumpe la conversación, Oldemar se levanta del banco y contesta.
Oldemar Aló si un momento Señorita (A Coralia) Es para usted Dice que es
de parte de Mabel
Coralia (le hace señas a Oldemar para que no se vaya, este reanuda su
limpieza)
Aló Mábel, diay mujer cómo me encontraste, que bruta vos parecés el FBI, ah yo
te di el número es ciertoPara qué me llamás ? full pelón dondedónde es la
fiesta !? En casa de Yamileth Okey ,en diez minutos caigo por allá !!
(Ella cuelga y se dirige a recoger sus pertenencias que están en el banco) (Sin
embargo no se puede ir , siente que algo está inconcluso)
and the paragraph of the angle esta meanings,

Oldemar____ Señorita Coralia, adiós... despídase de su sueño...

Coralia__ (se debate entre su deseo y su promesa) Es cierto prometí escucharlo todo...la fiesta puede esperar. Siga contando, por favor...

Oldemar____ Muy sencillo, mi padre murió, mi madre se hizo cargo de nosotros lavando ajeno y dándonos una educación básica. Este joven creció y empezó a ganarse la vida y a llevar el sustento a la casa como cualquier hijo de vecino y aunque me picaban las ganas de hacer teatro, muy en el fondo sabía que no lo iba a lograr.

Mi único refugio fue el cine...esta pared perteneció a un viejo cine al que yo acudía de jovencito... (se acerca a la pared y la acaricia) Quo Vadis, Ben Hur, Casa Blanca, Los diez mandamientos, Una Eva y dos adanes, Chaplin, Richard Burton Elizabeth Taylor...

Coralia____ ¿En ese entonces no se podía soñar con ser actor...?
Oldemar____ No, eso era una utopía para los de poca plata. Solo los jóvenes acomodados podían hacer teatro en mi tiempo. Yo me quedé con un sueño apretado en aquel baúl!!

Después llegó el matrimonio y nacieron mis tres hijas... por las que entregué lo mejor de mi vida... Después de muchos años de trabajo construimos una casa grande y éramos un reino feliz .

Luego las dos mayores se casaron y junto con sus esposos falsificaron documentos y se quedaron con la propiedad.

De la noche a la mañana nos tiraron a la calle, dejándonos a mi esposa, mi hija menor y a mí en la más absoluta miseria. Construimos un ranchito a la orilla de un potente río y ... las últimas lluvias que lo inundaron todo se llevaron mi segunda casa y con ella a mis tres tesoros : mi esposa, mi hija y mi baúl !!. (llora suavecito) Y colorín colorado este rey está acabado.

El teléfono suena, Coralia sabe que es su amiga que insiste en la fiesta y no haya como decirle al viejo que se quiere ir. Él le hace una seña muy vaga de que se sienta libre para irse. Finalmente ella espontáneamente se acerca a él y le entrega un beso. El viejo responde arrodillándose y dándole un beso en la mano como a una reina. El teléfono deja de sonar y ella sale)

(Comienza a sonar la lluvia en los parlantes y el hombre se dirige a sus objetos de limpieza y muy naturalmente y con toda la carga emocional de los recuerdos que acaba de traer a su memoria se coloca dichos implementos como si fuera el rey Lear, se pone de pie sobre la banca y comienza a decir el texto...)

Rey (Oldemar)___ Soplad, vientos, hasta romperos las mejillas! Enfureceos, soplad! Cataratas y huracanes, verteos, hasta que hayáis sumergido nuestros campanarios, ahogando sus gallos!! Vosotros fuegos sulfurosos, rápidos como el pensamiento, heraldos de los rayos que parten los robles, abrazad mi cabeza cana! Y tú, trueno que todo lo sacudes, golpea la rotundidad espesa del mundo, rompe los moldes de la naturaleza, y vierte a la vez todos los gérmenes que engendran al hombre ingrato!

Coralia ha vuelto. Cuando el viejo termina este parlamento, ella se acerca a la banca con una gran sombrilla en una mano y en la otra el texto y lee. El hombre le hace un gesto de que lea y ella lo hace.

Coralia " Oh tío el agua mansa en una casa seca es mejor que esta agua de lluvia al descubierto. Buen tío, adentro, pide la bendición a tu hija. Esta es una noche que no tiene piedad ni de los cuerdos ni de los locos ". Rey—Retumba con todo lo de tu panza, escupe fuego, chorrea lluvia: ni la lluvia, ni el viento, ni el trueno, ni el fuego son mis hijas. No os acuso elemento, de ingratitud; nunca os di un reino, ni os llamé hijos; no me debéis obediencia. Entonces dejad caer vuestro horrible deseo. Aquí estoy, esclavo vuestro, un pobre viejo, enfermo, débil y despreciado: pero sin embargo os llamo ministros serviles, porque habéis aliado con dos perversas hijas vuestros ejércitos engendrados en lo alto, contra una cabeza tan anciana y tan blanca como ésta. Ah esto es vil !! Coralia (invitándolo a sentarse junto a ella) El que tenga casa en que meter la cabeza, tiene buena montera El lo hace, la luz se concentra sobre esta imagen lentamente
Coralia Gracias por el sueño Oldemar No hay de que princesa, gracia a usted por soñarlo !
La luz se centra sobre la imagen de ella con su gran sombrilla. A un golpe de trueno se apagan las luces. El hombre sale. Al volver esta ella sola con las últimas gotas de lluvia y con la sensación de no saber si lo que acaba de pasar fue un sueño o realidad. Una música de época llena el espacio y la luz cenital va lentamente hasta el apagó. Ella toma el libro con gran emoción y lo estrecha contra su pecho.
 Fin

CÓMO LEER UN CUENTO

Guía para la lectura de un cuento para el CONED

Un cuento es un relato corto, con pocos personajes, que tiene la función de contar una historia centrada específicamente en un hecho o acción.

Antes de iniciar la lectura

- Busque información en internet sobre la persona autora: nombre, dónde nació, dónde vivió, dónde murió; cómo fue su vida.
- Busque información en internet sobre las circunstancias de la creación del cuento: tiempo histórico, lugar, sucesos relevantes.
- Busque el significado de las palabras que no comprenda.

Durante la lectura

- Lea el cuento por primera vez de una sola "sentada".
- En un cuaderno aparte, escriba los nombres de los personajes y su función en el cuento.
- En el mismo cuaderno, escriba los acontecimientos o hechos más importantes.
- Escriba el tipo de narrador, los espacios más importantes, el tiempo predominante, la secuencia predominante y el estilo predominante.
- Relacione el cuento con las características contextuales, el momento en que fue escrita la obra
- Relea el cuento y escriba sus observaciones, impresiones o pensamientos del mismo.

Después de la lectura

- Realice un resumen de la obra.
- Escriba el aprendizaje de la misma.
- Compare la obra con sus circunstancias actuales o las circunstancias del lugar en el que vive.



Físico: lugar(es)

Religioso (creencias)

Psicológico (pensamientos y sentimientos)

Educativo (Conocimientos)

Social (costumbres)

Económico (nivel de riqueza o pobreza)





Tipos de narradores:

Protagonista (1 persona, cuenta su propia historia) Testigo (3 persona, cuenta lo que ve y lo que oye)

Omnisciente (3 persona, lo sabe todo, conoce el mundo interno de los personajes)

M.Sc. Almitra Desueza Delgado, Coordinadora de Español, CONED adesueza@uned.ac.cr / almitra.desueza.delgado@mep.go.cr Whatsapp: (506) 8968 7530

Explicación de la guía de análisis para la narrativa

<u>Argumen</u> to: Contar con palabras propias el contenido del texto. No debe ser muy extenso, pero sí contener la introducción, el desarrollo y la conclusión.
Personajes: La descripción de los personajes debe ser no solo física, sino también emocional, pues no solo se es rubio, o flaco; sino también bueno o dependiente
<u>Estruc</u> tura: externa (en el caso de la novela) cuántas partes o capítulos tiene e interna (introducción, desarrollo, conclusión)

- <u>Narrador</u>: Este narrador cuenta la historia. Existen tres tipos de narrador. La novela por lo general, debido a su extensión, tiene varios tipos de narrador, por lo que determinamos cuál predomina, aunque se citan y ejemplifican todos.
- a. Protagonista, cosas que le sucedieron a él.

"Me casé joven y tuve la alegría de encontrar en mi esposa una disposición que no desafinaba por la mía"

b.Testigo; Si cuenta cosas que le sucedieron a otro pero que él fue testigo, ya sea porque lo vio o porque el protagonista se lo contó.

"No es cuento, es una historia que sale de mi pluma como ha ido brotando de los labios de ñor Cornelio Cacheda... Me la refirió hará cinco meses..."

c.Omnisciente; Si cuenta cosas que le sucedieron a otra persona. Este tipo de narrador a diferencia de los anteriores no forma parte de la narración, no es un personaje. Está fuera de la narración, es como un Dios que lo sabe todo, aún lo que piensan los personajes.

"Y cuando silenciosa y triste se confundió la joven con el torbellino de alegres parejas, aquella lágrima que temblaba aún en su faz demudada, brillaba con las luces del salón como diminuto diamante"

- <u>Tiempo</u>: Un momento o período de tiempo en que sucedan los hechos. Existen dos formas de presentar los acontecimientos: cronológica o psicol ógic a.
 - a-Tiempo cronológico (lineal); cuando los hechos se dan en un orden

lógico, de reloj, o de calendario. Primero la mañana, luego la tarde y luego la noche; o pasó un día, luego un mes y finalmente un año.

b-Tiempo psicológico (perturbado); cuando la historia da inicio a la mitad oal final y el narrador se devuelve a contarnos qué era lo que había pasado.

•Lenguaje: Cómo todos sabemos existen diferentes registros de habla. En

las narraciones pueden darse varios, principalmente si son extensas. Entre los más comunes tenemos:

El culto (generalmente con palabras elegantes),

"Generación espontánea. Inadmisible explicación en casi todos los casos, que hube de aceptar para el que ahora me ocupo de contarles.

Magia, sería la otra posible, pero ¿cómo hablar de magia si lo único fue un mirarse a medias.

El popular (Traiga la leña pa vela)
"Estimada Domitila:
cojo la pluma en mis manos
tan solo pa notisiale
que estoy gordísimo y sano..."

El coloquial (que oímos cotidianamente).

"Vivía en un destartalado caserón de tres pisos, con algunos cuartos vacíos y otros alquilados como depósito a una licorera"

Ambiente (Espacio): El ambiente es todo lo que enmarca una obra. Son muchos tipos de ambientes; no hace falta señalarlos todos, sino solamente aquellos que sean relevantes para el desarrollo de los acontecimientos. Algunos de ellos son:

a-Físico; descripción del lugar en que se llevan a cabo los hechos

"En el pueblecito de San Fernando, que cuenta apenas sesenta casa, se dan cita tres grandes ríos que lo enriquecen: a la izquierda, el Atabapo de aguas rojizas y arenas blancas; al frente, el Guaviare, flavo; a la derecha, el Orinoco, de onda imperial. ¡Alrededor, la selva, la selva!

b-Psicológico; cómo se sienten los personajes en ese entorno

"Pero dónde, en qué parte!¡Hay tantos alambrados allí, y es tan sucio el monte...!

¡Oh, muy sucio...! Por poco que no se tenga cuidado al cruzar los hilos con la escopeta en la mano... El padre sofoca un grito. Ha visto levantarse en el aire... ¡Oh, no es su hijo, no...! Y vuelve a otro lado, y a otro lado y a otro..."

c- Social; si intervienen diferentes clases sociales y cómo interactúan o se relacionan entre sí, o bien si el ambiente social está cargado de violencia, o se presentan problemas sociales: alcoholismo, drogas...

"Hasta entonces parecía no haberse enterado de la condición esclava de los caucheros. ¡Cómo pensar que nos apalearan, nos persiguieran, nos mutilaran aquellos señores de servil ceño y melosa charla que salieron a recibirlo"

d- Político ; si hay un ambiente político que influya en los personajes y sus acontecimientos (cómo lo hace)

"...nuestro cónsul, al leer mi carta, replicará que su valimiento y jurisdicción no alcanzan estas latitudes... quizá extienda los mapas y diga que es territorio venezolano y lo envíe a Ciudad Bolívar..."

e- Religioso; si se presenta alguna influencia religiosa (de cualquier tipo)

"Mi mamá no sabe por qué Dios la ha castigado tanto al darle unas hijas de ese modo, cuando en su familia, desde su abuela para acá, nunca ha habido gente mala. Todos fueron criados en el temor de Dios y eran muy obedientes y no le cometían irreverencias a nadie.

- f- Ético; tiene que ver con la moral, lo correcto e incorrecto, lo legal y lo ilegal
- "___Para la otra vez que lo mate___ replicó Scharlach___ le prometo ese laberinto, que consta de una sola línea recta"
- g- Económico ; si el factor económico influye en las acciones de los personajes.

"porque mi papá con muchos trabajos había conseguido a *la Serpentina*... para dársela a mi hermana, con el fin de que ella tuviera un capitalito y no se fuera a ir de piruja como lo hicieron las otras dos hermanas, las más grandes."

Le invito a reforzar con esta videotutoría.

https://youtu.be/x8PZwJwPIQA

<u>Práctica</u>



Reconocimiento de aspectos del análisis literario

•Tono: serio, irónico, exhortativo

Identifique el tipo de narrador, tono, ambiente, lenguaje y estilo que aparece en el párrafo, según se le indique.

•Lenguaje: culto, popular, coloquial	
•Estilo: directo, indirecto	
•Narrador: protagonista, testigo, omnisciente	
•Ambiente; físico, psicológico, social, económico, político	
1."Otro día habló de Cuba. Muy interesado en la pesca, preguntó si le gustari con él un largo viaje por mar".	ía hacer
Estilo	
3. "Tienes una pecas encantadoras; no debías ocultarlas." Estilo	
4."Señorbalbucí ¡Son dos muchachos que están con fiebres!"	
Estilo	
5."Me dijo que quería que me quedara en los siringales viviendo con él, ¡imposible! ¡O que nos casáramos en Manaos! Un absurdo. Y en e viaje, Estilo	l último
6. "En otra oportunidad al contemplarla el muchacho con enamorados ojos todo podían presagiarlo menos tormentas, repentinamente la llamó Cata	•
Narrador	

6. L	"Otra cosa: una vez, al salir de su oficina, se nos atravesó un gato negro; él se devolvió los tres pisos y sin ascensor. Diz que se le había olvidado in papel. Conque sí: supersticioso en secreto."
N	arrador
р	y al salir desalado tras de Franco, vi que Millán, con emulador aceleramiento, tendía su caballo sobre la res; mas esta al inclinarse el hombre para colearla, lo enganchó con un cuerno por el oído, de arte a parte, desgajólo de la monturapero en horrible instante, isándolo, le arrancó la cabeza de un golpe"
	Tipo de narrador
	Me robé una mujer y me la robaron! Narrador go a matar al que la tenga!
9."G	eneración espontánea. Inadmisible explicación en casi todos los casos,
med	que hube de aceptar para el que ahora me ocupo de contarles. Magia, sería ra posible, pero ¿cómo hablar de magia si lo único fue un mirarse a lias. uaje
10."	Era preciso evitar cualquier descuido, por lo que redobló las atenciones
med	aspecto: cortó los rizosy con polvos oscuros marcó la sombra en io de ambos ojos" guaje
	'Mi querido Pedro Vindas: cojo la pluma en la mano ontestale su carta, Lenguaje que con salú nos h'ayao;
	"Esta nueva especie de esclavitud vence la vida de los hombres y es transmisible a sus herederos" Espacio
vacío Clar	Vivía en un destartalado caserón de tres pisos, con algunos cuartos os y otros alquilados como depósito a una licorera" isa ucio

14."Al cuarto día de mi homicidio un grupo de policías llegó intempesti a la casa y procedió de nuevo a hacer una investigación rigurosa	
Espacio	
15."el Cura me las pide pa paralas con naguas de puros linotes en el a del Corpus, y pa los días de semana santa las sacan en la procesión arrimadas al nazareno y al Santo Sepulcro" Espacio	
16¡Mátelos, que yo vuelvo! ¡Pero perdone a la pobre Tono Alicia! ¡Hágalo por mí! ¡Como si fuera María Gertrudis!"	
17." Lönrot avanzó entre los eucaliptos la casa abundaba en inútiles simetrías y en repeticiones maniáticas bajo el nivel de la terraza estrecha persiana" Tipo de tono	
18."aquel muchacho que hace ocho o diez meses se casó con Luisa Velasco y que, según las malas lenguas, estuvo enamorado de ti.	
Tipo de tono	

Fernández Guardia, Ricardo, (2017), Cuentos ticos, EUNED, San José, Tercera impresión.

El clavel

Emilia despertó al amanecer, febril y extenuada. En toda la noche no había tenido sosiego, dando vueltas en la cama y recordándose! a cada instante, presa de una gran agitación mental. La cabeza le dolía, los oídos le zumbaban y un calor insoportable le quemaba la piel. Hizo esfuerzos de voluntad por recobrar el sueño, mas no lo pudo conseguir. Un solo pensamiento la asaltaba con exasperante tenacidad, incrustándose hondamente en su cerebro, ahuyentando todos los demás. Cansada de luchar acabó por entregarse vencida a la idea avasalladora. Entonces reinó despótica en su mente la gallarda persona de Carlos Gutiérrez. Era una porfía, una obsesión contínua que en vano había tratado de repeler, guiada por su buen juicio y seriedad nativa, que la ponían en guardia contra una aventura a todas luces peligrosa. La desigualdad de origen y de posición era entre ellos demasiado profunda para que una alianza fuera posible. Demasiado lo comprendía Emilia su claro discernimiento y su corta pero segura experiencia de los preocupaciones sociales, adquirida al contacto de sus compañeras de colegio. Por otra parte, ella no era mujer que se prestase a pasatiempos y devaneos amorosos. Ni su dignidad ni su orgullo lo toleraban. Cierto era que Carlos parecía sincero; pero como quiera que fuese, lo prudente por el momento era permanecer en la más absoluta reserva y no soltar prenda alguna que pudiese revelar al joven el estado de su ánimo. Estas y otras cosas muy discretas discurría su cabecita bien equilibrada; pero no bien tomaba la batuta el corazón, se desvanecían al instante los buenos propósitos y las cuerdas reflexiones se trocaban en fantasías halagadoras que le hacían ver como realizable el secreto anhelo de su alma. A través del prisma de sus ilusiones, los obstáculos que de Carlos la separaban, no pare infranqueables como la fría razón se empeñaba en representarlos porque si bien él pertenecía a una familia aristocrática v ella no tenía por qué avergonzarse de la suya, modesta en verdad ro de una honradez sin tacha. Su padre pasaba por el principal vecino de la villa y hombre muy acaudalado, lo que no era de despre

ciar ni mucho menos. Además, por el lado de su madre estaba emparentada con gentes de importancia. Pasando de estas consideraciones generales a las que directamente se relacionaban con su persona. no podía negar que se sentía satisfecha de sí misma. Bonita lo era sin duda alguna. A saciedad se lo probaban el espejo y las miradas admirativas de los hombres que siempre volvían la cabeza con insistencia, después de pasar a su lado, invenciblemente atraídos por su donaire. Juzgando con imparcialidad se consideraba inteligente y agraciada, sintiéndose con fuerzas para elevarse muy por encima de lo que hasta entonces había sido; pero más que todo le halagaba un recuerdo, el más grato para su vanidad femenil, que era, por decirlo así, la prueba decisiva, la consagración de su belleza.

Algunos meses antes había estado en el Nacional de San José con el objeto de conocer el teatro y de ver una compañía de ópera de mucha fama. Muy cortada por la novedad del espectáculo y la brillantez de la concurrencia, se empeñó en quedarse en el fondo del palco, a pesar de los ruegos de los amigos que la acompañaban; sin embargo, hasta allí fueron a buscarla muchos gemelos escudriñadores para quedarse largo rato fijos en ella. En un entreacto salió a dar un paseo por los pasillos y el salón de descanso, provocando su presencia en los espectadores un movimiento de curiosidad y admiración.

Después supo que muchas personas habían preguntado por la bella desconocida. Esta revelación del poder de sus atractivos despertó en ella el amor propio de mujer bonita, adormecido por el medio en que habitaba, e hizo germinar en su alma, el secreto deseo de nuevos triunfos; pero su padre, aunque rico lo bastante para vivir con desahogo, y aún con lujo en la capital, no convino jamás en dejar el lugar de su nacimiento, donde era considerado, querido y además personaje importante. En cuanto a ella y su madre hubieran preferido trasladarse a San José, ciudad que se les figuraba el emporio del placer, el París pequeño con que sueñan todos los que no han salido nunca de la tierruca.

Duro había sido para Emilia acostumbrarse de nuevo a la vida del campo, después de pasar años en la capital, frecuentando el Colegio Superior de Señoritas, donde recibió una instrucción bastante esmerada, que había de serle más perjudicial que provechosa en el caso probable de que se casase con un hombre de su línea, al cual tendría que mirar como inferior, resultado inevitable de una educación desigual. Ella así lo presentía, y sin duda, por este motivo rechazó de plano los mejores partidos de la villa, que se apresuraron a cortejarla a su regreso a la casa paterna.

Algo presumida y orgullosa, gustaba poco de amistades, porque había desacostumbrado de la rudeza campesina y ahora le chocaba. As fue que concretó sus relaciones a media docena de personas que la flor y nata de la villa. Casi nunca se la veía en la calle ni tampoco en la ventana, y aunque muy aficionada a la lectura, como no era ro. mántica, las novelas poca mella hacían en su imaginación tranquila y reposada de mujer sesuda. Fuera de algunos coqueteos insustanciales durante el tiempo que vivió en San José en casa de una parienta, no había dado oídos a ningún cortejo ni menos sentido amor por nadie, hasta el día en que vio por primera vez a Carlos Gutiérrez.

La familia de éste poseía en la vecindad del pueblo un café donde pasaba todos los años una temporada de tres meses. El padre de Emilia y el de Carlos se conocían de antiguo como propietarios de tierras colindantes que nunca dejaban de visitarse una o dos veces durante la estación veraniega. De aquí nacieron relaciones de vecindad entre las mujeres de ambos y más tarde Emilia y Hortensia, hermana de Carlos. A éste, Emilia no lo había visto nunca, porque se hallaba en Alemania estudiando para médico desde hacía varios años. ¡Y cuán honda impresión hizo en ella el día que lo conoció en una visita a la hacienda! Desde el primer instante se sintió conquistada, subyugada por su talante airoso y sus modales francos y corteses. Las visitas le fastidiaban, pero ese día deseó que la de su madre se eternizara y a pesar de que fue larga, como las hacía ordinariamente la señora, a ella le pareció muy corta. Y eso que todavía se prolongó buen rato, porque Hortensia y Carlos se empeñaron en acompañarlas durante un trecho de camino, hasta cerca de la villa. Después había visto al joven médico con alguna frecuencia, los domingos a la salida de misa o pasando a

caballo por frente de su casa cuando iba a la hacienda o volvía a la ciudad, porque acostumbraba venir los sábados en la tarde para regresar los lunes temprano a sus ocupaciones. Siempre que con ella se encontraba le hacía un gran saludo muy respetuoso. Y qué manera tenía de descubrirse, con cuánto garbo y elegancia se quitaba el sombrero. Así debían de saludar los príncipes. En varias ocasiones se paró a conversar con ella y su madre, dejándolas siempre encantadas de la nobleza de sus modales.

Emilia echó de ver desde el primer día que Carlos la miraba con interés. A cada nuevo encuentro esa sensación era más viva; pero con todo, ella se guardó de hacer ni decir nada por donde pudiera traslucirse que lo había notado. Poco después de la visita famosa, recibió un convite de Hortensia para comer melcochas. Antes de resolverse a aceptarlo vacilo mucho, porque comprendía el peligro de abandonarse a la inclinación naciente que en su pecho se agitaba; pero no obstante los consejos de la prudencia y engañándose a sí misma con sofismas y sutiles raciocinios, se dejó llevar por el deseo imperioso de ver a Carlos.

Cuando llegó a la hacienda se encontró con que había mucha gente por ser el cumpleaños de Hortensia. Además de algunas familias que veraneaban en quintas vecinas, vinieron en coche de San José unas cuantas amiguitas, todas muy elegantes. Emilia no estaba preparada para el caso y se sintió corrida en presencia de damas tan apuestas y encopetadas, que sin hablarle la miraban con burlona curiosidad; y a no haber sido por las amabilidades de Carlos que la hubiera pasado un rato más amargo todavía; pero el joven se distinguió con ella, atendiéndola y cortejándola de preferencia, lo que no dejó de dar lugar a cuchicheos y malignas murmuraciones. Después del refresco, servido debajo de un frondoso higuerón, las señoritas y los pollos de San José, se pusieron a retozar como chiquillos, con no poca sorpresa de Emilia que no estaba familiarizada aún con las licencias que suelen tomarse en ocasiones las gentes de alto coturno. Cuando se hartaron de correr y de loquear, decidieron volver a la casa donde los esperaba la comida. Una vez concluida, se improvisó un alegre bailoteo que puso término a la fiesta.

Emilia bailaba mal y no quiso ceder a los ruegos de Carlos que 1 taba para que lo hiciese con él; mas no se habría portado como mujer consintiendo en deslucirse delante de aquellas rivales que vale ban a perfección. En cambio ninguna era tan bonita como ella. No sería modesto pensarlo así, pero la verdad ante todo. Cerca de las diez se disolvió la reunión a instancias de las mamás, que con mucho trabajo consiguieron juntar su grey y meterla en los coches, después de la interminable cháchara y besuqueo de la despedida. Las familias que habitaban en las haciendas de las cercanías partieron a caballo. Sólo Emilia, cuya vivienda estaba tan próxima, regresó a pie. Su padre había venido en su busca, pero Carlos quiso a todo trance in con ella hasta su casa.

El recuerdo de aquella caminata nocturna en compañía turbaba hondamente. Hasta los menores detalles se había en su memoria y allí vivían palpitantes. La luz muy tenue baja del cielo salpicado de estrellas, permitiendo ver apenas el suela blancuzco del camino; el chirrido agudo de las chicharras en las zanjas, los destellos fosforescentes de las luciérnagas danzando en la oscuridad impregnada del hálito voluptuoso de las plantas soñolientas. Su padre abría la marcha indicándoles los malos pasos. Carlos y ella seguían de bracero, silencioso e intimidados al sentirse tan cerca en el misterio de la noche, que les daba la sensación inquietante de una soledad completa. Cerca de un puentecito que tenían que a vieron perderse en la sombra de una arboleda una pareja enlazada "Deben de ser enamorados" -le susurró Carlos al oído... "Dichoso él" -añadió después de un suspiro. Ella no dijo nada, pero en su pecho una voz apasionada contestó muy quedo: "Dichosa ella".

Esto había sucedido una semana antes y desde entonces Emilia no tenía sosiego ni otro pensamiento. A tal punto habían llegado las cosas que ya era necesario una solución en cualquier sentido que fuese, bien admitiendo los cortejos de Carlos y en este caso imponía una explicación clara y terminante de sus propósitos, o si no cortando toda clase de relaciones con él y su familia para atajar el mal cuando aún era tiempo. La dificultad estaba en saber cuál de estos dos

caminos era el más conveniente y acertado. Este dilema había hecho nacer en el alma de Emilia una lucha incesante que la tenía en vilo y le robaba el sueño.

Todavía la víspera, cuando después de muchas reflexiones estaba ya resulta a seguir los consejos de la sana razón, había visto flaquear todo los buenos propósitos al recibo de un recado de Hortensia invitándola un paseo a caballo para el día siguiente. Triunfó sin embargo la cordura y con gran pesadumbre se excusó de asistir, pretextando mala salud, lo que la fatiga que se pintaba en su rostro hacía verosímil. Por desgracia Carlos pasó en la tarde cuando ella salía casualmente a la ventana. Mas ¿podía decir con lealtad que la coincidencia fuera del todo fortuita? Ella misma no lo sabía ni se daba

cuenta exacta de cómo había ido allí. Maquinalmente quizás; tal vez impulsada a su pesar por un deseo irresistible. El joven médico le habló de la excursión proyectada, mostrando visible contrariedad cuando supo que Emilia no tomaría parte en ella. Insistió con ruegos para que cambiase de propósitos, y al fin ella acabó por prometerle que iría, siempre que se sintiese mejor a la mañana siguiente, para lo cual convinieron en verse a la salida de la misa. "No tenga usted cuidado -le dijo él al despedirse con mucha zalamería-. Si usted se pone mala yo la curaré".

Apenas continuó el joven su camino, Emilia se sintió humillada y colérica consigo misma. ¿Por qué, į tan poca voluntad y firmeza de carácter tenía que no pudiese resistir a la fascinación que aquel hombre ejercía sobre ella? Oculta detrás de una ventana lo miraba alejarse, bien sentado sobre el brioso caballo, y su carazón se iba tras él. Pero la idea de que tal vez la consideraba como un simple pasatiempo veraniego, como un dije que se tira cuando ya no place, despertó en ella el odio popular contra el aristócrata, sentimiento implacable, hecho de humillación y envidia. Y no obstante lo insoportable que para su amor propio era ya esa suposición, aún quedaba otra mucho más injuriosa; pero la posibilidad de semejante ultraje no quería considerarla siquiera. Todo su ser protestaba contra ella. Carlos, un caballero tan cumplido y pundonoroso no era capaz de abrigar tan infame proyecto. Sin embargo, ¿quién se fía de los hombres, cuando hasta los

que parecen más hidalgos no tienen escrúpulos en engañar miserablemente a una pobre mujer? La desgracia reciente de una prima suya muy linda, que perdió la honra por haber creído en las promesas de un joven del cogollito de la sociedad josefina, era buena prueba de que no hay que fiarse de ninguno. De vez en cuando una voz interna la interrumpía burlona para decirle que todas esas filosofías carecían de objeto, siendo así que Carlos no le había dicho una sola vez que la amase, lo cual era muy cierto, pero no lo era menos que se lo daba a entender con mil exquisitas atenciones y calculadas reticencias, tan significativas como la más franca declaración. Además, ésta ya no podía tardar mucho. Emilia la presentía, varias veces la había visto palpitar en los labios de Carlos, pendiente tan solo de una mirada o de un gesto de su parte; pero ella, lejos de provocarla, siempre había procurado eludirla.

Esta multitud de ideas encontradas que nacían del sentimiento de su dignidad y del amor que le inspiraba. Carlos, había sido causa del insomnio de la noche anterior. Por más que se devano los sesos buscando una solución satisfactoria del problema, no había podido concluir nada; antes era cada vez mayor el desconcierto de su ánimo. Por fin resolvió levantarse. Al poner los pies en el suelo sintió un mareo y una punzada violenta en la cabeza, consecuencia de la excitación del sistema nervioso. Un baño frío fue el calmante necesario. Con verdadero deleite metió Emilia las manos ardorosas dentro del agua bienhechora, a cuyo contacto sentía evaporarse la fiebre que le resecaba la piel. El bienestar del cuerpo llevó la calma a su agitado espíritu De pronto, sin embargo, vio clara la situación. Ella no podía admitir, ningún cortejo de Carlos, sin que éste declarase terminante y abiertamente la intención de hacerla su esposa. Así lo requería su decoro y las circunstancias en que ambos se hallaban colocados. Por lo tanto, debía cesar desde luego el principio de intimidad que entre ellos se había establecido, lo mismo que sus visitas a la hacienda, para obligarlo a venir a buscarla a su casa, si verdaderamente la estimaba y quería lo suficiente para casarse con ella, a pesar de la desigualdad de sus cunas. Tomada esta resolución, Emilia comenzó de prisa un tocado, porque ya iba a ser la hora de la única misa que se decía en la villa. Mientras peinaba delante del espejo su

cabellerea undosa y abundante, que le coronaba la frente como un casco de ébano pulido, sonreía satisfecha ante la gentileza de su figura. Sus ojos negros y aterciopelados parecían más grandes en medio de las sombras con que los habían ceñido el desvelo y la fatiga. Su boca pequeña, de labios rojos y un poco gruesos, aparecía provocante como una fruta sazonada, debajo de la nariz fina y recta. Era verdaderamente bella, no tanto por lo clásico de las líneas, como por la deliciosa armonía del conjunto, por la tersa frescura de la piel, por la pequeñez de las orejas de un dibujo irreprochable.

No se puede asegurar que Emilia oyese la misa con devoción. El traje claro de Hortensia arrodillada cerca del altar mayor, la distraía a cada instante rememorándole cosas que no se avenían con el recogimiento necesario para presentar como es debido el santo sacrificio. Sentía que su resolución no era ya tan firme y comenzó a temer el momento de la entrevista con Carlos, que de seguro iba a tratar de disuadirla de su propósito, como sucedió. Esperándola estaba en las gradas de la iglesia y sus primeras palabras fueron para declararle que si ella se quedaba él tampoco iría al paseo. Después llegó Hortensia a unir sus instancias a las de Carlos y hasta su propia mamá intervino en el asunto, asegurando que su indisposición no valía nada, pues no era más que un simple dolor de cabeza, que se disiparía con el aire y el ejercicio. Todo se conjuraba contra ella. Era una fatalidad ante la cual hubo de inclinarse.

Como punto de reunión se había señalado la plaza de vez que llegaron los invitados, partieron todos con rumbo a un lugar muy pintoresco, situado a orillas de un río distante unas tres horas caballo. Emilia iba algo taciturna de verse así contrariado lución. Carlos se colocó a su lado y no la desamparo en todo el trayecto, elogiándola repetidas veces por la soltura con que su caballo, con otros mil requiebros y flores que pronto consiguieron desvanecer su displicencia. El camino, quebrado y pedregoso, estaba solitario por ser domingo. De trecho en trecho surgía una casucha, casi siempre cerrada en ausencia de sus habitantes, que habían ido al pueblo vecino a oír misa, a comprar y sobre todo a beber sus copitas. Los perros que habían quedado guardándolas ladraban el trato le caballos y corrían tras ellos hasta que un latigazo los hacía huir aullando. Sobre boles de

los árboles de los vallados desplegaban su vestidura de purpura las guarias moradas, y los ramos de los cafetos pendían despojado y marchitos por la cosecha reciente y el rigor de la sequía. Los prados amarilleaban, completamente exhaustos de verdura, y los infelices rumiantes se atareaban inútilmente buscando alguna yerbecita jugosa para acallar el hambre. Sedienta, la tierra aguardaba con impaciencia las lluvias primaverales.

Al borde de un arroyo de aguas cristalinas hubo una parada, debajo de una sombra densa y fresca. Los caballos bebieron con avidez y los jinetes se apearon para revisar las sillas de las señoras, apretando una cincha el uno, componiendo un estribo el otro, y también es posible que no faltase alguna presioncita cautelosa en un pie diminuto y bien calzado, como tampoco los vio una tía de Hortensia, señora cuarentona que desempeñaba el ingrato papel de dueña.

La bajada al río fue dura y penosa, por un sendero escarpado y lleno de zarzas que con mucha descortesía tiraban de las faldas y sombreros de las damas; pero así y todo se efectuó sin tropiezo, en medio de las risas, de las exclamaciones y uno que otro grito de terror, más fingido que verdadero. Abajo, el río formaba un remanso al pie de un enorme peñón tajado, que se erguía en la orilla opuesta como un muro ciclópeo, coronado de árboles, cuyas ramas se inclinaban encima de la hondura, sombreándola. Más allá las aguas seguían la pendiente de su cauce, arremolinándose por entre las piedras lucias y redondas que trataban de cerrarles el paso.

En una playita arenosa, entoldada de verdura, estaba esper almuerzo que habían llevado los mozos con anticipación: v. hambre era mucha, todos lo saludaron con entusiasmo. De donde las habían puesto a refrescar, salieron botellas de cerveza de las alforjas los pollos fríos, el jamón, los lomos rellenos y las conservas, todo muy bien envuelto en hojas de plátano tienen el don de comunicar a las vituallas un sabor delicioso. Cada cual se situó como pudo, con exquisita incomodidad, sirviendo lantemente los caballeros a las damas. Y como allí había más de una pareja de novios, se explica lo necesario y conveniente de la presencia respetable de la tía, aunque sólo fuera para llenar los requisitos del decoro.

Satisfecho el apetito, la reunión se fue disolviendo por convertirse en grupos o parejas aisladas. Emilia de la señora que chaperoneaba a las jóvenes para cortejos de parte de Carlos. Este, que de seguro se enfoscó, yendo a sentarse solitario sobre una piedra. Allí se estuvo mucho rato mirando melancólico los movimientos tímidos revoloteos de los pájaros que venían a bañarse y a beber atemorizados por la insólita presencia de gentes en aquel lugar ordinario tan apacible. Aburrido al fin de estar solo, volvió a grupo presidido por la tía, que era con mucho el más serio de todo v a despecho de su malhumor no pudo menos que admirar a Emilia verdaderamente adorable, en aquel marco agreste que cuadraba a maravilla con el carácter de su belleza lozana, que si bien carecía de esa elegante distinción, fruto de una serie de generaciones afinadas, no era por esto menos seductora.

Algunas de las muchachas inventaron ponerse a buscar flores y plantas, al paso que Hortensia dirigía la apertura de unos frascos de frutas conservadas y otras golosinas para la merienda. Un caballero muy gomoso armó gran alboroto diciendo que había descubierto pepitas de oro en las arenas del río y andaba de grupo en grupo enseñando un puñado de ellas, en que efectivamente se veía brillar algunas laminitas a manera de lentejuelas minúsculas. El sol de mazo justificaba su reputación manteniendo una temporada sofocante, a pesar de la sombra y de la frescura del río. Carlos, después de rondar un rato en torno de Emilia, siempre pegada a la tía, acabó por sentarse a su lado. Conversando estaba con ella cuando llegó Hortensia a ofrecerles uvas y duraznos, en compañía de una señorita muy melindrosa, que abusaba un poco del colorete y solía mirar con buenos ojos al joven médico. Este no quiso tomar nada de lo que le brindaba su hermana. Entonces la compañera intervino con aire malicioso, ofreciéndole a su vez unas zarzamoras que acababa de coger ella misma, al par que decía dirigiéndose a Hortensia:

— Ya verás como a mí no me dice que no, porque estas son frutas silvestres y espinosas, como las que le gustan a tu hermano.

Emilia comprendió la impertinencia y sus mejillas se encendieron de cólera.

— Tiene usted razón -contestó Carlos aceptando-, a mí me gusta todo lo natural y por eso me parecen tan lindas las rosas que Emilia tiene en su cara.

La réplica era digna del ataque, y sin guardar segundo alfilerazo la señorita de los arreboles se fue detrás de Hortensia, que por esconder la risa que le retozaba en el cuerpo se había marchado casi corriendo. Cuando hubo bajado el sol se pensó en regresar, y mientras los hombres vigilaban los aprestos de la marcha, las mujeres con disimulo se daban algún retoque con auxilio de espejitos y otros adminisculos de bolsillo. Emilia, que ignoraba estos refinamientos, se puso a mirar las idas y venidas de un pajarillo que le llamó la atención.

- —Qué parásita tan linda! -exclamó de pronto señalando hacia una rama muy alta, que se adelantaba sobre el río.
- —Encantadora, primorosa, divina -contestaron varias voces femeniles.
- —¿Le gustaría a usted tenerla? -interrogó la voz de Carlos detrás de Emilia.
- —Me encantaría... Pero es imposible -añadió ésta después de observar que la rama pertenecía a uno de los árboles que coronaban el peñón de la orilla opuesta.
- —A mí me gusta vencer imposibles -replicó el joven sacando su revólver y apuntando a la caprichosa flor. Al ver el gesto se desbandó el grupo de las muchachas. Unas huyeron lejos y otras se quedaron por allí cerca con los oídos tapados. Sonó el tiro repercutiendo en la hondura y la flor se desprendió de su tallo.

¡Bravo, Carlos! –gritaron los hombres, que habían de la detonación. Las mujeres palmoteaban. Pero fue corto el regocijo, porque la extraña flor vino a caer en mitad del ríos Carlos se lanzó al agua vestido y en dos braceadas pudo darle alcance. Tan inesperado y rápido fue este acto que ninguno de los presentes tuvo tiempo de impedirlo. Ufano volvía el joven ya, nadando de costado con un solo brazo y manteniendo la codiciada flor fuera del agua con el otro; pero los espectadores notaron que por más esfuerzos que hacía por alcanzar la orilla no lo lograba; antes bien poco a poco se lo iba llevando la corriente, muy rápida debajo

de la engañosa tranquilidad de la superficie. Sin embargo nadie se dio cuenta cabal del peligro que corría el nadador, hasta no verlo desaparecer en medio de las rocas, arrastrado por el agua con velocidad aterradora.

Un grito de espanto brotó de todos los pechos y varios de los compañeros de Carlos se lanzaron a la carrera por la orilla para socorrerlo, acatar a la inutilidad de lo que hacían. Hortensia, se desvaneció y 1o tía rezaba y sollozaba a un tiempo. Emilia, sin resuello y pálida como una muerta, seguía las peripecias del drama con horrible angustia.

-Salvado! ¡Salvado! -gritaron las voces lejanas de los que corrían. En efecto Carlos estaba ya fuera de peligro. Excelente nadador no perdió un solo instante la serenidad indispensable para librarse de las piedras, contra las cuales lo lanzaba el agua con violencia irresistible. Esta lucha duró cortos momentos que a todos parecieron atrozmente largos. Por suerte pudo asirse de una rama baja, que casi pegaba al agua, y esto le salvó la vida. Algunos minutos después llegaba Carlos al sitio donde estaban las señoras y ofrecía a Emilia, sin ninguna afectación, la orquídea que había conseguido salvar sujetándola con los dientes. Ella trémula y palpitante, lo miraba demudada, sin poder articular una palabra, dos lágrimas silenciosas le corrían por las mejillas.

Una alegría delirante sucedió a la congoja y al horror. Hortensia, recobrada de su desvanecimiento, se había colgado del cuello de su hermano y entre llantos y risas lo besuqueaba. La tía, de rodillas, daba gracias a Dios. Cuando la emoción se hubo calmado un poco, todos se soltaron a hablar a un tiempo, contando cada cual sus impresiones, lo que había visto, lo que había hecho, sin que nadie escuchase ni pusiera cuidados a lo que decían los demás. Trabajo le costó a Carlos desprenderse de los brazos de Hortensia para ir a caer en los de su tía y luego en los de sus amigos, que lo felicitaban con secreta envidia.

El regreso fue muy rápido por consideración al héroe que estaba calado hasta los huesos; mas de ningún modo se pudo llegar antes de las siete y media de la noche. Emilia se quedó de paso Durante toda la caminata estuvo muy silenciosa,

hondamente movida por el peligro inmenso a que por ella se había expuesto el hombre a quien secretamente amaba. Multitud de pensamientos gratos se atropellaban en su mente. Su vanidad, su cariño colmados de satisfacción por la espléndida prueba de amor había dado Carlos delante de tantas personas. En sus adentros saboreaba con delicia el descalabro de aquella rival impertinente que había pretendido humillarla. Pero ¡qué bien y con cuánta oportunidad la había defendido Carlos! Aún le parecía estar viendo el gesto despechado de la pobre y la sonrisa burlona de Hortensia. ¡Cómo estaría después de lo sucedido! Furiosa sin duda de que Carlos se hubiese jugado la vida tan sólo por satisfacer un pequeño deseo de la fruta silvestre y espinosa, como la había llamado la muy pintarrajeada.

Muy lejos estaban ya sus propósitos de rehuir y aún de rechazar los galanteos de Carlos. Sus disposiciones habían cambiado enteramente en el espacio de algunos minutos, por efecto del acto tan bizarro del joven, que le había llegado al alma. Ahora se sentía vencida, indefensa, dispuesta a rendirse a la primera palabra; pero él, ya fuera por cálculo o por exquisito sentimiento de delicadeza, no le hizo la menor insinuación en momentos en que era lícito suponer cohartado su albedrío por la gratitud. Sólo al despedirse le pareció que le había apretado la mano un poco más que de costumbre.

La gallarda zambullida de Carlos fue muy comentada entre amigos y extraños. Los que bien le conocían juzgaron el hecho como un simple arranque de su carácter impetuoso y caballeresco, sin atribuirle mayor importancia; lo cual no quiere decir que faltaban suposiciones y habladurías desfavorables y ofensivas para Emilia, que se encargaron de propalar algunas personas poco caricativas y especialmente la señorita de las zarzamoras. Tanto el padre como la madre de Carlos lo reconvinieron por su temeridad, haciéndole prudentes observaciones acerca de sus galanteos que comprometían a Emilia desde luego que no podía tener el matrimonio por objeto.

-Dios nos guarde de que vayas a casar con una campirana. ¡No faltaba más! - exclamaba Hortensia muy enojada.

Carlos se reía y contestaba con bromas. En el fondo no estaba enamorado de Emilia. Cierto era que le gustaba mucho y que su esquivez era un incentivo; pero de ahí a hacerla su esposa había un abismo insalvable, para quien como él tenía tan arraigado el sentimiento de las distancias sociales. Casarse con una mujer que no fuera de su gente, según su propia expresión, se le antojaba un absurdo tan grande que no merecía ni los honores de la discusión.

A la mañana siguiente, cuando pasaba a caballo para San José, vio a Emilia en la ventana con la famosa flor prendida en el pecho; y a pesar de que en acatamiento a las observaciones de sus padres había tomado la determinación de no continuar enamorándola, no pudo resistir el deseo de verla y hablarle; pero la conversación no pasó, contra la esperanza de Emilia, de las trivialidades ordinarias. No sin despecho lo vio alejarse sin que le hubiese dicho la palabra que antes temía y ahora deseaba con vehemencia. En la lucha interna, que había venido sosteniendo, el triunfo definitivo fue de la vanidad y del amor, que ahora se alzaban victoriosos sobre las ruinas de la prudencia, de la cordura y aun de la propia estimación. Su anhelo del momento era que todos supiesen que Carlos la amaba y ella le correspondía, sin importarle nada lo que pudieran pensar y decir las gentes. Sólo le preocupaban ya los intereses de su pasión.

En este estado mórbido del ánimo pasó Emilia la semana. A ratos se imaginaba que Carlos optaría por el medio de escribirle y se ponía a atisbar la llegada del correo, que cada vez le traía un nuevo desengaño. La ausencia total de noticias acababa de impacientarla, porque Hortensia no apareció por la villa en todos aquellos días. El tan suspirado sábado llegó a la postre. Muy de mañana se levantó Emilia, despachó sus ocupaciones, se puso de veinticinco alfileres y fue a contar las horas hasta que dieron las cinco de la tarde. Se asomó entonces a la ventana a esperar que pasase Carlos, el cual solía hacerlo poco después de esta hora. En el pecho llevaba, conservada a fuerza de cuidados, la orquídea que tan valerosamente le había conquistado el joven segura de que este detalle no pasaría inadvertido para él. Esperó al principio con relativa calma, pero después de media hora comenzó a impacientarse. Cada jinete que a lo lejos asomaba le hacía palpitar el corazón de esperanza, para sentir luego tristeza y desaliento al

convencerse de que no era el de sus deseos. Anocheció sin que Carlos pasara. ¿Qué podría ser? Emilia se desesperaba haciendo las suposiciones más diversas. ¿Si le habría sucedido algo? ¿Si estaría enfermo? Pero esto no era posible, porque algo se hubiera sabido por la servidumbre de la hacienda. Más lógico era pensar que se trataba de un resentimiento con ella, motivado por su reserva y frialdad anteriores, ahora quería él hacerla rabiar también. Si, esto debía de ser. Y bien merecido se lo tenía por gazmoña y necia. Pues, ¿quién la metía a ella en tantos melindres con un caballero de la categoría de Carlos?

Pasó una noche muy agitada; pero al siguiente día, mientras iba para misa, se consolaba pensando que aún no había razón para desesperarse, porque todo bien mirando era muy posible que la ausencia de Carlos fuera causada por cualquiera otra circunstancia que ella no podía adivinar. Buscó a Hortensia con la vista por toda la iglesia, y sólo pudo ver a su madre y a su tía, en el lugar de costumbre. Las esperanzas que conservaba de hallar a Carlos a la salida, fue motivo de una nueva desilusión. "Algo hay, algo hay" se repetía comentando para sí el que Hortensia no hubiera venido a misa.

Todo el domingo se lo pasó en gran zozobra, por lo que no fue poco agradable la sorpresa que tuvo al ver llegar a Hortensia el lunes. Venía de paso a convidarla para una misa solemne en la iglesia del Señor de Esquipulas del vecino pueblo de Alajuelita, de que había hecho promesa cuando Carlos estuvo en tanto peligro. La función debía verificarse el jueves siguiente con asistencia de toda la familia.

Interrogada Hortensia acerca del motivo de no haber estado en la iglesia el día anterior, refirió que desde el sábado se había ido con su padre a San José, para asistir a un gran picnic que daban el domingo las de Arburola en su hacienda en Tres Ríos, como despedida de la temporada de verano. Se extendió largamente sobre los detalles de la fiesta que había estado espléndida, con muchos convidados que fueron de la capital en un tren expreso. Al oír nombrar a las de Arburola, Emilia sintió una vaga inquietud. Había observado que este nombre sonaba muy a menudo en las conversaciones de Hortensia, quien no perdía ocasión de hacerse lenguas de la belleza y elegancia de sus amigas. En cuanto a

ella no conocía a las de Arburola más que de reputación. Las dos hermanas pasaban por ser tan coquetas y frívolas como lindas y de ellas se referían infinidad de travesuras más o menos escandalosas. Carlos solía también hablar mucho de ellas para celebrar un ingenio, su gracia y hasta sus extravagancias, diciendo que tenían toda la sal de unas andaluzas.

Estas circunstancias en que antes no había parado mentes, le causaban ahora una sensación desconocida y mortificante. Con mucha habilidad y cautela le fue sonsacando a Hortensia estado muy pegado a una de ellas durante la fiesta bonita; y a cada nuevo detalle, sentía una aguda punzada en el corazón. Era la mordedura de los celos que experimentaba por primera vez.

Muy alicaída y melancólica oyó Emilia la misa viendo que el principal interesado no llegaba, a pes de asistir. Dos notabilidades musicales de la capital, acto con expresivos cantos, y tan abatida se sentía que estuvo a punto de llorar durante varios pasajes tiernos. Carlos llegó a mitad de la misa. Al verlo. Emil terminada, no pudo disimular su alegría. El también se mostró afable con ella y durante el regreso no cesó de agasajarla estuvieron de vuelta en la villa, en el momento de la separación dijo que tan bonita ceremonia debía tener un complemento y que no lo tanto esperaba que todos vinieran a comer a la hacienda aceptando Emilia la invitación con aquiescencia de su mamá, quien por su parte se excusó, razón por la cual fue convenido que Hortensia y Carlos vendrían a buscar a Emilia por la tarde.

Nunca fue ésta tan feliz como en aquella comida. Todas sus congojas se habían evaporado como una negra pesadilla. La presencia de Carlos desvanecía sus penas y sus dudas, como los rayos del sol naciente las sombras de la noche. Contra su costumbre estuvo alegre y decidora, replicando con gracia a las bromas que le enderezaban y más de una vez con verdadera oportunidad. Después del café los papás y la tía se engolfaron en los recónditos placeres de la malilla; Hortensia se sentó al piano, y en cuanto a Emilia y Carlos salieron al balcón, con pretexto de tomar el aire; en realidad porque deseaban estar solos. La luna alumbraba el paisaje con su claridad blanquecina y triste, que predispone a la

ternura y al ensueño. Ambos se quedaron silenciosos, contemplando el astro pálido que parecía deslizarse por entre las nubecillas que a ratos lo empañaban.

- —Tengo que reclamarle a usted una deuda -dijo Carlos después de un silencio.
- −¿Una deuda?
- —Sí.
- −¿Y se puede saber cuál es?
- -No tengo inconveniente en decirlo; pero antes prométame usted que la pagará.
- —Siempre que pueda, con mucho gusto.
- —Todo lo que se quiere se puede.
- -Eso no es exacto. Por encima de nuestra voluntad está Dios.
- -Verdad es; pero los franceses dicen que lo que la mujer quiere,

Dios lo quiere.

- -Son muy galanes los franceses.
- —Así lo dicen. Pero volvamos a la deuda. ¿Consiente usted en pagarla?
- —Dígame usted antes de qué se trata.
- —Pues bien, deme una de esas flores a trueque de aquella otra que usted sabe.

Y Carlos señaló un manojo de claveles que Emilia Esta se sintió desconcertada por lo inesperado de la supo qué contestar. Por las ventanas del salón se notas de un vals de Waldteuffel, que los envolvía en la de su ritmo lento y soñador. Carlos insistió en voz ha te, que hacía palpitar el corazón de Emilia hasta sofocarla. Vencido al fin, le entregó la codiciada flor. El se guardó también la mano, besándola con pasión. Emilia se sintió desfallecer al contacto ardiente de los labios de Carlos sobre su carne.

La llegada de Hortensia vino a poner fin a las osadías des hermano, quien para su capote se puso a mandarla enhoramala inoportuna; pero ella que lo adivinaba y sabía el por qué de su venida, comenzó a decir mil tonterías con intención de

hacerlo rabiar. Emilia estaba demasiado impresionada para poder hablar y ni siquiera comprendía las preguntas de Hortensia. Carlos furioso, callaba retorciéndose el bigote. Un ruido de voces a tropel de caballos vino a interrumpir la charla de la maliciosa hermana.

- -Hortensia! Hortensia! -gritaron varias voces femeniles desde abajo.
- --Hortensia se asomó al balcón y reconociendo a las que llegaban gritó a su vez:
- -¡Elvira! ¡Margarita! ¡Qué sorpresa!
- -y volviéndose alborozada a Carlos, añadió: -Allí están las Arburola.

Eran ellas en efecto. Aprovechando la luna para dar un paseo a caballo, habían venido a ver a Hortensia en compañía de unos cuantos amigos y amigas comunes. Carlos corrió a recibirlas, y cuando bajaba las escaleras, llevando el clavel de Emilia en la mano, se lo puso en el ojal con un movimiento irreflexivo. No fue poco trastorno el que metió en la casa la llegada de las Arburola y su comitiva. Los jugadores de malilla se dispersaron, porque el papá tuvo que bajar también a recibir a tan distinguidos huéspedes, mientras la mamá los esperaba en el salón y la tía se iba apresurada a disponer lo necesario para la cena. Emilia no hallaba dónde meterse, pues ya nadie se acordaba de su insignificante persona en medio de tantas idas y venidas. La exhuberancia y el cotorreo de las dos hermanas y sus amigas la desorientaron y cohibían por completo; y cuando al cabo de un buen rato Hortensia se acordó de presentarla a las recién llegadas, hizo el papel de un niño delante de sus examinadores.

Las de Arburola eran locas por el baile. Nada las arredraba, ni siquiera la incomodidad de las amazonas, que se recogieron como mejor fue posible. Hortensia se sentó al piano y Carlos dio el ejemplo con Elvira, siguiéndoles todos los demás, menos Emilia que se quedó por allí arrinconada, desgarrado el corazón por los celos, sin poderse sustraer al espectáculo que para ella era una tortura. Pálida de rabia contemplaba a su rival en los brazos de Carlos, esbelta, airosa y palpitante de placer, deslizándose al compás de la música, con una soltura y una elegancia de mujer de raza. De vez en cuando, al murmurarle Carlos alguna cosa

en el oído, sonreía y entrecerraba los ojos con una coquetería refinada. Y para colmo de crueldad el vals que tocaba Hortensia era el mismo a cuyos acordes Carlos le había besado la mano, balbuceando frases muy tiernas que le penetraban en el corazón y los sentidos, las mismas quizás que ahora estaría diciendo a esa Elvira execrada, que era más bonita que ella; porque inútil era cerrar los ojos ante la evidencia. Esa mujer sería todo lo que se quisiera; pero era idealmente bella, de una belleza peligrosa y perversa, hecha toda de tentaciones.

Concluido el vals, Carlos se llevó a Elvira a tomar el aire, sin preocuparse de Emilia como si no existiese. La pobre en su rincón se consumía de celos, de cólera y vergüenza. Llegó un momento en que ya no pudo más, y como nadie se cuidaba de ella, se fue al comedor en busca de un vaso de agua, porque se estaba ahogando. Mientras se lo bebía, el timbre de la voz de Carlos la hizo estremecer. Con infinitas precauciones se fue arrimando a una ventana, que daba al balcón y por la cual le pareció que había entrado la voz.

- -Yo le aseguro, Elvira -decía Carlos en aquel momento-, que no tiene razón para dudar de mis palabras.
- -Como si los hombres pudieran nunca decir la verdad.
- -Los hombres tal vez, pero yo no soy un hombre desde que la conozco a usted.
- -¡Qué gracia! ¿Y qué es usted ahora?
- Todo lo que usted quiera.
- -¿Un embustero?
- -Eso no. Diga usted más bien un tonto.
- -¡Tonto porque dice usted que me quiere! Gracias por la galantería... Sabe usted que no es fea la mosquita muerta esa. No tiene mal gusto don Carlos; aunque lo del chapuzón me parece exagerado.
- ¿Por qué no hablamos de otra cosa? De lo que usted me prometió el domingo en Tres Ríos, por ejemplo.

- Por lo bien que se ha portado desde entonces, ¿no es verdad? Ya le he dicho a usted Elvira...
- --Calle usted, porque va a mentir de nuevo... ¿Quién le ha dado ese clavel?
- --Carlos se arrancó la flor de la cual ya no se acordaba y contestó con algún embarazo:
- -No recuerdo... tal vez Hortensia.
- -No diga mentiras. Ese clavel es hermano de otros que acabo de ver.
- -¡Vaya una idea!... Usted siempre tan suspicaz.
- -Pues bien, quiero creerle por esta vez... Regálemelo entonces.
- -De mil amores, pero con una condición.
- -Veamos.

Emilia no pudo oír lo demás, las voces se extinguieron en un murmullo imperceptible. Próxima a desmayarse, se agarraba vacilante de la cortina para no caer. De pronto el ruido de un beso la sacudió como una descarga eléctrica. Las fuerzas le volvieron, sus mejillas exaltantes se colorearon y sus ojos despidieron chispas. Sin darse cuenta de lo que iba a hacer, obedeciendo al impulso de un sentimiento irresistible, abrió la puerta que daba al balcón y se plantó enfrente de la enamorada pareja, que la vio llegar con sobresalto.

Elvira seguía jugando ostensiblemente con el clavel... con el mismo que ella le acababa de dar a Carlos y había sido como el sello del pacto de amor sellado entre ambos aquella noche. Emilia se lo arrebató con un movimiento brusco y volviéndose hacia Carlos le azotó dos veces el rostro con la flor, al par que con voz sorda exclamaba:

-¡Es usted un miserable!

Elvira y Carlos se quedaron alelados. Cuando se recobraron de la sorpresa que les había causado el arrebato de la pobre muchacha, ésta ya iba lejos.

-Atrevida es la conchita -murmuró a la postre Elvira.

Carlos quiso contestar, pero no atinó a decir una palabra. El golpe del clavel le escocia como si le hubieran cruzado la cara de un latigazo.

Salazar Herrera, Carlos (1947), Cuentos de angustias y paisajes, Editorial El Cuervo, San José.

Las horas

Tenía su rancho... pero dormía en su bongo.

Por las noches bajaba la vela cangreja y la tendía sobre la botavara a modo de un manteado, para cubrirse del sereno y de las estrellas errantes.

Antes de atrapar el sueño, a la hora de los recuerdos, miraba la Cruz del Sur, como la mira la punta blanca de una brújula.

En la ensenada, donde el pescador varaba su embarcación, había árboles atormentados y rocas carcomidas. Formas de madera y piedra esculpidas por los empellones de la marea.

A cuarenta pasos estaba su rancho, sombrío, por tener tres años sin que nadie lo habitase.

El pescador tenía mujer, pero un día, la mujer del pescador lo sorprendió besando a Laura, una muchacha de un lugarejo cercano, y sin más averiguaciones, sin palabras y sin escenas, se marchó a casa de sus padres.

El pescador se mudó a su bongo, porque ya en el rancho... nada tenía que hacer. ¡Tres años!...

Los canales, sucios de limo en las vaciantes, se ponían ambarinos en las crecientes, semejantes a conchaperla.

Tres años esperó Tana que Pablo fuera a buscarla; pero como no llegaba, vino Tana a buscar a Pablo.

Tres años de espera, de angustia y de celos. Y ahora llegaba ella, llorando de vergüenza, rabia y humillación por haberse decidido a venir a buscarlo. A buscarlo, sin que él la hubiera llamado. A perdonarlo, sin que él le hubiese pedido perdón. A entregarse, sin que él le extendiera los brazos.

Pablo la había dejado irse, sin hacerle una pregunta, sin manifestar un ruego, sin que mediara una sola palabra de aclaración... Pero ahora volvía ella, resuelta á definir aquel enredo.

Llegaba a decirle todo lo que había pensado en tres años. Quería pedirle una explicación; arrancarle a la fuerza confesiones, excusas y promesas... y después, según el aspecto que tomaran las cosas, quedarse con él condicionalmente o bien marcharse para siempre, quizá con una carcajada burlona... para castigarlo. A veces estaba resuelta a quedarse, siempre que él le rogase, aunque fuera débilmente o siempre que él le diera una excusa, aunque fuera mentira. Pero él tendría que implorar, aunque no fuera más que con una mirada piadosa. A veces estaba decidida a ofenderlo y a humillarlo, con el único objeto de desahogar aquel infierno de despecho aprisionado en su silencio... pero no tenía armas.

Se le había trastornado el orden que había dispuesto para el abordaje. Llegaba vencida, porque ya no podía luchar un día más contra su orgullo. Era mucho lo que amaba al pescador. Ella misma ignoraba qué iba persiguiendo y de qué huía; lo cierto es que antes del encuentro estaba derrotada. Derrotada por veintiséis mil doscientas ochenta horas de espera y ausencia.

De allá, adentro, desde los canales o los pantanos, llegaban las ondas sonoras de un quijongo...

En esos breves silencios...

Cuando los rumores del mar están guardados en el laberinto de un caracol rosado. Los recuerdos estaban dando la hora.

Tana entró arrogante y agresiva en el bongo, y el pescador la miró suavemente, sin levantarse de su banco.

Ella nada dijo. Olvidó todo lo que había pensado decir. Se echó a los pies de su nombre, en la más dolorosa de las humillaciones... y le besaba las piernas. Luego levantó la vista y sonriendo lo miró, suplicante, con los ojos anegados. Después, reclinó su cabeza en el regazo del pescador. Estaba cansada, desfallecida.

Pablo le acarició la frente con la mano... y ella se quedó dormida.

Igual que cuando tocamos una de esas plantas sensitivas que conocemos por acá, con el pintoresco nombre de "dormilonas".

CÓMO LEER UNA NOVELA

Guía para la lectura de una novela para las personas estudiantes del CONED

Una novela es un relato extenso, que presenta varios argumentos a través de la cual uno o varios personajes van descubriendo el mundo que los rodea.

Antes de iniciar la lectura

- Busque información en internet sobre la persona autora: nombre, dónde nació, dónde vivió, dónde murió; cómo fue su vida.
- Busque información en internet sobre las circunstancias de la creación de la novela: tiempo histórico, lugar, sucesos relevantes.
- Separe un espacio y día a la semana para dedicarle tiempo a la lectura.

Durante la lectura

- En un cuaderno aparte, escriba los nombres de los personajes, especialmente los principales, su función dentro de la novela y cómo van cambiando.
- En el mismo cuaderno, escriba los acontecimientos o hechos más importantes, el momento en qué se cuenta, quién los cuenta y cuándo los cuenta.
- Escriba el tipo de narrador, los espacios más importantes, el tiempo predominante, la secuencia predominante y el estilo predominante.
- Relacione la novela con las características contextuales, del momento en que fue escrita.

Después de la lectura

- Realice un resumen de cada capítulo de la novela.
- Escriba lo que más le impactó de cada capítulo de la obra y por qué le impactó.
- Compare la novela con sus circunstancias actuales o las circunstancias del lugar en el que vive usted.

Espacios:

Físico: lugar(es)

Religioso (creencias)

Psicológico (pensamientos y sentimientos)

Educativo (Conocimientos)

Social (costumbres)

Económico (nivel de riqueza o pobreza)





Tipos de narradores:

Protagonista(1 persona, cuenta su propia historia)
Testigo (3 persona, cuenta lo que ve y lo que oye)

Omnisciente (3 persona, lo sabe todo, conoce el mundo interno de los personajes)

M.Sc. Almitra Desueza Delgado, Coordinadora de Español, CONED adesueza@uned.ac.cr / almitra.desueza.delgado@mep.go.cr Whatsapp: (506) 8968 7530



La casa de Bernarda Alba

Federico García Lorca

Personajes

Bernarda, 60 años.

María Josefa, madre de Bernarda, 80 años.

Angustias, (hija), 39 años.

La Poncia, 60 años.

Mujer 1

Magdalena, (hija), 30 años.

Criada, 50 años.

Mujer 2

Amelia, (hija), 27 años.

Mendiga, con niña.

Mujer 3

Martirio, (hija), 24 años.

Mujeres de luto.

Mujer 4

Adela, (hija), 20 años.

Muchacha

El poeta advierte que estos tres actos tienen la intención de un documental fotográfico.

Acto I

Habitación blanquísima del interior de la casa de Bernarda. Muros gruesos. Puertas en arco con cortinas de yute rematadas con madroños y volantes. Sillas de anea. Cuadros con paisajes inverosímiles de ninfas o reyes de leyenda. Es verano. Un gran silencio umbroso se extiende por la escena. Al levantarse el telón está la escena sola. Se oyen doblar las campanas.

(Sale la Criada)

Criada: Ya tengo el doble de esas campanas metido entre las sienes.

La Poncia: (Sale comiendo chorizo y pan) Llevan ya más de dos horas de gori-gori. Han venido curas de todos los pueblos. La iglesia está hermosa. En el primer responso se desmayó la Magdalena.

Criada: Es la que se queda más sola.

La Poncia: Era la única que quería al padre. ¡Ay! ¡Gracias a Dios que estamos solas un poquito! Yo he venido a comer.

Criada: ¡Si te viera Bernarda...!

La Poncia: ¡Quisiera que ahora, que no come ella, que todas nos muriéramos de hambre! ¡Mandona! ¡Dominanta! ¡Pero se fastidia! Le he abierto la orza de chorizos.

Criada: (Con tristeza, ansiosa) ¿Por qué no me das para mi niña, Poncia?

La Poncia: Entra y llévate también un puñado de garbanzos. ¡Hoy no se dará cuenta!

Voz (Dentro): ¡Bernarda!

La Poncia: La vieja. ¿Está bien cerrada?

Criada: Con dos vueltas de llave.

La Poncia: Pero debes poner también la tranca. Tiene unos dedos como cinco ganzúas.

Voz: ¡Bernarda!

La Poncia: (A voces) ¡Ya viene! (A la Criada) Limpia bien todo. Si Bernarda no ve relucientes las cosas me arrancará los pocos pelos que me quedan.

Criada: ¡Qué mujer!

La Poncia: Tirana de todos los que la rodean. Es capaz de sentarse encima de tu corazón y ver cómo te mueres durante un año sin que se le cierre esa sonrisa fría que lleva en su maldita cara. ¡Limpia, limpia ese vidriado!

Criada: Sangre en las manos tengo de fregarlo todo.

La Poncia: Ella, la más aseada; ella, la más decente; ella, la más alta. Buen descanso ganó su pobre marido. (Cesan las campanas.)

Criada: ¿Han venido todos sus parientes?

La Poncia: Los de ella. La gente de él la odia. Vinieron a verlo muerto, y le hicieron la cruz.

Criada: ¿Hay bastantes sillas?

La Poncia: Sobran. Que se sienten en el suelo. Desde que murió el padre de Bernarda no han vuelto a entrar las gentes bajo estos techos. Ella no quiere que la vean en su dominio. ¡Maldita sea!

Criada: Contigo se portó bien.

La Poncia: Treinta años lavando sus sábanas; treinta años comiendo sus sobras; noches en vela cuando tose; días enteros mirando por la rendija para espiar a los vecinos y llevarle el cuento; vida sin secretos una con otra, y sin embargo, ¡maldita sea! ¡Mal dolor de clavo le pinche en los ojos!

Criada: ¡Mujer!

La Poncia: Pero yo soy buena perra; ladro cuando me lo dice y muerdo los talones de los que piden limosna cuando ella me azuza; mis hijos trabajan en sus tierras y ya están los dos casados, pero un día me hartaré.

Criada: Y ese día...

La Poncia: Ese día me encerraré con ella en un cuarto y le estaré escupiendo un año entero. "Bernarda, por esto, por aquello, por lo otro", hasta ponerla como un lagarto machacado por los niños, que es lo que es ella y toda su parentela. Claro es que no le envidio la vida. La quedan cinco mujeres, cinco hijas feas, que quitando a Angustias, la mayor, que es la hija del primer marido y tiene dineros, las demás mucha puntilla bordada, muchas camisas de hilo, pero pan y uvas por toda herencia.

Criada: ¡Ya quisiera tener yo lo que ellas!

La Poncia: Nosotras tenemos nuestras manos y un hoyo en la tierra de la verdad.

Criada: Ésa es la única tierra que nos dejan a las que no tenemos nada.

La Poncia: (En la alacena) Este cristal tiene unas motas.

Criada: Ni con el jabón ni con bayeta se le quitan. (Suenan las campanas)

La Poncia: El último responso. Me voy a oírlo. A mí me gusta mucho cómo canta el párroco. En el "Pater noster" subió, subió, subió la voz que parecía un cántaro llenándose de agua poco a poco. ¡Claro es que al final dio un gallo, pero da gloria oírlo! Ahora que nadie como el antiguo sacristán, Tronchapinos. En la misa de mi madre, que esté en gloria, cantó. Retumbaban las paredes, y cuando decía amén era como si un lobo hubiese entrado en la iglesia. (Imitándolo) ¡Ameeeén! (Se echa a toser)

Criada: Te vas a hacer el gaznate polvo.

La Poncia: ¡Otra cosa hacía polvo yo! (Sale riendo)

(La Criada limpia. Suenan las campanas)

Criada: (Llevando el canto) Tin, tin, tan. Tin, tin, tan. ¡Dios lo haya perdonado!

Mendiga: (Con una niña) ¡Alabado sea Dios!

Criada: Tin, tin, tan. ¡Que nos espere muchos años'. Tin, tin, tan.

Mendiga: (Fuerte con cierta irritación) ¡Alabado sea Dios!

Criada: (Irritada) ¡Por siempre!

Mendiga: Vengo por las sobras. (Cesan las campanas)

Criada: Por la puerta se va a la calle. Las sobras de hoy son para mí.

Mendiga: Mujer, tú tienes quien te gane. ¡Mi niña y yo estamos solas!

Criada: También están solos los perros y viven.

Mendiga: Siempre me las dan.

Criada: Fuera de aquí. ¿Quién os dijo que entrarais? Ya me habéis dejado los pies señalados. (Se van. Limpia.) Suelos barnizados con aceite, alacenas, pedestales, camas de acero, para que traguemos quina las que vivimos en las chozas de tierra con un plato y una cuchara. ¡Ojalá que un día no quedáramos ni uno para contarlo! (Vuelven a sonar las campanas) Sí, sí, ¡vengan clamores! ¡venga caja con filos dorados y toallas de seda para llevarla!; ¡que lo mismo estarás tú que estaré yo! Fastídiate, Antonio María Benavides, tieso con tu

traje de paño y tus botas enterizas. ¡Fastídiate! ¡Ya no volverás a levantarme las enaguas detrás de la puerta de tu corral! (Por el fondo, de dos en dos, empiezan a entrar mujeres de luto con pañuelos grandes, faldas y abanicos negros. Entran lentamente hasta llenar la escena) (Rompiendo a gritar) ¡Ay Antonio María Benavides, que ya no verás estas paredes, ni comerás el pan de esta casa! Yo fui la que más te quiso de las que te sirvieron. (Tirándose del cabello) ¿Y he de vivir yo después de verte marchar? ¿Y he de vivir? (Terminan de entrar las doscientas mujeres y aparece Bernarda y sus cinco hijas)

Bernarda: (A la Criada) ¡Silencio!

Criada: (Llorando) ¡Bernarda!

Bernarda: Menos gritos y más obras. Debías haber procurado que todo esto estuviera más limpio para recibir al duelo. Vete. No es éste tu lugar. (La Criada se va sollozando) Los pobres son como los animales. Parece como si estuvieran hechos de otras sustancias.

Mujer 1: Los pobres sienten también sus penas.

Bernarda: Pero las olvidan delante de un plato de garbanzos.

Muchacha 1: (Con timidez) Comer es necesario para vivir.

Bernarda: A tu edad no se habla delante de las personas mayores.

Mujer 1: Niña, cállate.

Bernarda: No he dejado que nadie me dé lecciones. Sentarse. (Se sientan. Pausa) (Fuerte) Magdalena, no llores. Si quieres llorar te metes debajo de la cama. ¿Me has oído?

Mujer 2: (A Bernarda) ¿Habéis empezado los trabajos en la era?

Bernarda: Ayer.

Mujer 3: Cae el sol como plomo.

Mujer 1: Hace años no he conocido calor igual.

(Pausa. Se abanican todas)

Bernarda: ¿Está hecha la limonada?

La Poncia: (Sale con una gran bandeja llena de jarritas blancas, que distribuye.) Sí, Bernarda.

Bernarda: Dale a los hombres.

La Poncia: Ya están tomando en el patio.

Bernarda: Que salgan por donde han entrado. No quiero que pasen por aquí.

Muchacha: (A Angustias) Pepe el Romano estaba con los hombres del duelo.

Angustias: Allí estaba.

Bernarda: Estaba su madre. Ella ha visto a su madre. A Pepe no lo ha visto ni ella ni yo.

Muchacha: Me pareció...

Bernarda: Quien sí estaba era el viudo de Darajalí. Muy cerca de tu tía. A ése lo vimos todas.

Mujer 2: (Aparte y en baja voz) ¡Mala, más que mala!

Mujer 3: (Aparte y en baja voz) ¡Lengua de cuchillo!

Bernarda: Las mujeres en la iglesia no deben mirar más hombre que al oficiante, y a ése porque tiene faldas. Volver la cabeza es buscar el calor de la pana.

Mujer 1: (En voz baja) ¡Vieja lagarta recocida!

La Poncia: (Entre dientes) ¡Sarmentosa por calentura de varón!

Bernarda: (Dando un golpe de bastón en el suelo) ¡Alabado sea Dios!

Todas: (Santiguándose) Sea por siempre bendito y alabado.

Bernarda: ¡Descansa en paz con la santa compaña de cabecera!

Todas: ¡Descansa en paz!

Bernarda: Con el ángel San Miguel y su espada justiciera

Todas: ¡Descansa en paz!

Bernarda: Con la llave que todo lo abre y la mano que todo lo cierra.

Todas: ¡Descansa en paz!

Bernarda: Con los bienaventurados y las lucecitas del campo.

Todas: ¡Descansa en paz!

Bernarda: Con nuestra santa caridad y las almas de tierra y mar.

Todas: ¡Descansa en paz!

Bernarda: Concede el reposo a tu siervo Antonio María Benavides y dale la corona de tu santa gloria.

Todas: Amén.

Bernarda: (Se pone de pie y canta) "Réquiem aeternam dona eis, Domine".

Todas: (De pie y cantando al modo gregoriano) "Et lux perpetua luceat eis". (Se santiguan)

Mujer 1: Salud para rogar por su alma.

(Van desfilando)

Mujer 3: No te faltará la hogaza de pan caliente.

Mujer 2: Ni el techo para tus hijas.

(Van desfilando todas por delante de Bernarda y saliendo. Sale Angustias por otra puerta, la que da al patio)

Mujer 4: El mismo trigo de tu casamiento lo sigas disfrutando.

La Poncia: (Entrando con una bolsa) De parte de los hombres esta bolsa de dineros para responsos.

Bernarda: Dales las gracias y échales una copa de aguardiente.

Muchacha: (A Magdalena) Magdalena...

Bernarda: (A Magdalena, que inicia el llanto) Chist. (Golpea con el bastón.) (Salen todas.) (A las que se han ido) ¡Andar a vuestras cuevas a criticar todo lo que habéis visto! Ojalá tardéis muchos años en pasar el arco de mi puerta.

La Poncia: No tendrás queja ninguna. Ha venido todo el pueblo.

Bernarda: Sí, para llenar mi casa con el sudor de sus refajos y el veneno de sus lenguas.

Amelia: ¡Madre, no hable usted así!

Bernarda: Es así como se tiene que hablar en este maldito pueblo sin río, pueblo de pozos, donde siempre se bebe el agua con el miedo de que esté envenenada.

La Poncia: ¡Cómo han puesto la solería!

Bernarda: Igual que si hubiera pasado por ella una manada de cabras. (La Poncia limpia el suelo) Niña, dame un abanico.

Amelia: Tome usted. (Le da un abanico redondo con flores rojas y verdes.)

Bernarda: (Arrojando el abanico al suelo) ¿Es éste el abanico que se da a una viuda? Dame uno negro y aprende a respetar el luto de tu padre.

Martirio: Tome usted el mío.

Bernarda: ¿Y tú?

Martirio: Yo no tengo calor.

Bernarda: Pues busca otro, que te hará falta. En ocho años que dure el luto no ha de entrar en esta casa el viento de la calle. Haceros cuenta que hemos tapiado con ladrillos puertas y ventanas. Así pasó en casa de mi padre y en casa de mi abuelo. Mientras, podéis empezar a bordaros el ajuar. En el arca tengo veinte piezas de hilo con el que podréis cortar sábanas y embozos. Magdalena puede bordarlas.

Magdalena: Lo mismo me da.

Adela: (Agria) Si no queréis bordarlas irán sin bordados. Así las tuyas lucirán más.

Magdalena: Ni las mías ni las vuestras. Sé que yo no me voy a casar. Prefiero llevar sacos al molino. Todo menos estar sentada días y días dentro de esta sala oscura.

Bernarda: Eso tiene ser mujer

Magdalena: Malditas sean las mujeres.

Bernarda: Aquí se hace lo que yo mando. Ya no puedes ir con el cuento a tu padre. Hilo y aguja para las hembras. Látigo y mula para el varón. Eso tiene la gente que nace con posibles.

(Sale Adela.)

Voz: ¡Bernarda!, ¡déjame salir!

Bernarda: (En voz alta) ¡Dejadla ya! (Sale la Criada.)

Criada: Me ha costado mucho trabajo sujetarla. A pesar de sus ochenta años tu madre es fuerte como un roble.

Bernarda: Tiene a quien parecérsele. Mi abuelo fue igual.

Criada: Tuve durante el duelo que taparle varias veces la boca con un costal vacío porque quería llamarte para que le dieras agua de fregar siquiera, para beber, y carne de perro, que es lo que ella dice que tú le das.

Martirio: ¡Tiene mala intención!

Bernarda: (A la Criada.) Déjala que se desahogue en el patio.

Criada: Ha sacado del cofre sus anillos y los pendientes de amatistas, se los ha puesto y me ha dicho que se quiere casar.

(Las hijas ríen.)

Bernarda: Ve con ella y ten cuidado que no se acerque al pozo.

Criada: No tengas miedo que se tire.

Bernarda: No es por eso... Pero desde aquel sitio las vecinas pueden verla desde su ventana.

(Sale la Criada.)

Martirio: Nos vamos a cambiar la ropa.

Bernarda: Sí, pero no el pañuelo de la cabeza. (Entra Adela.) ¿Y Angustias?

Adela: (Con retintín.) La he visto asomada a la rendija del portón. Los hombres se acababan de ir.

Bernarda: ¿Y tú a qué fuiste también al portón?

Adela: Me llegué a ver si habían puesto las gallinas.

Bernarda: ¡Pero el duelo de los hombres habría salido ya!

Adela: (Con intención) Todavía estaba un grupo parado por fuera.

Bernarda: (Furiosa) ¡Angustias! ¡Angustias!

Angustias: (Entrando.) ¿Qué manda usted?

Bernarda: ¿Qué mirabas y a quién?

Angustias: A nadie.

Bernarda: ¿Es decente que una mujer de tu clase vaya con el anzuelo detrás de un hombre el día de la misa de su padre? ¡Contesta! ¿A quién mirabas?

(Pausa.)

Angustias: Yo...

Bernarda: ¡Tú!

Angustias: ¡A nadie!

Bernarda: (Avanzando con el bastón) ¡Suave! ¡dulzarrona! (Le da)

La Poncia: (Corriendo) ¡Bernarda, cálmate! (La sujeta) (Angustias llora.)

Bernarda: ¡Fuera de aquí todas! (Salen)

La Poncia: Ella lo ha hecho sin dar alcance a lo que hacía, que está francamente mal. ¡Ya me chocó a mí verla escabullirse hacia el patio! Luego estuvo detrás de una ventana oyendo la conversación que traían los hombres, que, como siempre, no se puede oír.

Bernarda: ¡A eso vienen a los duelos! (Con curiosidad) ¿De qué hablaban?

La Poncia: Hablaban de Paca la Roseta. Anoche ataron a su marido a un pesebre y a ella se la llevaron a la grupa del caballo hasta lo alto del olivar.

Bernarda: ¿Y ella?

La Poncia: Ella, tan conforme. Dicen que iba con los pechos fuera y Maximiliano la llevaba cogida como si tocara la guitarra. ¡Un horror!

Bernarda: ¿Y qué pasó?

La Poncia: Lo que tenía que pasar. Volvieron casi de día. Paca la Roseta traía el pelo suelto y una corona de flores en la cabeza.

Bernarda: Es la única mujer mala que tenemos en el pueblo.

La Poncia: Porque no es de aquí. Es de muy lejos. Y los que fueron con ella son también hijos de forasteros. Los hombres de aquí no son capaces de eso.

Bernarda: No, pero les gusta verlo y comentarlo, y se chupan los dedos de que esto ocurra.

La Poncia: Contaban muchas cosas más.

Bernarda: (Mirando a un lado y a otro con cierto temor) ¿Cuáles?

La Poncia: Me da vergüenza referirlas.

Bernarda: Y mi hija las oyó.

La Poncia: ¡Claro!

Bernarda: Ésa sale a sus tías; blancas y untosas que ponían ojos de carnero al piropo de cualquier barberillo. ¡Cuánto hay que sufrir y luchar para hacer que las personas sean decentes y no tiren al monte demasiado!

La Poncia: ¡Es que tus hijas están ya en edad de merecer! Demasiada poca guerra

te dan. Angustias ya debe tener mucho más de los treinta.

Bernarda: Treinta y nueve justos.

La Poncia: Figúrate. Y no ha tenido nunca novio...

Bernarda: (Furiosa) ¡No, no ha tenido novio ninguna, ni les hace falta! Pueden pasarse muy bien.

La Poncia: No he querido ofenderte.

Bernarda: No hay en cien leguas a la redonda quien se pueda acercar a ellas. Los hombres de aquí no son de su clase. ¿Es que quieres que las entregue a cualquier gañán?

La Poncia: Debías haberte ido a otro pueblo.

Bernarda: Eso, ¡a venderlas!

La Poncia: No, Bernarda, a cambiar... ¡Claro que en otros sitios ellas resultan las pobres!

Bernarda: ¡Calla esa lengua atormentadora!

La Poncia: Contigo no se puede hablar. ¿Tenemos o no tenemos confianza?

Bernarda: No tenemos. Me sirves y te pago. ¡Nada más!

Criada: (Entrando.) Ahí está don Arturo, que viene a arreglar las particiones.

Bernarda: Vamos. (A la Criada.) Tú empieza a blanquear el patio. (A La Poncia.) Y tú ve guardando en el arca grande toda la ropa del muerto.

La Poncia: Algunas cosas las podríamos dar...

Bernarda: Nada. ¡Ni un botón! ¡Ni el pañuelo con que le hemos tapado la cara! (Sale lentamente apoyada en el bastón y al salir vuelve la cabeza y mira a sus Criadas. Las Criadas salen después.)

(Entran Amelia y Martirio.)

Amelia: ¿Has tomado la medicina?

Martirio: ¡Para lo que me va a servir!

Amelia: Pero la has tomado.

Martirio: Yo hago las cosas sin fe, pero como un reloj.

Amelia: Desde que vino el médico nuevo estás más animada.

Martirio: Yo me siento lo mismo.

Amelia: ¿Te fijaste? Adelaida no estuvo en el duelo.

Martirio: Ya lo sabía. Su novio no la deja salir ni al tranco de la calle. Antes era alegre; ahora ni polvos echa en la cara.

Amelia: Ya no sabe una si es mejor tener novio o no.

Martirio: Es lo mismo.

Amelia: De todo tiene la culpa esta crítica que no nos deja vivir. Adelaida habrá pasado mal rato.

Martirio: Le tienen miedo a nuestra madre. Es la única que conoce la historia de su padre y el origen de sus tierras. Siempre que viene le tira puñaladas el asunto. Su padre mató en Cuba al marido de primera mujer para casarse con ella. Luego aquí la abandonó y se fue con otra que tenía una hija y luego tuvo relaciones con esta muchacha, la madre de Adelaida, y se casó con ella después de haber muerto loca la segunda mujer.

Amelia: Y ese infame, ¿por qué no está en la cárcel?

Martirio: Porque los hombres se tapan unos a otros las cosas de esta índole y nadie es capaz de delatar.

Amelia: Pero Adelaida no tiene culpa de esto.

Martirio: No, pero las cosas se repiten. Y veo que todo es una terrible repetición. Y ella tiene el mismo sino de su madre y de su abuela, mujeres las dos del que la engendró.

Amelia: ¡Qué cosa más grande!

Martirio: Es preferible no ver a un hombre nunca. Desde niña les tuve miedo. Los veía en el corral uncir los bueyes y levantar los costales de trigo entre voces y zapatazos, y siempre tuve miedo de crecer por temor de encontrarme de pronto abrazada por ellos. Dios me ha hecho débil y fea y los ha apartado definitivamente de mí.

Amelia: ¡Eso no digas! Enrique Humanes estuvo detrás de ti y le gustabas.

Martirio: ¡Invenciones de la gente! Una vez estuve en camisa detrás de la ventana hasta que fue de día, porque me avisó con la hija de su gañán que iba a venir, y no vino. Fue todo cosa de lenguas. Luego se casó con otra que tenía más que yo.

Amelia: ¡Y fea como un demonio!

Martirio: ¡Qué les importa a ellos la fealdad! A ellos les importa la tierra, las yuntas y una perra sumisa que les dé de comer.

Amelia: ¡Ay!

(Entra Magdalena.)

Magdalena: ¿Qué hacéis?

Martirio: Aquí.

Amelia: ¿Y tú?

Magdalena: Vengo de correr las cámaras. Por andar un poco. De ver los cuadros bordados en cañamazo de nuestra abuela, el perrito de lanas y el negro luchando con el león, que tanto nos gustaba de niñas. Aquélla era una época más alegre. Una boda duraba diez días y no se usaban las malas lenguas. Hoy hay más finura. Las novias se ponen velo blanco como en las poblaciones, y se bebe vino de botella, pero nos pudrimos por el qué dirán.

Martirio: ¡Sabe Dios lo que entonces pasaría!

Amelia: (A Magdalena.) Llevas desabrochados los cordones de un zapato.

Magdalena: ¡Qué más da!

Amelia: ¡Te los vas a pisar y te vas a caer!

Magdalena: ¡Una menos!

Martirio: ¿Y Adela?

Magdalena: ¡Ah! Se ha puesto el traje verde que se hizo para estrenar el día de su cumpleaños, se ha ido al corral y ha comenzado a voces: "¡Gallinas, gallinas, miradme!" ¡Me he tenido que reír!

Amelia: ¡Si la hubiera visto madre!

Magdalena: ¡Pobrecilla! Es la más joven de nosotras y tiene ilusión. ¡Daría algo por verla feliz!

(Pausa. Angustias cruza la escena con unas toallas en la mano.)

Angustias: ¿Qué hora es?

Magdalena: Ya deben ser las doce.

Angustias: ¿Tanto?

Amelia: ¡Estarán al caer!

(Sale Angustias.)

Magdalena: (Con intención.) ¿Sabéis ya la cosa...? (Señalando a Angustias.)

Amelia: No.

Magdalena: ¡Vamos!

Martirio: ¡No sé a qué cosa te refieres...!

Magdalena: Mejor que yo lo sabéis las dos. Siempre cabeza con cabeza como dos ovejitas, pero sin desahogaros con nadie. ¡Lo de Pepe el Romano!

Martirio: ¡Ah!

Magdalena: (Remedándola.) ¡Ah! Ya se comenta por el pueblo. Pepe el Romano viene a casarse con Angustias. Anoche estuvo rondando la casa y creo que pronto va a mandar un emisario.

Martirio: ¡Yo me alegro! Es buen hombre.

Amelia: Yo también. Angustias tiene buenas condiciones.

Magdalena: Ninguna de las dos os alegráis.

Martirio: ¡Magdalena! ¡Mujer!

Magdalena: Si viniera por el tipo de Angustias, por Angustias como mujer, yo me alegraría, pero viene por el dinero. Aunque Angustias es nuestra hermana aquí estamos en familia y reconocemos que está vieja, enfermiza, y que siempre ha sido la que ha tenido menos méritos de todas nosotras, porque si con veinte años parecía un palo vestido, ¡qué será ahora que tiene cuarenta!

Martirio: No hables así. La suerte viene a quien menos la aguarda.

Amelia: ¡Después de todo dice la verdad! Angustias tiene el dinero de su padre, es la única rica de la casa y por eso ahora, que nuestro padre ha muerto y ya se harán particiones, vienen por ella!

Magdalena: Pepe el Romano tiene veinticinco años y es el mejor tipo de todos estos contornos. Lo natural sería que te pretendiera a ti, Amelia, o a nuestra Adela, que tiene veinte años, pero no que venga a buscar lo más oscuro de esta casa, a una mujer que, como su padre habla con la nariz.

Martirio: ¡Puede que a él le guste!

Magdalena: ¡Nunca he podido resistir tu hipocresía!

Martirio: ¡Dios nos valga!

(Entra Adela.)

Magdalena: ¿Te han visto ya las gallinas?

Adela: ¿Y qué querías que hiciera?

Amelia: ¡Si te ve nuestra madre te arrastra del pelo!

Adela: Tenía mucha ilusión con el vestido. Pensaba ponérmelo el día que vamos a comer sandías a la noria. No hubiera habido otro igual.

Martirio: ¡Es un vestido precioso!

Adela: Y me está muy bien. Es lo que mejor ha cortado Magdalena.

Magdalena: ¿Y las gallinas qué te han dicho?

Adela: Regalarme unas cuantas pulgas que me han acribillado las piernas. (Ríen)

Martirio: Lo que puedes hacer es teñirlo de negro.

Magdalena: Lo mejor que puedes hacer es regalárselo a Angustias para la boda con Pepe el Romano.

Adela: (Con emoción contenida.) ¡Pero Pepe el Romano...!

Amelia: ¿No lo has oído decir?

Adela: No.

Magdalena: ¡Pues ya lo sabes!

Adela: ¡Pero si no puede ser!

Magdalena: ¡El dinero lo puede todo!

Adela: ¿Por eso ha salido detrás del duelo y estuvo mirando por el portón?

(Pausa) Y ese hombre es capaz de...

Magdalena: Es capaz de todo.

(Pausa)

Martirio: ¿Qué piensas, Adela?

Adela: Pienso que este luto me ha cogido en la peor época de mi vida para

pasarlo.

Magdalena: Ya te acostumbrarás.

Adela: (Rompiendo a llorar con ira) ¡No , no me acostumbraré! Yo no quiero estar encerrada. No quiero que se me pongan las carnes como a vosotras. ¡No quiero perder mi blancura en estas habitaciones! ¡Mañana me pondré mi vestido verde y me echaré a pasear por la calle! ¡Yo quiero salir!

(Entra la Criada.)

Magdalena: (Autoritaria.) ¡Adela!

Criada: ¡La pobre! ¡Cuánto ha sentido a su padre! (Sale)

Martirio: ¡Calla!

Amelia: Lo que sea de una será de todas. (Adela se calma.)

Magdalena: Ha estado a punto de oírte la Criada.

Criada: (Apareciendo.) Pepe el Romano viene por lo alto de la calle.

(Amelia, Martirio y Magdalena corren presurosas.)

Magdalena: ¡Vamos a verlo!

(Salen rápidas.)

Criada: (A Adela.) ¿Tú no vas?

Adela: No me importa.

Criada: Como dará la vuelta a la esquina, desde la ventana de tu cuarto se verá mejor. (Sale la Criada.)

(Adela queda en escena dudando. Después de un instante se va también rápida hacia su habitación. Salen Bernarda y La Poncia.)

Bernarda: ¡Malditas particiones!

La Poncia: ¡Cuánto dinero le queda a Angustias!

Bernarda: Sí.

La Poncia: Y a las otras, bastante menos.

Bernarda: Ya me lo has dicho tres veces y no te he querido replicar. Bastante menos, mucho menos. No me lo recuerdes más.

(Sale Angustias muy compuesta de cara.)

Bernarda: ¡Angustias!

Angustias: Madre.

Bernarda: ¿Pero has tenido valor de echarte polvos en la cara? ¿Has tenido valor de lavarte la cara el día de la misa de tu padre?

Angustias: No era mi padre. El mío murió hace tiempo. ¿Es que ya no lo recuerda usted?

Bernarda: ¡Más debes a este hombre, padre de tus hermanas, que al tuyo! Gracias a este hombre tienes colmada tu fortuna.

Angustias: ¡Eso lo teníamos que ver!

Bernarda: ¡Aunque fuera por decencia! ¡Por respeto!

Angustias: Madre, déjeme usted salir.

Bernarda: ¿Salir? Después que te hayas quitado esos polvos de la cara. ¡Suavona! ¡Yeyo! ¡Espejo de tus tías! (Le quita violentamente con su pañuelo los polvos) ¡Ahora vete!

La Poncia: ¡Bernarda, no seas tan inquisitiva!

Bernarda: Aunque mi madre esté loca yo estoy con mis cinco sentidos y sé perfectamente lo que hago.

(Entran todas.)

Magdalena: ¿Qué pasa?

Bernarda: No pasa nada.

Magdalena: (A Angustias.) Si es que discutís por las particiones, tú, que eres la más rica, te puedes quedar con todo.

Angustias: ¡Guárdate la lengua en la madriguera!

Bernarda: (Golpeando con el bastón en el suelo.) ¡No os hagáis ilusiones de que vais a poder conmigo. ¡Hasta que salga de esta casa con los pies adelante mandaré en lo mío y en lo vuestro!

(Se oyen unas voces y entra en escena María Josefa, la madre de Bernarda, viejísima, ataviada con flores en la cabeza y en el pecho.)

María Josefa: Bernarda, ¿dónde está mi mantilla? Nada de lo que tengo quiero que sea para vosotras, ni mis anillos, ni mi traje negro de moaré, porque ninguna de vosotras se va a casar. ¡Ninguna! ¡Bernarda, dame mi gargantilla de perlas!

Bernarda: (A la Criada.) ¿Por qué la habéis dejado entrar?

Criada: (Temblando.) ¡Se me escapó!

María Josefa: Me escapé porque me quiero casar, porque quiero casarme con un varón hermoso de la orilla del mar, ya que aquí los hombres huyen de las mujeres.

Bernarda: ¡Calle usted, madre!

María Josefa: No, no callo. No quiero ver a estas mujeres solteras, rabiando por la boda, haciéndose polvo el corazón, y yo me quiero ir a mi pueblo. ¡Bernarda, yo quiero un varón para casarme y tener alegría!

Bernarda: ¡Encerradla!

María Josefa: ¡Déjame salir, Bernarda!

(La Criada coge a María Josefa.)

Bernarda: ¡Ayudarla vosotras!

(Todas arrastran a la vieja.)

María Josefa: ¡Quiero irme de aquí! ¡Bernarda! ¡A casarme a la orilla del mar, a la orilla del mar!

Telón rápido.

Acto II

Habitación blanca del interior de la casa de Bernarda. Las puertas de la izquierda dan a los dormitorios. Las hijas de Bernarda están sentadas en sillas bajas, cosiendo. Magdalena borda. Con ellas está La Poncia.

Angustias: Ya he cortado la tercer sábana.

Martirio: Le corresponde a Amelia.

Magdalena: Angustias, ¿pongo también las iniciales de Pepe?

Angustias: (Seca.) No.

Magdalena: (A voces.) Adela, ¿no vienes?

Amelia: Estará echada en la cama.

La Poncia: Ésa tiene algo. La encuentro sin sosiego, temblona, asustada, como si tuviera una lagartija entre los pechos.

Martirio: No tiene ni más ni menos que lo que tenemos todas.

Magdalena: Todas, menos Angustias.

Angustias: Yo me encuentro bien, y al que le duela que reviente.

Magdalena: Desde luego hay que reconocer que lo mejor que has tenido siempre ha sido el talle y la delicadeza.

Angustias: Afortunadamente pronto voy a salir de este infierno.

Magdalena: ¡A lo mejor no sales!

Martirio: ¡Dejar esa conversación!

Angustias: Y, además, ¡mas vale onza en el arca que ojos negros en la cara!

Magdalena: Por un oído me entra y por otro me sale.

Amelia: (A La Poncia.) Abre la puerta del patio a ver si nos entra un poco el fresco. (La Poncia lo hace.)

Martirio: Esta noche pasada no me podía quedar dormida del calor.

Amelia: ¡Yo tampoco!

Magdalena: Yo me levanté a refrescarme. Había un nublo negro de tormenta y hasta cayeron algunas gotas.

La Poncia: Era la una de la madrugada y salía fuego de la tierra. También me levanté yo. Todavía estaba Angustias con Pepe en la ventana.

Magdalena: (Con ironía.) ¿Tan tarde? ¿A qué hora se fue?

Angustias: Magdalena, ¿a qué preguntas, si lo viste?

Amelia: Se iría a eso de la una y media.

Angustias: Sí. ¿Tú por qué lo sabes?

Amelia: Lo sentí toser y oí los pasos de su jaca.

La Poncia: ¡Pero si yo lo sentí marchar a eso de las cuatro!

Angustias: ¡No sería él!

La Poncia: ¡Estoy segura!

Amelia: A mí también me pareció...

Magdalena: ¡Qué cosa más rara!

(Pausa.)

La Poncia: Oye, Angustias, ¿qué fue lo que te dijo la primera vez que se acercó a tu ventana?

Angustias: Nada. ¡Qué me iba a decir? Cosas de conversación.

Martirio: Verdaderamente es raro que dos personas que no se conocen se vean de pronto en una reja y ya novios.

Angustias: Pues a mí no me chocó.

Amelia: A mí me daría no sé qué.

Angustias: No, porque cuando un hombre se acerca a una reja ya sabe por los que van y vienen, llevan y traen, que se le va a decir que sí.

Martirio: Bueno, pero él te lo tendría que decir.

Angustias: ¡Claro!

Amelia: (Curiosa.) ¿Y cómo te lo dijo?

Angustias: Pues, nada: "Ya sabes que ando detrás de ti, necesito una mujer buena, modosa, y ésa eres tú, si me das la conformidad."

Amelia: ¡A mí me da vergüenza de estas cosas!

Angustias: Y a mí, ¡pero hay que pasarlas!

La Poncia: ¿Y habló más?

Angustias: Sí, siempre habló él.

Martirio: ¿Y tú?

Angustias: Yo no hubiera podido. Casi se me salía el corazón por la boca. Era la primera vez que estaba sola de noche con un hombre.

Magdalena: Y un hombre tan guapo.

Angustias: No tiene mal tipo.

La Poncia: Esas cosas pasan entre personas ya un poco instruidas, que hablan y dicen y mueven la mano... La primera vez que mi marido Evaristo el Colorín vino a mi ventana...; Ja, ja, ja!

Amelia: ¿Qué pasó?

La Poncia: Era muy oscuro. Lo vi acercarse y, al llegar, me dijo: "Buenas noches." "Buenas noches", le dije yo, y nos quedamos callados más de media hora. Me corría el sudor por todo el cuerpo. Entonces Evaristo se acercó, se acercó que se quería meter por los hierros, y dijo con voz muy baja: "¡Ven que te tiente!"

(Ríen todas. Amelia se levanta corriendo y espía por una puerta.)

Amelia: ¡Ay! Creí que llegaba nuestra madre.

Magdalena: ¡Buenas nos hubiera puesto! (Siguen riendo.)

Amelia: Chisst...; Que nos va a oír!

La Poncia: Luego se portó bien. En vez de darle por otra cosa, le dio por criar colorines hasta que murió. A vosotras, que sois solteras, os conviene saber de todos modos que el hombre a los quince días de boda deja la cama por la mesa, y luego la mesa por la tabernilla. Y la que no se conforma se pudre llorando en un rincón.

Amelia: Tú te conformaste.

La Poncia: ¡Yo pude con él!

Martirio: ¿Es verdad que le pegaste algunas veces?

La Poncia: Sí, y por poco lo dejo tuerto.

Magdalena: ¡Así debían ser todas las mujeres!

La Poncia: Yo tengo la escuela de tu madre. Un día me dijo no sé qué cosa y le maté todos los colorines con la mano del almirez. (Ríen)

Magdalena: Adela, niña, no te pierdas esto.

Amelia: Adela. (Pausa.)

Magdalena: ¡Voy a ver! (Entra.)

La Poncia: ¡Esa niña está mala!

Martirio: Claro, ¡no duerme apenas!

La Poncia: Pues, ¿qué hace?

Martirio: ¡Yo qué sé lo que hace!

La Poncia: Mejor lo sabrás tú que yo, que duermes pared por medio.

Angustias: La envidia la come.

Amelia: No exageres.

Angustias: Se lo noto en los ojos. Se le está poniendo mirar de loca.

Martirio: No habléis de locos. Aquí es el único sitio donde no se puede pronunciar esta palabra.

(Sale Magdalena con Adela.)

Magdalena: Pues, ¿no estabas dormida?

Adela: Tengo mal cuerpo.

Martirio: (Con intención.) ¿Es que no has dormido bien esta noche?

Adela:: Sí.

Martirio: ¿Entonces?

Adela: (Fuerte.) ¡Déjame ya! ¡Durmiendo o velando, no tienes por qué meterte en lo mío! ¡Yo hago con mi cuerpo lo que me parece!

Martirio: ¡Sólo es interés por ti!

Adela: Interés o inquisición. ¿No estabais cosiendo? Pues seguir. ¡Quisiera ser invisible, pasar por las habitaciones sin que me preguntarais dónde voy!

Criada: (Entra.) Bernarda os llama. Está el hombre de los encajes. (Salen.) (Al salir, Martirio mira fijamente a Adela:.)

Adela: ¡No me mires más! Si quieres te daré mis ojos, que son frescos, y mis espaldas, para que te compongas la joroba que tienes, pero vuelve la cabeza cuando yo pase.

(Se va Martirio.)

La Poncia: ¡Adela, que es tu hermana, y además la que más te quiere!

Adela: Me sigue a todos lados. A veces se asoma a mi cuarto para ver si duermo. No me deja respirar. Y siempre: "¡Qué lástima de cara! ¡Qué lástima de cuerpo, que no va a ser para nadie!" ¡Y eso no! Mi cuerpo será de quien yo quiera!

La Poncia: (Con intención y en voz baja.) De Pepe el Romano, ¿no es eso?

Adela: (Sobrecogida.) ¿Qué dices?

La Poncia: ¡Lo que digo, Adela!

Adela:: ¡Calla!

La Poncia: (Alto.) ¿Crees que no me he fijado?

Adela:: ¡Baja la voz!

La Poncia: ¡Mata esos pensamientos!

Adela: ¿Qué sabes tú?

La Poncia: Las viejas vemos a través de las paredes. ¿Dónde vas de noche cuando te levantas?

Adela: ¡Ciega debías estar!

La Poncia: Con la cabeza y las manos llenas de ojos cuando se trata de lo que se trata. Por mucho que pienso no sé lo que te propones. ¿Por qué te pusiste casi desnuda con la luz encendida y la ventana abierta al pasar Pepe el segundo día que vino a hablar con tu hermana?

Adela: ¡Eso no es verdad!

La Poncia: ¡No seas como los niños chicos! Deja en paz a tu hermana y si Pepe el Romano te gusta te aguantas. (Adela llora.) Además, ¿quién dice que no te puedas casar con él? Tu hermana Angustias es una enferma. Ésa no resiste el primer parto. Es estrecha de cintura, vieja, y con mi conocimiento te digo que se morirá. Entonces Pepe hará lo que hacen todos los viudos de esta tierra: se casará con la más joven, la más hermosa, y ésa eres tú. Alimenta esa esperanza, olvídalo. Lo que quieras, pero no vayas contra la ley de Dios.

Adela: ¡Calla!

La Poncia: ¡No callo!

Adela: Métete en tus cosas, ¡oledora! ¡pérfida!

La Poncia: ¡Sombra tuya he de ser!

Adela: En vez de limpiar la casa y acostarte para rezar a tus muertos, buscas como una vieja marrana asuntos de hombres y mujeres para babosear en ellos.

La Poncia: ¡Velo! Para que las gentes no escupan al pasar por esta puerta.

Adela: ¡Qué cariño tan grande te ha entrado de pronto por mi hermana!

La Poncia: No os tengo ley a ninguna, pero quiero vivir en casa decente. ¡No quiero mancharme de vieja!

Adela: Es inútil tu consejo. Ya es tarde. No por encima de ti, que eres una Criada, por encima de mi madre saltaría para apagarme este fuego que tengo levantado por piernas y boca. ¿ Qué puedes decir de mí? Que me encierro en mi cuarto y no abro la puerta? ¿Que no duermo? ¡Soy más lista que tú! Mira a ver si puedes agarrar la liebre con tus manos.

La Poncia: No me desafíes. ¡Adela, no me desafíes! Porque yo puedo dar voces, encender luces y hacer que toquen las campanas.

Adela: Trae cuatro mil bengalas amarillas y ponlas en las bardas del corral. Nadie podrá evitar que suceda lo que tiene que suceder.

La Poncia: ¡Tanto te gusta ese hombre!

Adela: ¡Tanto! Mirando sus ojos me parece que bebo su sangre lentamente.

La Poncia: Yo no te puedo oír.

Adela: ¡Pues me oirás! Te he tenido miedo. ¡Pero ya soy más fuerte que tú! (Entra Angustias.)

Angustias: ¡Siempre discutiendo!

La Poncia: Claro, se empeña en que, con el calor que hace, vaya a traerle no sé qué cosa de la tienda.

Angustias: ¿Me compraste el bote de esencia?

La Poncia: El más caro. Y los polvos. En la mesa de tu cuarto los he puesto. (Sale Angustias.)

Adela: ¡Y chitón!

La Poncia: ¡Lo veremos!

(Entran Martirio, Amelia y Magdalena)

Magdalena: (A Adela) ¿Has visto los encajes?

Amelia: Los de Angustias para sus sábanas de novia son preciosos.

Adela: (A Martirio, que trae unos encajes) ¿Y éstos?

Martirio: Son para mí. Para una camisa.

Adela: (Con sarcasmo.) ¡Se necesita buen humor!

Martirio: (Con intención) Para verlos yo. No necesito lucirme ante nadie.

La Poncia: Nadie la ve a una en camisa.

Martirio: (Con intención y mirando a Adela.) ¡A veces! Pero me encanta la ropa interior. Si fuera rica la tendría de holanda. Es uno de los pocos gustos que me quedan.

La Poncia: Estos encajes son preciosos para las gorras de niño, para mantehuelos de cristianar. Yo nunca pude usarlos en los míos. A ver si ahora Angustias los usa en los suyos. Como le dé por tener crías vais a estar cosiendo mañana y tarde.

Magdalena: Yo no pienso dar una puntada.

Amelia: Y mucho menos cuidar niños ajenos. Mira tú cómo están las vecinas del callejón, sacrificadas por cuatro monigotes.

La Poncia: Ésas están mejor que vosotras. ¡Siquiera allí se ríe y se oyen porrazos!

Martirio: Pues vete a servir con ellas.

La Poncia: No. ¡Ya me ha tocado en suerte este convento!

(Se oyen unos campanillos lejanos, como a través de varios muros.)

Magdalena: Son los hombres que vuelven al trabajo.

La Poncia: Hace un minuto dieron las tres.

Martirio: ¡Con este sol!

Adela: (Sentándose) ¡Ay, quién pudiera salir también a los campos!

Magdalena: (Sentándose) ¡Cada clase tiene que hacer lo suyo!

Martirio: (Sentándose) ¡Así es!

Amelia: (Sentándose) ¡Ay!

La Poncia: No hay alegría como la de los campos en esta época. Ayer de mañana llegaron los segadores. Cuarenta o cincuenta buenos mozos.

Magdalena: ¿De dónde son este año?

La Poncia: De muy lejos. Vinieron de los montes. ¡Alegres! ¡Como árboles quemados! ¡Dando voces y arrojando piedras! Anoche llegó al pueblo una mujer vestida de lentejuelas y que bailaba con un acordeón, y quince de ellos la contrataron para llevársela al olivar. Yo los vi de lejos. El que la contrataba

era un muchacho de ojos verdes, apretado como una gavilla de trigo.

Amelia: ¿Es eso cierto?

Adela: ¡Pero es posible!

La Poncia: Hace años vino otra de éstas y yo misma di dinero a mi hijo mayor para que fuera. Los hombres necesitan estas cosas.

Adela: Se les perdona todo.

Amelia: Nacer mujer es el mayor castigo.

Magdalena: Y ni nuestros ojos siquiera nos pertenecen.

(Se oye un canto lejano que se va acercando.)

La Poncia: Son ellos. Traen unos cantos preciosos.

Amelia: Ahora salen a segar.

Coro:

Ya salen los segadores en busca de las espigas; se llevan los corazones de las muchachas que miran.

(Se oyen panderos y carrañacas. Pausa. Todas oyen en un silencio traspasado por el sol.)

Amelia: ¡Y no les importa el calor!

Martirio: Siegan entre llamaradas.

Adela: Me gustaría segar para ir y venir. Así se olvida lo que nos muerde.

Martirio: ¿Qué tienes tú que olvidar?

Adela: Cada una sabe sus cosas.

Martirio: (Profunda.) ¡Cada una!

La Poncia: ¡Callar! ¡Callar!

Coro: (Muy lejano.)

Abrir puertas y ventanas

las que vivís en el pueblo; el segador pide rosas para adornar su sombrero.

La Poncia: ¡Qué canto!

Martirio: (Con nostalgia.)

Abrir puertas y ventanas las que vivís en el pueblo...

Adela: (Con pasión.)

... el segador pide rosas para adornar su sombrero.

(Se va alejando el cantar.)

La Poncia: Ahora dan la vuelta a la esquina.

Adela: Vamos a verlos por la ventana de mi cuarto.

La Poncia: Tened cuidado con no entreabrirla mucho, porque son capaces de dar un empujón para ver quién mira.

(Se van las tres. Martirio queda sentada en la silla baja con la cabeza entre las manos.)

Amelia: (Acercándose.) ¿Qué te pasa?

Martirio: Me sienta mal el calor.

Amelia: ¿No es más que eso?

Martirio: Estoy deseando que llegue noviembre, los días de lluvia, la escarcha; todo lo que no sea este verano interminable.

Amelia: Ya pasará y volverá otra vez.

Martirio: ¡Claro! (Pausa.) ¿A qué hora te dormiste anoche?

Amelia: No sé. Yo duermo como un tronco. ¿Por qué?

Martirio: Por nada, pero me pareció oír gente en el corral.

Amelia: ¿Sí?

Martirio: Muy tarde.

Amelia: ¿Y no tuviste miedo?

Martirio: No. Ya lo he oído otras noches.

Amelia: Debíamos tener cuidado. ¿No serían los gañanes?

Martirio: Los gañanes llegan a las seis.

Amelia: Quizá una mulilla sin desbravar.

Martirio: (Entre dientes y llena de segunda intención.) ¡Eso, eso!, una mulilla

sin desbravar.

Amelia: ¡Hay que prevenir!

Martirio: ¡No, no! No digas nada. Puede ser un barrunto mío.

Amelia: Quizá.

(Pausa. Amelia inicia el mutis.)

Martirio: Amelia.

Amelia: (En la puerta.) ¿Qué?

(Pausa.)

Martirio: Nada.

(Pausa.)

Amelia: ¿Por qué me llamaste?

(Pausa)

Martirio: Se me escapó. Fue sin darme cuenta.

(Pausa)

Amelia: Acuéstate un poco.

Angustias: (Entrando furiosa en escena, de modo que haya un gran contraste con los silencios anteriores.) ¿Dónde está el retrato de Pepe que tenía yo debajo de

mi almohada? ¿Quién de vosotras lo tiene?

Martirio: Ninguna.

Amelia: Ni que Pepe fuera un San Bartolomé de plata.

Angustias: ¿Dónde está el retrato?

(Entran La Poncia, Magdalena y Adela.)

Adela: ¿Qué retrato?

Angustias: Una de vosotras me lo ha escondido.

Magdalena: ¿Tienes la desvergüenza de decir esto?

Angustias: Estaba en mi cuarto y no está.

Martirio: ¿Y no se habrá escapado a medianoche al corral? A Pepe le gusta andar con la luna.

Angustias: ¡No me gastes bromas! Cuando venga se lo contaré.

La Poncia: ¡Eso, no! ¡Porque aparecerá! (Mirando Adela.)

Angustias: ¡Me gustaría saber cuál de vosotras lo tiene!

Adela: (Mirando a Martirio.) ¡Alguna! ¡Todas, menos yo!

Martirio: (Con intención.) ¡Desde luego!

Bernarda: (Entrando con su bastón.) ¿Qué escándalo es éste en mi casa y con el silencio del peso del calor? Estarán las vecinas con el oído pegado a los tabiques.

Angustias: Me han quitado el retrato de mi novio.

Bernarda: (Fiera.) ¿Quién? ¿Quién?

Angustias: ¡Éstas!

Bernarda: ¿Cuál de vosotras? (Silencio.) ¡Contestarme! (Silencio. A Poncia.) Registra los cuartos, mira por las camas. Esto tiene no ataros más cortas. ¡Pero me vais a soñar! (A Angustias.) ¿Estás segura?

Angustias: Sí.

Bernarda: ¿Lo has buscado bien?

Angustias: Sí, madre.

(Todas están en medio de un embarazoso silencio.)

Bernarda: Me hacéis al final de mi vida beber el veneno más amargo que una madre puede resistir. (A Poncia.) ¿No lo encuentras?

La Poncia: (Saliendo.) Aquí está.

Bernarda: ¿Dónde lo has encontrado?

La Poncia: Estaba...

Bernarda: Dilo sin temor.

La Poncia: (Extrañada.) Entre las sábanas de la cama de Martirio.

Bernarda: (A Martirio.) ¿Es verdad?

Martirio: ¡Es verdad!

Bernarda: (Avanzando y golpeándola con el bastón.) ¡Mala puñalada te den, mosca

muerta! ¡Sembradura de vidrios!

Martirio: (Fiera.) ¡No me pegue usted, madre!

Bernarda: ¡Todo lo que quiera!

Martirio: ¡Si yo la dejo! ¿Lo oye? ¡Retírese usted!

La Poncia: No faltes a tu madre.

Angustias: (Cogiendo a Bernarda.) Déjela. ¡Por favor!

Bernarda: Ni lágrimas te quedan en esos ojos.

Martirio: No voy a llorar para darle gusto.

Bernarda: ¿Por qué has cogido el retrato?

Martirio: ¿Es que yo no puedo gastar una broma a mi hermana? ¿Para qué otra cosa lo iba a querer?

Adela: (Saltando llena de celos.) No ha sido broma, que tú no has gustado nunca de juegos. Ha sido otra cosa que te reventaba el pecho por querer salir. Dilo ya claramente.

Martirio: ¡Calla y no me hagas hablar, que si hablo se van a juntar las paredes unas con otras de vergüenza!

Adela: ¡La mala lengua no tiene fin para inventar!

Bernarda: ¡Adela!

Magdalena: Estáis locas.

Amelia: Y nos apedreáis con malos pensamientos.

Martirio: Otras hacen cosas más malas.

Adela: Hasta que se pongan en cueros de una vez y se las lleve el río.

Bernarda: ¡Perversa!

Angustias: Yo no tengo la culpa de que Pepe el Romano se haya fijado en mí.

Adela: ¡Por tus dineros!

Angustias: ¡Madre!

Bernarda: ¡Silencio!

Martirio: Por tus marjales y tus arboledas.

Magdalena: ¡Eso es lo justo!

Bernarda: ¡Silencio digo! Yo veía la tormenta venir, pero no creía que estallara tan pronto. ¡Ay, qué pedrisco de odio habéis echado sobre mi corazón! Pero todavía no soy anciana y tengo cinco cadenas para vosotras y esta casa levantada por mi padre para que ni las hierbas se enteren de mi desolación. ¡Fuera de aquí! (Salen. Bernarda se sienta desolada. La Poncia está de pie arrimada a los muros. Bernarda reacciona, da un golpe en el suelo y dice:) ¡Tendré que sentarles la mano! Bernarda, ¡acuérdate que ésta es tu obligación!

La Poncia: ¿Puedo hablar?

Bernarda: Habla. Siento que hayas oído. Nunca está bien una extraña en el centro de la familia.

La Poncia: Lo visto, visto está.

Bernarda: Angustias tiene que casarse en seguida.

La Poncia: Hay que retirarla de aquí.

Bernarda: No a ella. ¡A él!

La Poncia: ¡Claro, a él hay que alejarlo de aquí! Piensas bien.

Bernarda: No pienso. Hay cosas que no se pueden ni se deben pensar. Yo ordeno.

La Poncia: ¿Y tú crees que él querrá marcharse?

Bernarda: (Levantándose.) ¿Qué imagina tu cabeza?

La Poncia: Él, claro, ¡se casará con Angustias!

Bernarda: Habla. Te conozco demasiado para saber que ya me tienes preparada la cuchilla.

La Poncia: Nunca pensé que se llamara asesinato al aviso.

Bernarda: ¿Me tienes que prevenir algo?

La Poncia: Yo no acuso, Bernarda. Yo sólo te digo: abre los ojos y verás.

Bernarda: ¿Y verás qué?

La Poncia: Siempre has sido lista. Has visto lo malo de las gentes a cien leguas. Muchas veces creí que divinabas los pensamientos. Pero los hijos son los hijos. Ahora estás ciega.

Bernarda: ¿Te refieres a Martirio?

La Poncia: Bueno, a Martirio... (Con curiosidad.) ¿Por qué habrá escondido el retrato?

Bernarda: (Queriendo ocultar a su hija.) Después de todo ella dice que ha sido una broma. ¿Qué otra cosa puede ser?

La Poncia: (Con sorna.) ¿Tú lo crees así?

Bernarda: (Enérgica.) No lo creo. ¡Es así!

La Poncia: Basta. Se trata de lo tuyo. Pero si fuera la vecina de enfrente, ¿qué sería?

Bernarda: Ya empiezas a sacar la punta del cuchillo.

La Poncia: (Siempre con crueldad.) No, Bernarda, aquí pasa una cosa muy grande. Yo no te quiero echar la culpa, pero tú no has dejado a tus hijas libres. Martirio es enamoradiza, digas lo que tú quieras. ¿Por qué no la dejaste casar con Enrique Humanes? ¿Por qué el mismo día que iba a venir a la ventana le mandaste recado que no viniera?

Bernarda: (Fuerte.) ¡Y lo haría mil veces! Mi sangre no se junta con la de los Humanes mientras yo viva! Su padre fue gañán.

La Poncia: ¡Y así te va a ti con esos humos!

Bernarda: Los tengo porque puedo tenerlos. Y tú no los tienes porque sabes muy bien cuál es tu origen.

La Poncia: (Con odio.) ¡No me lo recuerdes! Estoy ya vieja, siempre agradecí tu protección.

Bernarda: (Crecida.) ¡No lo parece!

La Poncia: (Con odio envuelto en suavidad.) A Martirio se le olvidará esto.

Bernarda: Y si no lo olvida peor para ella. No creo que ésta sea la «cosa muy grande» que aquí pasa. Aquí no pasa nada. ¡Eso quisieras tú! Y si pasara algún día estáte segura que no traspasaría las paredes.

La Poncia: ¡Eso no lo sé yo! En el pueblo hay gentes que leen también de lejos

los pensamientos escondidos.

Bernarda: ¡Cómo gozarías de vernos a mí y a mis hijas camino del lupanar!

La Poncia: ¡Nadie puede conocer su fin!

Bernarda: ¡Yo sí sé mi fin! ¡Y el de mis hijas! El lupanar se queda para alguna mujer ya difunta...

La Poncia: (Fiera.) ¡Bernarda! ¡Respeta la memoria de mi madre!

Bernarda: ¡No me persigas tú con tus malos pensamientos! (Pausa.)

La Poncia: Mejor será que no me meta en nada.

Bernarda: Eso es lo que debías hacer. Obrar y callar a todo. Es la obligación de los que viven a sueldo.

La Poncia: Pero no se puede. ¿A ti no te parece que Pepe estaría mejor casado con Martirio o... ¡sí!, con Adela?

Bernarda: No me parece.

La Poncia: (Con intención.) Adela. ¡Ésa es la verdadera novia del Romano!

Bernarda: Las cosas no son nunca a gusto nuestro.

La Poncia: Pero les cuesta mucho trabajo desviarse de la verdadera inclinación. A mí me parece mal que Pepe esté con Angustias, y a las gentes, y hasta al aire. ¡Quién sabe si se saldrán con la suya!

Bernarda: ¡Ya estamos otra vez!... Te deslizas para llenarme de malos sueños. Y no quiero entenderte, porque si llegara al alcance de todo lo que dices te tendría que arañar.

La Poncia: ¡No llegará la sangre al río!

Bernarda: ¡Afortunadamente mis hijas me respetan y jamás torcieron mi voluntad!

La Poncia: ¡Eso sí! Pero en cuanto las dejes sueltas se te subirán al tejado.

Bernarda: ¡Ya las bajaré tirándoles cantos!

La Poncia: ¡Desde luego eres la más valiente!

Bernarda: ¡Siempre gasté sabrosa pimienta!

La Poncia: ¡Pero lo que son las cosas! A su edad. ¡Hay que ver el entusiasmo de Angustias con su novio! ¡Y él también parece muy picado! Ayer me contó mi hijo mayor que a las cuatro y media de la madrugada, que pasó por la calle con la

yunta, estaban hablando todavía.

Bernarda: ¡A las cuatro y media!

Angustias: (Saliendo.) ¡Mentira!

La Poncia: Eso me contaron.

Bernarda: (A Angustias.) ¡Habla!

Angustias: Pepe lleva más de una semana marchándose a la una. Que Dios me mate

si miento.

Martirio: (Saliendo.) Yo también lo sentí marcharse a las cuatro.

Bernarda: Pero, ¿lo viste con tus ojos?

Martirio: No quise asomarme. ¿No habláis ahora por la ventana del callejón?

Angustias: Yo hablo por la ventana de mi dormitorio.

(Aparece Adela en la puerta.)

Martirio: Entonces...

Bernarda: ¿Qué es lo que pasa aquí?

La Poncia: ¡Cuida de enterarte! Pero, desde luego, Pepe estaba a las cuatro de

la madrugada en una reja de tu casa.

Bernarda: ¿Lo sabes seguro?

La Poncia: Seguro no se sabe nada en esta vida.

Adela: Madre, no oiga usted a quien nos quiere perder a todas.

Bernarda: ¡Yo sabré enterarme! Si las gentes del pueblo quieren levantar falsos testimonios se encontrarán con mi pedernal. No se hable de este asunto. Hay a

veces una ola de fango que levantan los demás para perdernos.

Martirio: A mí no me gusta mentir.

La Poncia: Y algo habrá.

Bernarda: No habrá nada. Nací para tener los ojos abiertos. Ahora vigilaré sin

cerrarlos ya hasta que me muera.

Angustias: Yo tengo derecho de enterarme.

Bernarda: Tú no tienes derecho más que a obedecer. Nadie me traiga ni me lleve.

(A La Poncia.) Y tú te metes en los asuntos de tu casa. ¡Aquí no se vuelve a dar un paso que yo no sienta!

Criada: (Entrando.) ¡En lo alto de la calle hay un gran gentío y todos los vecinos están en sus puertas!

Bernarda: (A Poncia.) ¡Corre a enterarte de lo que pasa! (Las mujeres corren para salir.) ¿Dónde vais? Siempre os supe mujeres ventaneras y rompedoras de su luto. ¡Vosotras al patio!

(Salen y sale Bernarda. Se oyen rumores lejanos. Entran Martirio y Adela, que se quedan escuchando y sin atreverse a dar un paso más de la puerta de salida.)

Martirio: Agradece a la casualidad que no desaté mi lengua.

Adela: También hubiera hablado yo.

Martirio: ¿Y qué ibas a decir? ¡Querer no es hacer!

Adela: Hace la que puede y la que se adelanta. Tú querías, pero no has podido.

Martirio: No seguirás mucho tiempo.

Adela: ¡Lo tendré todo!

Martirio: Yo romperé tus abrazos.

Adela: (Suplicante.) ¡Martirio, déjame!

Martirio: ¡De ninguna!

Adela: ¡Él me quiere para su casa!

Martirio: ¡He visto cómo te abrazaba!

Adela: Yo no quería. He ido como arrastrada por una maroma.

Martirio: ¡Primero muerta!

(Se asoman Magdalena y Angustias. Se siente crecer el tumulto.)

La Poncia: (Entrando con Bernarda.) ¡Bernarda!

Bernarda: ¿Qué ocurre?

La Poncia: La hija de la Librada, la soltera, tuvo un hijo no se sabe con quién.

Adela: ¿Un hijo?

La Poncia: Y para ocultar su vergüenza lo mató y lo metió debajo de unas

piedras; pero unos perros, con más corazón que muchas criaturas, lo sacaron y como llevados por la mano de Dios lo han puesto en el tranco de su puerta. Ahora la quieren matar. La traen arrastrando por la calle abajo, y por las trochas y los terrenos del olivar vienen los hombres corriendo, dando unas voces que estremecen los campos.

Bernarda: Sí, que vengan todos con varas de olivo y mangos de azadones, que vengan todos para matarla.

Adela: ¡No, no, para matarla no!

Martirio: Sí, y vamos a salir también nosotras.

Bernarda: Y que pague la que pisotea su decencia.

(Fuera su oye un grito de mujer y un gran rumor.)

Adela: ¡Que la dejen escapar! ¡No salgáis vosotras!

Martirio: (Mirando a Adela.) ¡Que pague lo que debe!

Bernarda: (Bajo el arco.) ¡Acabar con ella antes que lleguen los guardias! ¡Carbón ardiendo en el sitio de su pecado!

Adela: (Cogiéndose el vientre.) ¡No! ¡No!

Bernarda: ¡Matadla! ¡Matadla!

Acto III

Cuatro paredes blancas ligeramente azuladas del patio interior de la casa de Bernarda. Es de noche. El decorado ha de ser de una perfecta simplicidad. Las puertas, iluminadas por la luz de los interiores, dan un tenue fulgor a la escena. En el centro, una mesa con un quinqué, donde están comiendo Bernarda y sus hijas. La Poncia las sirve. Prudencia está sentada aparte.

(Al levantarse el telón hay un gran silencio, interrumpido por el ruido de platos y cubiertos.)

Prudencia: Ya me voy. Os he hecho una visita larga. (Se levanta.)

Bernarda: Espérate, mujer. No nos vemos nunca.

Prudencia: ¿Han dado el último toque para el rosario?

La Poncia: Todavía no.

(Prudencia se sienta.)

Bernarda: ¿Y tu marido cómo sigue?

Prudencia: Igual.

Bernarda: Tampoco lo vemos.

Prudencia: Ya sabes sus costumbres. Desde que se peleó con sus hermanos por la herencia no ha salido por la puerta de la calle. Pone una escalera y salta las tapias del corral.

Bernarda: Es un verdadero hombre. ¿Y con tu hija...?

Prudencia: No la ha perdonado.

Bernarda: Hace bien.

Prudencia: No sé qué te diga. Yo sufro por esto.

Bernarda: Una hija que desobedece deja de ser hija para convertirse en una enemiga.

Prudencia: Yo dejo que el agua corra. No me queda más consuelo que refugiarme en la iglesia, pero como me estoy quedando sin vista tendré que dejar de venir para que no jueguen con una los chiquillos. (Se oye un gran golpe, como dado en los muros.) ¿Qué es eso?

Bernarda: El caballo garañón, que está encerrado y da coces contra el muro. (A voces.) ¡Trabadlo y que salga al corral! (En voz baja.) Debe tener calor.

Prudencia: ¿Vais a echarle las potras nuevas?

Bernarda: Al amanecer.

Prudencia: Has sabido acrecentar tu ganado.

Bernarda: A fuerza de dinero y sinsabores.

La Poncia: (Interviniendo.) ¡Pero tiene la mejor manada de estos contornos! Es una lástima que esté bajo de precio.

Bernarda: ¿Quieres un poco de queso y miel?

Prudencia: Estoy desganada.

(Se oye otra vez el golpe.)

La Poncia: ¡Por Dios!

Prudencia: ¡Me ha retemblado dentro del pecho!

Bernarda: (Levantándose furiosa) ¿Hay que decir las cosas dos veces? ¡Echadlo que se revuelque en los montones de paja! (Pausa, y como hablando con los gañanes.) Pues encerrad las potras en la cuadra, pero dejadlo libre, no sea que nos eche abajo las paredes. (Se dirige a la mesa y se sienta otra vez.) ¡Ay, qué vida!

Prudencia: Bregando como un hombre.

Bernarda: Así es. (Adela se levanta de la mesa.) ¿Dónde vas?

Adela: A beber agua.

Bernarda: (En alta voz.) Trae un jarro de agua fresca. (A Adela.) Puedes sentarte. (Adela se sienta.)

Prudencia: Y Angustias, ¿cuándo se casa?

Bernarda: Vienen a pedirla dentro de tres días.

Prudencia: ¡Estarás contenta!

Angustias: ¡Claro!

Amelia: (A Magdalena.) ¡Ya has derramado la sal!

Magdalena: Peor suerte que tienes no vas a tener.

Amelia: Siempre trae mala sombra.

Bernarda: ¡Vamos!

Prudencia: (A Angustias.) ¿Te ha regalado ya el anillo?

Angustias: Mírelo usted. (Se lo alarga.)

Prudencia: Es precioso. Tres perlas. En mi tiempo las perlas significaban

lágrimas..

Angustias: Pero y a las cosas han cambiado.

Adela: Yo creo que no. Las cosas significan siempre lo mismo. Los anillos de pedida deben ser de diamantes.

Prudencia: Es más propio.

Bernarda: Con perlas o sin ellas las cosas son como una se las propone.

Martirio: O como Dios dispone.

Prudencia: Los muebles me han dicho que son preciosos.

Bernarda: Dieciséis mil reales he gastado.

La Poncia: (Interviniendo.) Lo mejor es el armario de luna.

Prudencia: Nunca vi un mueble de éstos.

Bernarda: Nosotras tuvimos arca.

Prudencia: Lo preciso es que todo sea para bien.

Adela: Que nunca se sabe.

Bernarda: No hay motivo para que no lo sea.

(Se oyen lejanísimas unas campanas.)

Prudencia: El último toque. (A Angustias.) Ya vendré a que me enseñes la ropa.

Angustias: Cuando usted quiera.

Prudencia: Buenas noches nos dé Dios.

Bernarda: Adiós, Prudencia.

Las cinco a la vez: Vaya usted con Dios.

(Pausa. Sale Prudencia.)

Bernarda: Ya hemos comido. (Se levantan.)

Adela: Voy a llegarme hasta el portón para estirar las piernas y tomar un poco el fresco.

(Magdalena se sienta en una silla baja retrepada contra la pared.)

Amelia: Yo voy contigo.

Martirio: Y yo.

Adela: (Con odio contenido.) No me voy a perder.

Amelia: La noche quiere compaña.

(Salen. Bernarda se sienta y Angustias está arreglando la mesa.)

Bernarda: Ya te he dicho que quiero que hables con tu hermana Martirio. Lo que pasó del retrato fue una broma y lo debes olvidar.

Angustias: Usted sabe que ella no me quiere.

Bernarda: Cada uno sabe lo que piensa por dentro. Yo no me meto en los corazones, pero quiero buena fachada y armonía familiar. ¿Lo entiendes?

Angustias: Sí.

Bernarda: Pues ya está.

Magdalena: (Casi dormida.) Además, ¡si te vas a ir antes de nada! (Se duerme.)

Angustias: Tarde me parece.

Bernarda: ¿A qué hora terminaste anoche de hablar?

Angustias: A las doce y media.

Bernarda: ¿Qué cuenta Pepe?

Angustias: Yo lo encuentro distraído. Me habla siempre como pensando en otra cosa. Si le pregunto qué le pasa, me contesta: «Los hombres tenemos nuestras preocupaciones.»

Bernarda: No le debes preguntar. Y cuando te cases, menos. Habla si él habla y míralo cuando te mire. Así no tendrás disgustos.

Angustias: Yo creo, madre, que él me oculta muchas cosas.

Bernarda: No procures descubrirlas, no le preguntes y, desde luego, que no te vea llorar jamás.

Angustias: Debía estar contenta y no lo estoy.

Bernarda: Eso es lo mismo.

Angustias: Muchas veces miro a Pepe con mucha fijeza y se me borra a través de los hierros, como si lo tapara una nube de polvo de las que levantan los rebaños.

Bernarda: Eso son cosas de debilidad.

Angustias: ¡Ojalá!

Bernarda: ¿Viene esta noche?

Angustias: No. Fue con su madre a la capital.

Bernarda: Así nos acostaremos antes. ¡Magdalena!

Angustias: Está dormida.

(Entran Adela, Martirio y Amelia.)

Amelia: ¡Qué noche más oscura!

Adela: No se ve a dos pasos de distancia.

Martirio: Una buena noche para ladrones, para el que necesite escondrijo.

Adela: El caballo garañón estaba en el centro del corral. ¡Blanco! Doble de grande, llenando todo lo oscuro.

Amelia: Es verdad. Daba miedo. ¡Parecía una aparición!

Adela: Tiene el cielo unas estrellas como puños.

Martirio: Ésta se puso a mirarlas de modo que se iba a tronchar el cuello.

Adela: ¿Es que no te gustan a ti?

Martirio: A mí las cosas de tejas arriba no me importan nada. Con lo que pasa dentro de las habitaciones tengo bastante.

Adela: Así te va a ti.

Bernarda: A ella le va en lo suyo como a ti en lo tuyo.

Angustias: Buenas noches.

Adela: ¿Ya te acuestas?

Angustias: Sí, esta noche no viene Pepe. (Sale.).

Adela: Madre, ¿por qué cuando se corre una estrella o luce un relámpago se dice: Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita con papel y agua bendita?

Bernarda: Los antiguos sabían muchas cosas que hemos olvidado.

Amelia: Yo cierro los ojos para no verlas.

Adela: Yo no. A mí me gusta ver correr lleno de lumbre lo que está quieto y quieto años enteros.

Martirio: Pero estas cosas nada tienen que ver con nosotros.

Bernarda: Y es mejor no pensar en ellas.

Adela: ¡Qué noche más hermosa! Me gustaría quedarme hasta muy tarde para disfrutar el fresco del campo.

Bernarda: Pero hay que acostarse. ¡Magdalena!

Amelia: Está en el primer sueño.

Bernarda: ¡Magdalena!

Magdalena: (Disgustada.) ¡Dejarme en paz!

Bernarda: ¡A la cama!

Magdalena: (Levantándose malhumorada.) ¡No la dejáis a una tranquila! (Se va

refunfuñando.)

Amelia: Buenas noches. (Se va.)

Bernarda: Andar vosotras también.

Martirio: ¿Cómo es que esta noche no viene el novio de Angustias?

Bernarda: Fue de viaje.

Martirio: (Mirando a Adela.) ¡Ah!

Adela: Hasta mañana. (Sale.)

(Martirio bebe agua y sale lentamente mirando hacia la puerta del corral. Sale La Poncia.)

_.../

La Poncia: ¿Estás todavía aquí?

Bernarda: Disfrutando este silencio y sin lograr ver por parte alguna «la cosa

tan grande» que aquí pasa, según tú.

La Poncia: Bernarda, dejemos esa conversación.

Bernarda: En esta casa no hay un sí ni un no. Mi vigilancia lo puede todo.

La Poncia: No pasa nada por fuera. Eso es verdad. Tus hijas están y viven como metidas en alacenas. Pero ni tú ni nadie puede vigilar por el interior de los

pechos.

Bernarda: Mis hijas tienen la respiración tranquila.

La Poncia: Eso te importa a ti, que eres su madre. A mí, con servir tu casa

tengo bastante.

Bernarda: Ahora te has vuelto callada.

La Poncia: Me estoy en mi sitio, y en paz.

Bernarda: Lo que pasa es que no tienes nada que decir. Si en esta casa hubiera

hierbas, ya te encargarías de traer a pastar las ovejas del vecindario.

La Poncia: Yo tapo más de lo que te figuras.

Bernarda: ¿Sigue tu hijo viendo a Pepe a las cuatro de la mañana? ¿Siguen diciendo todavía la mala letanía de esta casa?

La Poncia: No dicen nada.

Bernarda: Porque no pueden. Porque no hay carne donde morder. ¡A la vigilia de mis ojos se debe esto!

La Poncia: Bernarda, yo no quiero hablar porque temo tus intenciones. Pero no estés segura.

Bernarda: ¡Segurísima!

La Poncia: ¡A lo mejor, de pronto, cae un rayo! ¡A lo mejor, de pronto, un golpe de sangre te para el corazón!

Bernarda: Aquí no pasará nada. Ya estoy alerta contra tus suposiciones.

La Poncia: Pues mejor para ti.

Bernarda: ¡No faltaba más!

Criada: (Entrando.) Ya terminé de fregar los platos. ¿Manda usted algo, Bernarda?

Bernarda: (Levantándose.) Nada. Yo voy a descansar.

La Poncia: ¿A qué hora quiere que la llame?

Bernarda: A ninguna. Esta noche voy a dormir bien. (Se va.)

La Poncia: Cuando una no puede con el mar lo más fácil es volver las espaldas para no verlo.

Criada: Es tan orgullosa que ella misma se pone una venda en los ojos.

La Poncia: Yo no puedo hacer nada. Quise atajar las cosas, pero ya me asustan demasiado. ¿Tú ves este silencio? Pues hay una tormenta en cada cuarto. El día que estallen nos barrerán a todas. Yo he dicho lo que tenía que decir.

Criada: Bernarda cree que nadie puede con ella y no sabe la fuerza que tiene un hombre entre mujeres solas.

La Poncia: No es toda la culpa de Pepe el Romano. Es verdad que el año pasado anduvo detrás de Adela, y ésta estaba loca por él, pero ella debió estarse en su sitio y no provocarlo. Un hombre es un hombre.

Criada: Hay quien cree que habló muchas noches con Adela.

La Poncia: Es verdad. (En voz baja) Y otras cosas.

Criada: No sé lo que va a pasar aquí.

La Poncia: A mí me gustaría cruzar el mar y dejar esta casa de guerra..

Criada: Bernarda está aligerando la boda y es posible que nada pase.

La Poncia: Las cosas se han puesto ya demasiado maduras. Adela está decidida a lo que sea, y las demás vigilan sin descanso.

Criada: ¿Y Martirio también?

La Poncia: Ésa es la peor. Es un pozo de veneno. Ve que el Romano no es para ella y hundiría el mundo si estuviera en su mano.

Criada: ¡Es que son malas!

La Poncia: Son mujeres sin hombre, nada más. En estas cuestiones se olvida hasta la sangre. ¡Chisssssss! (Escucha.)

Criada: ¿Qué pasa?

La Poncia: (Se levanta.) Están ladrando los perros.

Criada: Debe haber pasado alguien por el portón.

(Sale Adela en enaguas blancas y corpiño.)

La Poncia: ¿No te habías acostado?

Adela: Voy a beber agua. (Bebe en un vaso de la mesa.)

La Poncia: Yo te suponía dormida.

Adela: Me despertó la sed. Y vosotras, ¿no descansáis?

Criada: Ahora.

(Sale Adela.)

La Poncia: Vámonos.

Criada: Ganado tenemos el sueño. Bernarda no me deja descansar en todo el día.

La Poncia: Llévate la luz.

Criada: Los perros están como locos.

La Poncia: No nos van a dejar dormir.

(Salen. La escena queda casi a oscuras. Sale María Josefa con una oveja en los brazos.)

María Josefa:

Ovejita, niño mío,

vámonos a la orilla del mar.

La hormiguita estará en su puerta,

yo te daré la teta y el pan.

Bernarda,

cara de leoparda.

Magdalena,

cara de hiena.

¡Ovejita!

Meee, meee.

Vamos a los ramos del portal de Belén. (Ríe)

Ni tú ni yo queremos dormir.

La puerta sola se abrirá

y en la playa nos meteremos

en una choza de coral.

Bernarda.

cara de leoparda.

Magdalena,

cara de hiena.

¡Oveiita!

Meee, meee.

Vamos a los ramos del portal de Belén!

(Se va cantando. Entra Adela. Mira a un lado y otro con sigilo, y desaparece por la puerta del corral. Sale Martirio por otra puerta y queda en angustioso acecho en el centro de la escena. También va en enaguas. Se cubre con un pequeño mantón negro de talle. Sale por enfrente de ella María Josefa.)

Martirio: Abuela, ¿dónde va usted?

María Josefa: ¿Vas a abrirme la puerta? ¿Quién eres tú?

Martirio: ¿Cómo está aquí?

María Josefa: Me escapé. ¿Tú quién eres?

Martirio: Vaya a acostarse.

María Josefa: Tú eres Martirio, ya te veo. Martirio, cara de martirio. ¿Y cuándo vas a tener un niño? Yo he tenido éste.

Martirio: ¿Dónde cogió esa oveja?

María Josefa: Ya sé que es una oveja. Pero, ¿por qué una oveja no va a ser un niño? Mejor es tener una oveja que no tener nada. Bernarda, cara de leoparda. Magdalena, cara de hiena.

Martirio: No dé voces.

María Josefa: Es verdad. Está todo muy oscuro. Como tengo el pelo blanco crees que no puedo tener crías, y sí, crías y crías y crías. Este niño tendrá el pelo blanco y tendrá otro niño, y éste otro, y todos con el pelo de nieve, seremos como las olas, una y otra y otra. Luego nos sentaremos todos, y todos tendremos el cabello blanco y seremos espuma. ¿Por qué aquí no hay espuma? Aquí no hay más que mantos de luto.

Martirio: Calle, calle.

María Josefa: Cuando mi vecina tenía un niño yo le llevaba chocolate y luego ella me lo traía a mí, y así siempre, siempre, siempre. Tú tendrás el pelo blanco, pero no vendrán las vecinas. Yo tengo que marcharme, pero tengo miedo de que los perros me muerdan. ¿Me acompañarás tú a salir del campo? Yo quiero campo. Yo quiero casas, pero casas abiertas, y las vecinas acostadas en sus camas con sus niños chiquitos, y los hombres fuera, sentados en sus sillas. Pepe el Romano es un gigante. Todas lo queréis. Pero él os va a devorar, porque vosotras sois granos de trigo. No granos de trigo, no. ¡Ranas sin lengua!

Martirio: (Enérgica.) Vamos, váyase a la cama. (La empuja.)

María Josefa: Sí, pero luego tú me abrirás, ¿verdad?

Martirio: De seguro.

María Josefa: (Llorando.)

Ovejita, niño mío, vámonos a la orilla del mar. La hormiguita estará en su puerta, yo te daré la teta y el pan.

(Sale. Martirio cierra la puerta por donde ha salido María Josefa y se dirige a la puerta del corral. Allí vacila, pero avanza dos pasos más.)

Martirio: (En voz baja.) Adela. (Pausa. Avanza hasta la misma puerta. En voz alta.) ¡Adela!

(Aparece Adela. Viene un poco despeinada.)

Adela: ¿Por qué me buscas?

Martirio: ¡Deja a ese hombre!

Adela: ¿Quién eres tú para decírmelo?

Martirio: No es ése el sitio de una mujer honrada.

Adela: ¡Con qué ganas te has quedado de ocuparlo!

Martirio: (En voz alta.) Ha llegado el momento de que yo hable. Esto no puede seguir así.

Adela: Esto no es más que el comienzo. He tenido fuerza para adelantarme. El brío y el mérito que tú no tienes. He visto la muerte debajo de estos techos y he salido a buscar lo que era mío, lo que me pertenecía.

Martirio: Ese hombre sin alma vino por otra. Tú te has atravesado.

Adela: Vino por el dinero, pero sus ojos los puso siempre en mí.

Martirio: Yo no permitiré que lo arrebates. El se casará con Angustias.

Adela: Sabes mejor que yo que no la quiere.

Martirio: Lo sé.

Adela: Sabes, porque lo has visto, que me quiere a mí.

Martirio: (Desesperada.) Sí.

Adela: (Acercándose.) Me quiere a mí, me quiere a mí.

Martirio: Clávame un cuchillo si es tu gusto, pero no me lo digas más.

Adela: Por eso procuras que no vaya con él. No te importa que abrace a la que no quiere. A mí, tampoco. Ya puede estar cien años con Angustias. Pero que me abrace a mí se te hace terrible, porque tú lo quieres también, ¡lo quieres!

Martirio: (Dramática.) ¡Sí! Déjame decirlo con la cabeza fuera de los embozos. ¡Sí! Déjame que el pecho se me rompa como una granada de amargura. ¡Le quiero!

Adela: (En un arranque, y abrazándola.) Martirio, Martirio, yo no tengo la culpa.

Martirio: ¡No me abraces! No quieras ablandar mis ojos. Mi sangre ya no es la tuya, y aunque quisiera verte como hermana no te miro ya más que como mujer. (La rechaza.)

Adela: Aquí no hay ningún remedio. La que tenga que ahogarse que se ahogue. Pepe el Romano es mío. Él me lleva a los juncos de la orilla.

Martirio: ¡No será!

Adela: Ya no aguanto el horror de estos techos después de haber probado el sabor de su boca. Seré lo que él quiera que sea. Todo el pueblo contra mí, quemándome con sus dedos de lumbre, perseguida por los que dicen que son decentes, y me pondré delante de todos la corona de espinas que tienen las que son queridas de algún hombre casado.

Martirio: ¡Calla!

Adela: Sí, sí. (En voz baja.) Vamos a dormir, vamos a dejar que se case con Angustias. Ya no me importa. Pero yo me iré a una casita sola donde él me verá cuando quiera, cuando le venga en gana.

Martirio: Eso no pasará mientras yo tenga una gota de sangre en el cuerpo.

Adela: No a ti, que eres débil: a un caballo encabritado soy capaz de poner de rodillas con la fuerza de mi dedo meñique.

Martirio: No levantes esa voz que me irrita. Tengo el corazón lleno de una fuerza tan mala, que sin quererlo yo, a mí misma me ahoga.

Adela: Nos enseñan a querer a las hermanas. Dios me ha debido dejar sola, en medio de la oscuridad, porque te veo como si no te hubiera visto nunca.

(Se oye un silbido y Adela corre a la puerta, pero Martirio se le pone delante.)

Martirio: ¿Dónde vas?

Adela: ¡Quítate de la puerta!

Martirio: ¡Pasa si puedes!

Adela: ¡Aparta! (Lucha.)

Martirio: (A voces.) ¡Madre, madre!

Adela: ¡Déjame!

(Aparece Bernarda. Sale en enaguas con un mantón negro.)

Bernarda: Quietas, quietas. ¡Qué pobreza la mía, no poder tener un rayo entre los dedos!

Martirio: (Señalando a Adela.) ¡Estaba con él! ¡Mira esas enaguas llenas de paja de trigo!

Bernarda: ¡Esa es la cama de las mal nacidas! (Se dirige furiosa hacia Adela.)

Adela: (Haciéndole frente.) ¡Aquí se acabaron las voces de presidio! (Adela arrebata un bastón a su madre y lo parte en dos.) Esto hago yo con la vara de la dominadora. No dé usted un paso más. ¡En mí no manda nadie más que Pepe!

(Sale Magdalena.)

Magdalena: ¡Adela!

(Salen La Poncia y Angustias.)

Adela: Yo soy su mujer. (A Angustias.) Entérate tú y ve al corral a decírselo. Él dominará toda esta casa. Ahí fuera está, respirando como si fuera un león.

Angustias: ¡Dios mío! Bernarda ¡La escopeta! ¿Dónde está la escopeta? (Sale corriendo.)

(Aparece Amelia por el fondo, que mira aterrada, con la cabeza sobre la pared. Sale detrás Martirio.)

Adela: ¡Nadie podrá conmigo! (Va a salir.)

Angustias: (Sujetándola.) De aquí no sales con tu cuerpo en triunfo, ¡ladrona! ¡deshonra de nuestra casa!

Magdalena: ¡Déjala que se vaya donde no la veamos nunca más!

(Suena un disparo.)

Bernarda: (Entrando.) Atrévete a buscarlo ahora.

Martirio: (Entrando.) Se acabó Pepe el Romano.

Adela: ¡Pepe! ¡Dios mío! ¡Pepe! (Sale corriendo.)

La Poncia: ¿Pero lo habéis matado?

Martirio: ¡No! ¡Salió corriendo en la jaca!

Bernarda: No fue culpa mía. Una mujer no sabe apuntar.

Magdalena: ¿Por qué lo has dicho entonces?

Martirio: ¡Por ella! Hubiera volcado un río de sangre sobre su cabeza.

La Poncia: Maldita.

Magdalena: ¡Endemoniada!

Bernarda: Aunque es mejor así. (Se oye como un golpe.) ¡Adela! ¡Adela!

La Poncia: (En la puerta.) ¡Abre!

Bernarda: Abre. No creas que los muros defienden de la vergüenza.

Criada: (Entrando.) ¡Se han levantado los vecinos!

Bernarda: (En voz baja, como un rugido.) ¡Abre, porque echaré abajo la puerta! (Pausa. Todo queda en silencio) ¡Adela! (Se retira de la puerta.) ¡Trae un martillo! (La Poncia da un empujón y entra. Al entrar da un grito y sale.) ¡Qué?

La Poncia: (Se lleva las manos al cuello.) ¡Nunca tengamos ese fin!

(Las hermanas se echan hacia atrás. La Criada se santigua. Bernarda da un grito y avanza.)

La Poncia: ¡No entres!

Bernarda: No. ¡Yo no! Pepe: irás corriendo vivo por lo oscuro de las alamedas, pero otro día caerás. ¡Descolgarla! ¡Mi hija ha muerto virgen! Llevadla a su cuarto y vestirla como si fuera doncella. ¡Nadie dirá nada! ¡Ella ha muerto virgen! Avisad que al amanecer den dos clamores las campanas.

Martirio: Dichosa ella mil veces que lo pudo tener.

Bernarda: Y no quiero llantos. La muerte hay que mirarla cara a cara. ¡Silencio! (A otra hija.) ¡A callar he dicho! (A otra hija.) Las lágrimas cuando estés sola. ¡Nos hundiremos todas en un mar de luto! Ella, la hija menor de Bernarda Alba, ha muerto virgen. ¿Me habéis oído? ¡Silencio, silencio he dicho! ¡Silencio!

Telón rápido.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como <u>voluntario</u> o <u>donante</u> , para promover el crecimiento y la difusión de la <u>Biblioteca Virtual Universal</u>. <u>www.biblioteca.org.ar</u>

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente <u>enlace</u>. <u>www.biblioteca.org.ar/comentario</u>



Única mirando al mar

Fernando Contreras Castro



Única Mirando al Mar

Ficha de autor

Fernando Contreras Castro nació en San Ramón, el 4 de enero de 1963. Realizó estudios en la Universidad de Costa Rica, donde obtuvo los títulos de Bachiller en Filología Española y Máster en Literatura Española, maestría que concluyó con una tesis de investigación titulada "El hombre preliminar de la Mancha", en la cual intenta una lectura de El Quijote, desde la filosofía de F. Nietzsche. Desde 1990 labora en la Escuela de Humanidades de la Universidad de Costa Rica, en donde se desempeña como docente e investigador.

Capítulo Primero

Más por la vieja costumbre que por cualquier principio ordenador del mundo, el sol comenzó a salir agarrado del filo de la colina, como en un último esfuerzo de montañista pendiendo sobre el abismo de la noche anterior.

El bostezo imperceptible de las moscas y el estirón de alas de la flota de zopilotes, no significaron novedad alguna para los buzos de la madrugada. Entre la llovizna persistente y los vapores de aquel mar sin devenir, los últimos camiones, ahora vacíos, se alejaban para comenzar otro día de recolección. Los buzos habían extraído varios cargamentos importantes de las profundidades de su mar muerto y antes de que los del turno del día llegaran a sumar sus brazadas, se apuraban a seleccionar sus presas para la venta en las distintas recicladoras de latas, botellas y papel, o en las fundidoras de metales más pesados.

Los buzos diurnos comenzaban a desperezarse, a abrir las puertas de sus tugurios edificados en los precarios de las playas reventadas del mar de los peces de aluminio reciclable. Los que vivían más lejos, se preparaban para subir la cuesta de arcilla fosilizada que contenía desde hacía ya veinte años el paradero de la mala conciencia de la ciudad.

Como fue al principio, y lo sería hasta el apocalíptico instante de su cierre, a eso de las seis de la mañana, los lepidópteros gigantes esperaban a sus operarios para comenzar a amontonar las ochocientas toneladas de basura que la ciudad desecha diariamente; como fue al principio, los operarios de los tractores se calentaban primero con un café con leche que servían de una botella de coca cola envuelta en una bolsa de cartón; después, a bordo de sus máquinas, emprendían la subida.

Salvo el descanso del almuerzo y el del café de la tarde, todo el día removían y amontonaban basura, como una marea artificial, de oeste a este, de adelante hacia atrás, con la vista fija en las palas, mientras las poderosas orugas vencían los espolones de plástico de las nuevas cargas que depositaban los camiones recolectores; de adelante hacia atrás, todo el día, como herederos del castigo de Sísifo sin haber ofendido a los dioses con ninguna astucia particular.

A las ocho de la mañana el sol ya alumbraba precariamente la podredumbre de algún octubre ahogado entre los nueve meses de lluvia anuales de la Suiza Centroamericana.

El Bacán, con sus cuatro o cinco años, esperaba sentado sobre los restos mortales de una cocina, encallados ahí desde hacía tanto tiempo que ya era casi inimaginable el basurero de Río Azul sin ellos. No muy lejos, los buzos trabajaban con el único horario posible en ese lugar: el flujo y reflujo de los camiones recolectores.

Mujeres de edades indescifrables a menudo, hombres y niños sin edad alguna rumiaban lo que la ciudad había dado ya por inservible, en busca de lo que el azar también hubiera tirado al basurero.

El Bacán esperaba aperezado en su cocina usual vigilando de cuando en cuando a una de las mujeres, tratando de distinguirla entre las demás compañeras de buceo; cada vez que se percataba, espantaba las moscas de su cara y sus brazos, mientras jugaba con un juguete hallado ahí mismo no hacía mucho tiempo, su juguete nuevo.

Algo brilló un instante entre lo negro de la basura e hizo que el niño dejara su lugar privilegiado y se internara un poco entre los desechos. El niño perdió de vista, el resplandor, por lo que tuvo que devolverse caminando hacia atrás hasta

encontrarlo nuevamente. En ese juego estuvo largo rato, hasta que logró seguir el brillo fugaz que lo llevó hasta un objeto medio enterrado en la basura. Lo tomó por donde pudo y tiró de él. Algo casi redondo salió de entre la basura y se fue pareciendo a una manzana conforme El Bacán lo frotaba contra su camiseta. Era una manzana dorada, con una inscripción: "Paaaa-rr-ra llla mmmmás belllllla", "Para la más bella" leyó el niño comprendiendo a duras penas la frase.

La escondió bajo su ropa y regresó a su lugar. Pasó un par de horas repitiéndose la frase en voz alta sin que la belleza como concepto acabara de cuajar en su mente. Aquella frase no tenía ningún sentido posible más allá de unas cuantas palabras de las que usaba sueltas en su lenguaje cotidiano.

El niño se puso de pie guardando el equilibrio sobre sus piernas flacas, se afirmó lo mejor que pudo y lanzó la manzana hacia la basura de donde había salido. Como aspirada en un bostezo de la tierra, la manzana se hundió con su vocación frustrada.

La mujer que el niño esperaba, vio de lejos la escena y dejó su búsqueda para correr hacia el lugar donde creía haber visto caer el objeto dorado; pero ni su mejor esfuerzo, ni su vasta experiencia en el buceo de profundidad sirvieron para recuperar la cosa. Volvió la cara hacia el niño y lo miró con las cejas y los labios arqueados, como si aquel hecho intrascendente hubiera tensado en su rostro el arco de su desesperanza. El Bacán correspondió el gesto añadiéndole un subir y bajar de hombros que terminó de aclarar a la mujer que ni tirando al tiempo hacia atrás de los cabellos de la nuca podría saber de qué se trataba aquello que el niño había menospreciado sin criterio.

El niño, de inteligencia precoz, y Única Oconitrillo, maestra agregada, pensionada a la fuerza a sus cuarenta y pico de años, por esa costumbre que tiene la gente de botar lo que aún podría servir largo tiempo, formaban un binomio indisoluble. Ella lo adoptó y él a ella. Ella le enseñó a hablar, y él le imprimió un sentido a su vida. A alturas de sus presumibles cuatro años ya Única le había enseñado a leer, y no le permitió bucear hasta casi sus diez años, cuando se percató de que, hacía tiempo ya,

El Bacán buceaba a sus espaldas en busca exclusivamente de cualquier cosa qué leer, de octubre en octubre, o de nada en nada, entre las coordenadas de un tiempo, que de puro estar tirado ahí, también se venía pudriendo en vida, pasando vertiginosamente despacio, o lentamente apresurado, como abstrayendo a sus usuarios de la milenaria tradición de sentir que se le va a uno la vida entre las fauces de lo irremediable.

La luz del mediodía se filtró en las pestañas escasas de un viejo, y una figura difícil de determinar le dirigía palabras que no comprendía. El viejo se atrevió a abrir más sus ojos para dar cabida a la figura que se agitaba enfrente. Un pedazo de cartón le abanicaba precariamente la cara; unido al cartón, la mano que lo agitaba parecía sostener a la vez al cartón y a la mujer apenas un poco menos vieja que él, empeñada en hacerle sombra y librarlo de las moscas que ya se lo disputaban en medio de su alegato ininterrumpible de zumbidos. -Mucho gusto, Única Oconitrillo para servirle.

El hombre se incorporó y miró a la mujer. Él tenía esa cara de asombro de quien se ha dado por muerto y de pronto, sin previo aviso, se despierta para comprobar que aún no le había sido dado el beneficio de la muerte. -Llevo por lo menos dos horas aquí sentada cuidando que no se lo almuercen las moscas ni los zopilotes, señor. Al hombre aún se le hacía difícil entender las palabras; estaba quemado por el sol y confundía los humores fétidos del basurero con un ruido dentro de su cabeza.

Única Oconitrillo le ayudó a levantarse y lo condujo hasta su tugurio, donde le ayudó también a despojarse de un poco de ropa de más que andaba encima y a bajarse poco a poco la fiebre para que sobreviviera en aquel Más Allá donde la muerte, por lo general prematura, acumula todo lo que la ciudad desecha. Varias horas después, el hombre se sentía físicamente mejor.

Única lo había cuidado casi todo el día, descuidando así sus labores de biorrecicladora; pero el hombre aún no hablaba, y no habló en los dos días siguientes, en los que se limitó a sentarse a la puerta del tugurio a contemplar los movimientos del basurero. Al tercer día Única se desesperó: -O me dice usted por lo menos cómo se llama, o yo no me hago más cargo de usted... Logró atraer la

mirada del hombre y no pudo evitar un sobrecogimiento al verlo a los ojos. El hombre recordó su nombre y lo retuvo en su mente sólo un momento.

Ese nombre ahora era el nombre de otro; sobre él había perdido ese nombre todas sus funciones clasificatorias capaces de distinguirlo de los demás costarricenses. Su número de cédula también bailó una danza de payasos con el número de su calle y el color de su casa, antes de hundirse para siempre en el basurero de su nostalgia. El hombre ya no tenía nombre y la mujer le estaba exigiendo uno.

A cambio de tantas atenciones brindadas por la mujer buzo, el viejo trabajó duramente unos momentos en la fabricación de un nombre nuevo que se ajustara a lo que estaba comenzando a ser. De lo más oscuro de su mente y en analogía evidente con el basurero, el hombre elaboró un nombre extraño y grotesco para alguien que en otro tiempo se había reconocido en su rúbrica, y en sus apellidos había reconocido por lo menos durante sesenta y seis años su ascendencia familiar, pero que a Única Oconitrillo, por el contrario, no pareció irritar en lo más mínimo.

El viejo se incorporó, respiró el omnipresente aliento fétido del basurero y dijo: - Señora, me puede usted llamar Momboñombo Moñagallo, y si le intriga saber qué diablos estaba haciendo yo ahí tirado el jueves pasado, también se lo voy a decir. Señora, yo estaba ahí tirado entre la basura porque el jueves pasado, a eso de las siete de la mañana, a la hora que pasa el camión recolector, tomé la determinación de botarme a la basura.

Me levanté de madrugada, acomodé todo en su lugar, ojeé por última vez las viejas fotografías de mi familia, le abrí la puerta de la jaula al canario, cerré mi casa, y ilisto!, me boté al basurero. Me monté por mis propios pies al camión de la basura, y debía estar ya tan resuelto a ello que los señores recolectores ni me sintieron extraño; me trajeron hasta aquí y supongo que la hediondez del sitio sumada a mi estómago en ayunas dieron conmigo en el estado lamentable del que usted tan gentilmente me recogió.

Única Oconitrillo lo miraba largamente con un gesto bobalicón, sosteniéndose la mitad de la cara en la palma de la mano y al rato un 'iadió!' se le salió solo de la

boca. Única comenzó a hablar sola: -¡Eso es lo que yo siempre he dicho, siempre; vea, por ejemplo, este hombre está bueno bueno, ¡ah!, pero no, el desperdicio es tal que se tira a la basura cuando todavía se le puede sacar el jugo un buen rato más!...

Y siguió moliendo palabras entre sus dientes postizos hasta que Momboñombo Moñagallo la interrumpió para preguntarle si tendría por ahí una taza de café que le pudiera ofrecer. Única le contestó lo que contestaba siempre: -Sí hay, pero está sin hacer. El Bacán había seguido de cerca la recuperación del hombre; realmente se alegró cuando supo su nombre y que hablaba; se alegró sobre todo porque el Oso Carmuco ya venía con los Santos Oleos a la casa de Única.

Momboñombo Moñagallo vio en la entrada del tugurio a un hombre vestido de sotana púrpura, con la Biblia bajo el brazo y unos frasquitos de vidrio en la mano. Única lo tranquilizó; despidió al Oso Carmuco y le explicó a su huésped de quién se trataba. El Oso Carmuco era un buzo más de los de abordo, pero un día se encontró entre los desperdicios una sotana púrpura en más o menos buen estado.

Guardó la prenda en su tugurio hasta el día que se encontró a El Bacán leyendo una Biblia que también había ido a parar ahí, y lo interpretó como una señal. Se vistió con la sotana, tomó la Biblia y se ordenó sacerdote. Ahora Momboñombo era el del gesto bobalicón en su cara. Vio cómo se alejaba el Oso Carmuco hacia el mar de las gaviotas negras y pensó en la ironía de que hasta Dios botara en aquel sitio lo que ya no le servía. -Este es El Bacán, mi chiquito, le dijo Única. Momboñombo miró al joven y le calculó alrededor de veinte años. Era alto, flaco, de tez blanca ennegrecida por el sol y los vapores del basurero, de ojos verde oscuro, barba negra y una mirada a la vez dulce y preocupante en su gesto.

El Bacán no era hijo de Única, ella lo había recogido, o más bien, se lo había encontrado ahí en el basurero hacía dieciocho años. -Yo estaba sentada almorzándome una pizza fresquita que llegó en el camión de las once... Única guardó la pizza en la bolsa del delantal que era parte de su indumentaria y corrió hacia el niño. Andaba solo y con tal aspecto de tranquilidad que Única no pudo creer que nadie lo estuviera cuidando. Lo tomó en brazos y le preguntó su nombre... el niño no hablaba aún pero le respondió "Bacán, Bacán"; y cuando le preguntó su

edad, él le mostró dos deditos de su mano; desde entonces fue el hijo de Única, su hijo único, el niño que nadie supo cómo llegó al basurero y al que nadie reclamó nunca.

Momboñombo Moñagallo vio que el niño se había convertido inmediatamente en el sentido de la vida de Única Oconitrillo, aquella mujer que fue maestra agregada, es decir, de las que ejercieron sin título y que después de jubilada, la vida la llevó poco a poco al gran botadero de basura de la ciudad de San José, ubicado al sur en un barrio que, como ironía del destino, llevaba por nombre Río Azul. Si alguna vez hubo un río en ese lugar y si fue azul, de ello sólo quedaba el mar muerto de mareas provocadas por los dos tractores que acomodaban de sol a sol las ochocientas toneladas diarias de basura que desecha la ciudad.

Desde lejos, no tan lejos, se veía la colina que contenía, en sus entrañas desgarradas a cielo abierto, el basurero. Al pie de la colina de tierra arcillosa, el acceso al basurero estaba restringido por una malla metálica que lo separaba de las vecindades rioazuleñas. La escuela del pueblo colindaba también con la malla, que no la protegía del hedor fétido del botadero, el cual era la atmósfera pegajosa que respiraba el pueblo entero y que respiraría para siempre aún después de clausurado el basurero, porque la sopa de los caldos añejos de toneladas de basura aplastando a toneladas de basura venía derramándose por el subsuelo desde el día de su inauguración, igual que una marea negra desbordada entre las grietas del cuerpo ulcerado de la tierra.

Hacia la noche, algunos buzos se recogían en el ranchito de Única a comer. Cada uno aportaba algo según su costumbre y Única lo administraba maternalmente. Momboñombo aún tenía dificultades para comer, pero la convicción de ser ahora uno de ellos lo disciplinó poco a poco a no vomitar después de cada bocado. Única se lo había presentado a la comunidad de los buzos, en un acto celebrado en medio de una gran indiferencia. Algunos lo saludaban desde entonces sin alzar la mirada, más preocupados por sus raciones que por el recién llegado.

Unos buzos preferían comer con la mano, los demás comían con cubiertos que Única les repartía al inicio de la cena y recogía al final. -Aquí llega de todo, don Momboñombo. Yo sola he ido recogiendo las cucharas, los tenedores, los cuchillos, los platos, todo, todo. El Bacán interrumpió a Única con uno de sus acostumbradísimos discursos: -La mesa se pone cuando se pone el sol y nosotros ponemos en la mesa lo que la gente despone de sus casas. ¿Verdad que se dice así, don Momboñombo?, porque yo he leído que se dice deponer, pero yo creo que está mal, que se debe decir desponer.

Uno pone algo, y lo despone cuando lo quita, entonces lo que traen los camiones aquí al basurero es lo que la gente despone de sus casas; pero si se dice depone, entonces sí se puede decir que nosotros ponemos en la mesa lo que la gente depone en sus casas... Momboñombo Moñagallo escuchaba al niño en silencio, sólo asintiendo con un gesto. Eso era lo que hasta entonces le había parecido extraño en él. El Bacán era aniñado, todo en él lo hacía parecer un niño, sus zapatos de goma, uno anaranjado en un pie y otro azul en el otro, los movimientos de sus manos, su mirada tierna... ¡EL Bacán era un niño! Única le había enseñado a leer aprovechando su precocidad; a sus cuatro años ya leía y se le desató una pasión por la lectura que muy pronto se volvió incontrolable.

El único problema fue que pronto Única no pudo explicarle el significado de los cientos de palabras que aprendía leyendo todo lo que cayera en sus manos, desde los periódicos que la gente desecha apenas las noticias han alcanzado el nivel de putrefacción de sus editoriales, hasta las revistas pomo pasadas de moda, los manuales de los electrodomésticos, los libros viejos, en fin, todo lo legible que cayera al basurero.

El léxico de El Bacán estaba lleno de palabras tan incomprensibles para los buzos como para él mismo, aunque él hiciera un manejo tal de ellas que parecía comprenderlas hasta sus profundidades etimológicas; en realidad, no tenía ni la más remota idea de lo que significaban, pero eso no lo sabían los buzos, quienes lo tenían por algo así como un raro iluminado al que escuchaban con toda la poca atención a su haber. Única había guardado siempre el secreto; ella supo desde el principio que su niño algo tenía que no lo dejaba madurar pero eso, lejos de desvelarla, parecía agradarle.

Después de todo no era ningún problema para ella tener siempre a su lado a un niño de cinco o seis años, con breves atisbos de adolescente que se manifestaban de vez en cuando. Después de la comida los buzos se retiraban a sus tugurios. Las noches del basurero, las que no eran abruptamente interrumpidas por la llegada de camiones recolectores en las temporadas altas de la basura, eran noches silenciosas y oscuras.

Del límite del basurero hacia atrás quedaba la vegetación sobreviviente de la colina, donde se albergaban todos los insectos del mundo a chillar para darle al sueño de los buzos la tranquilidad de que algo vivo quedaba aún en aquel sitio. Momboñombo Moñagallo, después de tres semanas de vivir en el botadero, aún tenía serias dificultades para dormir. El asma inseparable de los buzos lo había afectado. Los tres dormían en dos camas improvisadas donde Única Oconitrillo a veces parecía reventarse de la tos y El Bacán murmuraba enredos prelingüísticos de bebé.

Él optó por dormir sentado para poder respirar, porque lo que jamás haría una tregua era aquel olor que despedía la indigestión eterna de la tierra atragantada de basura. Momboñombo Moñagallo era nuevo en medio de todo aquello, por eso aún podía sentir el olor, pero sentía también cómo minuto tras minuto, el aliento caliente de la boca del basurero le iba quemando sus cualidades olfativas. Cada día era más incapaz de discernir entre los miles de miles de olores que constituyen el olor de la descomposición.

Él estaba dispuesto a superar lo que le quedaba de urbanidad para adaptarse a una vida que, por lo demás, tampoco había elegido. Su idea de botarse a la basura no estaba dirigida a convertir su vida en la de un buzo; sólo había sido una manera aparatosa de suicidarse. Sin embargo, la familiaridad en los cuidados de Única y la ternura con que El Bacán lo trataba, lo convencían poco a poco de que, a pesar de todo, aún era posible imprimirle un nuevo sentido a su vida.

El identicidio había resultado mejor que el suicidio. Había matado su identidad, se había desecho de su nombre, de la casa donde vivió solo años de años, de su cédula de identidad, de sus recuerdos, de todo; porque el día que se botó a la basura fue el

último día que sus prestaciones le permitieron simular una vida de ciudadano. No cultivó ninguna profesión y no aprendió un oficio. Siempre fue guardia de construcciones y un tiempo lo fue en una finca cerca del mar hasta que, alrededor de sus cuarenta años, consiguió que la Biblioteca General contratara sus servicios de "Guachimán"... 'El vigilante'.

Desde entonces pasó sus noches entre los anaqueles del edificio, durmiendo de día y leyendo de noche para mantenerse despierto. Leyó todas las noches durante veintiséis años hasta que denunció una vez la práctica de vender libros a seis colones por tonelada, que la biblioteca estableció en contubernio con la DespishPaper, una fábrica privada de papel higiénico.

A Momboñombo le resultó tan indignante, que amenazó con denunciarlo a los periódicos. -¡Lo que faltaba, que el papel donde se imprimieron las aspiraciones de la humanidad ahora se convierta en papel para escribir con el culo! Entre los volúmenes destinados a tan innoble labor se fueron ediciones antiguas, pérdidas irreparables como registros del Cartago de finales de mil setecientos y literatura universal, seleccionada para su venta con criterios de cura y de barbero.

El vigilante denunció el hecho y perdió su trabajo. No tenía garantías sociales, por lo tanto no se sintió nunca un costarricense. No lo esperaba una pensión y las prestaciones sólo le alcanzaron para un par de meses; después envejeció, o más bien, se dio cuenta de que ya estaba lo suficientemente envejecido como para comenzar de nuevo. Sesenta y seis años no son demasiados para nada, pero sesenta y seis años de privaciones son suficientes para hacer de un hombre un anciano.

Momboñombo Moñagallo comenzó a pasar necesidades, comenzó a agotar las arcas, a comer menos. A la manera de una inundación, el hombre vio cómo una ola se llevaba sus cosas de toda la vida a las compraventas, y cómo aún así resultaba cada vez más difícil conservar el ridículo monto de sus prestaciones. Primero vendió el televisor, después el radio, después las dos o tres pulseras de oro que le dejó su madre. Los muebles no los vendió porque nadie los habría comprado de puro inservibles que estaban.

A alturas del mes de octubre se declaró en bancarrota; ese mes ya no pudo pagar el alquiler y don Alvaro, el dueño de la pocilga que había habitado el viejo por más de diez años, no se lo perdonó. Antes de botarse a la basura, durante esos meses de angustia, el exguardia de la Biblioteca General comenzó a vagar por la ciudad con la lejana esperanza de encontrar algún trabajo.

Para ese entonces ya él había leído tanto que hasta se le ocurrió presentarse al reclutamiento del ejército de maestros del Ministerio de Educación, pero apenas dijo que había sido guardia toda su vida, provocó un ataque de furia entre los empleados, quienes lo tomaron por un analfabeta y lo echaron a la calle. . -Sí, yo habré sido guardia de construcciones toda la vida, y guardia de la biblioteca, pero lo que yo he leído, jovencitos, no lo leerían ustedes así los volvieran a parir cinco veces... Ese desmerecimiento lo terminó de derrumbar.

Cuando llegó a su casa 'el cerdo de don Alvaro' lo estaba esperando en su automóvil verde oliva sin placas. El dueño comenzó a cobrar su tan merecido dinero, pero Momboñombo, que aún no sabía que llegaría a llamarse así, simplemente ni lo alzó a ver. Venía con el periódico bajo el brazo y en la mano una pequeña bolsa de alpiste para el canario, la última ración. Octubre de mil novecientos noventa y dos, año del quinto centenario de la invasión de América, marcó el cierre de lo que Momboñombo Moñagallo había hecho por su vida.

No planificó botarse a la basura, eso lo decidió más bien después de agotar todas las posibilidades de supervivencia de este mundo, cuando se dejó convencer de que ya no servía para nada. En el basurero regía otro tiempo. Los horarios estaban determinados por la afluencia de los camiones recolectores, que al igual podían llegar a las seis de la mañana como a media noche o en la madrugada, de acuerdo con la oferta de basura de las calles de la ciudad.

Pero sustraerse del tiempo aún resultaba difícil para Momboñombo que estaba acostumbrado a dormir de día y a vigilar de noche, y tuvo que plantearse seriamente su incorporación a las fuerzas vivas de la comunidad de los buzos, como mecanismo de supervivencia. Lo primero que hizo fue desentrañar sus intestinos, porque no podía comenzar su cuarta semana en el basurero sin haberse

desocupado de lo poco que lograba comer. Se sentó a darle su cuerpo la orden de resignarse a cagar cuclillas en algún sitio más o menos discreto del basurero; una cagada de antología, se apresuró a buscar nido: con los pantalones por los tobillos y recostado a un montículo de basura, Momboñombo Moñagallo sintió un alivio como pocos en su vida, claro no del todo discreto ni privado, porque por más que buscó un lugar distante, tantos buzos pasban por ahí y lo saludaban con el gesto de aprobación del puño cerrado y el pulgar levantado, que más bien parecía aquello un comité de apoyo.

El viejo optó por tomar la cosa a la ligera y terminó su labor en paz saludando también. Usó un papel higiénico "reciclado". De vuelta en casa se ofreció a salir en busca de agua para preparar el almuerzo, porque, como decía Única, "sí había, pero estaba sin hacer". Para ese efecto, los buzos de la comunidad compartían una pichinga con capacidad para varios litros y cada vez que hacía falta, uno de ellos iba en busca de agua, tarea cada día más difícil por la poca simpatía de que gozaban los buzos entre las comunidades vecinas, pero "...A nadie le falta Dios", decía el Oso Carmuco cuanto volvía triunfante con la pichinga llena, y ese fue el consejo que le dio a Momboñombo cuando supo que él iría ese día por el precioso líquido.

Tres semanas de barba, la piel pegajosa y ennegrecida del contacto con la basura, el cabello impenetrable de polvo, una ausencia absoluta de desodorante y colonia y cuanto artificio urbano para la negación del cuerpo humano, fueron suficientes para hacer la búsqueda de agua un martirio. En los ojos de las personas era fácil adivinar el aspecto que lucía y la repulsión que provocaba, y no habría conseguido agua de no haberla tomado arbitrariamente en una estación de gasolina.

- Única, la gente lo ve a uno con asco... iEs horrible! - Eso es porque no te has lavado los dientes desde que llegaste... - iPero es que no me traje cepillo de dientes!
- Eso no es excusa, ahí esté le cepillo de dientes de las visitas y vos sabés que podés usarlo... Ese día, después de almuerzo, Momboñombo Moñagallo se lavó los dientes por primera vez desde su llegada al basurero; aunque fuera sólo por la sugestión, se sintió mejor.

Lavarse los dientes fue como un elemento más en su lento ritual de iniciación a la vida de los buzos, no por el hecho en sí de lavárselos, porque con ello daba un importante paso más hacia la superación de ese acabadísimo producto cultural que es el asco: ese concepto tan variable entre los pueblos, eso que se va unificando conforme se uniforman los modelos de urbanidad y que acaba por ser tan exquisito como el más exquisito de los gustos depurados de un catador de vinos. "El asco es un lujo", pensaba Momboñombo mientras hurgaba con su lengua en las concavidades de sus muelas; "porque no es cualquiera el que se da el lujo de sentir asco, conforme aprieta el hambre afloja el asco.

Así como hay pueblos que saborean algo como un manjar, hay otros que se vomitan por lo mismo, y ahí vamos, de asco en asco, cada uno se retrata en su manera de mostrar la repugnancia. No falta quien se contenga en un gesto elegante con un giro del dorso de la mano sobre la boca y la nariz, así como más bien sobran los que tuercen los hocicos en una mueca grotesca y los que pasan desapercibida lo fuente de tan diversas muestras de cultura y no es gratuito tampoco que lo que lo que apesta en una refrigeradora le abra a un buzo el apetito...

Por sus ascos los conoceréis, y clasificarlos no sería difícil porque van desde los que regurgitan desde temprano hasta los que le tienen asco al género humano..." Momboñombo fue abruptamente arrancado de sus meditaciones por un alboroto en medio del basurero. Jerarquizar es humano... hasta en pleno basurero regía la ley del más fuerte y algunos subgrupos se atribuían el derecho a revolcar primero entre la basura recién llegada.

Única pasó para adentro e El Bacán y le explicó a Momboñombo que se trataba de una riña territorial entre unos buzos poco amistosos. - Como su en el infierno no fuéramos a caber todos...- apuntó Momboñombo - El infierno es aquí... y ay ves, no cabemos todos. El infierno es aquí, Momboñombo, y yo de aquí voy derechito para el cielo... pero no vale la pena ponerse a pensar en eso. Más bien, yo le doy gracias a Dios de que todavía tenemos dónde vivir y algo para comer, porque hay gente que ni eso.

Lo de las peleas por ver quién abre primero una bolsa son chispas del oficio, ya ves, a mí nadie me jode, porque yo trato bien a todo el mundo; yo siempre ando viendo a ver qué le gusta a cada uno y si me lo encuentro voy y se lo doy, aunque sea algo valioso y así, poco a poco la gente va entendiendo que no vale la pena vivir agarrados del moño por cualquier cochinadilla, que es mejor compartir... Única hablaba con una convicción de absoluta de todas esas políticas de coexistencia pacífica, pero ignoraba que su figura maternal le ayudaba no poco a sobrevivir en medio del basurero del afecto, donde cada uno era de por sí, una pieza más sin lugar en el mundo.

Momboñombo aún prefería quedarse en casa en labores domésticas antes que ir a bucear; se pasaba las horas tratando de idear un sistema de ventilación del tugurio, de modo que entrara el viento que venía al lado contrario al basurero, haciéndolo pasar por una suerte de embudo de cartones que instaló en el techo en medio de una barrera protectora de cartones también, cuya función consistía en repelar la ventisca caliente que mezclaba el hedor fétido de la basura con el humo del combustible de los tractores que acomodaban los desechos en montículos.

El Bacán se sentaba a verlo trabajar sin comprender muy bien para qué demonios el aprendiz de buzo se empañaba en cambiarle el peinado al tugurio. En el techo de la casita había una antena de televisor que no cumplía ninguna función, pero que Única había puesto ahí para darle un toque de distinción. El viejo hizo ademán de arrancarla pero El Bacán protestó enérgicamente alegando que a Única no le iba a gustar no ver ahí la antena a la vuelta del trabajo. La antena se quedó en su lugar. "Aún no logro entender muy bien a esta gente", pensaba Momboñombo Moñagallo, "entre más marginal es su situación, más se aferran a las costumbres urbanas.

Y es que no puede ser de otra manera, porque lo contrario sería renunciar del todo a sentirse parte aunque sea remota de la sociedad. Yo lo intenté, esa fue mi primera intención al botarme a la basura, lo que menos e iba a imaginar era que existía este mundo de las profundidades aquí... ¡Ay míseros de nosotros, ay infelices...!, qué sería de todos los miserables si renunciaran al deseo de parecerse a los dueños de un lugar en el mundo.

Yo me quería morir, eso era todo, pero maricón que es uno, en vez de tirármele a un carro o al tren, o tomarme un veneno, se me ocurre tirarme a la basura, y claro, los buzos me encontraron y me convirtieron en era suerte de ser humano reciclado las ganas de vivir con su cariño. Para ellos, y por increíble que pueda parecerle a la gente que ni se imagina que esto existe y de pronto se entera, para ellos la vida también puede tener sentido... "hallarle la comba la palo", como dice Única. En realidad, lo que pase es que yo estoy muy tiernito en esto todavía.

Tampoco es culpa mía eso de echar de manos las comodidades de una casa donde no huele a mierda extraña todo el tiempo, y a una cama suave aunque de esas que traquean toda la noche, y a agua potable para bañarse todos los días o lavarse las manos. A veces me cuesta reconocerme en el espejito que Única tiene colgado en la pared; me asomo y me asombro, tengo el pelo amelcochado y la piel costrosa y como me cuesta comer, se me están poniendo amarillentas las partes blancas de los ojos.

A veces pienso que qué pasaría se me enfermara y siento miedo, pero cuando siento miedo me doy cuenta de que me estoy curando de la enfermedad de las ganas de morirme que tenía. Aquí uno piensa que falta de todo, pero Única dice que aquí hay de todo; lo que pasa es que a uno lo acostumbran, lo hacen de cierta manera y después cuesta un mundo deshacerse de las mañas, a uno lo acostumbran a vivir necesitando cosas innecesarias, después se las quitan y uno no halla qué hacer.

Cuando yo vivía allá arriba me daba mis lujitos de vez en cuando, me tomaba mis traguitos, me compraba ropa nueva, compraba el periódico todos los días, hasta iba al cine y todo porque ganaba un sueldillo de guarda de la biblioteca. Todo eso es bonito, no puede uno ser tan hipócrita. Yo tenía un canario de esos que no paran de cantar todo el día y nos queríamos tanto que se dejaba agarrar y se me paraba en el dedo meñique... quién sabe qué se hizo el pobre desde aquel día que le abrí la jaula porque ya no lo podía mantener..."

El viejo tenía la mirada fija en la lejana cúpula de la iglesia de Desamparados, la mano un poco en alto con el dedo meñique erguido, como sosteniendo un canario, y silbaba imitando su canto. - Ya debés tener otro dueño, ¿verdad?, otro que te

estará alimentado, iojalá!, porque vos no sabías cómo procurarte el alimento... vos sólo eras un canario anaranjado como un sol en piyamas y te ganabas la vida cantando y haciéndome compañía. Pasabas el día entero conmigo hasta que te acostaba a eso de las seis y media o siete de la tarde. Vos te acostabas a dormir y yo salía para la Biblioteca General. Aunque yo dormía muchote día, vos cantabas y le ponías el fondo musical a mis sueños.

Ahora debés estar en otro patio, si tuviste suerte... pero es que ¿qué iba a hacer con vos? Yo mismo no sabía ya qué hacer conmigo, por eso me boté a la basura, pero a vos no, jamás te iba a traer aquí conmigo, tu canción no es de este mundo, aquí sólo te marchitarías como todo y no puedo ni pensar que en algún descuido irías a parar a la panza de una rata... prefiero pensar que alguien te asiló en su casa y te disfruta.

Pero no te me vas a ir del todo, porque la memoria de alguna manera también es una jaula, sólo que sin barrotes, aunque a veces los recuerdos están más atrapados ahí que si estuvieran en máxima seguridad. Ve, por ejemplo, todavía si cierro los ojos y me concentro, todavía te puedo oír espero que siempre pueda, aunque sea de lejos, muy lejitos, como las voces que uno sigue escuchando siempre porque son las voces de los que uno quiso, es decir, quiere...

Capítulo Segundo

A la cuarta semana de vivir en el botadero de Río Azul, Momboñombo Moñagallo se integró a las filas de los buzos, pero sólo en brigadas de buceo de superficie, sin perder de vista la costa porque lo atemorizaba el mito de que el basurero de cuando en cuando, se tragaba a alguien, como se decía de la Llorona, una loca, una pobre mujer que hacía varios años había llegado al botadero con su bebé de meses alzado, y en un intento de buceo de profundidad, directamente bajo los camiones recolectores, no logró hallar a su hijo en el sitio donde lo había dejado.

Fue en cuestión de segundos, nada más lo puso en un claro entre la basura, fue por una bolsa que prometía y al volver ya el niño no estaba. Nunca se supo qué pasó. La policía realizó un operativo de búsqueda sin resultado alguno y luego de dos horas, dio por perdido al niño. Estuvieron a punto de acusar a la madre de homicidio culposo, pero no fue necesario, ya ella había asumido sola la culpa y su desgarradora locura era algo así como el cuerpo del delito. Después entonces se quedó a vivir en el precario, la razón perdida, siempre llorando y revolcando entre la basura por si acaso aparecía el niño.

A veces buscaba por las noches y su desesperación era peor y su llanto era peor, como para helarle la sangre a los buzos de la vecindad; entonces Única Oconitrillo era la única que se levantaba de vuelta a su casa en la margen del Río Azul. La historia afectó mucho al neófito. - Única, pero ella ya no llora tan frecuentemente y nunca por la noche... - Sí, desde el día en que yo me encontré ese muñeco grande entre la basura.

Ella andaba conmigo y cuando lo vio se me vino encima dando alaridos, por poco se le salían los ojos, me tiró al suelo y se llevó abrazado al muñeco a su casa. Viera lo que costó sacarla de ahí. Sólo pudimos sacarla tres días después y eso porque ya estaba tan débil que no se pudo defender; entre son Conce, un buzo que ya murió, y yo entramos a la casa y la sacamos. Estaba sentada en el suelo cantando una cancioncilla y amamantando al muñeco.

Después cuando se dio cuenta de que nadie se lo iba a quitar, se atrevió a volver al basurero a trabajar, viera lo que costó convencerla y desde entonces ahí anda, como una india, con el muñeco amarrado a la espalda, con un... ¿cómo es que se llaman...?, un portabebés que encontró El Bacán por esos días. Pero Momboñombo Moñagallo se sorprendía de lo bien que la Llorona interactuaba con los demás buzos. Ella trabajaba duro como todos, recolectaba sin problema alguno y discernía perfectamente entre lo aún utilizable y la auténtica basura, esa que a pesar de todo tampoco es un desperdicio, porque es lo que alimenta a los zopilotes y a las ratas y a los gatos y a los perros del lugar.

Momboñombo se iba adaptando poco a poco, poco a poco. Lo primero que rescató fue un catre viejo que llegó en uno de esos camiones descapotados de los que traen la basura menos cotizada, la de los barrios bajos. Ahí venía el catre matrimonial, y

él que aún añoraba su cama, no trepidó en peleárselo alegando el derecho entre los buzos de respeto, de que alguien se gana algo si lo ve primero.

Pero ese maldito ruido ininterrumpido de los tractores y camiones era lo que más traba le ponía a su inserción en el mundo de los buzos, el ruido era tan molesto como el vaho caliente y pestilente que no cesaba nunca, ambos eran tan concretos como las ganas de cagar, aunque a Única el ruido no le impidiera en absoluto nadar cantando, no la hediondez le impidiera tampoco recoger cuanta botellita de perfume encontrara entre la basura.

Ella las guardaba aparte y después en casa, al final de la jornada, vaciaba los sobros de los perfumes en una sola botella grande también de perfume, e igualmente hallada ahí. A la botella grande iban a dar los restos mortales de cuanto perfume se podía encontrar en las tiendas de San José y el extranjero, una vez que sus dueños los consideraban obsoletos. Perfumes caros, perfumes baratos, perfumes carísimos, perfumes infrabaratos, perfumes de hombre, de mujer, de niño y hasta uno de perro, que llegó un día.

Ella los revolvía y lograba unas cosechas inmejorables; por la mañana se perfumaba siempre antes de salir a trabajar; los demás buzos de la comunidad ya estaban avisados de entregar de inmediatamente cualquier aguaflorida que encontraran. Momboñombo pensó mucho tiempo que aquel era un mundo de locura, que nada ni nadie podía estar ya más abajo que la gente que estaba a ras de los desechos, pero un día que llegó un borracho a la casa y Única le dio unas monedas, él comprendió que el alcohólico que amanecía tirado en las aceras de San José, realmente estaba más abajo que los buzos.

- Ellos ni siquiera tienen horarios, simplemente amanecen donde cayeron y la gente se aparte sólo para no pasarles por encima, y eso por lo desagradable de la sensación de pisarles un brazo o una pierna, por lo semejante que tienen con los miembros de los cadáveres, pero nunca es por el borracho en sí. Lo que es peor, la gente se indigna realmente cada vez que ve un borracho durmiendo en una acera cualquiera a cualquier hora.

Yo antes me quejaba del horario de locura tenemos aquí, pero no es tan malo, después de todo es algo que pone orden, y ya ni siquiera me parece de locos eso de que los camiones aparezcan en filas interminables a cada rato, es más ya ni siquiera la locura me parece locura, aquí donde todo se vuelve al revés, donde la gente come basura y se viste con lo roto. Aquí no es que los locos anden sueltos, sencillamente es que no hay locos ni cuerdos para compararlos, para decir que están locos.

La Llorona funciona perfectamente, ella cree que el muñeco es el hijo que perdió y con eso es feliz, el Oso Carmuco cree que es sacerdote y con eso es feliz, Única Oconitrillo se pelea los desodorantes que llegan al botadero y hasta tiene una manera preferida; yo no sé de dónde sacó eso de que ese desodorante la protege las veinticuatro horas del día y no mancha su ropa, o que tal crema embellece sus manos.

Pero a fin de cuentas, qué importa... ojalá todo fuera tan simple como arreglarse la vida con un muñeco... El Bacán cree que tiene seis años y yo creo que me llamo Momboñombo Moñagallo. Sumado ya a las filas de los buzos, el hombre aprendía con rapidez a discernir entre las bolsas que valían la pena y las que no; pero como no hay aprendizaje sin dolor, en más de una ocasión, el ilustre Momboñombo Moñagallo salía maldiciendo contra el cielo y tierra por haber metido la mano en la panza de una bolsa cuyo único contenido era papel higiénico.

Única le enseñó que eso se solucionaba restregándose las manos con polvo de tierra medio arcillosa del lugar... la mierda que no quedaba entre las uñas, o se salía sola, o había que sacarla con un palito. El basurero siempre se llenaba desde buen temprano, a veces hasta con más de doscientos buzos a la espera de los camiones que jalan la basura de los barrios caros, porque ahí es donde se bota más indiscriminadamente.

Los desperdicios de las grandes fiestas y los de los días corrientes, que son los menos, a menudo traían sorpresas. De ahí Única había completado su vajilla y El Bacán su biblioteca, que a esas alturas contaban con cientos de volúmenes inverosímiles, desde los Cuentos Petersburgueses de Gogol, firmado por un fulano que nunca leyó, hasta libros de quiromancia y las revistas dominicales de los

periódicos nacionales; había también un tomo con la segunda parte de El Quijote, que el niño tenía haciéndole pareja a un libro gordo de cocina y un diccionario de términos botánicos del mismo espesor. Sin embargo, muchos de los buzos era gente que iba y venía sin decidirse a radicar en el precario, era gente que buceaba también en las calles de la ciudad, fácil de reconocer por sus atuendos, su caminar quebradizo, su mirada escrutadora, capaz de discriminar a golpe de primera vista cosas aún útiles ahí donde la mayoría de la gente sólo puede ver un montón de basura, y con tacto de obstetra, especializado a fuerza de reconocer lo reciclable, sin romper las bolsas, bastanteándoles cuidadosamente el vientre.

Esa gente estaba familiarizada de algún modo con la del precario, pero no era parte de la familia. A veces pasaba temporadas por ahí alguno de los tantos amigos del Oso Carmuco; uno de ellos le explicó a Momboñombo que el sobrenombre del Oso venía directamente de su nombre, pues se llamaba Carmen y caminaba como un oso. Ellos solían llegar con periódicos para El Bacán y con pastas de dientes para Única, que se las agradecía y ni ojeaba los periódicos que comenzaron a llegar cargados de noticias inquietantes por esos días. Momboñombo comentaba con los de abordo que sólo hablaba del botadero de Río Azul, que los vecinos de ahí y los de San Antonio de Desamparados le estaban alzando el pedo al gobierno porque ya no soportaban más la hediondez y que los terrenos de Río Azul iban a ser anexadas a la Zona Protectora del Cerro de La Carpintera, como primer paso para el cierre.

Ahora estaba hablando de hacer un bosque frondoso donde estaba el basurero, un bosque, nada menos que un bosque, "con tanto árbol que seguro ni se podría ver"... - ¿Qué es eso de anexado? – preguntó alguien en la concurrencia, y antes de que Momboñombo lo explicara, El Bacán tomó la palabra y explicó que: - Anexar es lo que única me enseñó hace tiempo, eso significa hacer que Guanacaste no sea más Nicaragua y que sea de Costa Rica y es algo que se hace todos los años en julio, lo que yo no sabía era que Río Azul no era de Costa Rica, pero no importa, porque lo importante es que aquí es donde Costa Rica viene a botar la basura... - La verdá es que yo no sé de qué se quejan los vecinos de por aquí -, dijo doña Lidiette López, la gente clavea mucho por el basurero, pero de aquí sacamos pa´comer y pa´vivir; casi todo lo que tienen mis hijos, Jefrey y Julita, lo hemos sacado de aquí.

Pero las noticias de los diarios de noviembre no hablaban únicamente del descontento de los vecinos, sino de los bloqueos que hacían como protesta por el descuido del gobierno. Uno de los bloqueos de las vías de acceso al botadero provocó un acumulamiento de basura en las calles de la capital que también fue noticia en los diarios - Montañas de basura-, decían los titulares, acompañados de fotos a colores de la gente brincándose los montículos de basura, gente tapándose la nariz con la palma de la mano, harta de tanta inmundicia.

Momboñombo le mostró la foto a Única y a El Bacán; ambos comprendieron por qué había bajado la afluencia de camiones. - ¡Menos mal!, yo ya estaba asustada...-, mintió Única. -Ahora yo lo veo claramente. Antes no, porque antes yo era parte de los que se tapan la nariz, pero ahora que lo veo desde aquí, me doy cuenta de que ya la gente no sabe qué hacer con la basura... Única, esto es un síntoma, no sé de qué, pero esto es un síntoma.

La gente produce basura, produce desperdicios e inmundicias, y hoy por hoy, cuando ya le está llegando al cuello, no sabe qué hacer con ella. Siempre ha habido basura, la basura nace con el hombre... Única lo escuchaba más por cortesía que porque comprendiera gran cosa las palabras de aquel hombre que ella misma había reciclado. -Lo que pasa es que ahora a la gente le ha crecido la capacidad de producir desperdicios.

Yo me pongo a ver la cantidad de cosas raras que llegan a este basurero, iÚnica, por Dios!, no es posible que se boten las cantidades de basura que bota este país tan pobre... iochocientas toneladas diarias! Una tonelada... ¿qué diablos es una tonelada? La gente nunca piensa en lo que eso significa, tan lo mismo da decir una tonelada como decir cien millones de pesos, o decir que miles de personas se mueren de hambre en Somalia... eso ya no Significa nada para la gente, no forma parte de la vida diaria. Yo mismo nunca pensaba en eso cuando me pasaba las noches en blanco leyendo a Dostoievski, en la Biblioteca General.

Si no estás viendo la cosa no la entendés, si nos vinieran a tirar aquí a todos los negros que se mueren de hambre en esos países, si nos los pusieran en fila en las calles, como pasó con la basura durante la huelga, entonces dejarían de ser los negros anónimos con las panzas hinchadas, pasarían a ser seres humanos y Somalia pasaría a ser algo así como el botadero de la humanidad, como pasa aquí en Río Azul, donde una tonelada de basura comienza a ser algo muy concreto cuando llega con toda su pestilencia y su cortejo de moscas y zopilotes a caernos encima.

Yo me pongo a ver qué es lo que bota la gente. ¡Única, por Dios!, esas luces que parecen prismas entre la basura, todo eso que brilla como limadura de sol, como si fuera un gran tesoro lo que hay ahí, todo eso es puro aluminio, el de las latas de cerveza, nacionales y extranjeras, los paquetes de sopa, los paquetes de cigarros, todo viene en aluminio ahora, y en paquetes en inglés, y todo se bota en bolsas plásticas que no se pueden deshacer, como explica el periódico, porque no son de materiales homogéneos, yo no sé qué putas es eso exactamente, lo que veo es que no se pueden deshacer y punto, porque eso significa que ahí se van a quedar per secula seculorum amén.

Momboñombo había hablado tanto que había atontado a Única y a El Bacán. Ella dormía desde hacía rato, el niño luchaba por seguir el hilo del monólogo de Moñagallo. De cuando en cuando se quedaba como hipnotizado repitiendo algunas palabras... "secula seculorum amén... secula seculorum amén...", "prismas, prismas, prismas". Las repetía para memorizadas, pero no preguntaba su significado. Al día siguiente, Única le pidió a Momboñombo que le explicara todo aquello que había dicho anoche, 'pero en cristiano, de modo que yo entienda'. -Nada, Única, lo que pasa es que ya hay tanta basura en San José, que ya no cabe más aquí y los vecinos de los alrededores ya están podridos de tanta porquería. -Bueno, pero entre más basura llegue, mejor para nosotros. -De acuerdo, Única, salvo un pequeño detalle, que ya no la van a botar más aquí... Eso es lo que han estado diciendo los periódicos todo el mes de noviembre.

La gente ya está hasta el cuello de basura; entonces el gobierno decidió cerrar ya el botadero de aquí, de Río Azul... -¡Jesús, María y José! Momboñombo, ¿Y adónde lo van a poner? -Esa es la cosa, que en ninguna parte cabe, porque, ni tontos que fueran los vecinos, nadie quiere tener un basurero de este tamaño a la vuelta de su

casa. Ahora, por ejemplo, dice el periódico que lo iban a poner en La Uruca, ¿y qué?, que la gente se paró de pestañas, "que por ahí queda el Hospital Méjico, el Parque Nacional de Diversiones"..., todo queda por ahí, entonces el gobierno todavía no sabe dónde poner este mierdero de modo que no le estorbe a nadie.

Por otro lado, todos los días sale gente hablando en el periódico: un baboso salió diciendo que lo que había que hacer era evacuar la zona y dejar aquí el basurero, otro salió diciéndole egoísta a la gente de las comunidades que no quieren que les pongan el basurero encima, pero lo que pasa es que eso lo dice cualquiera siempre y cuando no sea en su barrio donde lo vayan a poner. Otros dicen que la basura es un problema de 'externalidades negativas' y una de palabrejas raras, Única, que lo único que queda en claro es que todo está oscuro.

Única, la gente tiene razón. Pero bueno, por ahora el basurero se va a quedar aquí un tiempo más... -iGracias a Dios, Momboñombo!, si no, no sé qué vamos a hacer nosotros. -¿Qué vamos a hacer nosotros? ¿Qué vamos a hacer nosotros?.. -La pregunta iba tomando dimensiones cada vez más gigantescas en la cabeza de Momboñombo Moñagallo y lo comentaba con los buzos, sin lograr con ello ni el menor vestigio de preocupación en sus semblantes.

Él no era un buzo, era un suicida frustrado que estaba aprendiendo a defender la ilusión de que a la vida se le puede inventar un nuevo sentido aún cuando lo único que parezca sensato sea morirse de un retorcijón iy ya! Pero los buzos de oficio, los que ya llevan la basura incorporada, los que llegaron con el alma hueca al basurero desde hacía varios años y a esas alturas la tenían tan atiborrada como el botadero mismo, los auténticos buzos estaban acostumbrados a vivir al día, a resolver lo inmediato. Los verdaderos buzos no eran ni siquiera como Única, para quien no había sido posible, en tantos años, desterrar los atavismos urbanos y seguía procurando esquemas familiares en la comunidad.

A los buzos no les molestaba en absoluto llegar a comer con Única, ni aportar elementos a la olla común, pero lo hacían mezclando las reminiscencias de algún arcaico orden familiar (que les funcionaba ya como a un perro casero le funciona la maña de rascar el suelo con las patas traseras después de cagar, como si estuviera

enterrando la mierda con ese gesto inútil), con la comodidad de que fuera Única quien se tomara la molestia de recalentar o cocinar el pan nuestro de cada día. Esos buzos de hueso colorado no lograban comprender los desvelos de Momboñombo. - Son habladas de la gente... Esto no lo van a cerrar nunca, abuelo, no ve que si lo cierran no van a tener a dónde botar toda esta basura. -Bueno, pero... ¿y si lo cierran? -Si lo cierran, nada... nos vamos donde lo pongan. -Y... ¿si no nos dejan entrar? -Sí nos dejan, sí nos dejan... siempre dicen lo mismo, que no nos van a dejar entrar, que yo qué sé, pero al final sí nos dejan.

Y deje usté de joderse la vida pensando en eso... Y así morían todos los intentos de Momboñombo, bien por crear consciencia entre los buzos, bien por exigirles una respuesta a su pregunta desesperada. Todos sus esfuerzos se resumían también en la necesidad apremiante de depositar en sus salvadores la responsabilidad de estarlo salvando continuamente, porque "sin basurero no habría más buzos", creía él, "y sin buzos no habría más Momboñombo." -No le merman los aguaceros-, decía Única cuando noviembre no daba tregua. -Lo malo es que hasta la lluvia llega ya sucia al basurero-, agregaba Momboñombo.- Había comenzado a llover más o menos desde abril, y la lluvia sólo empeoraba con ondas tropicales y corrientes frías que minaban la salud de desechos de los de abordo.

El Bacán tosía constantemente y moqueaba siempre enverdeciéndose los bigotes y entiesándose las barbas, porque el agua sólo resbalaba sobre el gabán negroaceitoso de los zopilotes y en todas partes se empozaba formando cientos de pequeñas lagunillas, sobre todo ahí donde las bolsas plásticas hacían una concavidad entre la basura. Al darles el mezquino sol de noviembre, las lagunillas, fecundas de larvas de moscas y otros bichos, brillaban prismando la luz y hedían, más bien como si hubieran asesinado al arco iris y su cadáver se pudriera lentamente entre la basura.

Con la lluvia se empapaban los buzos por más que se forraran en bolsas plásticas. Con la lluvia solían inundarse los tugurios, por lo que el trabajo de los de abordo debía repartirse entre el buceo y las interminables reparaciones de su ciudad flotante. La adversidad, de ingenio fecundo, había llevado los buzos a confeccionar

los más curiosos impermeables, sobre todo con las bolsas gigantes para basura de jardín, y vestidos todos de gris sintético, con trajes de una sola pieza, más bien parecían monjes de algún culto al fin del mundo; sus hábitos plásticos sobre sus lomos siempre encorvados completaban una imagen borrosa de romería de penitentes bajo la tutela implacable de los iconos motorizados de los tractores.

-En verano todo va a ser más fácil-, se repetía Momboñombo a veces, mientras bebía de pie directo de las ubres de las nubes, desconociendo minuciosamente los efectos del sol de febrero y marzo sobre la podredumbre y la tierra medio arcillosa del botadero, que era entonces un torrente de barro que desangraba minuto a minuto las partes aún vivas de la colina; lo verde se alejaba cada día, como el bosque que camina, como si hasta los árboles se estuvieran yendo por sus propios pies de aquel osario de los derechos humanos. El Bacán se entretenía haciendo barquitos de papel que ponía a flotar sobre la lagunilla más cercana al tugurio.

Los otros niños de los buzos buceaban al Iado de sus padres o madres, o ambos, en los casos más extraños, y hurgaban entre la basura con tanta fiereza como los adultos, pero con una expresión distinta, con un asombro en sus ojos como si en última instancia, lo que estuviera buscando entre los desechos fuera ni más ni menos que su propia infancia encarroñada bajo las poderosas orugas de los tractores. Con la lluvia persistente, los rellenos del gran relleno se aflojaban; después de un rato de estar de pie en un mismo sitio, los buzos tenían que tirar con fuerza hacia otro lado porque ya tenían los pies hasta los tobillos entre las arenas movedizas.

Más o menos veinte años de estar enterrando basura habían hecho de la geografía de la colina un esperpento cuya representación cartográfica resultaría algo así como el contorno del lomo de un monstruo de pesadilla, montículos y montículos por todos lados y tierra removida de aquí para allá, y los ríos Damas y Tiribí condenados a beberse los caldos que se filtraban constantemente; pero sólo una parte de ellos, porque el resto iba a dar a los mantos acuíferos profundos, inyectándose de manera intravenosa en el cuerpo de la tierra.

Los vecinos de Río. Azul y San Antonio de Desamparados efectivamente habían amenazado al gobierno con cerrar el paso al vertedero a eso del treinta y uno de diciembre, luego de varios intentos por impedir el acceso de los camiones, frustrados más de una vez por las brigadas de choque de la policía, que nunca escatimó esfuerzos en eso de abrir barricadas o espantar a los niños del barrio y vecinos en general de las fauces del basurero, con sus elocuentes bombas lacrimógenas y argumentos análogos; sin embargo, la organización de la comunidad consiguió por fin dialogar con el gobierno.

El señor Presidente de la República los visitó y se reunió con los dirigentes quienes, después del café con promesas, se siguieron entendiendo con el Ministro de la Presidencia. Por un lado estaba el ultimátum del treinta y uno de diciembre; por otro, la petición del Ministro, que consistía en una prórroga de varios meses para resolver lo de la búsqueda de un nuevo sitio para tan nobles propósitos y la promesa de que para el veinte de enero del noventa y tres, a más tardar, el nuevo destino de los desechos del Valle Central estaría elegido.

Para ese entonces, la Comunidad de Atenas estaba en alerta permanente por su rechazo categórico de la posibilidad de instalar en sus entrañas el nuevo basurero, por más que el gobierno prometía en su lugar un relleno sanitario a la altura de los rellenos modelo de Estados Unidos, esos donde hasta las ratas comen con tenedor y cuchillo. -Que lo cierran lo cierran... -, se pasaba repitiendo Momboñombo Moñagallo a cuantos buzo le prestaban un minuto de atención, pero no más de un minuto que era el tiempo que a lo sumo, lo graban fijar la atención en algo que no fuera de interés inmediato.

Mientras añejaba en su pecho el fantasma de cierre del botadero, él buceaba hombro a hombro, con Única y muy ocasionalmente, con El Bacán. Única "lucía como desmejorada", pensaba él cuando se distraía mirándola largamente... El agua de la lluvia le bajaba en goterones por las hilachas de su cabello entrecano, y resbalaba por la piel de sus brazos hasta los guantes sin dedos que alguna vez halló idóneos para sumarlos a su equipo de buceo.

Ella lo sorprendía mirándola y siempre le recomendaba lo mismo: -Ay, Momboñombo, dejá de espiarme, que en mi cara no vas a encontrar nada de valor. Lo decía un poco sonrojada, con una sonrisilla dulzona que al rato se asemejaba un poco a la pauta que Momboñombo añoraba a gritos. Era como si en un segundo los tractores se detuvieran, los humores fétidos se disiparan, como si escampara... era como una sonrisa cómplice que en un segundo inyectaba una sobredosis de buen ánimo.

Los viejos seguían después en su trabajo, uno al lado del otro, "jalando y jalando pa'l mismo lado, como dos bueycitos", como le recomendaba Única que debía hacerse aquel trabajo de estar vivos. Pero después del segundo, otro camión recolectar atravesaba el espejo y los buzos se amuchaban a su alrededor como gaviotas al lado de un pesquero: Las redes llegaban grávidas, y los forzudos marineros de los mares asfaltados de la ciudad las vaciaban en medio de los chillidos y el batir de alas de las gaviotas venidas a menos.

Una gaviota tomó una presa en su pico y se alejó a toda velocidad, pero fue rápidamente alcanzada por otra más grande; se disputaron el pececillo, ambas cayeron al mar, se revolcaron y la triunfadora finalmente alzó el vuelo con el botín ganado en batalla singular. Vacío el pesquero, el capitán daba la orden de levar anclas, echaba marcha atrás y se alejaba hacia nuevos puertos de embarque. El Bacán estaba sentado entre la basura gritando a voz en cuello cuando llegaron Única y Momboñombo; un buzo poco amistoso le había arrebatado algo que él no sabía explicar qué era ni para qué lo quería; Única se armó de un palo de escoba y fue directo al buzo agresor.

Su edad y el respeto de que extrañamente gozaba entre los buzos le permitió aleccionar a palos a la gaviota grande y volver ilesa a casa con el teléfono malherido que El Bacán había hallado entre la basura; El Bacán dejó de llorar. -La próxima vez me lo dejás a mí-, le dijo Momboñombo a Única en la noche, cuando ya había pasado el episodio del teléfono. Se lo dijo con una auténtica convicción de macho, que no por muy auténtica resultaba verosímil y menos aún necesaria para una

mujer que llevaba veinte años aleccionando a palos al destino que hacía tiempo se había ensañado con ella.

Pero ambos fingieron y ella le prometió dejarlo actuar si se daba otra situación de esas, porque el huésped ya estaba dando señas de que había llegado para quedarse y un dejo de hombre de la casa se le empezaba a notar en el semblante. -¿Y si habláramos con los vecinos, Única? -¿Hablar de qué? -¡Cómo que de qué!, pues de qué va a ser, muchacha, de lo del cierre del basurero... Si nos aliáramos con los vecinos de Río Azul... -¿Si nos qué? -Si nos aliáramos, si hiciéramos una alianza, es decir, si les ofreciéramos apoyo en la lucha por cerrar el basurero... -¡Te volviste loco, Momboñombo!, si cierran el basurero ¿qué diablos vamos hacer? - Pues de eso se trata, mujer, no quedarnos sin nada qué hacer, sino de pedirle ayuda al gobierno nosotros también.

Mirá, nosotros vamos a la próxima reunión que ellos tengan con el Ministro y decimos que estamos de acuerdo con que cierren el basurero, pero que no nos podemos quedar sin oficio ni beneficio tampoco, que nosotros necesitamos ayuda para encontrar otra cosa que hacer, que tenemos derechos como todo el mundo, que no es que estemos aquí porque nos guste el mal olor o porque no podamos hacer otra cosa que estar revolcando basura.

Yo les puedo ofrecer mis servicios como guarda de algún lado, vos como maestra, y los que no saben hacer nada, ahí algo se les puede enseñar y... Aunque Única ya se había dormido, como de costumbre, el viejo siguió elucubrando fantasías de progreso sin percatarse en absoluto de que se trataba de dos problemas diferentes y que unirlos sólo complicaría la situación de los vecinos de Río Azul y por ahí. El Bacán dormía desde hada rato, con el teléfono abrazado a modo de osito de peluche.

Los vecinos de Río Azul estaban también hartos de los buzos; incluso, una de las cláusulas del acuerdo con el gobierno era que, cerrado el basurero no se permitiría el precarismo, para poder declarar el área 'Reserva Forestal' y recuperar los terrenos. Aunque por decreto bíblico, "a los pobres siempre los tendréis a tu lado", ya nadie por ahí estaba en condiciones de tolerar más buzos rondando sus casas, y la alianza que se le había ocurrido a Momboñombo Moñagallo era definitivamente

impensable; la alianza resultaría contraproducente para la comunidad, que luchaba desesperadamente por quitarse de encima aquella vorágine de desechos que la gente iba dejando como precioso legado a las moscas.

Una vez más Momboñombo Moñagallo se lavó bien los dientes y bajó la colina en busca de los dirigentes de la comunidad. Y tal y como se lo había anticipado Única, ni siquiera se molestaron en prestarle atención. Él, que no era un buzo de profesión, tenía para ese entonces un aspecto incuestionable de habitante del averno de las cosas. -Ni me alzaron a ver... ¿Culpa de quién?, pues culpa mía, porque me lo advirtieron. Sin embargo, y pese a lo feo que es que lo rechacen a uno así, no les guardo rencor; ellos tienen razón, y yo seguro habría pensado igual si hubiera sido otra mi suerte.

Yo mismo me he dado cuenta de que no todos los buzos son personas decentes, hay algunos que son una plaga, que tienen costumbres feas, que roban y les dicen cochinadas a las muchachas de la vecindad y claro, después ellos piensan que todos somos iguales y ahora no nos van a ayudar. Era domingo pero el viejo no se percató hasta cuando iba derrotado de regreso. Toda la gente estaba en sus casas y en la mayoría sonaba alguna radiograbadora con la transmisión del imperdonable partido de fútbol que vino a atinar un gol en los cinco sentidos del viejo. Se detuvo; por un instante se dibujó en su gesto la mirada cómplice con que instintivamente se identifican entre sí los fanáticos, aunque nunca antes se hayan visto... sonrió... era otro... estaba transfigurado y un instante antes de dirigirse al hombre que escuchaba para preguntarle por los contrincantes, la puerta le fue cerrada de mala gana... de nuevo había olvidado su condición de desahuciado.

El desmerecimiento le dolió más que la frustrada intentona de alianza, porque un NO más era un eslabón imperceptible en la cadena de negaciones de su vida; pero el no ser digno ni siquiera de que le dijeran quiénes se disputaban un balón 'en el ámbito de una cancha enzacatada, al margen de la realidad, para producir una manifestación más de realidad, eso sí era el colmo. Hasta el fútbol, ese deporte que habían convertido en el amansalocos de los tiempos modernos, le estaba negado;

ese deporte dominical capaz de hacer olvidar a un pueblo hasta el costo de la vida, le estaba negado.

Pero él no lo vio así, no podía verlo así; él sólo se quedó petrificado un momento frente a una de las casas donde un radio se desgalillaba en un gooooooool sempiterno, y como idénticos a sí mismos, todos los partidos de fútbol a los que había asistido religiosamente desde niño, le pasaron en tropel por la memoria... miles de hombres pateando miles de pelotas, miles de personas rugiendo en montañas de galerías, toneladas de papas fritas crujiendo entre fajos kilométricos de molares, aguaceros de bolsas de orines derramándose sobre las cabezas de los dueños de los asientos baratos, locutores psicotizados narrando frenéticamente lo mismo que todos estaban presenciando, tropas de árbitros malignos entonando una marcha infernal con sus pitos, desfiles de gentes eufóricas por las calles celebrando un gol acertado, en el extranjero y el Presidente de la República bailoteando por las calles en un día hábil declarado asueto a raíz de una patada, y bosques enteros reducidos a papel periódico con la vieja historia de David y Goliat, pero con la variante de que Goliat no perdía nada después del partido, mientras que a David se la metían sin vaselina con un paquete de impuestos que no lograría evadir ni con la honda ni con la piedra.

Y Momboñombo en medio, en el parque central llorando de alegría y de hermandad; todos hablábamos en plural, éramos uno solo en el ojo del mundo, ya casi ni se nos notaba lo tercermundistas, los escoceses se querían bajar del mundo porque los habíamos hecho morder el polvo. 'iPuta Carajo, y de taquito pa'que más les duela!' Y el milagro de la multiplicación del guaro y de las boquitas amenazaba con una goma nacional de puta madre. Y Momboñombo en el meollo de los hechos, en el día histórico de la apoteosis del conejo, y... i y le cerraron la puerta cuando iba a superar la separatividad social preguntando ¿cómo van, jefe?, ¿quiénes juegan?! Fue demasiado, se desplomó cuan largo era en medio de la calle y fue llevado en hombros hasta su hogar por un par de buzos que lo hallaron ahí tirado, casi casi como era su costumbre.

A Única casi le da un patatús cuando lo vio venir, pálido como el resucitado, en brazos de dos de los de abordo. Hubo que friccionarle la nuca con alcohol del de la botella grande de Única, de ese que los borrachos llamaban 'guaro de fresa" porque lo hacen rosado para prevenir su ingestión. Le aflojaron el pantalón y los botones de la camisa para que respirara mejor, le dieron agua de sal a El Bacán para que le pasara el susto y entre todos volvieron en sí al viejo a gritos y bofetadas que lo dejaron como embobado. ¡Buen rato le costó ponerlo todo en orden otra vez en el basurerito de oficina de su cabeza! Una vez recordado el suceso de la negativa por parte de la comunidad, tuvo una laguna con lo de la puerta en su nariz y olvidó para siempre que alguna vez le gustó el fútbol.

Para el almuerzo hubo olla de carne con verduras que Única y El Bacán habían traído de la feria del agricultor de Desamparados. Domingo a domingo iban a juntar de la calle las verduras que los mismos vendedores botaban por demasiado maduras, o por demasiado verdes, o por magulladas que llegaban de los sembradíos. La carne era una que Única conseguía en una carnicería atendida por un viejo que se había negado al progreso de las sierras eléctricas y aún partía los huesos con un hacha sobre un tronco de madera.

El hombre ni siquiera se planteó nunca lo de la carne barata de Única una vez por semana, por lo que hizo de ella uno de sus 'clientes' más fieles de los domingos. El resto del día transcurrió sin novedad en medio del extraño silencio en que algún feriado dejaba al basurero. Los tractores reposaban exánimes al pie de la cuesta y los recolectores en sus respectivas comunidades. Solo el aletear incansable de las moscas y los zopilotes sostenía la rutina, dado que los buzos que no vivían en el precario, esos días desaparecían del lugar, quién sabe adónde, a sus casas tal vez, o a bucear por las calles de la ciudad, o detenidos en animación suspendida como larvas descomunales en espera del lunes de madrugada.

Momboñombo hasta ese domingo no había caído en cuenta aún de que a veces descansaban tanto los recolectores como los tractores. Más de una ocasión le llevó hacer la observación, porque ya el ruido estaba incorporado y de no haber sido por el desmayo, jamás habría descubierto que para su desgracia, cada tanto, el basurero

guardaba silencio; para su desgracia porque entre los intervalos de silencio seguiría percatándose de que a alturas del día anterior, del que tampoco era consciente, ya había olvidado el compás de quietud semanal y entonces cada nuevo día de silencio funcionaba como el primero del calendario de su nueva vida de ser humano desechable. Lo comentó con Única, pero en ella el tiempo marchaba de una manera diferente. Tampoco estaba nunca al tanto de la fecha, sin embargo, una suerte de reloj biológico la llevaba los domingos a bucear a la feria del agricultor, de donde, invariablemente siempre regresaba con un canasto lleno de verduras para la sopa.

Los meses del año le eran igualmente ajenos, pero por esa época los pasos de animal grande de diciembre le desasosegaban el alma. Ya casi es diciembre, Momboñombo... -¿Y vos cómo sabés...? ¡Ay, no sé!, es que siento como hormigas en el culo-, dijo en medio de un suspiro.

Capítulo Tercero

Al principio, al puro principio, yo tenía un jardín aquí. Lo había ido haciendo poco a poco, con siembros que me regalaba la gente de la vecindad cuando todavía no le tenían tirria a los buzos, cuando todavía ni siquiera nos decían buzos. A mí me decían 'la señora que vive en un ranchito allá en el basurero.

Yo tenía sembradas las pudreorejas en la parte de atrás del ranchito que también había ido haciendo poco a poco con latas de cinc y pedazos de madera y cartón que me encontraba por ahí, o que la gente me regalaba también. Vos sabés, Momboñombo, un jardincito aquí... Pero después la tierra como que se fue secando, muriendo, muriendo. Cuando yo hice el ranchito aquí, el basurero todavía quedaba lejos, pero fue creciendo, los tractores iban enterrando la basura y haciendo huecos cada vez más grandes hasta que esto llegó a ser como vos lo podés ver ahora, pero yo y los otros vecinos que nos vinimos a vivir aquí, don Conce, un buzo que ya murió, Doña Hipólita y la familia de los cara de león, y un montón de gente, teníamos como más espacio y más aire puro.

En las mañanas se podía levantar uno y respirar hasta reventarse porque como esto es una colina, entonces el viento pega. más fuerte. y yo tenía un jardín con pudreorejas, clavel de poeta y unas begonias y unas gloxinias; rosas no porque aquí no hay manera de que, peguen, pero tenía culantrito de coyote que es tan bueno pa' la sangre. Y ahí donde se ve todo pela-: do eso, ahí había zacate de limón y yo tenía unas', violetas lindísimas sembradas en unos tarros de leche en polvo, y hasta unas guarias moradas porque en mi casa siempre se acostumbró tener guarias en un palo de güitite.

Pero como te digo, la tierra se fue poniendo como arcillosa; esta tierra no era así, fue que se fue lavando; el polvo comenzó a ponerlo todo de este color como amarillento, y las rosas no pegaron nunca. Hasta se me murió una tortuguita que yo tenía en el jardín, a la pobre la encontré tiesa un día y toda llena de polvo. Yo creo que se ahogó la pobre. Y empezaron a llegar las cucarachas; yo al principio la mataba a escobazos, pero con el tiempo me fui acostumbrando a verlas. Y las moscas qué me dice, al principio andaban nada más entre la basura y aquí venías unas cuantas, como doscientas nada más, uno las podía espantar, pero después, empezó a ser como ahora que son miles y miles no podés hacer nada más que acostumbrarte; porque o te acostumbrás o te jodés.

Por aquellos años fue que llegó El Bacancito... ¡Ay, vieras vos qué felicidad!, yo que siempre había querido un hijo, Dios me lo. mandó porque Él sabía lo que yo quería un hijo y ahí llegó solito... vos sabés que yo siempre he pensado que fue un milagro eso, que a lo mejor El Bacán ni siquiera es que fue abandonado aquí, sino que Tatica Dios me lo hizo especialmente a mí, para que ya no estuviera tan sola.

Yo, como fui maestra, rapidito le fui enseñando a hablar bien, a contar con los deditos, a rezar, recitar una recitación muy muy linda que dice así: 'Cultivo una rosa blanca, en junio como en enero, para el amigo sincero que me da su mano franca, y para el cruel que me arranca el corazón con que vivo, cardo ni ortiga cultivo, cultivo una rosa blanca...', linda, ¿verdá?, yo no sé quién la escribió pero debió ser alguien al que le gustaba mucho hacer jardines; yo se la enseñé a El Bacán porque aquí yo tenía unas chinas blancas, porque las chinas, como son tan

agradecidas, esas pegan en todo lado y porque nunca he perdido la fe de hacer otro jardín, por eso es que siempre la recito esa recitación, y seguro vos has oído a El Bacán recitándola también, porque a veces vos la oís y es como si todavía tuviéramos el jardín aquí.

Yo la vivo recitando porque yo sé que a lo mejor el señor que la escribió también querría hacer un jardín donde sólo hay basura, porque yo le digo una cosa, sí señor, así como me oye, Momboñombo Moñagallo, para escribir una recitación así de linda tiene uno que querer mucho a las rosas y a los amigos. Las chinas se marchitaron, se fueron llenando de un color como ladrillo y después no quedó ni una, porque ni las chinas soportan el maltrato! Después la vida fue pasando y pasando y se va uno haciendo viejo.

El Bacán cada día más grande, verdá, yo le digo que se corte los bigotes porque parece un viejo y él se los corta a veces, pero en seguida no más ya los tiene otra vez largos, y no es por falta de navajillas porque aquí sí que no se puede uno quejar de eso, más desde que las hacen plásticas, viera, Momboñombo, la cantidad de navajillas que llegan aquí semana tras semana, de esas que ya vienen pegadas a la maquinilla de hacerse la barba; pero a él le da pereza hacerse la barba y no es solo pereza, es que se corta y después le quedan cicatrices, pero El Bacán está hecho todo un viejo... imi chiquito! Al principio yo no lo dejaba bucear, más después de lo que le pasó a la Llorona, iPobrecita!, verdá, y era tan bonita la Llorona, vieras" era una muchachita así menudita, que no hablaba por no ofender y el chiquito lo más lindo, vieras, parecía un muñequito; pero como no hay pa' la desgracia" perdérsele y volverse loca fue una sola, y con razón, porque como a mí se me pierda El Bacán, machalá, machalá, y yo me vuelvo loca también.

Pero por dicha él es muy casero, nunca se me va solo. Ahí una o dos veces por semana, vos has visto, hacemos un saco de chunches y los vamos a' vender a San José, pero él siempre viene conmigo. El me acompaña a vender las latas de aluminio, las botellas, los periódicos que ya se ha leído porque eso sí, Dios guarde le bote usté un: periódico que no haiga leído porque se resiente. Antes íbamos también a bucear ahí a San José, pero eso es muy cansado porque hay que andar

caminando todo el día y la gente lo ve feo uno cuando ve que uno les abre las bolsas de basura, como si no estuvieran viendo que es basura!, como si todavía necesitaran las cosas después de que las han botado a la calle, pero así es la gente, por eso es que ya casi ni me gusta ir a bucear a San José, ya sólo vamos ahí a vencer lo que aparece el basurero, porque eso sí, al basurero llega de todo, bueno, vos has visto que aquí no se puede uno quejar, llega de todo, desde juguetes para los chiquitos hasta todo lo que la gente puede comprar en las tiendas, porque en eso vos tenés razón, la gente todo lo bota.

Los que sí son buenos para bucear en la calle son esos viejillos que vienen a veces a la casa del Oso Carmuco, pero a ellos nadie les dice nada, en cambio a uno como la ven mujer entonces la andan corriendo de todo lado. Vos sabés que yo he llegado a pensar que la basura también es mujer, mirá, es "la basura", como "la mujer", de género femenino. Yo sé eso de los géneros porque lo enseñaba en la escuela, entonces es la basura y al principio a todo el mundo le gusta cuando está nuevita y apenas se pone vieja ya nadie la quiere, pero esas son tonterías mías... ¡Ay, Momboñombo!, vos te me quedás viendo y me ponés tanta atención que le dan ganas a uno de seguir hablando y hablando como una chachalaca y es que hacía tanto tiempo que no hablaba yo así con alguien, sobre todo en las noches después de que todo el mundo se va a dormir. .. Momboñombo Moñagallo guardaba largos silencios escuchando a Única que parecía como transmutada con la vista fija en una pared o en alguna rendija de la tabla donde se sentaban a hacer sobremesa.

Diciembre ya estaba tomando posesión del calendario y se podía sentir en el viento un poco más helado y en la merma de las lluvias pegajosas de los meses anteriores. Ahora estaban cayendo las 'navidades', como les llamaba Única a esas lluviecillas de pelo de gato que igual caen en las calles atiborradas de Sannicolases y ofertas de fin de año de San José, como caen en el basurero con las primeras hojas de plátano de los tamal es, sin prejuicio ni distinción, ni temor de ensuciar sus delirantes desnudeces.

La época de Navidad era próspera a su manera con el basurero. La gente la aprovecha para descuidarse más que de costumbre con lo que tira a la basura, por

lo que es frecuente hallar envueltos en las hojas de los tamales todo tipo de cubiertos, caros y baratos. Luego vienen los papeles y las cajas de regalos, que no siempre llegan vacíos al basurero; no falta quién ni se percate de que se le fue un regalo sin abrir a la basura y una vez ahí, la cosa se pierde para siempre, hasta que resucita toda llena de vida en manos de un buzo que la rescata del basurero de la historia y recicla en una compraventa o donde le den algo por ella.

La gente se siente rara en diciembre, toda gente, hasta la 'desgente', la que vive de los desechos, los desperdicios, los despojos, los despilfarros, los descuidos, los destrozos, los desaciertos... esos desafortunados a los que Momboñombo Moñagallo había unido sus esfuerzos por aparentar que la vida, después de todo, vale la pena aún cuando se viva en medio de las desigualdades.

Momboñombo no recordaba cuánto tiempo hacía de su incorporación a las filas de los biorrecicladores, en parte porque el tiempo era algo que cada vez le importaba menos, hasta le había regalado su reloj de pulsera a El Bacán, quien no se molestó en lo más mínimo por aprender a leerlo pero se fascinaba viendo las agujas girar y girar sin propósito alguno.

La "Navidad comenzó a llegar temprano ese año. Durante los primeros días de diciembre, Río Azul fue declarado Zona Protectora y las sesenta y cuatro hectáreas de los terrenos del basurero fueron anexadas a la zona del Cerro de la Carpintera, con lo que quedaron declaradas bajo el Régimen Forestal. El ultimátum de los vecinos de Río Azul y San Antonio de Desamparados estaba surtiendo efecto, sobre todo en la bolsa de San Nicolás que esta vez se hinchaba nada menos que con la ubicación de un nuevo relleno en alguna parte del país.

El gobierno mantenía silencio. Aun no se descartaba oficialmente a La Uruca como la feliz ganadora de la caja de Pandora, pero sí se declaró a la Gran Área Metropolitana, la 'GAM', inadecuada para situar, el relleno. Se comenzó a elaborar un 'Plan Nacional de Manejo de Desechos, dirigido por El Organismo de Ayuda Germano, y en la Asamblea Legislativa, aún pese a la trillada y harto bien sabida sentencia de que "un camello es un caballo hecho por una comisión", un fulano propuso integrar una que examinara el problema y un mengano se opuso.

El gobierno se devanaba el seso negociando con las comunidades, ofreciéndoles el 'mar y las conchas', obras de infraestructura, beneficios de todo tipo, 'El milagro de La Uruca', 'El milagro de Atenas', con tal que aceptaran el basurero dentro de sus lindes, sin conseguir entusiasmar a nadie con ello. Hasta el momento, lo único que se tenía en claro era que la GAM, por ser una zona de gran expansión urbana con importantes mantos acuíferos, no era apta para la instalación del relleno. Se hablaba de sectores neutros donde se podría eventualmente ubicar el relleno, previo estudio de suelos, intensidad sísmica, e impacto ambiental, así como la impermeabilización del fondo con plástico y arcilla y canales para los líquidos de la basura y ductos para la evacuación del gas metano.

Se publicó un mapita con las zonas elegibles I y el país entero quedó en vilo porque el fantasma del relleno atemorizaba con asentar su residencia prácticamente en cualquier parte fuera de la GAM. Ese año, el cumpleaños de El Bacán se celebró en los primeros días de diciembre única lo celebraba cada año en un mes diferente para que coincidiera con la verdadera fecha algún día. Los preparativos comenzaban días antes y Única sacaba tiempo para elaborar sombreritos picudos de papel periódico para la fiesta. Para ese día tenía que haber reservas de comida y guaro para los adultos y ella contaba sus ahorros para comprar confites para los pequeños.

El cumpleaños de El Bacán era siempre una sorpresa extraña para todos los niños del precario, pero Única sólo lo anunciaba el propio día minutos antes de comenzar la celebración. La sorpresa lograba siempre euforia en El Bacán pero nunca le despertaba la curiosidad por saber cuántos años cumplía; eso no era importante y quizás sólo las entrañas profundas del basurero lo sabrían. Para el mes de diciembre llegaba siempre al basurero más basura, y juguetes cada vez más extraños; llegaban armas de juguete de plásticos de colores y formas inusuales, que los niños botaban luego de un año de entrenarse con ellas, llegaban autitos "transformers" que tirando de sus piezas se convertían en robots cuyos brazos terminaban en terribles armas que hacían la delicia de los niños del precario. Momboñombo se preguntaba cómo podían aquellos niños comprender el manejo

de esos aparatos tan alejados de la realidad del vertedero y sólo lograba explicárselo confiándoselo al instinto infantil de la seriedad ante la diversión.

Los niños veían esos juguetes en los escaparates de las grandes jugueterías josefinas, esas que de paso venden libros, se maravillaban con ellos y deducían su funcionamiento de los ejemplares que se exhibían a medio armar. Momboñombo había sido avisado del cumpleaños con varios días de anticipación y entre él y Única tenían ya regalos suficientes para El Bacán y para los niños que ese día hicieran una pausa para regresar a su infancia un par de horas durante el cumpleaños itinerante, que exigía que ese día los bigotes y las barbas de El Bacán fueran rasurados, su cabello recortado y su piel despercudida con un paste mojado que Única preparaba para esos efectos.

Ese día, temprano por la mañana, Única se levantaba a calentar agua, mientras tanto, afilaba sus tijeras en un molejón que ni ella sabía de, dónde había sacado. Cuando El Bacán despertaba y veía los preparativos, estallaba de alegría porque celebraría inesperadamente su cumpleaños. El, pañuelo que se ataba a la cabeza era desanudado y los mechones de cabello caían a la frente, luego; le quitaba el chaleco y la camisa y comenzaba la primera parte del baño.

En un recipiente aparte Única disolvía un poco de jabón en polvo de la; gran bolsa donde revolvía los residuos de todas, las bolsas de jabón que hallaba; acto seguido mojaba el paste y comenzaba pacienzudamente a restregar la cabeza entera, a mojar bien el pelo y las barbas, a cortar a ojo de buen cubero hasta descubrirle las orejas. Una vez recortadas las barbas, procedía a rasurar con varias maquinillas que volvía a guardar conforme se iban quedando definitivamente sin filo. El Bacán lloraba cuando sentía el ardor del jabón en polvo en sus ojos entonces comenzaba el eterno pleito: Dejá de llorar, carajo, mirá que te está viendo Momboñombo.

Y Momboñombo se percató en ese momento de que efectivamente estaba presenciando el ritual de acicalamiento de El Bacán; se avergonzó y se disponía a marcharse, pero Única le rogó que se quedara para que el niño se portara bien. El agua jabonosa corría por el pecho velludo del niño mientras la cara le iba quedando despejada. El Bacán jugaba a hundir el teléfono en el cubo de agua y Única

batallaba por desennegrecer los brazos, el cuello, detrás de las orejas, las nalgas, las piernas y cada milímetro del cuerpo de El Bacán porque la mugre del basurero penetraba por donde ni la luz podía. -"...porque la limpieza, dice mi mamá, es una belleza y salud nos da..."-, cantaba Única a coro con su hijo cuando llegaban al final de la jornada y El Bacán quedaba como un recién nacido, rosado por los raspones del paste.

Un par de horas más tarde su piel volvería al color natural de los habitantes del basurero y dos semanas más tardarían sus barbas en sobrepoblar de nuevo sus mejillas. "Cuuuumpleaños feliz, te deseamos a ti, cumpleaaaños Bacaaaan, cumpleaaaños feliz..." Gracias a todos y a mamá Única por dejarme cumplir años, porque cuando uno cumple años se hace más grande y más fuerte.

Una vez a mí se me olvidó cumplir años y entonces tuvimos que hacer dos cumpleaños de un solo tiro, si no, no me iba a hacer grande... Más de uno de los de abordo no se había planteado nunca qué pasaría si de pronto dejara de cumplir años, pero llegaron rápidamente a la conclusión de que hasta los muertos cumplen años, como don Conce, que ya tenía varios años de muerto y Única siempre decía, 'hoy cumple don Conce, y le pagaba al Oso Carmuco para que dijera una misa hacia la tarde casi noche. Después alguno propuso que dejaran ya de hablar mierda y se echaran un trago y la moción fue ampliamente respaldada.

Por ahí, otro le dio a Única por donde más le dolía, "Única, se te está haciendo grande El Bacán, ahorita vas a tener que regalarle una novia para el cumpleaños...", y ella se enfurecía y alegaba que el chiquito no sabía nada de eso y que como oyera ella a alguien hablándole; de eso, lo molía a palos... Y el cumpleaños transcurría como siempre, sin contratiempos' porque por un trago o un confite, estaba más que justificada la pausa en la labor de escudriñar entre lo que ya nadie había soportado más en sus casas o en sus conciencias.

En el basurero los amaneceres eran tardíos pero las puestas de sol puntuales. Diciembre se adentraba en las postrimerías del año y las señoras buzo empezaban a recopilar materiales para la elaboración del portal del precario. El Oso Carmuco les ayudaba porque creía de su competencia cualquier labor relacionada con la fe y las

costumbres. Desde hacía al menos trece años habían llegado al basurero dos maniquíes tamaño natural: un hombre y una mujer, y desde entonces eran usados para la representación, pero el resto del año el 'Oso Carmuco los guardaba en su casa.

El hombre era altísimo y negro silueta, la mujer rubia, alta también y con todos los atributos femeninos de los que no gozan las imágenes de las iglesias, pero le faltaba un ojo. A las señoras buzo no les hacía ninguna gracia que el Oso Carmuco guardara a los 'santos' en su casa, porque siempre llegaban desnudos a fin de año y había que volver a conseguirles las túnicas y los demás atuendos medievales para que parecieran santos dé verdad, y es que una sabe cómo son los hombres, por más curas que sean, hombres son hombres, y a una le da miedo que la virgencita pase todo el año en la casa de él, porque nunca se sabe y eso es pecado, pero el Oso Carmuco era el cura y la autoridad de su trapo púrpura era más o menos incuestionable.

Los maniquíes eran colocados en un ranchito improvisado. Una cuna vacía se colocaba en medio; a un lado de la cuna iba el buey, pero como no tenían buey, entonces colocaban un tigre de plástico que era el emblema de una antigua gasolinera; mula tampoco había, pero se las ingeniaban para improvisarla con unos sacos de gangoche y una cabeza de caballito de palo de El Bacán. Al Niño lo colocaban después del veinticuatro; ese sí era un auténtico niño dios que por ahí había aparecido alguna vez; era de yeso y ya venía ataviado con túnica blanca del mismo material y rubor en las mejillas.

Unos buzos llegaron ese año con un ciprés bastante grande y apropiado para el árbol de navidad que debía ir plantado a la derecha del portal, según el criterio del Oso Carmuco, y que el Bacán se encargaría de ornamentar. El niño se abocó a la tarea inmediatamente; comenzó a recolectar cuanto adorno podía llevar el árbol, latas de coctail de frutas que alegraban las ramas secas del ciprés con sus etiquetas de colores, serpentinas de papel higiénico y tiras de tela, nieve de estereofón del que viene en las cajas de los electrodomésticos, muñequillos pequeños, soldaditos

de plástico, naves espaciales y bombillas quemados, y listo, la Navidad se dejaba botar al basurero.

La época era propicia para el Oso Carmuco. Él organizaba los rezos frente al portal, cantaba con las señoras y aporreaban las panderetas que ellas habían conseguido de los cultos de carpa de circo que se armaban a veces en las plazas de los barrios de la GAM. Única no tocaba la pandereta ni estaba muy de acuerdo con aquellas prácticas... Porque a mí me inculcaron desde chiquita el deber de asistir a misa y fui siempre que pude, pero esos aspavientos de cantar con los brazos levantados y sonar panderetas, eso antes no lo veía uno, antes era sólo el cura el que daba misa, carajo, y se respetaba.

Ahora resulta que cualquiera va y se para adelante y hace payasadas... ioh costumbres las de ahora!, de eso es que todo está tan mal... Y Momboñombo se partía de risa oyendo a Única que no por ello dejaba de asistir a las cantonas del Oso. Y vos, en vez de reírte, deberías ir conmigo y no ser así tan descreído, porque eso es malo... -iAy, Única Oconitrillo!, qué voy yo a estar yendo cuando hay cosas más serias en qué pensar... Mirá, por ejemplo, los vecinos de Río Azul siguen empeñados en cerrar el basurero el treinta y uno de diciembre si no les arreglan la situación de una vez por todas, y no están muy convencidos que digamos de lo de la prórroga hasta el treinta de abril...

Pero la Navidad se imponía y hasta se lograron apaciguar los ánimos de la comunidad de Río Azul y las demás, porque el gobierno prometió que el quince de enero daría a conocer el sitio para el nuevo relleno" Días antes habían caído lluvias esporádicas, pero hasta el clima parecía estar harto también de tanta lluvia y hacía hasta lo imposible por reivindicarse con atardeceres violeta y naranja y el verde acentuado de después de tanta agua.

Era como imposible no dejarse arrastrar por una suerte de optimismo camuflado que hacía parecer que todo tendría final feliz, aunque fuera por los efectos embriagantes de un cielo sospechosamente azul y una brisa fresca que acallaba la amenaza del gas metano acumulándose desde hacía veinte años en los arcanos

intestinos del basurero, que en la de menos reventarían en el pedo más aparatoso del que se tuviera memoria en la historia de las indigestiones.

Única aprovechaba los viajes al centro de San José para llevar a El Bacán a recorrer las vitrinas ornamentadas luego de dejar las latas de aluminio en las recicladoras. Un peso por lata... trescientos pesos por semana, más o menos, le sacaba cada buzo a la sed atrasada de los josefinos. El Bacán se hipnotizaba viendo los trenes eléctricos de los escaparates y los disparates de las muchachitas vestidas de barbies para que las niñitas se retrataran con ellas, y todo eso en una misma ventana de las grandes tiendas vendedoras de juguetes.

El Bacán le pedía al Niño varias pistas de esas en donde los carritos se mueven solos y platillos voladores de esos que sólo les falta un marciano vivo adentro, y los cientos de modelos de armas letales en su acepción infantil, de esas que familiarizan al dedo con el gatillo.

Única lo tiraba del brazo para poder seguir adelante, y... -iCómo se te ocurre pedirle eso al Niño... chiquillo! ¿No ves que él es muy pobre? Imagínate la congoja en la que lo vas a poner, porque de esos juguetes hay muy poquitos y están ahí desde hace días que nosotros no venimos; a lo mejor ya los pidieron... Además, el niño se adelantó este año, ino ves que allá nos fue a dejar a Momboñombo para que nos haga compañía!, y bien que te gusta hablar con él... verdá, y que te cuente cuentos en la noche, y que te enseñe palabras nuevas, porque es muy sabido el Momboñombo, ahí donde lo ves, él se sabe muchas cosas y a mí me gusta que te las enseñe... total, ¿para qué querés vos esos chunches raros?, allá tenés tus, libritos y tus revistas y el teléfono que el Niño seguro mandó para vos, y vos ni gracias le has dicho... El Bacán se iba no muy convencido de tanta bondad, pero al menos lograba una bolsa de trocitos de mango con limón y sal de los que vendí los vendedores ambulantes.

Al llegar a casa le contaba a Momboñombo lo que había visto y las razones del Niño diós para no regalarle una calle de carritos de los que se mueven solos. Un día de estos podes ir con nosotros a verlos, ¿verdad? Pero Momboñombo Moñagallo estaba decidido a no salir nunca más del basurero. Le daba vértigo sólo imaginarse

caminando por las calles de San José, máxime después de lo que le había pasado en Río Azul el día que se desmayó.

Estaba irreconocible con su barba de casi tres meses, la mugre de su piel, el cabello encanecido y el sombrero de lona que lo protegía del sol, pero aún así temía encontrarse cara a cara con algún antiguo conocido y verse en la embarazosa situación de explicarse. Temía también pasar por los lugares de toda una vida y hallarlos ajenos ya; sentir que entonces con nada se identificaba, más aún con la rapidez con que cambia San José, derribando el patrimonio histórico cada vez que hace falta un parqueo o una galería de tiendas.

Pensaba en lo absurdo de ir por las calles tratando de reconocerse en los cines que solía visitar, o en los supermercados donde compraba cigarros... iPor cierto...! Cuánto tiempo tendré de no fumarme un cigarro... pero ni una changa. Aún no había aprendido a reciclar los cigarros que llegaban en cantidades industriales al basurero, como lo hacían sin ningún reparo el Oso Carmuco y los demás muchachos de abordo. El Oso recogía las changas de cigarros, las estiraba lo más que aguantaran sin romperse, las golpeaba por el filtro para asentarles el tabaco y finalmente, las ponía a secar al sol sobre una lata de cinc del techo de su casa; después de un rato ya estaban listas para fumarse, manchados hasta el amarillo y con un sabor agrio que se sentía con sólo oler el humo que expelían.

Momboñombo no fumaba mucho, pero le gustaban los cigarros enteros en primer lugar, secos en segundo, nuevos de ser posible, y una serie de calamidades que dieron al traste con la infinita paciencia del Oso Carmuco que lo mandó a fumarse a la changa de tu mama, porque lo que soy yo no te vuelvo a ofrecer. ¡Hasta el vicio se le olvida a uno cuando se le va entre la basura! y no fue a San José por más que le rogó El Bacán que los acompañara en los viajes que por la época se hacían más necesarios debido a que la cantidad de basura de esas fechas era a veces el triple que la de los días corrientes.

Llegaban cientos de botellas, miles de latas de cerveza y objetos extraños que algo tenían de retribuciones inconscientes de algunas personas al ciclo de las cosas... ¡Un estuche de anteojos, bueno bueno!, ¡una valija llena de ropa de hombre!, ¡una valija llena de ropa de hombre!

pasaporte!... cosas raras, cosas que no estaban destinadas a la basura pero que habían resbalado en un descuido hasta el país de los buzos, como decía Única que se le había resbalado a Dios su angelito en un descuido y por suerte había caído ahí. Todo eso había que correr a venderlo a San José antes de que se pusiera viejo o se lo comieran las cucarachas, y siempre se iban en sacos pesados, que no por pesados hacían que Momboñombo se animara a ayudar a llevarlos. Única tampoco se lo pedía; en parte pensaba que el hombre estaría más seguro en casa que expuesto a la tentación de la urbanidad de la superficie a donde, de alguna manera, no dejaba de pertenecer. Pero la naturaleza doble del viejo se unificaba cada día más a fuerza de no ejercer su antigua profesión de funámbulo sobre la cuerda floja de la normalidad.

Sólo un golpe muy fuerte lo haría salir de ahí, sólo un revés más en su historia de arrevesado lo pondría de nuevo en las calles de esa ciudad de donde había salido en la pompa fúnebre de las cosas que se mandan a morir sin cortejo a las profundidades viscerales del olvido. La actividad era de hormiguero y los buzos llevaban encima cargas sesenta veces superiores a su propio peso, en largas hileras por la cuesta de la colina, todos segregando el almizcle que los guiaba sin distracción en su trabajo sordomudo de desmoronar aquel gigantesco pastel servido en el centro de la mesa... de la meseta central.

Indistinguibles e inconfundibles, ennegrecidos, con seis patas cuando entre tres bajan un estañón de basura de un recolector, entrando y saliendo de los agujeros de sus tugurios, con antenas cuando el viento les tira los cabellos alargados, revolcándolo todo porque siempre puede haber algo utilizable, fieros con los extraños pero indiferentes a la vez, inamovibles de sus tareas, hábiles para el asalto al lomo de los recolectores que aún no llegan a la cima para escudriñarles las cargas, con ventaja sobre los que esperan arriba. Pero pueriles a ratos, también en Navidad cuando el encanto de un juguete los sustraía un instante de la cadena perpetua de la miseria, cuando una gaseosa llegaba intacta a sus manos y se la bebían de un sorbo, orgullosos de su suerte.

El basurero se ponía peligroso por esos días de tránsito desenfrenado repartido entre los buzos en propiedad, los viejos en el oficio, y los interinos, los que llegaban sólo por un tiempo durante la temporada alta y luego se perdían como por artificio. No cabía ni un alma más porque hasta la materia volátil del alma tenía que disputarse su espacio con los flatos del botadero.

Única había desarrollado un método de precaución desde la infancia de El Bacán: se lo amarraba a la cintura con una cuerda de unos dos metros de largo para poder distraerse ambos buceando sin el temor de perderse entre la muchedumbre, siempre atentos sin embargo, al más mínimo estímulo de su cordón umbilical de nylon, un tirón, un enredo entre los pies, el frecuente desacierto de avanzar en direcciones opuestas que siempre daba con Única en el suelo arrastrada un par de metros hasta que El Bacán se percatara de que traía a su madre en tan lamentable posición y se revolcara de la risa de ver a la vieja con los brazos cruzados arrastrando el culo por entre la basura... era un juego también.

Entre una caja de cartón llegó a manos de Momboñombo un queque de navidad de esos con frutas secas, semillas y un ligero olor a licor; estaba casi intacto salvo por un mordisco que a juzgar por sus dimensiones, debía ser de perro, "en alguna casa alguien habría dejado a un inmenso pastor alemán adentro cuidando, sin tomar la precaución de guardar el queque en el horno o en la despensa", se imaginaba Momboñombo camino a casa a guardar su delikatessen para después de la cena, para sorpresa de Única y desilusión, de El Bacán, que creyó que se trataba de otro de sus cumpleaños.

La ocasión mereció que Única se tomara la molestia de bajar hasta la pulpería de Río Azul a rebuscarse un litro de rompope para acompañar el queque, porque... Un lujillo de vez en cuando no se le niega a nadie y por dicha este mes trabajo no ha faltado... mientras uno tenga fuerza pa'l quehacer... Ah, a nadie le falta Dios. Y hubo cena de navidad en la intimidad del hogar. El Oso Carmuco dio misa como a eso de las nueve de la noche frente al portal, que hubo de ser trasladado para que no lo arrollaran los buzos en estampida que pasaban día y noche en llevando y trayendo.

El Oso venía repitiendo su misa de veinticuatro en veinticuatro, hablando siempre del rey Herodes, de la huida a Egipto, de Jesús en el templo con los sabios y María y José vueltos locos buscándolo por toda parte... Porque así es como se pierden los chiquitos, en un descuido y un sátiro se los lleva a un cafetal y después aparecen sin riñones... ¡Dios guarde, Oso Carmuco, ni diga eso!, apuntó Única. Pero es que así pasa doña Única, es que usté no lee los periódicos porque le da miedo de sólo imaginárselo, pero los sátiros ahora hacen esas cosas... yo no sé para qué quieren los riñones de los chiquitos, pero eso decía el periódico.

Después, cada uno se fue por su lado porque los de abordo no habrían podido cenar como de cuando en cuando con tantísima gente rondando el lugar. El Oso Carmuco se fue con sus amigos, quién sabe dónde y bajo protesta de las señoras, porque... Esos le consiguen mujeres al padrecito y es pecado eso y más en esta época... Sí, yo los he visto, se lo llevan con unas sinvergüenzas de esas que andan todas peladas y para eso sí se quita la sotana, la deja bien guardada y se va en pantalones, como un hombre cualquiera.

Y siempre lo emborrachan, porque donde lo ven tan bueno se aprovechan, por eso a mí no me gusta que el padrecito se vaya con esos, pero como él dice que no hay que juzgar a la gente... y no sea que lo traen borracho, es que después pasa hasta una semana y quince días que no se le baja la mica y hay que ir a hacerle oración, a la casa para espantarle a Satanás que donde lo ve tan bueno lo quiere echar a perder... Unas pocas de las de abordo solían asistir a una de esas tantas iglesias populares, de garaje o de carpa de circo donde no se les daba acceso a la palabra pero las convencían de que lo tenían.

Luego las enviaban a sus respectivas comunidades a propagar la fe y a recoger limosnas para el 'culto', por eso pululaban las sucursales de los aspirantes al lugar de la palabra... un día a la vez... cada una hablaba un ratito y se iban pasando el churuco hasta que todos los asistentes habían pasado al frente a dar testimonio de lo que fuera, pero con toda seguridad, a ser escuchados así fuera tres minutos; tres minutos que valían el esfuerzo de la cuota, la limosna, el donativo, el poquillo de

plata que de por sí se gasta en cualquier cosa y el pastor, cada día más próspero y más bueno, les encomendaba la misión de ir en su nombre al basurero donde vivían a pregonar la obra del Señor, claro, con centro de operaciones en la carpa de circo o en el garaje alquilado por ahí. Única nunca se dejó convencer porque para ella "un padre era aquel que se vestía como padre y vivía como padre, no esos que se confunden con cualquiera y lo único que quieren es plata..." Los tres se retiraron a su casa y sólo se llevaron a la Llorona con ellos porque la pobre ni sabía que era Navidad y a Única le daba lástima que pasara nochebuena sola con su muñeco en su ranchito.

Hicieron cena, como cuando Única era joven y vivía con su madre, o cuando Momboñombo era joven y vivía con su familia, bueno, casi como en aquel entonces; pero para Momboñombo la cosa. Era más lejana aún que para Única porque ella había seguido celebrando año a año: Pero él había aprendido a pasarla sólo, vigilando en alguna construcción o en la biblioteca, o donde fuera, pues en esas fechas siempre pagaban mejor los servicios de un vigilante.

Para él fue un poco extraño eso de celebrar la Navidad como en familia y ver a El Bacán desenvolver los regalos reciclados y recibir él un regalo también "de parte de Única Oconitrillo para Momboñombo Moñagallo", como se lo dijo ella a falta de tarjeta, y caer en la cuenta de que él no le había buscado nada a ella, sólo le había ayudado a buscar los regalos para El Bacán, y sentirse un miserable sin sentimientos, y disculparse de lo imperdonable, porque peor que el reclamo que no llegó era que Única auténticamente no esperaba nada a cambio de su regalo... "El año próximo, el año próximo sin falta..." se juró Momboñombo.

El treinta y uno, igual que la Navidad, fue a dar con sus trescientos sesenta y cinco días encima a la basura. Los años también se botan cuando se ponen viejos, no hay de otra, o se botan o nos aplastan. Solo se deja uno unas cuantas cosas que lejos de pesarle le aligeren la carga, por eso hay que ir botando el lastre para no zozobrar al final, sino encallar suavemente en alguna playa serena de la muerte.

El treinta y uno trajo la esperanza de que el basurero se cerraría ese año del Señor de mil novecientos noventa y tres al llegar al final de su vida útil, y como ya no era

posible tirarlo a la, basura como habría sido lo más oportuno, se hablaba de su clausura como única alternativa, posible. Se hallará otro sitio y ahí, poco a poco el botadero de Río Azul se iría desintoxicando con el' tiempo, aseguraban ellos, se le daría tratamiento y se iría reforestando el forúnculo río azuleño aunque no se supiera aún qué tipo de árbol estaría dispuesto a crecer sobre aquel terreno movedizo y putrefacto. ¡¡¡Feli¡¡¡¡ii año nueeeeevooo!!!-, se dijeron los buzos sin haber estrenado jamás un año, sino haber vivido siempre de los harapos del tiempo con los que cosían la camisa de fuerza de sus cotidianidades.

Hasta el año nuevo llegaba viejo al basurero, desposeído de cualquier connotación de novedad que pudiera encender en los buzos siquiera una agónica perspectiva de cambio; nada se había modificado en veinte años, ni el flujo de los camiones ni el reflujo de la gente. Buzos venían y buzos se iban, y unos cuantos, movidos por quién sabe qué necesidades extravagantes como eso de vivir en familia, o tener algo a lo cual llamarle mi casa, y cosas así, se habían establecido para simular un vecindario, para tener un punto referencial en la vida e identificarse con los valores que nos vendieron viejos con precio nuevo.

La gente de Río Azul, San Antonio de Desamparados y los alrededores del botadero, amaneció el primero de enero con la firme convicción de que el basurero se iría por fin ese año... veinte años de estar soportándolo, viéndolo crecer y viéndolo morir en una agonía infinita de cadáver palpitante y enfiebrado que les llenaba las casas con sus estertores nauseabundos, obligándolos a vivir con la perenne contaminación de toda índole, con las ventanas cerradas y su autoimagen venida a menos por la irremediable asociación del nombre de su comunidad con el apellido del basurero.

Se les convenció de posponer el cierre del basurero planificado para ese primero de enero hasta tanto no se diera con un lugar idóneo para el nuevo relleno, se les habló del amor al prójimo, del amor a la Patria... "no pregunten ¿qué puede hacer la Patria por Río Azul?, sino Río Azul ¿qué puede hacer por la Patria?" Se ratificó el acuerdo hasta el treinta de abril y el gobierno siguió adelante en busca de un hogar para el relleno, pese a que cada nuevo objetivo pronunciaba un NO categórico. Cualquier cosa podía andar huérfana por ahí, pero un relleno sanitario no. Era

impensable que siquiera una semana se pasara sin tener un olvidadero de lo inservible, y menos aún cuando se trataba de los fantasmas putrescibles de las cosas.

Capítulo Cuarto

Sería por la brisa fresca de esa noche, aquella ventisca que le refrescó el aliento de indigestión milenaria al basurero, o tal vez por la lata de calamares probablemente encomendada al descuido, que Única encontró en una de las bolsas más cotizadas por los buzos, lo que sobrecogió a la pareja casi anciana. Momboñombo Moñagallo, que siempre le había andado al amor por los ruedos, y Única Oconitrillo, que lo había circunscrito a su manifestación materna desde que se halló con El Bacán, esa noche no perfumada sino menos apestosa, se miraron a los ojos largo rato, callados, bajo la luz de la lámpara de canfín, que cuando había canfín les alumbraba sus soledades compartidas.

Se miraron hasta que Momboñombo le pasó el brazo por los hombros y la arrimó a su pecho y ella se quedó quietecita, como sintiendo un afecto que ya había descartado desde años atrás, como para sentirlo sólo unos segundos mientras se le terminaba. Momboñombo Moñagallo le dijo algo que a ella le pareció muy bonito: Única, si yo hubiera sabido que habían botado una familia tan linda al basurero para que yo me la encontrara, hace tiempo me habría venido para acá, en vez de estar allá solo esperando morirme de un patatús. Para ella fue la confirmación de una esperanza que no había perdido del todo.

Si el basurero había sido pródigo con ella al darle un hijo, ¿por qué no habría ahora de completarle la familia? Los casi ancianos se miraron otra vez, y se les hizo el milagro del amor reciclado cuando encontraron en sus labios los besos que en toda una vida nadie ni estrenó nunca ni botó para ellos. El Bacán se aproximaba en esos momentos, pero como aconsejado por su zopilote guardián, se alejó sin hacer ruido y se fue a dormir a casa del Oso Carmuco. Oso, hoy duermo aquí. Yo creo que mama Única y Momboñombo están haciendo cosas de gente grande. El Oso Carmuco entendió. Le esponjó una buena caja de cartón y le prestó una cobija; lo dejó acostado, buscó su Biblia y se fue a leer a la luz de una candela.

Única y Momboñombo entraron abrazados directamente al catre donde azuzaron a sus cuerpos a embestir el amor o a morir en el intento... y ambos salieron airosos del esfuerzo. iAy, Momboñombo!, yo nunca tuve a nadie hasta que Dios me deparó a El Bacán, ya estas alturas de mi vida le juro que ya no esperaba esto. Única había visto aproximarse a El Bacán y vio también cuando se devolvió a casa del Oso Carmuco, sólo por eso estuvo tranquila en una pausa de madre que no se había dado desde el día que él apareció en el basurero, con su graciosa carita de insecto diciendo: "Bacán, Bacán". Momboñombo reconoció que él tampoco le pedía tanto a la vida y que seguro por eso se le había hecho.

Pero como estar del todo al margen de las morales heredadas es imposible, el viejo no tardó en proponerle a Única matrimonio... "pa' que nadie tenga nada que decir " A los viejos no nos luce perder el tiempo-, dijo Única, completamente decidida a llevar aquello hasta las últimas consecuencias. Yo le hablo mañana mismo al Oso Carmuco para que nos case aquí en la vecindad. Momboñombo Moñagallo jamás pensó que un buzo llegaría a unirlo en sagrado matrimonio, pero la sola idea se le hizo simpática en el acto. Eso era lo más consecuente que podía hacer alguien que se había precipitado al basurero por su propia voluntad. Nada debían ellos a nadie y si a nadie le parecía indecente que tantas personas vivieran sus vidas entre los desperdicios de los demás, menos debía importarle a ellos lo que los de la superficie pudieran decir.

En eso estaba cuando también recordó que su remota consideración era absurda de cabo a rabo, ya que aquello que le estaba dando nuevo sentido a su vida pasaría irremediablemente desapercibido más allá de los lindes del mar de los olvidados. Amaneció sin novedad, pero la pareja se quedó un rato más de lo acostumbrado en la cama; después de todo esa sería -con muchotoda la luna de miel a la que podía aspirar el futuro matrimonio Moñagallo. El Bacán llegó a tiempo para el desayuno, entró con el Oso Carmuco y ambos miraron con malicia a la pareja.

Única Oconitrillo sólo soltó una carcajada que dejó ver en detalle el mecanismo alambrado de su dentadura postiza y le dijo al Osa que llegaba como caído del cielo... Así es doña Única, como ya no servía en el cielo, me botaron aquí. El Oso

Carmuco escuchó atentamente la solicitud de matrimonio de los ancianos un tanto rejuvenecidos esa mañana. Entre todos le explicaron a El Bacán lo que aquello significaba y él se fue a sentar directamente a los regazos de Momboñombo, lo abrazó y lo besó con todo y sus barbas mojadas en el café de procedencias múltiples de Única. Ella se unió al abrazo. El Oso Carmuco prometió un hermoso sermón sin disimular la emoción que sentía por la primera boda que iba a realizar en su vida; apuró su café y salió a prepararse. Hacia la tarde todo el basurero estaba enterado de la boda, desde los buzos pioneros, hasta los más recientes, más recientes algunos que el mismo Momboñombo Moñagallo, como los llamados "los novios", una parejita joven, muy joven, que frecuentaba el basurero desde hacía un par de semanas.

Entre todos los llamaron los novios porque eso parecían. Se vestían ambos con unas camisetas rosadas sin mangas, que quién sabe de dónde las habían sacado de puro idénticas que eran, con el mismo defecto de fábrica sobre las costuras derechas y el mismo corazoncito rojo del lado del auténtico corazón rojo; idéntico blue jeans desteñido y agujereado a la moda, e idénticos zapatos blancos de goma. También fueron invitados los conductores de los tractores, los conductores de los camiones recolectores y los recolectores mismos, asimismo, fueron invitados los vigilantes de la entrada del basurero y los cobradores de las diferentes cuotas por pagar de acuerdo con la calidad y cantidad de la basura.

La boda se fijó para el lunes de la semana siguiente para tener tiempo de organizar la celebración y el resto de los días sólo se habló de eso en el botadero de Río Azul. Todos los vecinos del precario participaron del evento. Única sacó su único vestido más o menos entero. Momboñombo sintió de pronto el impulso de ir a la superficie a recoger, de lo que había sido su casa, su traje entero y sus zapatos negros de cuero, pero fue sólo un impulso... -¡Volver!... ¿y para qué diablos voy yo a volver?, como si necesitara algo de allá, como si no fuera suficiente con lo que he encontrado aquí, mujer e hijo, techo, amigos y cariño de sobra.

De todos modos, aunque volviera, ya nada allá arriba tendría sentido, con toda seguridad ya mi casa fue abierta y mis cosas tiradas a la basura; en la de menos

hasta me vienen a buscar aquí mis cuatro chunches, porque a don Alvaro como que le urgía que yo me largara de ahí, como si el cerdo ese no tuviera suficiente plata como para no poder dar unos días por el alquiler de una pocilga. Y aún si todo estuviera allá tal v como vo lo dejé ¿qué?, ¿cómo podría volver vo? De sólo pensarlo me dan náuseas... Volver, buscar con qué abrir la puerta, mirar todo lo que ya me es extraño, revisar de nuevo todo para ver qué nos sirve aquí, y lo que no nos sirve tirarlo a la basura, es decir, traérmelo también... iqué absurdo! ¿Y si me diera nostalgia por todo aquello? Pero eso es imposible, yo ya no soy de allá. ¿Cómo podría yo reintegrarme a todo lo que dejé, vivir tranquilo ahora que he conocido a esta gente maravillosa? ¿Cómo podría yo volver a tirar algo a la basura?, creo que trabajaría sólo para mandarles cosas por el correo de los camiones, esto para El Bacán: todos mis libros, esto para Única: todos los perfumes y desodorantes que pudiera comprar con un mísero sueldo, esto para el Oso Carmuco: todo lo necesario para su ministerio, esto para la Llorona: un muñeco de esos nuevos que cualquiera confundiría con un bebé de verdad, plata para los novios, para que ahorren y se casen algún, día... ¿Y cómo podría yo volver a tirar un desecho a la basura?, tirar por ejemplo los papeles del excusado con su raya de mierda, si son de lo que más apesta aquí en el basurero, porque nada es más hediondo que lo que el mismo cuerpo bota porque ya ni él se lo aguanta.

No puedo ni pensar tampoco en lo que haría con los desperdicios de comida porque, como dice siempre Única, lo que aquí llega no es que no sirva, no, no es eso, es que la gente ya se ha acostumbrado a tirarlo todo por la mitad y por eso es que ella siempre tiene desodorantes, pasta, cepillos de dientes, perfumes, toallas femeninas, café, polvillo para hacer fresco... y como ella todo lo recoge y lo guarda en un solo frasco, los frescos son siempre de varios colores y sabores. La gente, y yo lo sé porque yo fui gente alguna vez, no sabe lo que bota cuando bota algo a la basura; es como un acto mecánico, nada más ve que algo ya está por acabarse, lo agarra y lo tira al basurero, todo revuelto, y tantas veces se van cosas valiosas y se pierden, como aquel reloj que se encontró don Serlindo la semana pasada y vendió en veinte mil pesos.

Y eso es por la costumbre esa de tirado todo al basurero; es como digo yo, la gente tira algo a la basura y en ese mismito instante lo olvida para siempre, por eso es que, a veces, hasta es medicinal tirar algo a la basura, sobre todo si es algo que ha hecho daño, pero igualmente, todo viene a dar aquí, todos los ríos dan al mar, y tantas veces hasta las penas se reciclan sólo para que la gente las vuelva usar... Si yo volviera sólo me traería mis libros para regalárselos a El Bacán. Entre unos buzos y unos guardas socarrones del lugar armaron a martillazos una suerte de altar desde donde el Oso Carmuco diría su sermón. Las esposas de los recolectores recolectaron cuotas para regalarle a la feliz pareja lo que más necesitara, que fue, por supuesto, un saco de arroz. Entre las mismas mujeres del basurero convencieron a El Bacán de que se dejara rasurar sus barbas y bigotes y cortarse el cabello, por lo que recobró como por magia el aspecto de niño de su último cumpleaños.

Un vecino de Río Azul que se enteró de la cosa, le envió a Momboñombo un traje viejo con corbata y todo; le quedaba un tanto estrecho, pero fue importante para darle ese toque de solemnidad que la ocasión requería. Todos aportaron comida y alistaron los restos de licor que venía en las botellas condenadas. -Guaro sí que no va a faltar-, les dijo Única a los buzos, -porque si hay gente que traga guaro, esos son los ticos. A El Bacán le pusieron un traje entero que lograron reunir entre varios, con zapatos blancos y pantalones cortos que dejaban ver el pelusal de las piernas del niño.

La boda estaba lista para el lunes por la mañanita, pero hubo que postergarla para el martes a la misma hora porque al Oso Carmuco le vino una fiebre de la emoción, que lo tumbó contra su voluntad todo el día en su cartón. Pero el martes, aún contra la sentencia popular de que ni te cases ni te embarques, ni de tu casa te apartes, en la colina del botadero de basura de Río Azul, entre la comitiva de zopilotes y el desfile de las moscas, la recolección de basura de la capital se vio interrumpida por el cierre de los portones y el cese del vaivén de los tractores.

Como por artes de magia, la boda coincidió con la gran huelga de los recolectores de basura que durante una semana tendría a San José a punto de asfixiarse en su propia porquería. Los trabajadores del servicio de recolección de basura de la Municipalidad de San José suspendieron sus labores el cuatro de enero y demandaron la compra inmediata de diez unidades recolectoras más que al parecer, les habían ofrecido desde febrero del noventa y uno. En el botadero, con vista hacia San José por el noroeste, a Desamparados por el sur, hacia el verde sobreviviente de la colina por el este, la congregación de buzos suspendió su trabajo para presenciar el acto solemne de la unión en matrimonio de Única Oconitrillo y Momboñombo Moñagallo.

El Oso Carmuco estuvo en pie a eso de las cuatro y media de la madrugada; temblaba de frío y de emoción. Desde el feliz día en que había hallado aquel largo vestido púrpura, la Biblia, y había decidido colgarse los hábitos encima, había esperado algo así ansiosamente. Había realizado confesiones y absoluciones entre los mismos buzos y había oficiado la misa de gallo, pero nunca había casado a nadie. Tampoco había asistido a misa desde su lejana niñez, por lo que recordaba muy vagamente el ritual. A Única, la flamante novia, la entregó Don Retana, un hombre muy muy anciano que vivía cerca del precario, a quien Única visitaba de vez en cuando porque vivía solo. Momboñombo ya esperaba de pie en el altar. Don Retana, pese a que había sido marinero y lo había visto todo en este mundo, tuvo que disimular el asombro y una risilla desdentada al ver al Oso Carmuco tan caracterizado en su uniforme.

-Hermanos, estamos aquí reunidos para unir a este hombre y a esta mujer en sagrado matrimonio. Ellos han decidido continuar sus vidas buceando a cuatro manos... -¿Qué es bucear a cuatro manos?, interrumpió El Bacán. -Bucear a cuatro manos es remendar a dos agujas. -¿Y remendar a dos agujas? -Pujar como uno solo. -¡Ah...! -Poneos de pie. El Bacán llevaba un platito con los anillos que don Retana había donado a la causa; habían sido de su propia boda y los guardaba entre sus cosas desde el día de su viudez. Los buzos aplaudían y silbaban cada vez que el Oso decía algo pero ello, lejos de molestar al cura, lo hacía sentirse orgulloso. - Hermanos, estamos aquí reunidos porque vivimos aquí y somos vecinos de Única y Momboñombo. El Oso Carmuco tenía un leve recuerdo de que en las ceremonias se

leían pasajes de la Biblia y luego se comentaban, por lo que comenzó a leer el Antiguo Testamento.

Después de diez minutos de lectura no muy fluida, El Bacán interrumpió para pedir permiso para sentarse. -Podéis sentaros en paz. Cerró la Biblia y prosiguió: -Como habéis visto, hermanos, Dios echó a Adán y a Eva del paraíso porque algo sucio habían tirado por ahí; se comieron las manzanas prohibidas y dejaron el paraíso lleno de cáscaras y de semillas; pero Dios envió a un ángel con una, escoba y los obligó a limpiar todo y a largarse, pero se tuvieron que llevar la basura con ellos. Después, Dios les dijo que se tenían que ganar la comida con el sudor de la frente, por eso siempre buscaban entre la basura, por si les había quedado algo qué comer.

Así pasó que cuando murieron dejaron la basura a sus descendientes y la basura fue pasando de esa forma de mano en mano, hasta que llegó a este basurero y esa fue la primera basura que hubo aquí, por eso es que nosotros buscamos la comida aquí. Estaba en medio de su comentario, cuando un par de buzos adolescentes se pararon detrás de él y le levantaron la sotana hasta la cintura dejando sus vergüenzas al viento, lo que provocó una carcajada general.

Todos estaban contentos, y celebraron la broma gritándole al Oso "...mucha ropa, mucha ropa..." Él continuó su comentario, pero le volvieron a alzar la sotana, entonces aprovechó lo que estaba aguantando desde hacía rato y les soltó un sonoro pedo en la cara a los bromistas. La congregación se revolcó de la risa un buen rato, a Única hasta las lágrimas se le salieron de las carcajadas pero luego ella misma apeló a la calma y ordenó a todos que se portaran bien, "porque aquello ya parecía una fiesta de asnos"; lo decía sin poder dejar de reír.

El Oso Carmuco deliró un buen rato más sin que nadie se percatara excepto don Retana y Momboñombo, que pasaron viéndose con mirada cómplice toda la ceremonia. Finalmente llegó a lo que todo el mundo sabe, y dijo: -Señor Momboñombo Moñagallo, ¿tomas a esta mujer como tu esposa, para protegerla, honrarla y quererla para siempre hasta que la muerte los recoja en su camión recolector? -Sí- -¿En serio te querés casar con esa vieja tan fea?.. -Sí- -Y Única le

arrebató la pandereta que él había tenido en la mano toda la ceremonia y le dio con ella en la cabeza.

Todos volvieron a reír y ella alzó los brazos en señal de triunfo, a la manera de los boxeadores. -Y tú, doña Única Oconitrillo, ¿tomas a este hombre igual de feo para lo mismo? -Sí Momboñombo le dio otro golpe con la pandereta. -Bueeeeeno, tal parece que este par de viejos se quieren casar... "iJa, ja já, ahora es que no los caso, ahora es que no los caso!", se puso a cantar el oso Carmuco, acompañándose con la pandereta y brincando, pero todos empezaron a silbarle y a tirarle cochinadas del suelo. Por fin volvió a su lugar y dijo seriamente: -Si así lo hicieres, Él os ayude, si no, Él y la Patria os lo demande..., ya te podés coger a la novia. -Y todos aplaudieron, gritaron, tiraron porquerías para arriba y corrieron a abrazar a los novios y a echarles basura encima.

Una vez terminada la ceremonia, el Oso Carmuco sacó una devencijada guitarra que guardaba desde antaño y se puso a cantar una ranchera en, honor de los novios: -"Dos cooooorazooones se dierooooon, se dan, se darán la manoo..." Momboñombo estuvo a punto de dejar viuda a Única del ataque de risa que tuvo luego, en la embriaguez de la fiesta. Los buzos comieron y bebieron y cantaron y folgaron, porque mañana, de seguro ayunarían. El Oso cantó todo el día entre el zumbido de las moscas y el ruido, y se sonrojaba cuando alguien lo felicitaba por el lindo sermón de la boda. El Bacán jugó con otros niños, corrió entre los invitados, espantó a los zopilotes a pedradas y lloró cuando fue reprendido por su madre por maltratar a los animales.

Única estuvo emocionada, igual que su esposo, durante la ceremonia; de cuando en cuando le bajaba un par de lágrimas por entre los zurcos de la edad. Entre suspiros y agarrada de la mano de Momboñombo, repasó su vida en los intervalos de seriedad de la ceremonia y pensó en su madre, Doña Tena, la del diente prominente que sobresalía por su labio inferior, a la que cuidó con su risible sueldo de maestra agregada todo el tiempo que le duró. Trató de recordar a su padre pero no pudo. Recordó sus días de niña en zona rural y recordó cuando abandonó el campo hacía más de cuarenta años, cuando la trasladaron a Desamparados a

terminar ahí su servicio docente. Su madre ya había muerto y no volvió a ver a nadie de su familia nunca más. Definitivamente ese fue el segundo día más feliz de su vida porque a pesar de todo, nada se podría comparar al día en que se halló con El Bacán y empezó a ser madre... Ahora tenía completa a la familia.

La ceremonia estuvo a punto de ser interrumpida por un grupo de policías que llegó a averiguar por qué estaba cerrado el botadero a esas horas de la mañana; creían los policías que se trataba de un nuevo bloqueo por parte de los recolectores o los vecinos, por la presencia ya insostenible del basurero en esa zona, o por el enredo de lo de la compra de las diez unidades, pero, al menos esta vez no hubo necesidad de romper barricadas ni de dispersar por la fuerza a los niños de la escuela del barrio ni a las amas de casa que solían amenazar con agredidos a escobazos.

Los portones se dejaron abrir sin ninguna resistencia porque nada tenían que ver con la huelga de los recolectores; si no llegaban los camiones atiborrados de basura, tan lo mismo daba que hubiera o no acceso al botadero. Durante la semana de la huelga, muchos buzos decidieron lanzarse a las calles de la cuidad dado que los camiones y la basura, como si de repente un mar abandonara sus playas, se habían ido, y el sustento había que ir a buscarlo donde estuviera. Pero un buzo en las calles de San José es un marinero en tierra: andaban todos mareados.

Las lineales aceras y las calles irremediablemente rectas les daban a los buzos una sensación de infinitud que los descompensaba. Una acera o la del frente no le decía lo mismo a los buzo que a los ciudadanos; para ellos la red de calles no implicaba ningún principio de orden, a veces se pasaban hasta una hora girando en tomo a la misma cuadra sin percatarse, a pesar de que conocían bien la ciudad. Cruzaban cientos de veces la misma calle, de una acera a otra, de una acera a otra, sin mayor preocupación por los vehículos que los lapidaban a bocinazos; se metían a los establecimientos para nada, daban una vuelta dentro y, o salían por sus propios pies, o los echaban a empujones, porque sus esquemas de circulación estaban programados de acuerdo con el terreno quebradizo del basurero sin calles ni aceras, ni semáforos, ni gentes de las de la superficie.

Al caminar en un espacio abierto, los buzos reproducían los límites del basurero y los pasos que allá debían dar para revolcar varias veces en el mismo sitio. Cruzaban las calles, caminaban en círculos con la manía como de gallina, de remover el suelo con los pies; varias veces caminaban veinticinco metros y se devolvían, chocaban con la gente... Eran un desastre y ni siquiera se percataban de que era de ellos de quienes los transeúntes decían que estaban borrachos o drogados, o locos en el mejor de los casos; pero no había nada de eso, sencillamente manejaban el espacio a partir de otras coordenadas, su vista estaba especializada y su oído atrofiado. Su mareo de tierra lo provoca el pavimento inamovible, su mirada extraviada de animal salvaje puesto de pronto en la ciudad la provoca la búsqueda de objetivos que, como pintados con pintura para detector láser, pasan inadvertidas para los transeúntes que se los brincan, los esquivan, los detestan... pero no los ven, y los buzos llegan a formar una unidad indisoluble con el bote de basura para el que los ve comiendo directamente de la boca de un estañón de basura; los buzos son eso con lo que nadie desea tropezar.

Al cuarto día de la huelga de los recolectores, la Municipalidad de San José inició gestiones ante otros concejos y el Ministerio de Obras Públicas y Transportes para echar a andar un plan de emergencia para recoger la basura de las calles de la ciudad. Se calculaban en dos millas toneladas métricas de basura que ya estaban evocando al fantasma de la peste y los vecinos de la GAM seguían sacando la basura de sus casas a las aceras donde los buzos, los perros y otras plagas la atacaban. Muchos dueños de establecimientos comerciales optaron por alquilar servicios privados de recolección para deshacerse de su basura. El operativo tuvo éxito... salvo el pequeño detalle de que nunca se supo qué hicieron con la basura recolectada.

La municipalidad adquirió vehículos y trabajadores prestados quienes, bajo la custodia de la Fuerza Pública, recogieron esa noche unas cuantas toneladas y el viernes ocho de enero llegó a feliz término la huelga de recolectores, cuyo pliego de peticiones fue aprobado. Un segundo después de recogido el último montículo de basura ya nadie recordaba ni la huelga ni las calles atiborradas ni los humores de los desperdicios, todo eso había sido enviado a Río Azul, al gran botadero, para el

solaz y la salud de los ciudadanos. El regreso de los camiones fue recibido con alegría en el basurero. Todo había vuelto a la normalidad justo cuando se comenzaban a agotar las reservas de los de abordo. En los periódicos atrasados llegó también la noticia de que el gobierno estaba estudiando catorce sitios "ofrecidos por particulares y otras entidades" para la ubicación del nuevo relleno.

De las catorce finalistas, la comunidad de Orotina fue la primera en ser llamada y desfiló en traje de gases lacrimógenos cuando la policía antimotines enfrentó a unos mil quinientos vecinos que bloquearon, en señal de protesta, algunos puntos de la carretera costanera que conduce a Quepos. Desde el sábado por la madrugada, los vecinos colocaron camiones en Cuatro Esquinas y en Pozón de Coyolar. Nadie se hacía a la idea de un relleno a la vuelta de su casa, ni a eso de que la basura viajaría kilómetros en tren hasta el nuevo lugar de su descanso eterno.

Los gases lacrimógenos obligaron a los vecinos a refugiarse en un salón a orillas de la carretera; luego se llegó a un acuerdo pacífico entre llorones y policías. El sacerdote, presidente del Comité Cívico Contra la Instalación del Relleno se quejó ante la prensa de haber recibido gases a cambio de los refrescos que los vecinos le habían ofrecido a los policías y aseguró que se estaban tomando medidas por si el gobierno insistía en colocar ahí el basurero.

A pesar de las imágenes de niños, mujeres y ancianos, además de los hombres, afectados todos por los gases y alguno que otro empujón por parte de la fuerza antimotines, iOrotina estaba en pie de guerra! El gobierno solamente dijo no entender la actitud de los vecinos de Orotina, pues sólo había sugerido el nombre como posible ganador, nada oficial aún... y seguía en el misterio y el mutismo que tenía en vilo al país. Nada se decía, nada de humo blanco... De vez en cuando alguna pronunciación a favor de transportar la basura por la vía férrea. El Ministro de Salud aseguró que el basurero sería instalado en una comunidad de la que nunca se había hablado, por eso "nadie se podía quejar porque la propiedad no tenía caseríos cercanos, excepto la casa de un peón", (claro que quedó en el misterio lo que habría dicho, si se hubiera tratado de la casa de un millonario).

Las finalistas pasaron una semana entera con el alma en un hilo; La Uruca, Orotina, la preferida del jurado, Turrúcares, Turrúbares, Atenas, pero no fue sino hasta el quince que Esparza fue la que quedó con la boca abierta cuando por decreto fue electa Miss Nuevo Relleno Sanitario. Los vecinos de Orotina gritaron y lloraron - llanto natural, esta vez-, y se congregaron en el templo para presenciar por televisión el discurso del ministro en el cual se les confirmó la exoneración de sus terrenos como depositarios de lo que nadie quiere en sus casas. El padre puso orden y dirigió un acto religioso de acción de gracias por la intervención divina en los asuntos del gobierno. A eso de las siete de la noche, unos mil quinientos vecinos de Esparza estaban en la carretera Interamericana protagonizando un bloqueo, pero la fuerza pública ya estaba desplazando ochocientos policías antimotines y esperaban igual número de efectivos.

El gobierno no estaba dispuesto a permitir la interrupción del paso por esa carretera. Por su parte, los noticiarios no dejaban de instar a los pobladores de Esparza a colaborar, a "deponer su actitud egoísta". Pero el lugar había sido elegido sin ningún criterio más allá de lo lejano, un par de kilómetros, de las poblaciones cercanas. El estudio de impacto ambiental no se había hecho. El Presidente dijo, como quien no quiere la cosa, que el estudio aún no se había realizado, pero que sus resultados serían positivos... -¡Ves!-, le dijo Única Oconitrillo a Momboñombo Moñagallo cuando él le leía las noticias, -...sí hay estudio, pero está sin hacer... Los diarios del diecisiete de enero amanecieron con grandes titulares, pues la violencia había estallado en Esparza.

Las fuerzas de seguridad lanzaron contra los vecinos granadas de gas lacrimógeno, e hizo su aparición un tanquebomba de agua, que seis meses atrás aún dormía el sueño de los justos en un rincón del aeropuerto internacional. Veinticinco metros de altura desde su punto más elevado llenaron de pánico a los vecinos que bloqueaban las calles. El tanque había venido de Estados Unidos (¡Quién lo diría!), hacía cosa de veinte años, prestó servicios de urgencia diez años en el Departamento de Bomberos del aeropuerto Juan Santamaría y fue dado de baja. Pero fue descubierto por oficiales de policía inspirados en los programas de televisión, y el gobierno le dijo: "¡Tanque, levántate y anda!", además de una

inversión de dieciséis millones de pesos en su reparación, en la reconstrucción de su motor diesel de ocho cilindros, la caja automática y reparaciones en la cabina para disparar agua desde ahí, a través de una manguera muy gruesa, a cuatrocientas cincuenta libras de presión.

Cuando el tanque entra en acción, lo acompaña un vehículo cisterna que lo reabastece con dos mil litros de agua. Los gases y el dúo dinámico de los carros de agua despejaron el área en cuestión de ocho minutos. Los vecinos huyeron heridos, mojados, humillados y ofendidos, e intoxicados por los gases al punto que fueron necesarias cuatro unidades de la Cruz Roja para atenderlos; entre los perjudicados se contaban tres recién nacidos, aseguraron los diarios.

Un reportero que había venido cubriendo los acontecimientos desde días atrás, aderezando las informaciones con criterios personales no muy autorizados, fue alcanzado durante el enfrentamiento por un proyectil contra su cabeza, y le removieron la sangre junto con sus apreciaciones personales. Todo se lo leía en voz alta Momboñombo a Única, y ella hacía un esfuerzo sobrehumano para compartir la preocupación con su marido, sin lograrlo del todo, en parte porque ya se le había pegado el 'carpe diem' de los buzos desde hacía muchos años... -El Señor proveerá, Momboñombo, no te pongás así.

Vos sabés que así es todo en este país, un pleito, un agarronazo y después todo sigue como si nada hubiera pasado. -De acuerdo, Única, pero la diferencia es que hasta ahora nunca habíamos visto que la policía utilizara esos métodos para dispersar a la gente, ¿no oíste?, no eran criminales los que estaban protestando, eran los propios vecinos del lugar y habían mujeres, niños y ancianos como vos o como yo, y los fumigaron a todos porque de un día para otro les avisan que el nuevo basurero lo van a tener en su comunidad, en Cabezas de Esparza, como quien dice, Única, en sus cabezas. Yo te lo he estado diciendo, nos van a echar de aquí y no va a haber para dónde irse.

Pero aquí nadie me hace caso, todo el mundo está ahí esperando que pasen los nublados del día y nadie se preocupa... -Eso de los nublados del día se debe al nuevo frente frío que amenaza al país , apuntó El Bacán quien leía sin entender

mayor cosa de un diario de esos días. -Lo peor de todo es que en este enredo de lo de la basura, todo el mundo tiene razón y todos están equivocados. Mirá, Única, los vecinos de por aquí, de Río Azul, San Antonio, Tirrases y todos esos, tienen razón, llevan veinte años soportando esta barbaridad sin tregua... -iAy!, no seás ingrato Momboñombo, no le digás barbaridad, ¿no ves que aquí vivimos?-, protestó Única.

-Tregua...tregua...tregua, se repetía fascinado El Bacán. -Sí que le digo barbaridad, porque si no, decime ¿cómo se le puede llamar a eso de vivir entre la basura?, y no me digás que es que yo no soy un buzo profesional y que todo eso es porque todavía no me he acostumbrado... Pero bueno... Después, por otro lado, cada día hay más basura y no hay dónde botarla y la gente le exige al gobierno una solución inmediata y el gobierno dice que no hay plata como para reciclar la basura, que sería lo más lógico... -Lógico...lógico...lógico... - Pero sí hay plata para hacer un tanquebomba del tamaño de un dinosaurio... Sí sí, Bacán, ya sé, "Dinosaurio...Dinosaurio...Dinosaurio".

Y ahí siguió el viejo con su cháchara, hablándole a El Bacán porque Única ya se había hastiado de escucharlo y se había ido a sus quehaceres. Tenían que reorganizarse después de lo de la huelga de los recolectores, que además de lograr su objetivo, había dejado que toda la basura de una semana se pudriera en las calles de San José y, aunque pareciera un chiste de mal gusto, su hedor era desagradable aún en el basurero.

Momboñombo Moñagallo se estaba obsesionando con el tema del basurero; andaba malhumorado esos días y comía menos ante los ojos preocupados de Única, que optó por esconderle los diarios, pero llegaban tantos ejemplares cada día, que era casi imposible que no los leyera. -iEs que así son todos los hombres...entre más viejos más necios!... -iTe oí, Única, te estoy oyendo!, pero el día que nos vengan a sacar de aquí y nos pongan en media calle sin techo y sin sustento, vas a ver, y vas a tener que decir...'Momboñombo tenía razón'; pero como uno aquí es como un muñeco pintado en la pared... Pero vas a ver... esto de la basura se está poniendo color de hormiga; por un lado, el gobierno no da el brazo a torcer: que reciclar costaría un ojo de la cara, por otro, el Ministro de Seguridad promete mano firme,

por otro, los vecinos de Esparza dicen que van a seguir metiendo cabeza hasta lograr algo, por otro, el resto de los ticos se pasa el problema por el culo, por otro, todos dicen que el Presidente metió la pata, por otro, todo el mundo está hasta el cuello con la basura, por otro, todas las comunidades zafan el lomo cuando les hablan del relleno, finalmente, todos dicen que tendrán que pasar sobre sus cadáveres para ponerles el basurero en su vecindario, y nosotros estamos hasta la nariz de porquería... Como ves, Única, no se ha quedado quién no tenga involucrada alguna parte del cuerpo en el problema.

-iMomboñomboooooo, callaaaaaate, ya no te aguantoooooo!- Y el viejo se levantó y salió del tugurio refunfuñando y pensando que tal vez era cierto que aún no se había convertido en un buzo auténtico, que todavía le quedaba un gramo de conciencia para detenerse a pensar que lo del relleno, en Esparza era una locura, que le saldría carísimo al país, que aquello iba a parar en un montón de pequeños rioazules por todo San José en los llamados 'centros de transferencia', que como explica el periódico, es desde donde cada comunidad va a empaquetar la basura para enviarla a la Estación del Pacífico donde nuestro desvencijado ferrocarril la llevará a pasear por todo lado hasta llegar a Esparza, donde... iComo no se venga otro terremoto y reviente el relleno y quede todo el mar lleno de porquería..., o no se vuelque el tren...!, y... El viejo alzó la vista en ese momento.

Era ya tarde noche y había luna. Una luz pálida simulaba las fosforescencias de las olas del mar conforme la luna cruzaba el basurero en una lenta consumida de brazadas impasibles, que clarificaban la turbulencia y daba la impresión de que se le podía ver el fondo al estanque de las ilusiones vanas al paso de Selene desnuda. Momboñombo se quedó como hipnotizado viendo el paisaje nocturno en la quietud de una de esas noches sin camiones recolectores ni la ubicuidad de los buzos.

Silencioso y sin luz artificial, hasta el basurero adquiría cierto encanto apocalíptico donde miles de lucecitas brillaban sin los colores del día... pálidas, como luciérnagas sin intermitencia, igual que una lata de gaseosa o la envoltura de los cigarrillos, o una moneda, o el tesoro sumergido de un galeón, recolector fantasma de las basuras de los tiempos, navegando sólo para que la historia tuviera dónde

botar lo que le estorbaba. Todo brillaba diáfanamente atravesando con su luz el hedor, como con un filo sin daga. El viejo contemplaba de cuclillas, luego avanzó un poco hasta uno de esos troncos de playa desde donde se mira al mar, un estañón hundido a lo largo hasta la mitad. Se sentó y se le apaciguó el espíritu. En eso sintió el abrazo de Única, que había salido a buscarlo envuelta en su cobija.

Antes de abrazarlo lo había observado un rato. Se envolvieron ambos en la cobija y se quedaron mirando, lo que parecía ser un pesquero en la línea del horizonte. Ella se agachó a alcanzar una lata de coctail de frutas que flotaba por ahí y se la llevó al oído, después se la puso a Momboñombo en su oreja para que escuchara dentro el eco de las olas... -Dicen, le dijo Única, -que si uno se pone un tarro en la oreja puede oír el ruido de los tractores.

Él tiró lejos el tarro y se besaron salobremente, como saben las bocas de los que se besan en el mar. Los Moñagallo regresaron reconciliados con el mundo a su catre matrimonial a tratar de dormir el resto de la madrugada para reponer fuerzas que serían necesarias en la lidia del día siguiente.

Los días se pasaban hasta de tres en tres sin que hubiera forma alguna de enfilados en el mecanismo rígido de la semana, sobre los rieles de los meses, o en la ruta de los años. Momboñombo siguió leyendo los diarios, pero trató de hablar menos de la cosa, sobre todo con Única porque no quería hacerla sufrir, no con el problema, pues nadie sufre lo que no vive y, definitivamente, Única estaba tan al margen de la información, que lo que él le leía le parecía como si se tratara de otro basurero, en otro país y en otro planeta.

Pero enero no se fue invicto... los vecinos de Esparza anunciaron que el documento legal contra el relleno estaba casi listo y que eso significaría un recurso de amparo en la Sala IV; también amenazaron con tomar fuertes medidas si el gobierno no deponía el decreto. Por su parte, el gobierno había adjudicado la construcción del relleno a una compañía extranjera, y a esas alturas ya se estaban iniciando los trámites para iniciar los estudios de viabilidad del proyecto, con una inversión inicial de entre cuatro y cinco millones de dólares, para una virtual vida útil de treinta años del relleno, y para beneficio de los trece cantones de San José y cuatro

de Cartago; pero a costo de la imagen y los problemas ambientales, por añadidura, de la comunidad de Esparza.

Para un bando la cuestión se reducía a que algo había que hacer con la basura; para el otro, que fuera lo que fuera no podía ser en nuestra comunidad, porque además... "¿A cuenta de qué tenemos los esparzanos que tragamos la basura de San José y Cartago?, si ya tenemos suficiente con el mar, que lo tienen hecho un basurero al pobre..."

Capítulo Quinto

Le daba miedo... A veces le daba mucho miedo. Sobre todo cuando se le ocurrían esas cosas mientras estaba buceando. También le daba mucho miedo cuando se descubría a sí mismo después de un par de horas de buceo y se encontraba con un extraño que había buceado automáticamente, mecánicamente, como se debe bucear, como buceaban todos ahí, o casi todos, o algunos, porque como dicen que cada cabeza es un mundo, tampoco podía él asegurar que nadie pensara en algo por simple que fuera mientras buceaba.

Pero él los veía a todos y en todos veía esa misma expresión en la mirada, todos, todos, desde su Única Oconitrillo, hasta el buzo que le resultaba más desconocido. Ahora podía distinguir entre un mendigo y un buzo sentados uno al lado del otro en sus harapos: el mendigo alza automáticamente la mano con la palma hacia arriba. El buzo la baja con la palma hacia abajo y los dedos como independientes, listos para agarrar.

La mirada del buzo está conectada a su mano; la del mendigo está dirigida hacia aquel a quien apunta su súplica. Pero en apariencia, los dos son idénticos, y como ambos son flora intestinal en el aparato digestivo de la sociedad que poco a poco ha ido perfilando como su cometido el fagocitarlo todo para después hacerla mierda, el mendigo es una parásita que espera paciente la savia, mientras que el buzo es una planta carnívora despidiendo el aroma que atrae a las moscas, tomando sin pedir lo que la gente desecha...

Pero a Momboñombo Moñagallo le daba mucho miedo porque lograba intuir que estaba elucubrando sus últimas ocurrencias, que poco a poco se le irían borrando los recuerdos de la superficie y que cada vez iría incorporando más y más comportamientos de los buzos, y el más alarmante era ese... el de bucear horas de horas con la mente en blanco, con los cinco sentidos, uno en cada dedo, aguzados a pensar con la mano que revolcaba entre la basura.

La mano había aprendido a ver con ojos de rata, a oler con percepción de zopilote, a degustar con lengua de mosca, mientras allá arriba en su cabeza, el oído se cerraba con la ignición del motor de los tractores, el olfato había muerto hacía varios meses, los ojos dormían abiertos una suerte de vigilia de zombie, de la que cada vez resultaba más difícil salirse. Se estaba volviendo cómodamente autista durante las jornadas laborales y sólo de tarde, casi noche, le empezaba a volver la conciencia cuando comenzaba a interactuar con su familia.

Le llegaban destellos de conciencia y se estremecía del miedo de haber muerto ya hacía cinco meses y llevar ese tiempo de huésped del infierno; pero algo lo hacía desechar su teoría: en el infierno no podía haber tanta ternura hirsuta, ni cariño en bruto de parte de su esposa y su hijo, ni la amistad que le prodigaban los pocos de abordo, ni la indiferencia de los muchos de los de paso. -Única, me está empezando a picar el culo... Vámonos de aquí antes de que nos echen, porque que nos echan nos echan.

Pero ella siempre lo consolaba diciéndole que no empezara otra vez con eso, que no los iban a echar, que ¿adónde irían?, que eso era el único hogar que El Bacán había conocido en toda su vida, que ahí se quedaría la Llorona y nadie la iba a cuidar... - El Oso Carmuco la va a cuidar... ¿O no te has dado cuenta cómo la cuida a veces en su casa...? -iAy, qué Momboñombo este más mal pensado!, él lo que hace es que la confiesa y a ella le gusta... -iPor favor, doña Única Oconitrillo!, no me decepcionés... ¿Acaso no te has dado cuenta de que la confiesa dos o tres veces por semana? - ¿Yeso qué tiene de malo? -De malo no tiene nada, lo que a ella le gusta es la penitencia. -Cállese, Momboñombo, que lo va a castigar Dios por hablar así... Además, ella está loca y favor que le hace si hace eso que estás diciendo. Y

Momboñombo se mordió la lengua. La clausura del botadero estaba volviendo a ser noticia pero esta vez para comenzar la marcha de su demora.

El Presidente se había comprometido a que el nuevo relleno comenzaría a funcionar el primero de junio y los vecinos de Río Azul a cerrar el viejo basurero el treinta de abril; pero las reparaciones en la vía férrea, en el tren, en el terreno de la finca en Cabezas de Esparza, y un sinnúmero de detalles y millones de pesos, hacían previsible la imposibilidad de su cierre para esa fecha.

Por ese entonces atacó un segundo frente frío al país a menos de quince días de concluido el anterior que registró temperaturas de hasta trece grados centígrados en el Valle Central y, de nuevo, El Bacán se quería volver al revés de los ataques de tos. El frío le afectaba y le debilitaba sus ya de por sí débiles pulmones. Única se pasaba la noche en vigilia friccionándolo con los ungüentos rancios y los bálsamos añejos que recogía, pero El Bacán sólo lograba dormir si le calentaban el pecho con agua casi hirviendo en una bolsa de hule para ese efecto, que llegó sin su tapa al basurero.

Única se las ingeniaba para taparla con un tapón de corcho envuelto en un pedazo de plástico asegurado con ligas, pero una vez el tapón había cedido y a eso se debía la cicatriz de quemada sobre el hombro derecho del niño, desde entonces había que esperar a que estuviera muy cansado ya para ponérsela sin que se negara. A Única también le afectaba el frío, pero en sus piernas, ya veces hasta pasaba renca durante todo un frente frío sin dejar por ello de bucear a diario. -Hasta el frío nos jode en este lugar... iQuién lo diría, que en el mero infierno íbamos a tener que calentar agua para un resfrío...! Pero la responsabilidad de cuidar a la familia inyectaba nuevas fuerzas en el aprendiz de buzo.

Era como si eso lo sacara del letargo en el que caía los más de los días, idénticos a sí mismos como latas comprimidas. El año había empezado frío, como con ganas de seguir en las mismas del anterior; pero durante febrero, el tema del basurero iba dejando de ser febril. Se hablaba más de las posibilidades de reciclaje, pero sólo a un nivel meramente teórico, con esas cifras que nadie puede entender, como eso de que en Costa Rica se desperdician tres millones de botellas plásticas por mes...

iTreinta y seis millones de botellas plásticas al año...coño! eso quién lo entiende, porque nadie las puede ver todas juntas.

También se hablaba de la cloaca a cielo abierto en lo que se habían convertido las redes hidrográficas de la GAM, y de los ríos María Aguilar, Virilla, Torres, Tiribí, Segundo, Grande, Ocloro y Tárcoles, así como las quebradas Lantisco, Negritos, Bermúdez y Rivera, que cruzan Alajuela, Heredia y SanJosé, que sencillamente estaban agonizando. Todo tipo de desechos iban a parar a ellos sin reparo alguno: llantas de autos, la mierda de todos, las mieles del café de las industrias cafetaleras que significan el sesenta por ciento de la contaminación fluvial, los desechos químicos, los casi mil galones de búnker, que en un accidente fueron a parar a la quebrada Rivera y provocaron un incendio... ise nos quemó un río!...

Todo ello hacía pensar a Momboñombo que cualquier parte del país a donde huyera con su familia sería igual que estar en casa, porque al fin y al cabo, todo el país se estaba convirtiendo en un basurero y no había ya ni un solo habitante que pudiera jactarse de no tener algo de buzo aún en lo más íntimo de su corazoncito, porque todos, absolutamente todos, nos vemos obligados a bucear en las profundidades del humo de los escapes en busca de un poco de aire para respirar; todos, absolutamente todos, nos vemos obligados a bucear en las profundidades de las aguas contaminadas en busca de algo de beber; todos, absolutamente todos, nos vemos obligados a bucear entre los alimentos contaminados de agroquímicos y plaguicidas en busca de algo fresco de comer; todos, absolutamente todos nos vemos obligados a bucear entre la basura que hablan los políticos en busca de una actitud sincera que reflexione auténticamente en lo que nos estamos convirtiendo vertiginosamente.

Pero ya estaba llegando el momento en que Momboñombo Moñagallo olvidaba casi inmediatamente las ideas que le venían a la cabeza; a menudo le sucedía que en el instante mismo en que iba a enunciar alguna de sus reflexiones, esta se le enmarañaba en la lengua y terminaba por no decir nada más que un enredo de murmullos que se callaban cuando Única se desesperaba y le gruñía un "dejá de hablar con el diablo, carajo.", y surtía el efecto de un exorcismo porque el viejo

como que reaccionaba y se le ordenaban un poco las ideas. -¡Cada día me vuelvo más bruto!... -Mejor, así se sufre menos... Pero mal consuelo era atisbar que ya no Ilegaría a encontrar entre el basurero de las palabras, la poesía reciclable de decir simplemente que no estaba de acuerdo en reducido todo, naturaleza y todo, a la mínima expresión del desecho irretornable. Momboñombo Moñagallo se propuso hacer algo antes de que el gran botadero se tragara también su conciencia; se propuso salir de ahí, sacar a su familia, dar la lucha, erradicar el buceo... en fin, se estaba poniendo senil.

No escatimó esfuerzos por explicar la situación a los buzos de la manera más clara posible. Sin embargo, y por más que todos insistieran en que sí comprendían la cosa, algo en sus caras, o más bien en sus ojos, no dejaba de preocuparlo. Ellos no estaban entendiendo lo grave de los acontecimientos; para ellos la cosa se limitaba a una rabieta más de la comunidad de Río Azul y como siempre, la policía llegaría a poner todo en orden y ya, todo en el basurero volvería a su inmundo cauce. Momboñombo decidió dejar de hablar y comenzar a escribir.

Él nunca le había escrito una carta a nadie ni la había recibido de nadie. Había leído, eso sí, la correspondencia escogida de Hesse, alguna que otra carta que escribiera o recibiera Neruda y una carta por ahí y otra por allá de las que circularon entre los literatos, por lo que tenía en alta estima el arte de la correspondencia, pero él nunca había escrito ni siquiera un telegrama, lo cual no fue óbice para que tomara algo del dinero reunido en esos días y se dirigiera a la pulpería.

Volvió con un cuadernillo escolar de veinte hojas de caligrafía, porque no había otro, y un lapicero azul; se acomodó en casa del Oso Carmuco porque ahí no llegaría El Bacán a interrumpir ni a demandar atención y porque el Oso Carmuco había rescatado hacía tiempo un escritorio de madera de esos que usaban antes en las escuelas y que ahora son cotizados o por los coleccionistas de antigüedades, o por los recolectores de basura. Se sentó cómodamente en una silla improvisada y escribió algo así después de la fecha: "Estimado Señor Presidente de la República:

Muy respetuosamente le mando esta carta para ponerlo al tanto de un gravísimo problema que usted ya conoce.

Mi nombre es Momboñombo Moñagallo, o mejor dicho, mi nuevo nombre, pues lo uso desde el día en que me vine a vivir aquí al precario de Río Azul entre la comunidad de los buzos. Nunca antes había escrito una carta, ni una carta ni gran cosa. La ortografía va de memoria, eso si todavía no me falla, y las oraciones ahí van, como Dios quiera. Por lo que he estado leyendo los últimos meses de la clausura del basurero, me veo en la necesidad de hablar en nombre de los que conformamos la comunidad de los buzos. Como usted ya sabe, habemos cientos de personas que vivimos de lo que la gente bota a la basura y aunque como dice doña Única, mi mujer, que más de la mitad de lo que la gente bota no es basura, sea como sea, la verdad es que nosotros vivimos de eso. No es que nos opongamos al cierre del basurero, no estamos ni a favor ni en contra, sino todo lo contrario.

Nosotros estamos de acuerdo con los vecinos de Río Azul y San Antonio de Desamparados, ya aquí no se puede vivir de la hediondez y el mosquero. Pasamos enfermos todo el tiempo, El Bacán, mi hijo adoptivo, padece de un asma que ni para qué le cuento, a veces no nos deja dormir de los ataques que le dan, y eso es por vivir aquí en el precario porque nunca hay aire puro para que corra y juegue. Mire, Señor Presidente, yo nunca había padecido de nada, sólo una vez tuve una gravedad pero eso fue hace muchos años y ya ni me acuerdo de qué fue, pero apenas me vine a vivir aquí padezco de los bronquios que es un gusto y me salen salpullidos por todas partes y eso es porque aquí el aire es malsano.

Entonces, para que usted vea, soy de la opinión de que el basurero hay que cerrarlo, pero es que no es ese el problema, el problema es que, y no sé si usted ya se ha puesto a pensar en eso, el problema es que ¿qué vamos a hacer nosotros?, ¿de qué vamos a vivir cuando el basurero lo cierren?, porque sería muy fácil decir que es que nos vamos a cambiar de casa, que ahora vamos a vivir en Esparza o en Puntarenas, o donde pongan el basurero, pero como usted sabe, porque lo dicen los periódicos todos los días, el basurero va a ser privado, o sea que lo más público del mundo, que es la basura, ahora resulta que va a ser privada y dicen que no nos van

a dejar ni vivir ahí, que sería mucho mejor que aquí porque el mar está cerca y el aire del mar es bueno para los bronquios, ni nos van a dejar ir a bucear allá, y es que no es ese el problema, el problema es que si existiera otra cosa que nosotros pudiéramos hacer para ganarnos el pan, pero mucha gente aquí no sabe ni leer ni escribir ni hacer otra cosa que rebuscarse una platilla con lo que se encuentran en el basurero.

Yo le escribo esta carta porque aunque usted dice que el basurero de Río Azul está tan sólo a cinco kilómetros de Casa Presidencial y que ahí no ha pasado nada, tal vez usted no sepa lo difícil que es para nosotros ganarnos el pan. Los que vivimos aquí tenemos que aguantamos el mal olor y las cochinadas de los zopilotes, las moscas y las cucarachas que son peores, porque por lo menos las moscas duermen, pero las cucarachas trabajan jornada continua y hay de noche y de día. Y los que bucean por las calles de San José, no solo se tienen que aguantar que de todo lado los corran porque riegan la basura, sino que también viven respirando el humo de los carros y esa es otra porquería que enferma a la gente.

Mire, Señor Presidente de la República, el caso es que no está bien que hayamos personas que tengamos que vivir entre la basura, pero tampoco es el caso de que a todos nosotros nos dejen morirnos de hambre ahora que la basura va a estar en manos de la empresa privada. Yo he oído eso de que la empresa privada produce libertad y no estaría nada mal que nos liberaran de vivir aquí como presos, porque nuestra única falta es haber nacido pobres, pero tampoco se puede decir que uno es libre si se está muriendo de hambre.

Yo he leído muchas veces eso que dijo San Guineti de que donde hay un costarricense, esté donde esté, hay libertad, y será que yo no soy muy religioso que digamos pero yo a ese santo no lo conozco y por eso me atrevo a contradecirlo, porque aquí habemos muchos costarricenses y ninguno es libre, todos pasamos más penurias que los que están en la peni y todos somos más esclavos de lo que usted se imagina, es como si estuviéramos amarrados de pies y manos a este basurero y ahora que los periódicos dicen que lo van a cerrar, imagínese usted, es

como si de pronto Dios mandara a decir que va a cerrar el mundo y que lo va a pasar para Marte, imagínese usted, qué haríamos nosotros.

Usted me podría decir que ya hay cohetes para ir a Marte, pero y si el mundo que van a abrir allá fuera privado, ¿qué? Porque nosotros también tenemos pies como para ir caminando hasta el nuevo basurero, la cosa es que si no nos van a dejar entrar ¿para qué nos sirven? Yo soy un caso aparte, yo me vine a vivir aquí en parte porque me dio la gana, yo me boté a la basura, pero aquí hay tanta gente, como El Bacán, por ejemplo, que nació aquí y este es el único mundo que conoce. ¿Qué va a hacer El Bacán?, lo único que él sabe hacer es leer, ¿de qué va a vivir cuando le faltemos Única y yo? Y así hay tanta gente que sólo vive de lo que los demás botan que yo francamente no sé qué va a pasar.

Yo les hablo, pero no sé si me entienden, yo les digo que tal vez hablando con usted algo se pueda hacer, yo les digo que yo hasta conocí a su papá, que tal vez usted me quiera escuchar porque aunque estemos tan cerca de la casa presidencial yo sé que hay cosas que no se ven si uno no afina el ojo y cosas que no se huelen si uno no afina la nariz. Tal vez lo que nosotros necesitemos también sea una de esas famosas movilidades laborales de las que tanto hablan los diarios, para que nos pongan a trabajar en otra cosa y nos den garantías sociales, porque por aquí no se arrima nunca un médico ni un trabajador social, aquí no se arriman ni siquiera esos panderetas que andan en los buses hablándole a la gente de la perdición de sus almas, mientras hay aquí cientos de almas que se están muriendo pero de hambre y de asma.

Tal vez si usted nos consiguiera trabajo en otra parte donde nos enseñen a hacer algo útil, claro, y mientras nuestros niños pueden ir a la escuela, y que nos den una casita humilde pero por lo menos mejor que los cartones y las latas de cinc en las que vivimos, y entonces si quieren privatizar la porquería que la privaticen, pero sin dejarnos sin sustento a todas las personas que vivimos aquí. Usted podría pensar que qué nos va a poner a hacer, si no sabemos hacer nada y que cómo nos van a dar casitas a nosotros que todo lo destrozamos para venderlo; pero piense primero que nada de eso lo hemos hecho los pobres por malos que somos o por mal

agradecidos, no, cuando un pobre hace eso con la casa que le regalaron, es sencillamente porque no sabe hacer otra cosa, eso lo hace como por un instinto pero no natural sino aprendido, yo sé que no hay instintos aprendidos, pero le pongo el ejemplo porque yo creo que así es como funciona la cosa, como un instinto aprendido.

Pero si usted nos consiguiera buenas condiciones para que no tuviéramos que hacer esas cosas, yo le garantizo que algo bueno podría salir de todo esto, sobre todo porque toda esta gente de aquí es gente que si se adaptaron a vivir entre la basura, ya no haya qué no se puedan adaptar y es sólo un poquito de educación lo que necesitan. Yo que ya llevo varios meses viviendo entre ellos le podría ayudar, con mucho gusto, a ver por dónde comenzamos a educar a esta gente, porque son buenas personas, lo malo es que se visten muy feo y no se bañan y huelen muy mal, aunque ya a mí no me huelen a nada, pero eso no es culpa de nosotros porque aquí ni agua hay, pero si usted los conociera vería que yo tengo razón y que no es justo que hayan gentes que tengan que vivir así.

Lo demás me gustaría decírselo personalmente, por lo que espero que usted nos conteste pronto esta carta y nos escuche. En espera de su amable atención se despide. Momboñombo Moñagallo. " El viejo salió tan contento de lo del Oso Carmuco que apenas se aguantaba las ganas de decirle a toda la comunidad que ya estaba resuelto el problema. Se envalentonó, tomó un poco más de menudo y salió sin decir nada a nadie; eso sí, se lavó los dientes antes de partir. Bajó la cuesta, pasó el puesto de vigilancia de la entrada, saludó a los guardias, caminó pasando la mano por la malla del patio de la escuela y llegó por fin; a la parada del bus de San Francisco-Río Azul; esperó cuarenta y cinco minutos y lleno de emoción tomó el autobús sin percatarse de las miradas de repudio de la gente.

El viejo iba sentado en el primer asiento y sentía de pronto como pequeños mareos de puro desacostumbrado que estaba a eso de andar en bus. Escuchó atentamente un barullo que se le coló por el embudo de los oídos... iera música! No escuchaba música desde el día de su llegada al precario; se emocionó más aún: -iUn bolerazo de mis tiempos!... El viaje hasta el centro de San Francisco de Dos Ríos se le hizo

eterno de la premura. Se bajó, cruzó la calle y esperó otra media hora el autobús de la ruta periférica que lo llevó a trompada de loco hasta Zapote, donde se bajó y comenzó a caminar hacia Casa Presidencial.

Una vez enfrente de los grandes portones negros, Momboñombo pidió a los guardias que lo dejaran entrar porque tenía una carta muy importante para el Presidente. Pero los guardias sólo vieron a un viejo en harapos, maloliente y desaliñado, con un mugriento cuadernillo en la mano. Les hizo gracia, pero sólo le dijeron que no era posible porque el Señor Presidente estaba muy ocupado, que volviera otro día. Sin embargo, ante la insistencia de Momboñombo, los guardias aceptaron entregarle personalmente la carta al Presidente y el viejo lo agradeció en el alma. Regresó a pie; el precio de los pasajes era exorbitante para un buzo. A la vuelta encontró a Única desconsolada llorando porque Momboñombo se había ido para siempre, pero apenas lo vio comenzó... -iVos lo que querés es volverme loca!, a ver, ¿adónde diablos andabas?, todo el día quién sabe dónde y uno aquí preocupada pensando lo peor... Pero el viejo venía de tan increíble buen humor que ni se impacientó con la regañada de que estaba siendo objeto; se sentó y comenzó a contarle a la concurrencia su ocurrencia, y cómo esperaba respuesta a su carta muy pronto, apenas la leyera el Señor Presidente.

Entre los buzos tuvo gran impacto; se habló de que Momboñombo, "ahí donde lo ve", le había escrito una carta nada menos que al Presidente. Para todos, aquello sonaba poco menos que estrambótico, más aún, sin pies ni cabeza; hasta ellos que se mantenían a una distancia prudente de lo socialmente aceptable, consideraron una demasía del viejo lo de la carta, pero no dejaban de sentirse orgullosos de que Momboñombo quisiera defenderlos en caso de un eventual ataque contra el basurero, como lo entendieron ellos, sin llegar a percatarse siquiera en que Momboñombo estaba totalmente de acuerdo con el cierre y la desaparición de éste. Eso no había quedado claro.

La parte de la propuesta de un cambio de vida para los buzos ni siquiera la escucharon; pero las actitudes de apoyo le levantaron el ánimo al viejo hasta el punto de sentirse redentor de aquella estirpe paralela a la humana. Única le

propuso un trato, o una prueba de fuego, más bien... -Ahora que mandaste la carta, Momboñombo, prométeme que te vas a sosegar, que vas a dejar de andar por ahí con cara de bobo pensando sólo en desgracias y que vas a trabajar con gusto porque el trabajo es sagrado.... Y él aceptó: se aguantó los calores de marzo sin decir nada y extrañó las lluvias de octubre y noviembre, mientras veía con nueva preocupación que no habría de ser necesaria la clausura del basurero de continuar el clima así, simplemente éste se evaporaría un mediodía cualquiera en un flato amarillento que oscurecería la luz del sol un instante mientras terminara de atomizarse.

Extrañó las olas frías de enero y febrero mientras buceaba a pleno sol de la mañana porque de no ser por su sombrero de lona, ya se le habría derretido el seso, le decía a Única, recordando a alguien que fingió haber creído lo mismo un día que se le derritieron unos requesones que en broma habían puesto en su yelmo. El calor secaba y reventaba la tierra del basurero dejándola hecha una red de grietas por donde se escapaban a veces pocos de gas atrapado en el subsuelo.

Lo derretía todo, alborotaba los humores fétidos de las cosas en proceso de descomposición, multiplicaba al infinito el número de moscas que revoloteaban desde siempre por ahí, rechinaba la piel de los buzos y secaba la argamasa de polvo, sudor y mugre que los curtía; alborotaba la sed también y hacía tan evidente la ausencia de sombras en el basurero, que los buzos habían llegado a elaborar una suerte de tiendas de campaña con sus sábanas y los trapos que hallaban, de modo que cada cierto tiempo se iban a meter ahí para evitar la insolación.

Hasta el Oso Carmuco se desembarazaba de su trapo púrpura por esos días para sobrevivir al calor y volvía a sus harapos de civil, con la certeza de que todo el mundo comprendería. Para su tranquilidad, Momboñombo, durante el mes de marzo no encontraba mayor información en los diarios; el tema del basurero se había calmado bajo el entendido de que el treinta de abril estaría cerrado para siempre, por lo que las esperanzas del viejo lo llevaban a ocupar su mente volátil en las ocupaciones futuras de los buzos una vez que se hubiera operado el milagro de la multiplicación de la justicia y su reinserción social.

Él pensaba que El Bacán aprendería rápidamente en la escuela... bueno, ya estaba un poquito crecido para la escuela, pero en una de esas que funcionan de noche... eso, claro, si Única lo permitía, que era lo que estaba difícil. También se llegó a imaginar que el Seminario haría maravillas en la formación del Oso Carmuco. -¡Te imaginás, Única!, vos y yo en una casita propia, con jardín y de todo... porque todavía podemos trabajar mucho tiempo. Todo es cuestión de que el gobierno nos dé un empujón y... -¿De qué estás hablando, Momboñombo? -¡Pues de la carta!, ¿de qué otra cosa iba a ser...? Pero marzo, perecedero y biodegradable, cumplió el promedio de vida normal de un mes cualquiera y murió heredándole a abril sus tareas inconclusas... La respuesta no llegó, como era absolutamente previsible, y Momboñombo no dejaba de atribuírselo a la negligencia de los guardias. -Tuvieron que ser ellos, porque si el Presidente la hubiera leído, nos habría contestado hace tiempo.

Pero ellos no se la dieron, Única, fue culpa de ellos... -¿Y no sería que no te lavaste los dientes ese día, antes de ir a hablar con ellos? -¡Pero claro que me los lavé, y dos veces!, lo que pasa es que como lo ven a uno pobre, entonces no le dan importancia... -¿Y no sería que pusiste alguna grosería en la carta y el Presidente se resintió con vos? -No, no, nada de eso. Si vieras lo que me costó acordarme de las palabras de domingo para que me quedara bien bonita.

Lo que pasa es eso, que antes uno podía ir a buscar al Presidente y hablar con él porque te lo encontrabas en pleno San José discutiendo con los ciudadanos las cosas del país... -¡Ay, Momboñombo!, pero vos estás hablando del año del pedo, ¿cuánto hace de eso?, ¿de cuál presidente estás hablando? -De cualquiera, Única, la cosa es que antes sí se podía pero ahora, si uno no tiene plata no es nada... -Eso sí que no, no es ahora, eso ha sido así siempre desde que el mundo es mundo y las cosas no van a cambiar sólo porque a vos se te ocurre. -¿Pero, qué le cuesta?, Única, ¿qué le cuesta venir un día a hablar con los pobres, no con los vecinos de Río Azul nada más, sino también con nosotros? Tal vez si viniera se daría cuenta no sólo del problema de que nosotros tengamos que vivir aquí, sino también de que son cientos de familias las que viven mal.

Debe ser que él nunca las ha visto, porque yo estoy seguro de que si las viera se le oprimiría el corazón y algo trataría de hacer... -Bueno, pero, y ¿si sí leyó tu carta y sencillamente no te quiso contestar?, porque vos no te has puesto a pensar en eso, sólo le echás la culpa a los guardias y tal vez los pobres hasta se la fueron a dejar inmediatamente. O tal vez es que no ha tenido tiempo de leerla, pero ya la tiene entre las cosas que va a leer... ¿Por qué no le das más tiempo, otro mes? -Ya se acabó el tiempo, Única, y no para él, él tiene todo el tiempo del mundo.

El tiempo se acabó para nosotros... Todo está consumado, el relleno se cerrará el treinta de abril así vos lo creás o no, porque ya no se trata de un acto de fe. Los vecinos ya no pueden aguantar más, se les enferman los chiquitos, todo se les ensucia y se les contamina, y eso que ellos no viven aquí directamente, ahora imagínate cómo debemos andar nosotros por dentro... ite imaginás si nos sacaran una radiografía...!, seguro saldrían puros zopilotes todos encandilados con los rayos x. El tiempo se nos acabó, la mierda ya le llegó a la nariz a todo el mundo. Los vecinos de Río Azul tienen razón, los de San Antonio de Desamparados también y los de Esparza ni se diga, porque allá la cosa apenas va a comenzar y nadie sabe cómo va a ser.

Ahora lo que sigue es el 'dime que te diré' entre el gobierno y los vecinos de Esparza, porque, como ellos dicen, "si el relleno sanitario va a ser tan moderno y no le va a causar molestias a nadie, entonces ¿por qué no lo ponen en San José y con eso no tienen ni que gastar en transporte?", ah, pero no, ahí hay gato encerrado, Única, por Dios, por algo no lo ponen aquí en 'Chepe', porque si no, cuál sería el inconveniente, si da lo mismo que esté en Esparza que en la Sabana, si total, no va a molestar a nadie... Eso es lo que la gente no termina de entender.

Además de eso, claro, está la cosa de que ¿a cuenta de qué tienen ellos que aguantarse la basura ajena?, porque es como cuando, no sé si vos te acordás, los gringos querían venir a botar su basura aquí a Costa Rica, y eso sí era cosa seria, Única, era un barco del tamaño de San José que iba a venir hasta la mierda de basura... y ¿qué?, que la gente se paró de pestañas y nadie aceptó... bueno, hasta

donde se sabe, porque aquí llega tantísima basura en inglés que a lo mejor sí aceptamos sin damos cuenta.

-Ah, Momboñombo, a veces te oigo hablar y me parece que estoy oyendo a un comunista... -¡Qué comunista ni qué mi agüela!, no sabés vos que hasta los rusos se tiraron a la basura y ahora lo que tienen es un viejo gordo que lo único rojo que tiene son los cachetes, que cambiaron a la mama por un burro... pero ¿qué vas a saber vos de esas cosas...? Yo lo único que vengo diciendo desde hace tiempos es que en este problema no hay quién no tenga algo de razón, ni quién no esté equivocado, y si me volvés a decir que lo que pasa es que yo todavía no soy un buen buzo, te lo vaya aceptar, no soy un buen buzo aunque ya parezco el papá de todos los buzos. Lo que pasa es que ahora que asumí la responsabilidad de una familia, no la quiero criar aquí entre la basura.

-Lo que más me gusta de vos es que hablás como si tuviéramos veinte años y estuviéramos empezando... cuando decís esas cosas ite quiero tanto...! -Bueno, de alguna manera estamos empezando... si nos vamos de aquí a vivir una vida más decente sería como si estuviéramos empezando y sería muy bonito. Yo no sé cómo has hecho vos para quedarte veinte años aquí, sí, sí, yo sé que la necesidad tiene cara de caballo, pero ya no es justo y no se trata de que uno sea un malagradecido con la vida, lo que pasa es que hay que procurarse una vida mejor. -Eso está muy bien, lo que yo no sé es cómo lo vamos a hacer si de veras nos cierran el chinamo, como vos decís. -Lo van a cerrar, tarde o temprano lo van a cerrar y algún día se van a dar cuenta de que lo único que se puede hacer con la basura es reciclarla, como dice la gente que escribe en los periódicos.

Yo sinceramente, no sé muy bien qué es eso del reciclaje, pero parece que se trata de volver a hacer que la basura sirva para algo, no sólo para alimentar buzos, ratas y zopilotes, ni para que gente como nosotros viva igual que esos bichos indeseables...

Capítulo Sexto

Marzo fue tirado a la basura con todos los honores; a su sepelio acudió la multitud de buzos de siempre y un cortejo de más de cien carrozas recolectoras, y su heredero hizo una entrada triunfal con un titular de espanto: "RÍO AZUL CERRARÁ EL RELLENO EL TREINTA DE ABRIL." -¿Te lo dije, Única, o no te lo dije? Los vecinos de Río Azul y San Antonio aseguraron que cerrarían el acceso a los camiones recolectores ese día para siempre y que no era de su responsabilidad lo que sucediera, aunque aún no hubiera dónde ir a deponer las ochocientas toneladas diarias que regurgita la GAM. Los dirigentes comunales dijeron que el cierre se daría conforme a lo acordado con el gobierno, en el convenio firmado el veintidós de diciembre del año pasado.

El documento había sido firmado por el Presidente, los Ministros de la Presidencia, de Recursos Naturales, Energía y Minas, y Seguridad, y establecía que "el incumplimiento de cualquiera de los puntos aquí estipulados será motivo para la anulación de este convenio, quedando la parte afectada exonerada de responsabilidad"... Pero, como decía Merulo, no todo lo que peda es culo: el Ministro de la Presidencia salió diciendo por el periódico que las autoridades del gobierno estudiarían el convenio que él y tres ministros más habían firmado el veintidós de diciembre junto al Presidente, tres meses atrás.

Conforme se acercaba la fecha del vencimiento del plazo comprometido por el gobierno, en la comunidad de Río Azul se vivía una tensión insoportable, sobre todo porque era harto bien sabido que el gobierno estaba absolutamente imposibilitado para habilitar el relleno de Esparza antes de esa fecha.

"El gobierno sólo se burla de nosotros", explicaban los vecinos de Río Azul, "Nosotros no somos responsables de que la basura no se siga depositando aquí, ni de los problemas que se deriven. Independientemente de las medidas que tome el gobierno, y en cumplimiento de un convenio firmado entre él y nosotros, hemos determinado poner un candado al basurero el treinta de abril." El Ministro de Seguridad dijo que "...a menos que la comunidad lesione los derechos públicos, como la libertad de tránsito, no intervendrá la Fuerza Pública", pero a los vecinos

no les quedó claro de cuál libertad estaba hablando el Ministro, si se refería tal vez, a la libertad de tránsito de los camiones recolectores por la avenida del basurero.

Por su parte, el gobierno lo único que podía asegurar era que antes de la fecha convenida, el contrato con la compañía metalúrgica que construiría el nuevo relleno, estaría firmado, pero la compañía esperaba la rehabilitación de cien kilómetros de vía férrea y la construcción de un ramal hacia el lugar donde sería instalado el basurero. El seis de abril se anunció que la compañía metalúrgica había concluido ya los estudios imparciales de impacto ambiental con un resultado favorable: nada qué temer, el lugar era tan propicio para un basurero que no se explicaban cómo no había surgido ahí uno natural desde el principio de los siglos.

Mientras, los científicos de la universidad, que también realizaron estudios, desaconsejaban la zona como sede del relleno. -iAhí fue donde la mula botó a Jenaro! La elección arbitraria del sitio para el relleno había sido una salida política, no científica. Costaría una millonada de pesos al país. El relleno estaría ubicado tan lejos de la ciudad como no lo estaba ningún otro relleno en el mundo, afectaría los intereses turísticos de la comunidad, aumentaría sensiblemente el costo de recolección pagado por los ciudadanos.

Pero el gobierno insistía encarecidamente en que no había ya alternativas, sencillamente no había dónde ir a botar la basura, y punto. Momboñombo Moñagallo no lo pudo resistir más. Habló con casi todos los cuatrocientos y pico de buzos del precario y comenzó a organizar una marcha pacífica hacia Casa Presidencial. -Solamente le vamos a ir a plantear al señor Presidente nuestra situación, nadie va a tirar piedras ni a portarse mal... Los buzos nunca en sus vidas habían asistido a una manifestación de ninguna índole, por lo que asumieron la cosa como un paseo al que iban a ir a acompañar a Momboñombo.

Única estuvo de acuerdo, pero con la condición de que todos se lavaran los dientes porque si no, no iban a escuchar a nadie. El Oso Carmuco volvió a vestir su harapo púrpura porque según él, con un trapo de ese color era más fácil hablar con el Presidente. Momboñombo andaba esos días como decía Única, con hormigas en el culo, de un lado para otro, hablando con la gente, tratando hasta el hastío de

motivar a los buzos, tratando de convencerlas de que valía la pena caminar un par de kilómetros hasta Casa Presidencial, con tal de que les ofrecieran una oportunidad.

Andaba con un montón de recortes de periódicos para convencer a todo el mundo de que la recolección de basura iba a ser privada, de que el basurero iba a ser privado, de que todo iba a ser privado, excepto el hambre, porque esa siempre había sido pública. Los buzos lo veían ya como a un ser extraño... "¡Se le metió el agua a Momboñombo, vieron!", y más bien les servía de diversión, lo tiraban de los brazos y le preguntaban que cuándo era que los iban a echar de ahí, y cuando él comenzaba a explicar, todos soltaban la risa. Él seguía adelante porque ya se había acostumbrado a las bromas de los de abordo.

Una tarde pasaba por entre los montículos de basura y descubrió a El Bacán recostado a uno de ellos: se hacía la paja fruidamente. Él fingió no haberlo visto, pero El Bacán lo saludó de lejos. Al rato lo alcanzó. -iya!-, le dijo aliviado. -¿Ya qué?, Bacán. -Ya terminé. -¡Bueeeno!-, dijo Momboñombo, -algo has madurado, después de todo. Pero ya El Bacán iba bailoteando al lado cantando. "Cuando está la luna sobre el horizonte, muchos enanitos juegan en el monte..." ¿Verdá que a mí también me vas a llevar a la casa del Presidente...? -Claro que sí, Bacán, si no con quién te íbamos a dejar.

Y más en broma que en serio, llegó el día de la marcha. Los buzos que decidieron acompañar a los Moñagallo sumaban unos cincuenta y estaban listos con sus mejores galas. La procesión parecía la del día del juicio, pero todos iban alegres brincando por las calles. El Bacán iba de la mano de Única, saludando a la gente a su paso. No llevaban pancartas, ni altavoces, ni mantas, ni iban gritando consignas; sólo iban interrumpiendo el tránsito, y revolcando cuanto basurero se les aparecía de camino.

El Oso Carmuco se puso a bailar como la giganta de los payasos, dando vueltas con los brazos sueltos y la cabeza hacia un lado. La Llorona iba con ellos con su bebé en brazos, y todos juntos parecían una mancha caminando por las calles detrás de Momboñombo.

Todos comenzaron a cantar la conocidísima canción "La mar estaba serena, serena estaba la mar, la mar estaba serena, sereena estaba la mar.... con a, la mar astaba sarana, sarana astaba la mar, la mar astaba sarana, sarana astaba la mar, con e, le mer estebe serene, serene estebe le mer, le mer estebe serene, serene estebe le mer, le mer estebe serene, serene estebe le mer, con i, li mir istibi sirini, sirini istibi li mir, li mir istibi siriini, sirini istibi li mir, con o, lo mor ostobo sorono, sorono ostobo lo mor, lo mor ostobo sorono, sorono ostobo lo mor, con u, lu mur ustubu surunu, surunu ustubu lu mur, lu mur ustubu surunu, surunu ustubu lu mur, con a..." La gente los veía pasar con la única canción que entonaron durante toda la caminata.

No había quién no se detuviera a vedas pasar sin entender un carajo de lo que estaba pasando. Algunos dueños de establecimientos comerciales comenzaron a cerrar a su paso, porque los buzos se metían por todo lado y volvían a salir sin ningún propósito, o eran echados a empujones. La marcha de la mancha llegó a San Antonio de Desamparados. Los niños se metían a los jardines a robar sorbos de agua de los grifos desprevenidos y entraban a las casetillas de los teléfonos públicos a jugar; pero El Bacán iba absolutamente al margen tomado de la mano con su madre, adelante, al lado de Momboñombo Moñagallo, cantando 'La mar...'.

Mientras, algunos buzos que venían de camino, luego de fijarse con mucha atención, los reconocían y se les unían. A alturas de San Francisco de Dos Ríos, una patrulla de la policía se interesó por el fenómeno y se adelantó hasta la cabeza de la marcha; preguntaron los policías de qué se trataba aquello y obtuvieron una detallada explicación por parte de Momboñombo; tan clara y cuantiosa que su instinto los llevó a avisar de inmediato a Casa Presidencial lo que pasaba, y en un abrir y cerrar de portones, la Fuerza Pública estaba acordonando el objetivo.

Los buzos iban cantando por la carretera entre San Francisco y Zapote, con un embotellamiento de autos a sus espaldas, con sus conductores enfurecidos vociferando por el retraso y por la hediondez que se desprendía de aquella marcha de zorrillos apestosos. Pero eran más de cincuenta ya, y dispersados en media calle se hacía difícil. La Fuerza Pública no tardó en idear la mejor estrategia para devolver a los buzos sanos y salvos al averno de su origen, y luego de mantenerlos a

una distancia prudente explicándoles además que no podían hablar con el Presidente, el dinosaurio hizo su aparición. Veinticinco metros desde su punto más elevado, el tanque-bomba apareció acompañado de su inseparable camión cisterna; ambos con sus panzas llenas de agua.

Los buzos quedaron boquiabiertos, petrificados, mirando cómo a una distancia de ochenta metros aquel animal antediluviano comenzaba a lanzar agua desde la eyaculación de su manguera y los de abordo quedaban empapados aún antes de que pudieran siquiera imaginarse por qué. El Bacán se asustó y comenzó a pegar gritos, pero se calmó cuando vio a todos los buzos tomar la cosa a la ligera y bailotear debajo del aguacero de artificio que se les estaba viniendo encima. Los buzos sólo gritaban y brincaban empapados de pies a cabeza; tan, tan mojados ya que hasta se les estaba destiñendo el color grisáceo mugre de sus caras y sus brazos. La ropa se les estaba cayendo en tiras y cuando la manguera apuntaba más directamente, más de uno caía sentado en el pavimento, muerto de la risa y con algún pedazo menos de su indumentaria.

Única fue alcanzada por una ráfaga de agua y se levantó directamente hacia el cordón de policías no menos mojados, se puso de espaldas y les 'tomó una foto': se levantó la falda y les peló el culo, lo cual fue infinitamente celebrado por los buzos en medio de unas carcajadas contagiantes; hasta los policías tuvieron que reír. Otra ráfaga alcanzó a El Bacán y lo revolcó por la calle; de nuevo volvió a pegar gritos y a llorar hasta que Momboñombo lo levantó y lo puso a salvo, pero estaba tan empapado y gritaba tanto que se le enronquecía la voz y se le irritaban los ojos. Y en eso estuvieron hasta terminar con toda el agua del tanque y del camión, que no fue reabastecido por considerarlo absolutamente innecesario.

Ya todos los alrededores de Casa Presidencial, incluyendo sus jardines y el puesto de vigilancia, estaban empapados, así como las casas vecinas, las aceras y cuanto auto atinó a pasar por ahí en ese momento. La operación tardó un buen rato en dispersar al carnaval de la miseria. Una vez agotada la última gota de agua, los buzos comenzaron a protestar y a, pedir más, pero la policía les explicó que ya no había, que era un desperdicio y que ya se había terminado la fiesta, que se tenían

que marchar; cosa que hicieron no muy convencidos. Emprendieron la marcha mojados hasta el tuétano y ya entrada la tarde.

La visita había sido todo un fracaso, pero sólo Momboñombo Moñagallo estaba consciente de ello. No pudo hablar con el Presidente, no le pudo decir que había conocido a su padre, ni presentarle a su familia ni explicarle el problema. Iba derrotado directo a la basura, igual que seis meses atrás; pero los demás iban contentos porque se habían divertido como nunca. Sólo El Bacán iba con un ataque de asma preocupante. Llevaba sus ropas destilando el caldo café de sus mugres acumuladas, sus cabellos, largos de nuevo, pegados a la nuca y sus las barbas habían tragado agua como esponjas; iba tosiendo y tiritando de fiebre cuando llegaron a casa ya de noche. Se habían secado de camino y estaban tan agotados todos que llegaron directamente a dormir.

A la mañana siguiente el Oso Carmuco llegó a ver cómo seguía El Bacán, y encontró a Única y a Momboñombo con ojeras por las rodillas. Toda la noche en vela friccionando al niño, tratando de calentarlo, ayudándole a incorporarse para que pudiera respirar mejor. Sólo lograba dormir conforme calentaba la mañana. Dejaron a El Bacán dormido y fueron a preparar el desayuno. Tortillas calientes y café negro desayunaron los Moñagallo y el Oso.

-Fue la mojada lo que lo puso enfermo... pobrecito mi chiquito, con esa asma que padece... Única se lamentaba de no haber sido más precavida y Momboñombo se sentía culpable porque... -Nadie me tenía pensando que nos iban a escuchar, Única, por Dios, todo fue culpa mía... -Dejá de decir tonteras, cómo ibas vos a saber que nos iban a bañar con esa cosa, sólo por ir a hablar con ese señor que ni siquiera nos conoce. .. -Era de suponerse, Única, sólo a mí se me ocurre. iAy, Única, si algo le pasa a El Bacán!... -iCallate, hombre!, qué estás diciendo... Él sólo está resfriado, vas a ver que ahorita está bueno... Pero pasó un día y pasó otro y El Bacán no dejaba de toser hasta el vómito y la fiebre no le bajaba.

Momboñombo estaba decidido a llevarlo al hospital, pero Única no permitía por miedo a que se lo quitaran al darse cuenta de que no tenía documentos que demostraran que era suyo. El Oso Carmuco recogió una cuota entre la gente y

compró una gallina para friccionar al niño con enjundia y para prepararle un buen caldo que bebió a sorbos, a cucharaditas porque se estaba quedando sin fuerza. Todo el precario estaba al tanto de la enfermedad de El Bacán y todos compadecían. Momboñombo salía de cuando en cuando a despejarse y a hablar con la gente de su culpa en el asunto, y no lograba entender lo que le decían, "que nadie se imaginó lo del agua", "que quién iba a pensar que de puro gusto los iban a bañar de esa forma", "que había más de un niño enfermo, claro, ninguno como El Bacán, pero que hasta los grandes andaban moqueando desde ese día".

Única ya estaba en el hueso de velar en el lecho de El Bacán y no había manera de que comiera lo que Momboñombo preparaba. Él tampoco comía gran cosa y los días se pasaban sin mejoría, sin que nadie saliera a bucear, agotando las arcas, y viviendo de lo que el Oso Carmuco, la Llorona y algunas vecinas les llevaban. Única no se despegaba del niño, le contaba los cuentos de siempre, le cantaba las canciones de siempre y le recitaba 'cultivo una rosa blanca', pero El Bacán no daba señas de recuperarse, ni se recuperaría.

A mediados del mes de abril, la situación se agravó pese a los mejores esfuerzos de Única y Momboñombo; se agravó hasta tal punto que él salió en busca de un médico que, obviamente, no encontró. El viejo volvió dos horas más tarde en medio de la desesperación de no haberle parecido lo suficientemente serio a ningún médico de los que llamó por el teléfono público de Río Azul, ni a ninguno de los que fue a buscar personalmente a San Francisco de Dos Ríos... No había una sola barca entre tanto río y el naufragio parecía inevitable.

Cuando los médicos preguntaban la dirección y el viejo les decía que el niño se encontraba en el precario del botadero, ellos ni siquiera se reían; realmente lo tomaban como un chiste de mal gusto. El Bacán estaba delirando de fiebre cuando Momboñombo llegó a casa; cantaba canciones antiguas y recitaba la recitación del jardín. De pronto llamaba a Única, a Momboñombo, o al Oso, pero era claro que no se estaba dando cuenta de lo que pasaba. Única estaba hincada al pie de la cama con un rosario en la mano ofreciendo novenas a las Animas Benditas y limosna

para los pobres; las señoras vecinas la acompañaban en su plegaria, en su último esfuerzo.

El Oso rezaba también y la Llorona no decía nada pero lloraba en silencio. Momboñombo lloraba mordiendo una vieja almohada, con todas las esperanzas perdidas, mientras el rostro de Única iba adquiriendo un tono amarillento como de escultura hecha en raíz de café... Estaba delgada, enjuta, con la ropa pegada al cuerpo, mojada en su sudor y el de su hijo, con una mirada incrédula que se perdía segundo a segundo en una nebulosa de resignación demencial; no parpadeaba ni lagrimaba, porque ya sus ojos estaban secos y se les veía el fondo plano y opaco, carente de cualquier misterio. Y en medio del naufragio del género humano, El Bacán murió entre su tos y la mirada petrificada de sus padres.

Tosió fuerte, respiró profundo, gritó 'ùsh', y se fue. Momboñombo lloraba como una hiena y se rasguñaba la cara, pero Única estaba inmóvil, ajena a los llantos de los amigos... -No hay justicia, Única, por Dios, no hay justicia , gritaba Momboñombo. -Sí hay, fue lo último que murmuró Única, pero está sin hacer... y luego de una noche en vela, hacia el amanecer, muy temprano aún, llevaron el cuerpo de El Bacán al centro del basurero y lo tendieron ahí, siguiendo las indicaciones que Única daba sin hablar.

Todos juntos alrededor rezaron por el alma del niño dirigidos por el oso Carmuco quien, a duras penas, alcanzó a confortarlo con los Santos Sacramentos. Rezaron y rezaron y lloraron y callaron con la vista fija en el cuerpo, cuya cara había sido rasurada y sonrosada con colorete. Con la vista fija en el cuerpo del niño, todos vieron sin asombro cómo el basurero se lo había empezado a tragar. El cadáver se hundía suavemente entre la tierra y la basura como en arena movediza. Poco a poco se iba cubriendo solo, hasta que quedó fuera únicamente un mechón de cabello... unos instantes y desapareció luego entre las fauces de la tierra. Los zopilotes volaban alrededor en rígida formación.

Para cuando llegaron los operarios de los tractores y los camiones recolectores, ya todo había pasado y Única volvía a casa guiada por Momboñombo. En menos de quince días habían envejecido años y caminaban con dificultad. Momboñombo

lloraba desconsoladamente pero en silencio, sólo las copiosas lágrimas lo delataban. Pero a Única se le había petrificado el corazón y el rostro... toda ella, y callaba. Sin lágrimas ni llanto, se le escurrían los días por el caño de su dolor; sólo bebía agua de azúcar que su esposo le preparaba temeroso de que muriera también, y entonces, esta vez él no tendría más basurero dónde precipitarse, no había basurero para el basurero, y esta vez no sería maricón y acabaría con todo de una sola vez... -Sin hacerle daño a nadie... No volvió a leer los diarios y no se enteró de que la comunidad de Río Azul extendió el plazo ocho meses más para dar tiempo a la construcción del relleno de Esparza.

No se volvió a enterar de nada, solo pasaba los días cuidando a Única, dándole cucharaditas de caldo cuando ella daba señales de aceptarlo. No se enteró de un folletito cuyo borrador llegó al basurero en el elegante camión celeste en el que la Universidad aporta su cuota. No supo que se trataba del Informe de Impacto Ambiental elaborado por los científicos de la U., donde se demostraba cuán errónea había sido la elección de la finca Medina como sede del nuevo relleno, cuán política y no científica había sido la coronación de Cabezas de Esparza como nueva Reina de la Basura.

Momboñombo Moñagallo no leyó el informe y, muy probablemente no lo habría entendido tampoco, dado su alto nivel técnico y científico; pero como no hay que ser científico para comprender ciertas cosas, seguramente el viejo habría entendido perfectamente que se trataba de un lugar que distaba mucho de ser la 'olla' que el gobierno aseguraba que era; porque eso de llamar 'olla' al punto donde entran en contacto las aguas marinas superficiales que penetran por el estero Mero, con las aguas subterráneas, y las aguas recolectadas por el sistema de drenaje de la quebrada Barbudal... icoño!, eso era como confundir el perol del arroz con la bacinilla.

Pero nada de eso decía el informe científico de la compañía metalúrgica que se ganaría unos cuantos pesos por construir el nuevo relleno en esa finca; así como tampoco decía nada de la virtual contaminación del estero Mero y la consecuente pérdida de UN MILLÓN DE METROS CUADRADOS DE BOSQUE DE MANGLAR,

pese a que la ley indica claramente que "los manglares o bosques salados que existen en los litorales continentales o insulares y esteras del territorio nacional, y que forman parte de la zona pública en las zonas marítimoterrestre, constituyen Reserva Forestal, y están afectos a la Ley Forestal y a todas las disposiciones de ese decreto." .

Ni mencionaba tampoco nada de la naturaleza permeable del suelo, ni del pequeño detalle de que cavando un metro, comenzara ya a sentirse la presencia de las aguas subterráneas, ni que el suelo mismo era agrietado, como preludiando ya la úlcera que significaría un relleno en él. Pero, lo malo del informe de la Universidad era su difícil comprensión; pues muy difícil había de ser su lectura para que no se le considerara, aún advirtiendo que, de emplazar el relleno en la finca Medina, "los distintos afluentes líquidos que salieran de él, arrastrados por las aguas dulces de la quebrada Barbudal situada en la parte trasera de este, seguirían por el estero Mero hasta el río Barranca para seguir luego, los compuestos contaminantes, distribuyéndose por la corriente de deriva litoral hacia el Golfo de Nicoya"... cagándose en todo a su paso, en las playas de Puntarenas, en la vida marina al interior del golfo... en todo, en todo.

Y, por si fuera poco, se hacía caso omiso también de las repercusiones del traslado de la basura por la vía férrea, por atravesar esta ríos y quebradas, algunos con cauces de dimensiones considerables como el del Río Virilla y el Grande de Tárcoles, y por carecerse del todo de mecanismos emergentes en casos de crecidas de agua que socavaran las bases de los puentes, o en caso de sismos fuertes... Se menospreciaba también el hecho de que la Estación del Pacífico se fuera a convertir en un basurero, por ser el futuro puerto de embarque y la bodega de desechos, a apenas setecientos metros del centro de la capital y a ciento cincuenta metros de la Maternidad Carit, donde nacen los josefinos.

Y todo ello a la par de un sin fin de inconvenientes... El viejo no se enteraría tampoco de los logros de la resistencia espartana, ni de las amenazas, de parte del gobierno, de dejar el problema en manos de las municipalidades. Pasado un tiempo, Momboñombo Moñagallo comenzó a salir a bucear de nuevo porque alguien debía

procurar el aliento al hogar; pero siempre volvía a encontrar a Única inamovible en su duelo. Él le hablaba siempre, aunque fuera como hablar con la pared, porque ella no contestaba, no le dirigía la mirada, no se movía, no se rascaba la piel, que era el movimiento mínimo de un buzo... -¡No hacés nada, Única, no hacés nada por salir de ahí!, y ahora me doy cuenta de que todo, todo era falso, tus mentiras eran lo único que te sostenían en pie. Te mentiste durante veinte años de tu vida para no morir de tristeza, te trajiste todo para acá, la tradición familiar, las buenas costumbres, la maternidad, el horario de las comidas, todo, todo, sólo para no volverte loca.

Pero ¿qué locura era esa?, ¡Única, por Dios!, ¿qué locura era esa de cocinar en tu fogón para ese montón de buzos que la mayoría de las veces ni traían nada más que una puta hambre de Dios Padre y Señor Nuestro...? ¿Qué locura era esa?, ¡Única, por Dios!, que te hacía celebrar las navidades, los quinces de setiembre, los doces de octubre... Todo era de mentirillas, Única, era como jugar de casita mientras la realidad era que te estaba llevando puta de la tristeza de verte reducida a buzo después de haber sido maestra tantos años y haber vivido con las maestras la ilusión de enseñar a los niños a leer, y de creer firmemente que somos independientes y que Colón nos trajo la salvación y todo el cuento de hadas que es nuestra historia, mientras te desechaban por no tener un título y te daban una pensión de mierda que te llevó a la miseria... Momboñombo hablaba y hablaba entre un llanto seco que le alborotaba el asma. Hablaba con toda su propia biografía atravesada en la garganta, como si más bien, estuviera contando la historia de la resignación universal de los pobres.

Mientras, Única, como una muñequita de trapo del folclor urbano, de cuando en cuando suspiraba por inercia y seguía sumida en el autismo del absurdo. Alguien empujó la puerta y la luz del medio día lo cegó un instante. Poco a poco, Momboñombo fue reconociendo en la silueta de la entrada a Don Retana, que con sus ochenta y cinco años a cuestas había hecho un esfuerzo sobrehumano por subir la cuesta de la colina.

Él supo tardíamente lo de El Bacán, porque si no era Única quien lo visitaba, él no tenía otro contacto con los buzos. Entró arrastrando los pies y se aproximó a Única. Le acarició la cara y el cabello, la observó largo rato sin decir nada, suspiró y se sentó al lado de Momboñombo. En silencio, un viejo al lado del otro. -Lo siento en el alma, Momboñombo. Lo supe ayer y supe que ya hace casi un mes de la tragedia, pero uno que es un viejo no puede subir tan rápido esa cuesta... Ya nada es como antes, como cuando yo era marinero... estos brazos que usté ve ahora todos caídos, eran así de gruesos y el pecho hasta que daba gusto... pero véame ahora... -Ni me diga, Don Retana..., yo sé que usté hubiera venido.

Momboñombo comenzó de nuevo a hablar de los sofisticados mecanismos de Única de los hilos de marioneta con los que lograba sostener la apariencia de una vida basada en modelos aburguesados en medio del mierdero más ingrato del país: la olla de carne de los domingos, cuya carne se reducía a unos huesos de jarrete que el carnicero le regalaba con algún otro desperdicio y que ella llegaba jurando que lo había comprado, que había hecho fila hasta el mostrador de la carnicería, cuando todos sabían que el buenazo del carnicero le daba la bolsa de desechos de carne por la puerta trasera del negocio, y que las verduras que ahogaba en el caldo de los huesos, las juntaba de los caños de la calle de la feria del agricultor... y así con todo, con la maldita costumbre de perfumarse con aquella agua podrida que revolvía en su botella, que expelía un olor tan fuerte que hasta ahí en el basurero sentía.

-Pero ella creía que se estaba perfumando, Momboñombo, interrumpió don Retana,y, francamente eso era lo único que importaba. Cuando yo me retiré de la mar, vine con platilla, hice mi casa, crié a mi familia, después enviudé; pero mientras tuve los brazos firmes anduve con camiseta de tirantes para que todo el mundo me viera los tatuajes y supieran que yo era marinero, aunque hacía años ya que no era más que un marino retirado que tenía que ganarse la vida haciendo trabajitos en las casas de la gente, allá en San Francisco de Dos Ríos, donde las señoras que me tenían lástima me ponían a limpiarles el jardín, a destaquearles las canoas, a pintar el cinc... a lo que fuera, y yo, como siempre fui medio sordo ni me enteraba de nada, sólo trabajaba y trabajaba.

Después, se me murió Mary, y... iyo no sé para qué le cuento este cuento, Momboñombo! La cosa es que yo conocí a doña Única desde que empezó a venir aquí. Ella era una señora muy hablantina que entraba por la puerta de atrás y se sentaba conmigo en el bus y así fue como nos hicimos amigos. Después, cuando se vino a vivir aquí definitivamente, yo mismo le ayudé a levantar este ranchito, siempre le ayudábamos mi esposa y yo y comentábamos en la casa que la señora esta era admirable, que no daba el brazo a torcer, siempre lo más arregladita posible, siempre como aparentando que no pasaba nada, que aquello era por un tiempo. Pero ya ves, aquí se quedó.

Y más cuando se encontró a El Bacán... Don Retana hablaba sin saber que le estaba despedazando el corazón a Momboñombo. El viejito contó la historia de los últimos veinte años y Momboñombo se dio cuenta de que no difería en nada de la de los últimos seis meses. Única había logrado encerrar el tiempo en una de sus botellas y no lo dejaba pasar. En el basurero tal vez sucedían muchas cosas, tal vez no, pero en la vida de Única no pasaba nunca nada... El Bacán celebraba cumpleaños pero no cumplía años.

Don Conce se había muerto, pero Única seguía hablando de él como si estuviera vivo, aunque le rezaba cada vez que calculaba que ya había pasado un año más de su muerte. Única había congelado el tiempo para poder vivir, se había inventado la vida misma. Había arriesgado el pellejo encaramándose en el techo del ranchito sólo para colocar ahí una inútil antena de televisión de las que veía en las casas de los barrios. Había organizado las ollas comunes para imaginarse una familia grande:- así funcionaba y funcionó bien. Pero ahora había muerto El Bacán, y ella que logró sobrevivir al desmoronamiento de su mundo y tuvo fuerzas para inventárselo de nuevo, ahora, ante el absurdo doloroso de la desaparición de su hijo había quedado inerme como para levantar el mundo una vez más.

Y precisamente ahora que el gran basurero hasta le había prodigado al príncipe azul y ya se estaba haciendo a la idea de comer perdices; precisamente en ese momento le explotaba en pedazos la esfera herrumbrada y abollada de su mundo; ahí fue cuando la mosca rompió la telaraña de una araña añeja que ya no podía

remendarla de nuevo. Momboñombo decidió que los días de basurero habían terminado; juntó todos los ahorros de Única con los suyos y avisó que se iban.

El Oso Carmuco les, dio sus ahorros también y de nuevo recogió una suma entre los vecinos para la causa de los viejos. Dejaron la casa abierta. El sólo empacó algunas cosas, convencido de que más que servirles les estorbarían, pero no tuvo corazón para deshacerse de los libros preferidos de El Bacán, ni de algunos de sus juguetes, más unas cuantas cosas para sobrevivir, unas cobijas raídas, un comal, un perol, la gran botella de perfume de Única para perfumarla todos los días como había venido haciendo, todos los cepillos de dientes y las tripas de dentífricos, el tapiz de los perros jugando billar y algunos corotos más, la mayoría de ellos inservibles. El Oso Carmuco los acompañó hasta la estación del autobús de Puntarenas, pagó los pasajes con lo recaudado, los dejó sentados en sus asientos y los abrazó largo rato; besó a Única y le dijo que ella también había sido una madre para él... y para todos, y se alejó como llorando.

Cuando el encargado recogía los boletos, reparó en la extraña pareja, pero como habían pagado sus pasajes no dijo nada. Única iba sentada en el asiento de la ventana pero no iba viendo nada; tampoco preguntó a dónde se dirigían, sólo se dejó llevar, enjuta y temblorosa como un pajarito, con la vista fija y el alma raída. Ni el verdor del camino, ni el calor, ni el azul arrepentido del mar de Puntarenas penetraron el muro que envolvía a Única.

Ella se bajó del bus igual que cuando lo abordó, sin expresar ni siquiera un síntoma de que se daba cuenta de lo que sucedía. Momboñombo la abrazó, alzó el envoltorio con las cosas, y comenzó a guiarla hacia el mar. Caminaron bajo un sol que Única no distinguía de su penumbra interior, hasta llegar al Paseo de los Turistas donde hallaron un poyo dónde sentarse a mirar al mar. Era medio día y no almorzaron, sólo miraban al mar; a la noche, él sacó las cobijas, o más bien, sacó las cosas de las cobijas con las que había improvisado una valija y se cubrió junto con ella, pero siguieron viendo al mar.

Temprano por la mañana, Momboñombo despertó y sintió un ligero alivio sin saber por qué; pero Única no daba muestras de haber dormido, así como tampoco de haber trasnochado, simplemente seguía ahí, con la breve variante de que había dirigido su mirada al mar. El viejo recogió las cobijas, acomodó el motete al lado de Única y fue por algo para desayunar, con lo que volvió más tarde para encontrar a su esposa exactamente igual que como la había dejado. Pero él no había dejado de hablarle en ningún momento... -Ve qué rico lo que te traje para el desayuno, Única, unos bollitos de pan del que te gusta a vos, con jalea de guayaba... y le untó el pan con jalea y se lo llevó a su boca, en pedacitos pequeños que ella aceptaba maquinalmente.

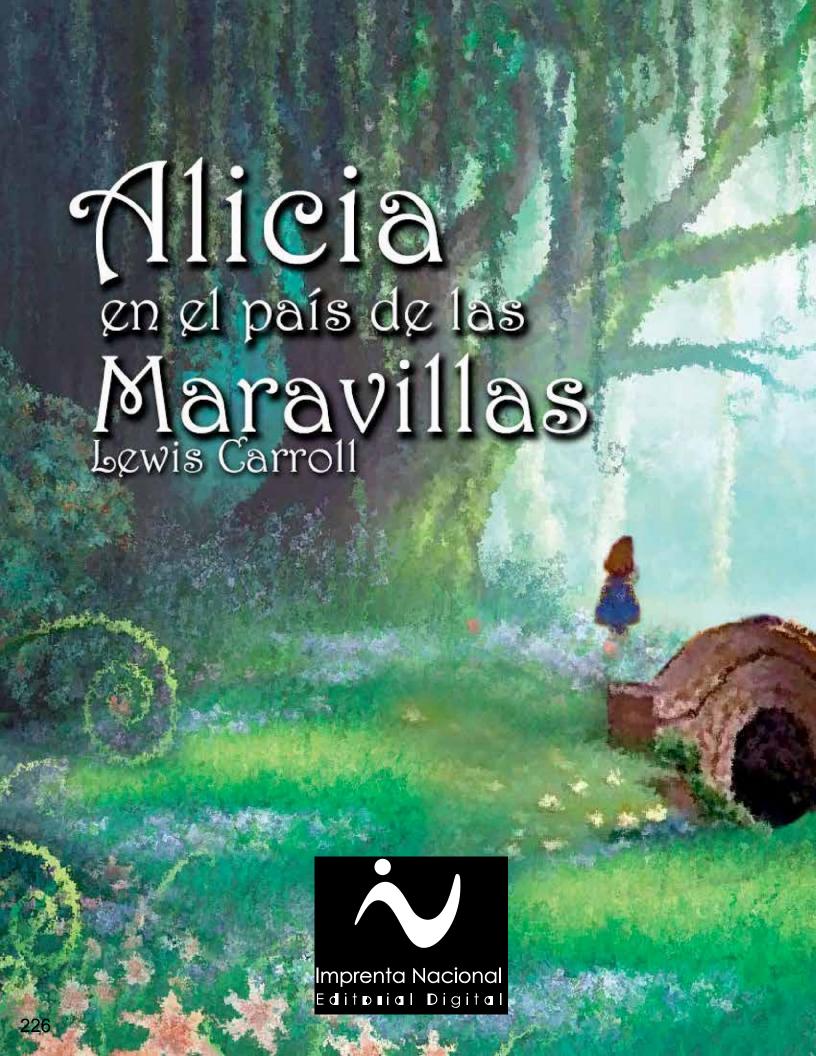
Los ahorros alcanzarían a lo sumo para una semana. Ellos, sentados de cara al mar pasaron el día y hacia la tarde comieron de nuevo pan con mantequilla derretida del calor, que él también había comprado para la sorpresa de la cena. A la mañana siguiente se repitió lo mismo, esta vez con carácter de ritual, pero de vuelta, Momboñombo acertó a robarse una rosa de un jardín y después del desayuno se la puso a Única en las manos, la llevó a la orilla del mar y le enseñó a deshojarla para tirar los pétalos al agua... despacito, poco a poco, de uno en uno, sin tirar el otro antes de que el anterior no hubiera desaparecido entre las olas, hasta que sólo quedara el botón desnudo con el tallo que también había que arrojar, y después, de vuelta al poyo a sentar a Única a mirar al mar.

Agotadas las arcas, Momboñombo, que para ese entonces ya era un buzo tan auténtico como cualquier buzo, dejaba a Única mirando al mar y se iba a recoger cuanta cosa reciclable hallara por la playa, en especial latas, porque había tantas que bien se ganaba con ellas lo suficiente como para no dejar de comer y una vez al día, después del desayuno, él llevaba a su mujer a deshojar la rosa robada a las olas de la orilla y juntos veían cómo el mar se tragaba cada pétalo, cada pétalo... cada pétalo.

La experiencia acumulada llevó a Momboñombo a bucear también por las calles y por el mercado, de donde conseguía no pocas cosas qué comer o reciclar que vendía luego en un puestito que improvisaba con una de sus cobijas, sobre la cual se sentaba con su trajecito gris y su sombrero de lona blanco mugre, a exhibir su mercancía: recipientes plásticos que él lavaba y pulía con arena y agua de mar,

sandalias izquierdas que no coincidían con las derechas, vasos plásticos de las ofertas de las compañías de gaseosas, trapos viejos, ropa vieja, infinidad de chunches de los que botan los turistas... La playa estaba atiborrada de basura, pero sólo el ojo clínico de un buzo sabía sacarle provecho al desperdicio, y día a día Momboñombo trabajaba duro para que nada les faltara, especialmente a Única y, bajo ninguna circunstancia su rosa robada, que ella deshojaba, como en un tributo al mar, que quizás le devolvería a su alma su naturaleza de celofán y a sus ojos un atisbo de mirada.

Pero cuánto tiempo tendría que pasar antes de que, a golpe de pétalos sobre las olas, Única comenzara a intentar una sonrisa, o algo que se le pareciera y no fuera más que el alegrón de burro que se llevaba Momboñombo cuando la veía y él juraba haber visto una chispa de vida en el gesto que al cabo de un rato, se le comenzaba a desdibujar, a írsele, como una ola de la playa de sus dientes postizos. San José, 10 de junio de 1993.



823.8

C319a Carroll, Lewis, 1832-1898

Alicia en el país de las maravillas [recurso electrónico] / Lewis Carroll -- 1a ed. -- San José :

Imprenta Nacional, 2012.

1 recurso en línea (94 p.) : pdf ; 770 Kb

ISBN 978-9977-58-323-5

1. Cuentos ingleses. 2. Cuentos infantiles. I. Título

DGB/PT 12-41

Fuente: Bibliotecas Virtuales

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons ReconocimientoNoCo SinObraDerivada 3.0 Costa Rica. http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3



El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.



EDITORIAL DIGITAL www.imprentanacional.go.cr

COSTA RICA

ALICIA EN EL PAÍS DE LAS MARAVILLAS

A través de la tarde color de oro el agua nos lleva sin esfuerzo por nuestra parte, pues los que empujan los remos son unos brazos infantiles que intentan, con sus manitas guiar el curso de nuestra barca.

Pero, ¡las tres son muy crueles! ya que sin fijarse en el apacible tiempo ni en el ensueño de la hora presente, ¡exigen una historia de una voz que apenas tiene aliento, tanto que ni a una pluma podría soplar! Mas, ¿qué podría una voz tan débil contra la voluntad de las tres?

La primera, imperiosamente, dicta su decreto: "¡Comience el cuento!" La segunda, un poco más amable, pide que el cuento no sea tonto, mientras que la tercera interrumpe la historia nada más que una vez por minuto.

Conseguido al fin el silencio, con la imaginación las lleva, siguiendo a esa niña soñada, por un mundo nuevo, de hermosas maravillas en el que hasta los pájaros y las bestias hablan con voz humana, y ellas casi se creen estar allí.

Y cada vez que el narrador intentaba, seca ya la fuente de su inspiración dejar la narración para el día siguiente, y decía: "El resto para la próxima vez", las tres, al tiempo, decían: "¡Ya es la próxima vez!" Y así fue surgiendo el "País de las Maravillas", poquito a poco, y una a una, el mosaico de sus extrañas aventuras. Y ahora, que el relato toca a su fin.

También el timón de la barca nos vuelve al hogar, ¡una alegre tripulación, bajo el sol que ya se oculta!

Alicia, para ti este cuento infantil. Ponlo con tu mano pequeña y amable donde descansan los cuentos infantiles, entrelazados, como las flores ya marchitas en la guirnalda de la Memoria. Es la ofrenda de un peregrino que las recogió en países lejanos.

CAPÍTULO I

EN LA MADRIGUERA DEL CONEJO

Alicia empezaba ya a cansarse de estar sentada con su hermana a la orilla del río, sin tener nada que hacer: había echado un par de ojeadas al libro que su hermana estaba leyendo, pero no tenía dibujos ni diálogos. « ¿Y de qué sirve un libro sin dibujos ni diálogos? », se preguntaba Alicia.

Así pues, estaba pensando (y pensar le costaba cierto esfuerzo, porque el calor del día la había dejado soñolienta y atontada) si el placer de tejer una guirnalda de margaritas la compensaría del trabajo de levantarse y coger las margaritas, cuando de pronto saltó cerca de ella un Conejo Blanco de ojos rosados.

No había nada muy extraordinario en esto, ni tampoco le pareció a Alicia muy extraño oír que el conejo se decía a sí mismo: «¡Dios mío!¡Dios mío!¡Voy a llegar tarde!» (Cuando pensó en ello después, decidió que, desde luego, hubiera debido sorprenderla mucho, pero en aquel momento le pareció lo más natural del mundo). Pero cuando el conejo se sacó un reloj de bolsillo del chaleco, lo miró y echó a correr, Alicia se levantó de un salto, porque comprendió de golpe que ella nunca había visto un conejo con chaleco, ni con reloj que sacarse de él, y, ardiendo de curiosidad, se puso a correr tras el conejo por la pradera, y llegó justo a tiempo para ver cómo se precipitaba en una madriguera que se abría al pie del seto.

Un momento más tarde, Alicia se metía también en la madriguera, sin pararse a considerar cómo se las arreglaría después para salir.

Al principio, la madriguera del conejo se extendía en línea recta como un túnel, y después torció bruscamente hacia abajo, tan bruscamente que Alicia no tuvo siquiera tiempo de pensar en detenerse y se encontró cayendo por lo que parecía un pozo muy profundo.

O el pozo era en verdad profundo, o ella caía muy despacio, porque Alicia, mientras descendía, tuvo tiempo sobrado para mirar a su alrededor y para preguntarse qué iba a suceder después. Primero, intentó mirar hacia abajo y ver a dónde iría a parar, pero estaba todo demasiado oscuro para distinguir nada. Después miró hacia las paredes del pozo y observó que estaban cubiertas de armarios y estantes para libros: aquí y allá vio mapas y cuadros, colgados de clavos. Cogió, a su paso, un jarro de los estantes. Llevaba una etiqueta que decía: MERMELADA DE NARANJA, pero vio, con desencanto, que estaba vacío.

No le pareció bien tirarlo al fondo, por miedo a matar a alguien que anduviera por abajo, y se las arregló para dejarlo en otro de los estantes mientras seguía descendiendo.

« ¡Vaya! », pensó Alicia. « ¡Después de una caída como ésta, rodar por las escaleras me parecerá algo sin importancia! ¡Qué valiente me encontrarán todos! ¡Ni siquiera lloraría, aunque me cayera del tejado! » (Y era verdad.)Abajo, abajo, abajo, ¿No acabaría nunca de caer?

-Me gustaría saber cuántas millas he descendido ya -dijo en voz alta-.

Tengo que estar bastante cerca del centro de la tierra. Veamos: creo que está a cuatro mil millas de profundidad...

Como veis, Alicia había aprendido algunas cosas de éstas en las clases de la escuela, y aunque no era un momento muy oportuno para presumir de sus conocimientos, ya que no había nadie allí que pudiera escucharla, le pareció que repetirlo le servía de repaso.

-Sí, está debe de ser la distancia... pero me pregunto a qué latitud o longitud habré llegado.

Alicia no tenía la menor idea de lo que era la latitud, ni tampoco la longitud, pero le pareció bien decir unas palabras tan bonitas e impresionantes. Enseguida volvió a empezar.

-¡A lo mejor caigo a través de toda la tierra! ¡Qué divertido sería salir donde vive esta gente que anda cabeza abajo! Los antipáticos, creo... (Ahora Alicia se alegró de que no hubiera nadie escuchando, porque esta palabra no le sonaba del todo bien.) Pero entonces tendré que preguntarles el nombre del país. Por favor, señora, ¿estamos en Nueva Zelanda o en Australia?

Y mientras decía estas palabras, ensayó una reverencia. ¡Reverencias mientras caía por el aire! ¿Creéis que esto es posible?

-¡Y qué criatura tan ignorante voy a parecerle! No, mejor será no preguntar nada. Ya lo veré escrito en alguna parte.

Abajo, abajo, abajo. No había otra cosa que hacer y Alicia empezó enseguida a hablar otra vez.

-¡Temo que Dinah me echará mucho de menos esta noche! (Dinah era la gata.) Espero que se acuerden de su platito de leche a la hora del té. ¡Dinah, guapa, me gustaría tenerte conmigo aquí abajo! En el aire no hay ratones, claro, pero podrías cazar algún murciélago, y se parecen mucho a los ratones, sabes. Pero me pregunto: ¿comerán murciélagos los gatos?

Al llegar a este punto, Alicia empezó a sentirse medio dormida y siguió diciéndose como en sueños: « ¿Comen murciélagos los gatos? » Y a veces: « ¿Comen gatos los murciélagos? » Porque, como no sabía contestar a ninguna de las dos preguntas, no importaba mucho cual de las dos se formulara. Se estaba durmiendo de veras y empezaba a soñar que paseaba con Dinah de la mano y que le preguntaba con mucha ansiedad: «Ahora Dinah, dime la verdad, ¿te has comido alguna vez un murciélago?», cuando de pronto, ¡cataplum!, fue a dar sobre un montón de ramas y hojas secas. La caída había terminado.

Alicia no sufrió el menor daño, y se levantó de un salto. Miró hacia arriba, pero todo estaba oscuro. Ante ella se abría otro largo pasadizo, y alcanzó a ver en él al Conejo Blanco, que se alejaba a toda prisa. No había momento que perder, y Alicia, sin vacilar, echó a correr como el viento, y llego justo a tiempo para oírle decir, mientras doblaba un recodo:

-¡Válganme mis orejas y bigotes, qué tarde se me está haciendo!

Iba casi pisándole los talones, pero, cuando dobló a su vez el recodo, no vio al Conejo por ninguna parte. Se encontró en un vestíbulo amplio y bajo, iluminado por una hilera de lámparas que colgaban del techo.

Había puertas alrededor de todo el vestíbulo, pero todas estaban cerradas con llave, y cuando Alicia hubo dado la vuelta, bajando por un lado y subiendo por el otro, probando puerta a puerta, se dirigió tristemente al centro de la habitación, y se preguntó cómo se las arreglaría para salir de allí.

De repente se encontró ante una mesita de tres patas, toda de cristal macizo.

No había nada sobre ella, salvo una diminuta llave de oro, y lo primero que se le ocurrió a Alicia fue que debía corresponder a una de las puertas del vestíbulo. Pero, ¡ay!, o las cerraduras eran demasiado grandes, o la llave era demasiado pequeña, lo cierto es que no pudo abrir ninguna puerta. Sin embargo, al dar la vuelta por segunda vez, descubrió una cortinilla que no había visto antes, y detrás había una puertecita de unos dos palmos de altura. Probó la llave de oro en la cerradura, y vio con alegría que ajustaba bien.

Alicia abrió la puerta y se encontró con que daba a un estrecho pasadizo, no más ancho que una ratonera. Se arrodilló y al otro lado del pasadizo vio el jardín más maravilloso que podáis imaginar. ¡Qué ganas tenía de salir de aquella oscura sala y de pasear entre aquellos macizos de flores multicolores y aquellas frescas fuentes! Pero ni siquiera podía pasar la cabeza por la abertura. «Y aunque pudiera pasar la cabeza», pensó la pobre Alicia, «de poco iba a servirme sin los hombros. ¡Cómo me gustaría poderme encoger como un telescopio! Creo que podría hacerlo, sólo con saber por dónde empezar.» Y es que, como veis, a Alicia le habían pasado tantas cosas extraordinarias aquel día, que había empezado a pensar que casi nada era en realidad imposible.

11

De nada servía quedarse esperando junto a la puertecita, así que volvió a la mesa, casi con la esperanza de encontrar sobre ella otra llave, o, en todo caso, un libro de instrucciones para encoger a la gente como si fueran telescopios. Esta vez encontró en la mesa una botellita («que desde luego no estaba aquí antes», dijo Alicia), y alrededor del cuello de la botella había una etiqueta de papel con la palabra «BEBEME» hermosamente impresa en grandes caracteres.

Está muy bien eso de decir «BEBEME», pero la pequeña Alicia era muy prudente y no iba a beber aquello por las buenas. «No, primero voy a mirar», se dijo, «para ver si lleva o no la indicación de veneno.» Porque Alicia había leído preciosos cuentos de niños que se habían quemado, o habían sido devorados por bestias feroces, u otras cosas desagradables, sólo por no haber querido recordar las sencillas normas que las personas que buscaban su bien les habían inculcado: como que un hierro al rojo te quema si no lo sueltas en seguida, o que si te cortas muy hondo en un dedo con un cuchillo suele salir sangre. Y Alicia no olvidaba nunca que, si bebes mucho de una botella que lleva la indicación «veneno», terminará, a la corta o a la larga, por hacerte daño.

Sin embargo, aquella botella no llevaba la indicación «veneno», así que Alicia se atrevió a probar el contenido, y, encontrándolo muy agradable (tenía, de hecho, una mezcla de sabores a tarta de cerezas, almíbar, piña, pavo asado, caramelo y tostadas calientes con mantequilla), se lo acabó en un santiamén.

-¡Qué sensación más extraña! -dijo Alicia-. Me debo estar encogiendo como un telescopio.

Y así era, en efecto: ahora medía sólo veinticinco centímetros, y su cara se iluminó de alegría al pensar que tenía la talla adecuada para pasar por la puertecita y meterse en el maravilloso jardín. Primero, no obstante, esperó unos minutos para ver si seguía todavía disminuyendo de tamaño, y esta posibilidad la puso un poco nerviosa. «No vaya consumirme del todo, como una vela», se dijo para sus adentros. «¿Qué sería de mí entonces? » E intentó imaginar qué ocurría con la llama de una vela, cuando la vela estaba apagada, pues no podía recordar haber visto nunca una cosa así.

Después de un rato, viendo que no pasaba nada más, decidió salir en seguida al jardín. Pero, ¡pobre Alicia!, cuando llegó a la puerta, se encontró con que había olvidado la llavecita de oro, y, cuando volvió a la mesa para recogerla, descubrió que no le era posible alcanzarla. Podía verla claramente a través del cristal, e intentó con ahínco trepar por una de las patas de la mesa, pero era demasiado resbaladiza. Y cuando se cansó de intentarlo, la pobre niña se sentó en el suelo y se echó a llorar.

« ¡Vamos! ¡De nada sirve llorar de esta manera! », se dijo Alicia a sí misma, con bastante firmeza. « ¡Te aconsejo que dejes de llorar ahora mismo! » Alicia se daba por lo general muy buenos consejos a sí misma (aunque rara vez los seguía), y algunas veces se reñía con tanta dureza que se le saltaban las lágrimas. Se acordaba incluso de haber intentado una vez tirarse de las orejas por haberse hecho trampas en un partido de croquet que jugaba consigo misma, pues a esta curiosa criatura le gustaba mucho comportarse como si fuera dos personas a la vez. «¡Pero de nada me serviría ahora comportarme como si fuera dos personas!», pensó la pobre Alicia. «¡Cuando ya se me hace bastante difícil ser una sola persona como Dios manda!»Poco después, su mirada se posó en una cajita de cristal que había debajo de la mesa. La abrió y encontró dentro un diminuto

pastelillo, en que se leía la palabra «COMEME», deliciosamente escrita con grosella. «Bueno, me lo comeré»,

se dijo Alicia, «y si me hace crecer, podré coger la llave, y, si me hace todavía más pequeña, podré deslizarme por debajo de la puerta. De un modo o de otro entraré en el jardín, y eso es lo que importa.»Dio un mordisquito y se preguntó nerviosísima a sí misma: «¿Hacia dónde? ¿Hacia dónde? » Al mismo tiempo, se llevó una mano a la cabeza para notar en qué dirección se iniciaba el cambio, y quedó muy sorprendida al advertir que seguía con el mismo tamaño. En realidad, esto es lo que sucede normalmente cuando se da un mordisco a un pastel, pero Alicia estaba ya tan acostumbrada a que todo lo que le sucedía fuera extraordinario, que le pareció muy aburrido y muy tonto que la vida discurriese por cauces normales.

Así pues pasó a la acción, y en un santiamén dio buena cuenta del pastelito.

CAPÍTULO II

EL CHARCO DE LÁGRIMAS

-¡Curiorífico y curiorífico! -exclamó Alicia (estaba tan sorprendida, que por un momento se olvidó hasta de hablar correctamente)-. ¡Ahora me estoy estirando como el telescopio más largo que haya existido jamás! ¡Adiós, pies! -gritó, porque cuando miró hacia abajo vio que sus pies quedaban ya tan lejos que parecía fuera a perderlos de vista-. ¡Oh, mis pobrecitos pies! ¡Me pregunto quién os pondrá ahora vuestros zapatos y vuestros calcetines! ¡Seguro que yo no podré hacerlo! Voy a estar demasiado lejos para ocuparme personalmente de vosotros: tendréis que arreglároslas como podáis... Pero voy a tener que ser amable con ellos -pensó Alicia-, ¡o a lo mejor no querrán llevarme en la dirección en que yo quiera ir! Veamos: les regalaré un par de zapatos nuevos todas las Navidades.

Y siguió planeando cómo iba a llevarlo a cabo:

-Tendrán que ir por correo. ¡Y qué gracioso será esto de mandarse regalos a los propios pies! ¡Y qué chocante va a resultar la dirección!

Al Sr. Pie Derecho de Alicia

Alfombra de la Chimenea,

junto al Guardafuegos

(con un abrazo de Alicia). ¡Dios mío, qué tonterías tan grandes estoy diciendo!

Justo en este momento, su cabeza chocó con el techo de la sala: en efecto, ahora medía más de dos metros. Cogió rápidamente la llavecita de oro y corrió hacia la puerta del jardín.

¡Pobre Alicia! Lo máximo que podía hacer era echarse de lado en el suelo y mirar el jardín con un solo ojo; entrar en él era ahora más difícil que nunca.

Se sentó en el suelo y volvió a llorar.

-¡Debería darte vergüenza! -dijo Alicia-. ¡Una niña tan grande como tú (ahora sí que podía decirlo) y ponerse a llorar de este modo! ¡Para inmediatamente!

Pero siguió llorando como si tal cosa, vertiendo litros de lágrimas, hasta que se formó un verdadero charco a su alrededor, de unos diez centímetros de profundidad y que cubría la mitad del suelo de la sala.

Al poco rato oyó un ruidito de pisadas a lo lejos, y se secó rápidamente los ojos para ver quién llegaba. Era el Conejo Blanco que volvía, espléndidamente vestido, con un par de guantes blancos de cabritilla en una mano y un gran abanico en la otra. Se acercaba trotando a toda prisa, mientras rezongaba para sí:

-¡Oh! ¡La Duquesa, la Duquesa! ¡Cómo se pondrá si la hago esperar!

Alicia se sentía tan desesperada que estaba dispuesta a pedir socorro a cualquiera. Así pues, cuando el Conejo estuvo cerca de ella, empezó a decirle tímidamente y en voz baja:

-Por favor, señor...

El Conejo se llevó un susto tremendo, dejó caer los guantes blancos de cabritilla y el abanico, y escapó a todo correr en la oscuridad.

Alicia recogió el abanico y los guantes, Y, como en el vestíbulo hacía mucho calor, estuvo abanicándose todo el tiempo mientras se decía:

-¡Dios mío! ¡Qué cosas tan extrañas pasan hoy! Y ayer todo pasaba como de costumbre. Me pregunto si habré cambiado durante la noche. Veamos: ¿era yo la misma al levantarme esta mañana? Me parece que puedo recordar que me sentía un poco distinta. Pero, si no soy la misma, la siguiente pregunta es ¿quién demonios soy? ¡Ah, este es el gran enigma!

Y se puso a pensar en todas las niñas que conocía y que tenían su misma edad, para ver si podía haberse transformado en una de ellas.

-Estoy segura de no ser Ada -dijo-, porque su pelo cae en grandes rizos, y el mío no tiene ni medio rizo. Y estoy segura de que no puedo ser Mabel, porque yo sé muchísimas cosas, y ella, oh, ¡ella sabe Poquísimas! Además, ella es ella, y yo soy yo, y... ¡Dios mío, qué rompecabezas! Voy a ver si sé todas las cosas que antes sabía. Veamos: cuatro por cinco doce, y cuatro por seis trece, y cuatro por siete...

¡Dios mío! ¡Así no llegaré nunca a veinte! De todos modos, la tabla de multiplicar no significa nada. Probemos con la geografía. Londres es la capital de París, y París es la capital de Roma, y

Roma... No, lo he dicho todo mal, estoy segura. ¡Me debo haber convertido en Mabel! Probaré, por ejemplo el de la industriosa abeja."

Cruzó las manos sobre el regazo y notó que la voz le salía ronca y extraña y las palabras no eran las que deberían ser:

¡Ves como el industrioso cocodrilo Aprovecha su lustrosa cola Y derrama las aguas del Nilo Por sobre sus escamas de oro!

¡Con que alegría muestra sus dientes Con que cuidado dispone sus uñas Y se dedica a invitar a los pececillos Para que entren en sus sonrientes mandíbulas!

¡Estoy segura que esas no son las palabras! Y a la pobre Alicia se le llenaron otra vez los ojos de lágrimas.

-¡Seguro que soy Mabel! Y tendré que ir a vivir a aquella casucha horrible, y casi no tendré juguetes para jugar, y ¡tantas lecciones que aprender! No, estoy completamente decidida: ¡si soy Mabel, me quedaré aquí! De nada servirá que asomen sus cabezas por el pozo y me digan: «¡Vuelve a salir, cariño! » Me limitaré a mirar hacia arriba y a decir: «¿Quién soy ahora, veamos? Decidme esto primero, y después, si me gusta ser esa persona, volveré a subir. Si no me gusta, me quedaré aquí abajo hasta que sea alguien distinto... » Pero, Dios mío -exclamó Alicia, hecha un mar de lágrimas, ¡cómo me gustaría que asomaran de veras sus cabezas por el pozo! ¡Estoy tan cansada de estar sola aquí abajo!

Al decir estas palabras, su mirada se fijó en sus manos, y vio con sorpresa que mientras hablaba se había puesto uno de los pequeños guantes blancos de cabritilla del Conejo.

-¿Cómo he podido hacerlo? -se preguntó-. Tengo que haberme encogido otra vez.

Se levantó y se acercó a la mesa para comprobar su medida. Y descubrió que, según sus conjeturas, ahora no medía más de sesenta centímetros, y seguía achicándose rápidamente. Se dio cuenta en seguida de que la causa de todo era el abanico que tenía en la mano, y lo soltó a toda prisa, justo a tiempo para no llegar a desaparecer del todo.

-¡De buena me he librado! -dijo Alicia, bastante asustada por aquel cambio inesperado, pero muy contenta de verse sana y salva-. ¡Y ahora al jardín!

Y echó a correr hacia la puertecilla. Pero, ¡ay!, la puertecita volvía a estar cerrada y la llave de oro seguía como antes sobre la mesa de cristal. « ¡Las cosas están peor que nunca! », pensó la pobre Alicia. « ¡Porque nunca había sido tan pequeña como ahora, nunca! ¡Y declaro que la situación se está poniendo imposible! »

Mientras decía estas palabras, le resbaló un pie, y un segundo más tarde, ¡chap!, estaba hundida hasta el cuello en agua salada. Lo primero que se le ocurrió fue que se había caído de alguna manera en el mar. «Y en este caso podré volver a casa en tren», se dijo para sí. (Alicia había ido a la playa una sola vez en su vida, y había llegado a la conclusión general de que, fuera uno a donde fuera, la costa inglesa estaba siempre llena de casetas de baño, niños jugando con palas en la arena, después una hilera de casas y detrás una estación de ferrocarril.) Sin embargo, pronto comprendió que estaba en el charco de lágrimas que había derramado cuando medía casi tres metros de estatura.

-¡Ojalá no hubiera llorado tanto! -dijo Alicia, mientras nadaba a su alrededor, intentando encontrar la salida-. ¡Supongo que ahora recibiré el castigo y moriré ahogada en mis propias lágrimas! ¡Será de veras una cosa extraña! Pero todo es extraño hoy.

En este momento oyó que alguien chapoteaba en el charco, no muy lejos de ella, y nadó hacia allí para ver quién era. Al Principio creyó que se trataba de una morsa o un hipopótamo, pero después se acordó de lo pequeña que era ahora, y comprendió que sólo era un ratón que había caído en el charco como ella.

-¿Servirá de algo ahora -se preguntó Alicia- dirigir la palabra a este ratón? Todo es tan extraordinario aquí abajo, que no me sorprendería nada que pudiera hablar. De todos modos, nada se pierde por intentarlo. -Así pues, Alicia empezó a decirle-: Oh, Ratón, ¿sabe usted cómo salir de este charco? ¡Estoy muy cansada de andar nadando de un lado a otro, oh, Ratón!

Alicia pensó que éste sería el modo correcto de dirigirse a un ratón; nunca se había visto antes en una situación parecida, pero recordó haber leído en la Gramática Latina de su hermano «el ratón - del ratón - al ratón - para el ratón - ¡oh, ratón!» El Ratón la miró atentamente, y a Alicia le pareció que le guiñaba uno de sus ojillos, pero no dijo nada. «Quizá no sepa hablar inglés», pensó Alicia. «Puede ser un ratón francés, que llegó hasta aquí con Guillermo el Conquistador.» (Porque a pesar de todos sus conocimientos de historia, Alicia no tenía una idea muy clara de cuánto tiempo atrás habían tenido lugar algunas cosas.) Siguió pues:

-Où est ma chatte?

Era la primera frase de su libro de francés. El Ratón dio un salto inesperado fuera del agua y empezó a temblar de pies a cabeza.

- -¡Oh, le ruego que me perdone! -gritó Alicia apresuradamente, temiendo haber herido los sentimientos del pobre animal-. Olvidé que a usted no le gustan los gatos.
- -¡No me gustan los gatos! -exclamó el Ratón en voz aguda y apasionada-. ¿Te gustarían a ti los gatos si tú fueses yo?

-Bueno, puede que no -dijo Alicia en tono conciliador-. No se enfade por esto. Y, sin embargo, me gustaría poder enseñarle a nuestra gata Dinah.

Bastaría que usted la viera para que empezaran a gustarle los gatos. Es tan bonita y tan suave siguió Alicia, hablando casi para sí misma, mientras nadaba perezosa por el charco-, y ronronea tan dulcemente junto al fuego, lamiéndose las patitas y lavándose la cara... y es tan agradable tenerla en brazos... y es tan hábil cazando ratones... ¡Oh, perdóneme, por favor! -gritó de nuevo Alicia, porque esta vez al Ratón se le habían puesto todos los pelos de punta y tenía que estar enfadado de veras-. No hablaremos más de Dinah, si usted no quiere.

-¡Hablaremos dices! chilló el Ratón, que estaba temblando hasta la mismísima punta de la cola. ¡Como si yo fuera a hablar de semejante tema! Nuestra familia ha odiado siempre a los gatos: ¡bichos asquerosos, despreciables, vulgares! ¡Que no vuelva a oír yo esta palabra!

-¡No la volveré a pronunciar! -dijo Alicia, apresurándose a cambiar el tema de la conversación-.¿Es usted... es usted amigo... de... de los perros? El Ratón no dijo nada y Alicia siguió diciendo atropelladamente-: ¡Hay cerca de casa un perrito tan mono que me gustaría que lo conociera! Un pequeño terrier de ojillos brillantes, sabe, con el pelo largo, rizado, castaño. Y si le tiras un palo, va y lo trae, y se sienta sobre dos patas para pedir la comida, y muchas cosas más... no me acuerdo ni de la mitad... Y es de un granjero, sabe, y el granjero dice que es un perro tan útil que no lo vendería ni por cien libras. Dice que mata todas las ratas y... ¡Dios mío! -exclamó Alicia trastornada-. ¡Temo que lo he ofendido otra vez!

Porque el Ratón se alejaba de ella nadando con todas sus fuerzas, y organizaba una auténtica tempestad en la charca con su violento chapoteo. Alicia lo llamó dulcemente mientras nadaba tras él:

-¡Ratoncito querido! ¡Vuelve atrás, y no hablaremos más de gatos ni de perros, puesto que no te gustan!

Cuando el Ratón oyó estas palabras, dio media vuelta y nadó lentamente hacia ella: tenía la cara pálida (de emoción, pensó Alicia) y dijo con vocecita temblorosa:

-Vamos a la orilla, y allí te contaré mi historia, y entonces comprenderás por qué odio a los gatos y a los perros.

Ya era hora de salir de allí, pues la charca se iba llenando más y más de los pájaros y animales que habían caído en ella: había un pato y un dodo, un loro y un aguilucho y otras curiosas criaturas. Alicia abrió la marcha y todo el grupo nadó hacia la orilla.

CAPÍTULO III

UNA CARRERA LOCA Y UNA LARGA HISTORIA

El grupo que se reunió en la orilla tenía un aspecto realmente extraño: los pájaros con las plumas sucias, los otros animales con el pelo pegado al cuerpo, y todos calados hasta los huesos, malhumorados e incómodos.

Lo primero era, naturalmente, discurrir el modo de secarse: lo discutieron entre ellos, y a los pocos minutos a Alicia le parecía de lo más natural encontrarse en aquella reunión y hablar familiarmente con los animales, como si los conociera de toda la vida. Sostuvo incluso una larga discusión con el Loro, que terminó poniéndose muy tozudo y sin querer decir otra cosa que «soy más viejo que tú, y tengo que saberlo mejor». Y como Alicia se negó a darse por vencida sin saber antes la edad del Loro, y el Loro se negó rotundamente a confesar su edad, ahí acabó la conversación.

Por fin el Ratón, que parecía gozar de cierta autoridad dentro del grupo, les gritó:

-¡Sentaos todos y escuchadme! ¡Os aseguro que voy a dejaros secos en un santiamén!

Todos se sentaron pues, formando un amplio círculo, con el Ratón en medio.

Alicia mantenía los ojos ansiosamente fijos en él, porque estaba segura de que iba a pescar un resfriado de aúpa si no se secaba en seguida.

- -¡Ejem! -carraspeó el Ratón con aires de importancia-, ¿Estáis preparados? Esta es la historia más árida y por tanto más seca que conozco. ¡Silencio todos, por favor! «Guillermo el Conquistador, cuya causa era apoyada por el Papa, fue aceptado muy pronto por los ingleses, que necesitaban un jefe y estaban ha tiempo acostumbrados a usurpaciones y conquistas. Edwin Y Morcar, duques de Mercia y Northumbria...»
- -¡Uf! -graznó el Loro, con un escalofrío.
- -Con perdón -dijo el Ratón, frunciendo el ceño, pero con mucha cortesía-.

- -¿Decía usted algo?
- -¡Yo no! -se apresuró a responder el Loro.
- -Pues me lo había parecido -dijo el Ratón-. Continúo. «Edwin y Morcar, duques de Mercia y Northumbria, se pusieron a su favor, e incluso Stigand, el patriótico arzobispo de Canterbury, lo encontró conveniente...»
- -¿Encontró qué? -preguntó el Pato.
- -Encontrólo -repuso el Ratón un poco enfadado-. Desde luego, usted sabe lo que lo quiere decir.
- -¡Claro que sé lo que quiere decir! -refunfuñó el Pato-. Cuando yo encuentro algo es casi siempre una rana o un gusano. Lo que quiero saber es qué fue lo que encontró el arzobispo.
- El Ratón hizo como si no hubiera oído esta pregunta y se apresuró a continuar con su historia:
- -«Lo encontró conveniente y decidió ir con Edgar Atheling al encuentro de Guillermo y ofrecerle la corona. Guillermo actuó al principio con moderación. Pero la insolencia de sus normandos...» ¿Cómo te sientes ahora, querida? -continuó, dirigiéndose a Alicia.
- -Tan mojada como al principio -dijo Alicia en tono melancólico-. Esta historia es muy seca, pero parece que a mi no me seca nada.
- -En este caso -dijo solemnemente el Dodo, mientras se ponía en pie-, propongo que se abra un receso en la sesión y que pasemos a la adopción inmediata de remedios más radicales...
- -¡Habla en cristiano! -protestó el Aguilucho-. No sé lo que quieren decir ni la mitad de estas palabras altisonantes, y es más, ¡creo que tampoco tú sabes lo que significan!
- Y el Aguilucho bajó la cabeza para ocultar una sonrisa; algunos de los otros pájaros rieron sin disimulo.
- -Lo que yo iba a decir -siguió el Dodo en tono ofendido- es que el mejor modo para secarnos sería una Carrera Loca.
- -¿Qué es una Carrera Loca? -preguntó Alicia, y no porque tuviera muchas ganas de averiguarlo, sino porque el Dodo había hecho una pausa, como esperando que alguien dijera algo, y nadie parecía dispuesto a decir nada.
- -Bueno, la mejor manera de explicarlo es hacerlo.

(Y por si alguno de vosotros quiere hacer también una Carrera Loca cualquier día de invierno, voy a contaros cómo la organizó el Dodo.)

Primero trazó una pista para la Carrera, más o menos en círculo («la forma exacta no tiene importancia», dijo) y después todo el grupo se fue colocando aquí y allá a lo largo de la pista. No hubo el «A la una, a las dos, a las tres, ya», sino que todos empezaron a correr cuando quisieron,

y cada uno paró cuando quiso, de modo que no era fácil saber cuándo terminaba la carrera. Sin embargo, cuando llevaban corriendo más o menos media hora, y volvían a estar ya secos, el Dodo gritó súbitamente:

-¡La carrera ha terminado!

Y todos se agruparon jadeantes a su alrededor, preguntando:

-¿Pero quién ha ganado?

El Dodo no podía contestar a esta pregunta sin entregarse antes a largas cavilaciones, y estuvo largo rato reflexionando con un dedo apoyado en la frente (la postura en que aparecen casi siempre retratados los pensadores), mientras los demás esperaban en silencio. Por fin el Dodo dijo:

- -Todos hemos ganado, y todos tenemos que recibir un premio.
- -¿Pero quién dará los premios? -preguntó un coro de voces.
- -Pues ella, naturalmente -dijo el Dodo, señalando a Alicia con el dedo.

Y todo el grupo se agolpó alrededor de Alicia, gritando como locos:

-¡Premios! ¡Premios!

Alicia no sabía qué hacer, y se metió desesperada una mano en el bolsillo, y encontró una caja de confites (por suerte el agua salada no había entrado dentro), y los repartió como premios. Había exactamente un confite para cada uno de ellos.

- -Pero ella también debe tener un premio -dijo el Ratón.
- -Claro que sí -aprobó el Dodo con gravedad, y, dirigiéndose a Alicia, preguntó-: ¿Qué más tienes en el bolsillo?
- -Sólo un dedal -dijo Alicia.
- -Venga el dedal -dijo el Dodo.

Y entonces todos la rodearon una vez más, mientras el Dodo le ofrecía solemnemente el dedal con las palabras:

-Os rogamos que aceptéis este elegante dedal.

Y después de este cortísimo discurso, todos aplaudieron con entusiasmo.

Alicia pensó que todo esto era muy absurdo, pero los demás parecían tomarlo tan en serio que no se atrevió a reír, y, como tampoco se le ocurría nada que decir, se limitó a hacer una reverencia, y a coger el dedal, con el aire más solemne que pudo.

Había llegado el momento de comerse los confites, lo que provocó bastante ruido y confusión, pues los pájaros grandes se quejaban de que sabían a poco, y los pájaros pequeños se atragantaban y había que darles palmaditas en la espalda. Sin embargo, por fin terminaron con los confites, y de nuevo se sentaron en círculo, y pidieron al Ratón que les contara otra historia.

- -Me prometiste contarme tu vida, ¿te acuerdas? -dijo Alicia-. Y por qué odias a los... G. y a los P. -añadió en un susurro, sin atreverse a nombrar a los gatos y a los perros por su nombre completo para no ofender al Ratón de nuevo.
- -¡Arrastro tras de mí una realidad muy larga y muy triste! -exclamó el Ratón, dirigiéndose a Alicia y dejando escapar un suspiro.
- -Desde luego, arrastras una cola larguísima -dijo Alicia, mientras echaba una mirada admirativa a la cola del Ratón-, pero ¿por qué dices que es triste?

Y tan convencida estaba Alicia de que el Ratón se refería a su cola, que, cuando él empezó a hablar, la historia que contó tomó en la imaginación de Alicia una forma así:

"Cierta Furia dijo a un Ratón al que se encontró en su casa: "Vamos a ir juntos ante la Ley: Yo te acusaré, y tú te defenderás.

¡Vamos! No admitiré más discusiones Hemos de tener un proceso, porque esta mañana no he tenido ninguna otra cosa que hacer". El Ratón respondió a la Furia: "Ese pleito, señora no servirá si no tenemos juez y jurado, y no servirá más que para que nos gritemos uno a otro como una pareja de tontos"

Y replicó la Furia: "Yo seré al mismo tiempo el juez y el jurado." Lo dijo taimadamente la vieja Furia. "Yo seré la que diga todo lo que haya que decir, y también quien a muerte condene." -¡No me estás escuchando! -protestó el Ratón, dirigiéndose a Alicia-. ¿Dónde tienes la cabeza?

- -Por favor, no te enfades -dijo Alicia con suavidad-. Si no me equivoco, ibas ya por la quinta vuelta.
- -¡Nada de eso! -chilló el Ratón-. ¿De qué vueltas hablas? ¡Te estás burlando de mí y sólo dices tonterías!

Y el Ratón se levantó y se fue muy enfadado.

-¡Ha sido sin querer! -exclamó la pobre Alicia-. ¡Pero tú te enfadas con tanta facilidad!

El Ratón sólo respondió con un gruñido, mientras seguía alejándose.

-¡Vuelve, por favor, y termina tu historia! -gritó Alicia tras él.

Y los otros animales se unieron a ella y gritaron a coro:

-¡Sí, vuelve, por favor!

Pero el Ratón movió impaciente la cabeza y apresuró el paso.

-¡Qué lástima que no se haya querido quedar! -suspiró el Loro, cuando el Ratón se hubo perdido de vista.

Y una vieja Cangreja aprovechó la ocasión para decirle a su hija:

- -¡Ah, cariño! ¡Que te sirva de lección para no dejarte arrastrar nunca por tu mal genio!
- -¡Calla esa boca, mamá! -protestó con aspereza la Cangrejita-. ¡Eres capaz de acabar con la paciencia de una ostra!
- -¡Ojalá estuviera aquí Dinah con nosotros! -dijo Alicia en voz alta, pero sin dirigirse a nadie en particular-. ¡Ella sí que nos traería al Ratón en un santiamén!
- -¿Y quién es Dinah, si se me permite la pregunta? -quiso saber el Loro.

Alicia contestó con entusiasmo, porque siempre estaba dispuesta a hablar de su amiga favorita:

-Dinah es nuestra gata. ¡Y no podéis imaginar lo lista que es para cazar ratones! ¡Una maravilla! ¡Y me gustaría que la vierais correr tras los pájaros! ¡Se zampa un pajarito en un abrir y cerrar de ojos!

Estas palabras causaron una impresión terrible entre los animales que la rodeaban. Algunos pájaros se apresuraron a levantar el vuelo. Una vieja urraca se acurrucó bien entre sus plumas, mientras murmuraba: «No tengo más remedio que irme a casa; el frío de la noche no le sienta bien a mi garganta». Y un canario reunió a todos sus pequeños, mientras les decía con una vocecilla temblorosa: «¡Vamos, queridos! ¡Es hora de que estéis todos en la cama! » Y así, con distintos pretextos, todos se fueron de allí, y en unos segundos Alicia se encontró completamente sola.

-¡Ojalá no hubiera hablado de Dinah! -se dijo en tono melancólico-. ¡Aquí abajo, mi gata no parece gustarle a nadie, y sin embargo estoy bien segura de que es la mejor gata del mundo! ¡Ay, mi Dinah, mi querida Dinah! ¡Me pregunto si volveré a verte alguna vez!

Y la pobre Alicia se echó a llorar de nuevo, porque se sentía muy sola y muy deprimida. Al poco rato, sin embargo, volvió a oír un ruidito de pisadas a lo lejos y levantó la vista esperanzada, pensando que a lo mejor el Ratón había cambiado de idea y volvía atrás para terminar su historia.

CAPÍTULO IV

LA CASA DEL CONEJO

Era el Conejo Blanco, que volvía con un trotecillo saltarín y miraba ansiosamente a su alrededor, como si hubiera perdido algo. Y Alicia oyó que murmuraba:

-¡La Duquesa! ¡La Duquesa! ¡Oh, mis queridas patitas! ¡Oh, mi piel y mis bigotes! ¡Me hará ejecutar, tan seguro como que los grillos son grillos! ¿Dónde demonios puedo haberlos dejado caer? ¿Dónde? ¿Dónde?

Alicia comprendió al instante que estaba buscando el abanico y el par de guantes blancos de cabritilla, y llena de buena voluntad se puso también ella a buscar por todos lados, pero no encontró ni rastro de ellos. En realidad, todo parecía haber cambiado desde que ella cayó en el charco, y el vestíbulo con la mesa de cristal y la puertecilla habían desaparecido completamente.

A los pocos instantes el Conejo descubrió la presencia de Alicia, que andaba buscando los guantes y el abanico de un lado a otro, y le gritó muy enfadado:

-¡Cómo, Mary Ann, qué demonios estás haciendo aquí! ¡Corre inmediatamente a casa y tráeme un par de guantes y un abanico! ¡Aprisa!

Alicia se llevó tal susto que salió corriendo en la dirección que el Conejo le señalaba, sin intentar explicarle que estaba equivocándose de persona.

-¡Me ha confundido con su criada! -se dijo mientras corría-. ¡Vaya sorpresa se va a llevar cuando se entere de quién soy! Pero será mejor que le traiga su abanico y sus guantes... Bueno, si logro encontrarlos.

Mientras decía estas palabras, llegó ante una linda casita, en cuya puerta brillaba una placa de bronce con el nombre «C. BLANCO» grabado en ella. Alicia entró sin llamar, y corrió escaleras arriba, con mucho miedo de encontrar a la verdadera Mary Ann y de que la echaran de la casa antes de que hubiera encontrado los guantes y el abanico.

-¡Qué raro parece -se dijo Alicia- eso de andar haciendo recados para un conejo! ¡Supongo que después de esto Dinah también me mandará a hacer sus recados! -Y empezó a imaginar lo que ocurriría en este caso: «¡Señorita Alicia, venga aquí inmediatamente y prepárese para salir de paseo! », diría la niñera, y ella tendría que contestar: «¡Voy en seguida! Ahora no puedo, porque tengo que vigilar esta ratonera hasta que vuelva Dinah y cuidar de que no se escape ningún ratón »-. Claro que -siguió diciéndose Alicia-, si a Dinah le daba por empezar a darnos órdenes, no creo que parara mucho tiempo en nuestra casa.

A todo esto, había conseguido llegar hasta un pequeño dormitorio, muy ordenado, con una mesa junto a la ventana, y sobre la mesa (como esperaba) un abanico y dos o tres pares de diminutos guantes blancos de cabritilla. Cogió el abanico y un par de guantes, y, estaba a punto de salir de la habitación, cuando su mirada cayó en una botellita que estaba al lado del espejo del tocador. Esta vez no había letrerito con la palabra «BEBEME», pero de todos modos Alicia lo destapó y se lo llevó a los labios.

-Estoy segura de que, si como o bebo algo, ocurrirá algo interesante -se dijo-. Y voy a ver qué pasa con esta botella. Espero que vuelva a hacerme crecer, porque en realidad, estoy bastante harta de ser una cosilla tan pequeñeja.

¡Y vaya si la hizo crecer! ¡Mucho más aprisa de lo que imaginaba! Antes de que hubiera bebido la mitad del frasco, se encontró con que la cabeza le tocaba contra el techo y tuvo que doblarla para que no se le rompiera el cuello. Se apresuró a soltar la botella, mientras se decía:

-¡Ya basta! Espero que no seguiré creciendo... De todos modos, no paso ya por la puerta... ¡Ojalá no hubiera bebido tan aprisa!

¡Por desgracia, era demasiado tarde para pensar en ello! Siguió creciendo, y creciendo, y muy pronto tuvo que ponerse de rodillas en el suelo. Un minuto más tarde no le quedaba espacio ni para seguir arrodillada, y tuvo que intentar acomodarse echada en el suelo, con un codo contra la puerta y el otro brazo alrededor del cuello. Pero no paraba de crecer, y, como último recurso, sacó un brazo por la ventana y metió un pie por la chimenea, mientras se decía:

-Ahora no puedo hacer nada más, pase lo que pase. ¿Qué va a ser de mí?

Por suerte la botellita mágica había producido ya todo su efecto, y Alicia dejó de crecer. De todos modos, se sentía incómoda y, como no parecía haber posibilidad alguna de volver a salir nunca de aquella habitación, no es de extrañar que se sintiera también muy desgraciada.

-Era mucho más agradable estar en mi casa -pensó la pobre Alicia-. Allí, al menos, no me pasaba el tiempo creciendo y disminuyendo de tamaño, y recibiendo órdenes de ratones y conejos. Casi preferiría no haberme metido en la madriguera del Conejo... Y, sin embargo, pese a todo, ¡no se puede negar que este género de vida resulta interesante! ¡Yo misma me pregunto qué puede haberme sucedido! Cuando leía cuentos de hadas, nunca creí que estas cosas pudieran ocurrir en la realidad, ¡y aquí me tenéis metida hasta el cuello en una aventura de éstas! Creo que debiera escribirse un libro sobre mí, sí señor. Y cuando sea mayor, yo misma lo escribiré... Pero ya no

puedo ser mayor de lo que soy ahora -añadió con voz lúgubre-. Al menos, no me queda sitio para hacerme mayor mientras esté metida aquí dentro. Pero entonces, ¿es que nunca me haré mayor de lo que soy ahora? Por una parte, esto sería una ventaja, no llegaría nunca a ser una vieja, pero por otra parte ¡tener siempre lecciones que aprender! ¡Vaya lata! ¡Eso si que no me gustaría nada! ¡Pero qué tonta eres, Alicia! -se rebatió a sí misma-. ¿Cómo vas a poder estudiar lecciones, metida aquí dentro? Apenas si hay sitio para ti, ¡Y desde luego no queda ni un rinconcito para libros de texto!

Y así siguió discurseando un buen rato, unas veces en un sentido y otras llevándose a sí misma la contraria, manteniendo en definitiva una conversación muy seria, como si se tratara de dos personas. Hasta que oyó una voz fuera de la casa, y dejó de discutir consigo misma para escuchar.

-¡Mary Ann! ¡Mary Ann! -decía la voz-. ¡Tráeme inmediatamente mis guantes!

Después Alicia oyó un ruidito de pasos por la escalera. Comprendió que era el Conejo que subía en su busca y se echó a temblar con tal fuerza que sacudió toda la casa, olvidando que ahora era mil veces mayor que el Conejo Blanco y no había por tanto motivo alguno para tenerle miedo.

Ahora el Conejo había llegado ante la puerta, e intentó abrirla, pero, como la puerta se abría hacia adentro y el codo de Alicia estaba fuertemente apoyado contra ella, no consiguió moverla. Alicia oyó que se decía para sí:

- -Pues entonces daré la vuelta y entraré por la ventana.
- -Eso sí que no -pensó Alicia.

Y, después de esperar hasta que creyó oír al Conejo justo debajo de la ventana, abrió de repente la mano e hizo gesto de atrapar lo que estuviera a su alcance. No encontró nada, pero oyó un gritito entrecortado, algo que caía y un estrépito de cristales rotos, lo que le hizo suponer que el Conejo se había caído sobre un invernadero o algo por el estilo. Después se oyó una voz muy enfadada, que era la del Conejo:

-¡Pat! ¡Pat! ¿Dónde estás? ¿Dónde estás?

Y otra voz, que Alicia no había oído hasta entonces:

- -¡Aquí estoy, señor! ¡Cavando en busca de manzanas, con permiso del señor!
- -¡Tenías que estar precisamente cavando en busca de manzanas! -replicó el Conejo muy irritado-.¡Ven aquí inmediatamente! ¡Y ayúdame a salir de esto!

Hubo más ruido de cristales rotos.

- -Y ahora dime, Pat, ¿qué es eso que hay en la ventana?
- -Seguro que es un brazo, señor -(y pronunciaba «brasso»).
- -¿Un brazo, majadero? ¿Quién ha visto nunca un brazo de este tamaño? ¡Pero si llena toda la ventana!
- -Seguro que la llena, señor. ¡Y sin embargo es un brazo!
- -Bueno, sea lo que sea no tiene por que estar en mi ventana. ¡Ve y quítalo de ahí!

Siguió un largo silencio, y Alicia sólo pudo oír breves cuchicheos de vez en cuando, como « ¡Seguro que esto no me gusta nada, señor, lo que se dice nada! » y « ¡Haz de una vez lo que te digo, cobarde! » Por último, Alicia volvió a abrir la mano y a moverla en el aire como si quisiera atrapar algo. Esta vez hubo dos grititos entrecortados y más ruido de cristales rotos. « ¡Cuántos invernaderos de cristal debe de haber ahí abajo! », pensó Alicia. «¡Me pregunto qué harán ahora! Si se trata de sacarme por la ventana, ojalá pudieran lograrlo. No tengo ningunas ganas de seguir mucho rato encerrada aquí dentro. »Esperó unos minutos sin oír nada más. Por fin escuchó el rechinar de las ruedas de una carretilla y el sonido de muchas voces que hablaban todas a la vez. Pudo entender algunas palabras: « ¿Dónde está la otra escalera?... A mí sólo me dijeron que trajera una; la otra la tendrá Bill... ¡Bill! ¡Trae la escalera aquí, muchacho!... Aquí, ponedlas en esta esquina... No, primero átalas la una a la otra... Así no llegarán ni a la mitad... Claro que llegarán, no seas pesado...; Ven aquí, Bill, agárrate a esta cuerda!...; Aguantará este peso el tejado?... ¡Cuidado con esta teja suelta!... ¡Eh, que se cae! ¡Cuidado con la cabeza! » Aquí se oyó una fuerte caída. «Vaya, ¿quién ha sido?... Creo que ha sido Bill... ¿Quién va a bajar por la chimenea?... ¿Yo? ¡No, yo no! ¡Baja tú!... ¡Ni hablar! Tiene que bajar Bill... ¡Ven aquí, Bill! ¡El amo dice que tienes que bajar por la chimenea!»

-¡Vaya! ¿Conque es Bill el que tiene que bajar por la chimenea? -se dijo Alicia-. ¡Parece que todo se lo cargan a Bill! No me gustaría estar en su pellejo: desde luego esta chimenea es estrecha, pero me parece que podré dar algún puntapié por ella.

Alicia hundió el pie todo lo que pudo dentro de la chimenea, y esperó hasta oír que la bestezuela (no podía saber de qué tipo de animal se trataba) escarbaba y arañaba dentro de la chimenea, justo encima de ella. Entonces, mientras se decía a sí misma: «¡Aquí está Bill! », dio una fuerte patada, y esperó a ver qué pasaba a continuación.

Lo primero que oyó fue un coro de voces que gritaban a una: «¡Ahí va Bill! », y después la voz del Conejo sola: «¡Cogedlo! ¡Eh! ¡Los que estáis junto a la valla! » Siguió un silencio y una nueva avalancha de voces: «Levantadle la cabeza... Venga un trago... Sin que se ahogue... ¿Qué ha pasado, amigo? ¡Cuéntanoslo todo!»

Por fin se oyó una vocecita débil y aguda, que Alicia supuso sería la voz de Bill:

- -Bueno, casi no sé nada... No quiero más coñac, gracias, ya me siento mejor... Estoy tan aturdido que no sé qué decir... Lo único que recuerdo es que algo me golpeó rudamente, ¡y salí por los aires como el muñeco de una caja de sorpresas!
- -¡Desde luego, amigo! ¡Eso ya lo hemos visto! -dijeron los otros.
- -¡Tenemos que quemar la casa! -dijo la voz del Conejo.
- Y Alicia gritó con todas sus fuerzas:
- -¡Si lo hacéis, lanzaré a Dinah contra vosotros!

Se hizo inmediatamente un silencio de muerte, y Alicia pensó para sí:

-Me pregunto qué van a hacer ahora. Si tuvieran una pizca de sentido común, levantarían el tejado.

Después de uno o dos minutos se pusieron una vez más todos en movimiento, y Alicia oyó que el Conejo decía:

- -Con una carretada tendremos bastante para empezar.
- -¿Una carretada de qué? -pensó Alicia.

Y no tuvo que esperar mucho para averiguarlo, pues un instante después una granizada de piedrecillas entró disparada por la ventana, y algunas le dieron en plena cara.

-Ahora mismo voy a acabar con esto -se dijo Alicia para sus adentros, y añadió en alta voz-: ¡Será mejor que no lo repitáis!

Estas palabras produjeron otro silencio de muerte. Alicia advirtió, con cierta sorpresa, que las piedrecillas se estaban transformando en pastas de té, allí en el suelo, y una brillante idea acudió de inmediato a su cabeza.

«Si como una de estas pastas», pensó, «seguro que producirá algún cambio en mi estatura. Y, como no existe posibilidad alguna de que me haga todavía mayor, supongo que tendré que hacerme forzosamente más pequeña».

Se comió, pues, una de las pastas, y vio con alegría que empezaba a disminuir inmediatamente de tamaño. En cuanto fue lo bastante pequeña para pasar por la puerta, corrió fuera de la casa, y se encontró con un grupo bastante numeroso de animalillos y pájaros que la esperaban. Una lagartija, Bill, estaba en el centro, sostenido por dos conejillos de indias, que le daban a beber algo de una botella. En el momento en que apareció Alicia, todos se abalanzaron sobre ella. Pero Alicia echó a correr con todas sus fuerzas, y pronto se encontró a salvo en un espeso bosque.

-Lo primero que ahora tengo que hacer -se dijo Alicia, mientras vagaba por el bosque- es crecer hasta volver a recuperar mi estatura. Y lo segundo es encontrar la manera de entrar en aquel precioso jardín. Me parece que éste es el mejor plan de acción.

Parecía, desde luego, un plan excelente, y expuesto de un modo muy claro y muy simple. La única dificultad radicaba en que no tenía la menor idea de cómo llevarlo a cabo. Y, mientras miraba ansiosamente por entre los árboles, un pequeño ladrido que sonó justo encima de su cabeza la hizo mirar hacia arriba sobresaltada.

Un enorme perrito la miraba desde arriba con sus grandes ojos muy abiertos y alargaba tímidamente una patita para tocarla.

-¡Qué cosa tan bonita! -dijo Alicia, en tono muy cariñoso, e intentó sin éxito dedicarle un silbido, pero estaba también terriblemente asustada, porque pensaba que el cachorro podía estar hambriento, y, en este caso, lo más probable era que la devorara de un solo bocado, a pesar de todos sus mimos.

Casi sin saber lo que hacía, cogió del suelo una ramita seca y la levantó hacía el perrito, y el perrito dio un salto con las cuatro patas en el aire, soltó un ladrido de satisfacción y se abalanzó sobre el palo en gesto de ataque. Entonces Alicia se escabulló rápidamente tras un gran cardo, para no ser arrollada, y, en cuanto apareció por el otro lado, el cachorro volvió a precipitarse contra el palo, con tanto entusiasmo que perdió el equilibrio y dio una voltereta. Entonces Alicia, pensando que aquello se parecía mucho a estar jugando con un caballo percherón y temiendo ser pisoteada en cualquier momento por sus patazas, volvió a refugiarse detrás del cardo. Entonces el cachorro inició una serie de ataques relámpago contra el palo, corriendo cada vez un poquito hacia adelante y un mucho hacia atrás, y ladrando roncamente todo el rato, hasta que por fin se sentó a cierta distancia, jadeante, la lengua colgándole fuera de la boca y los grandes ojos medio cerrados.

Esto le pareció a Alicia una buena oportunidad para escapar. Así que se lanzó a correr, y corrió hasta el límite de sus fuerzas y hasta quedar sin aliento, y hasta que las ladridos del cachorro sonaron muy débiles en la distancia.

-Y, a pesar de todo, ¡qué cachorrito tan mono era! -dijo Alicia, mientras se apoyaba contra una campanilla para descansar y se abanicaba con una de sus hojas-. ¡Lo que me hubiera gustado enseñarle juegos, si... si hubiera tenido yo el tamaño adecuado para hacerlo! ¡Dios mío! ¡Casi se me había olvidado que tengo que crecer de nuevo! Veamos: ¿qué tengo que hacer para lograrlo? Supongo que tendría que comer o que beber alguna cosa, pero ¿qué? Éste es el gran dilema.

Realmente el gran dilema era ¿qué? Alicia miró a su alrededor hacia las flores y hojas de hierba, pero no vio nada que tuviera aspecto de ser la cosa adecuada para ser comida o bebida en esas circunstancias. Allí cerca se erguía una gran seta, casi de la misma altura que Alicia. Y, cuando hubo mirado debajo de ella, y a ambos lados, y detrás, se le ocurrió que lo mejor sería mirar y ver lo que había encima.

Se puso de puntillas, y miró por encima del borde de la seta, y sus ojos se encontraron de inmediato con los ojos de una gran oruga azul, que estaba sentada encima de la seta con los brazos cruzados, fumando tranquilamente una larga pipa y sin prestar la menor atención a Alicia ni a ninguna otra cosa.

CAPÍTULO V

CONSEJOS DE UNA ORUGA

La Oruga y Alicia se estuvieron mirando un rato en silencio: por fin la Oruga se sacó la pipa de la boca, y se dirigió a la niña en voz lánguida y adormilada.

-¿Quién eres tú? -dijo la Oruga.

No era una forma demasiado alentadora de empezar una conversación. Alicia contestó un poco intimidada:

- -Apenas sé, señora, lo que soy en este momento... Sí sé quién era al levantarme esta mañana, pero creo que he cambiado varias veces desde entonces.
- -¿Qué quieres decir con eso? -preguntó la Oruga con severidad-. ¡A ver si te aclaras contigo misma!
- -Temo que no puedo aclarar nada conmigo misma, señora -dijo Alicia-, porque yo no soy yo misma, ya lo ve.
- -No veo nada -protestó la Oruga.
- -Temo que no podré explicarlo con más claridad -insistió Alicia con voz amable-, porque para empezar ni siquiera lo entiendo yo misma, y eso de cambiar tantas veces de estatura en un solo día resulta bastante desconcertante.
- -No resulta nada -replicó la Oruga.
- -Bueno, quizás usted no haya sentido hasta ahora nada parecido -dijo Alicia-, pero cuando se convierta en crisálida, cosa que ocurrirá cualquier día, y después en mariposa, me parece que todo le parecerá un poco raro, ¿no cree?
- -Ni pizca -declaró la Oruga.

- -Bueno, quizá los sentimientos de usted sean distintos a los míos, porque le aseguro que a mi me parecería muy raro.
- -¡A ti! -dijo la Oruga con desprecio-. ¡Quién eres tú?

Con lo cual volvían al principio de la conversación. Alicia empezaba a sentirse molesta con la Oruga, por esas observaciones tan secas y cortantes, de modo que se puso tiesa como un rábano y le dijo con severidad:

- -Me parece que es usted la que debería decirme primero quién es.
- -¿Por qué? -inquirió la Oruga.

Era otra pregunta difícil, y como a Alicia no se le ocurrió ninguna respuesta convincente y como la Oruga parecía seguir en un estado de ánimo de lo más antipático, la niña dio media vuelta para marcharse.

-¡Ven aquí! -la llamó la Oruga a sus espaldas-. ¡Tengo algo importante que decirte!

Estas palabras sonaban prometedoras, y Alicia dio otra media vuelta y volvió atrás.

- -¡Vigila este mal genio! -sentenció la Oruga.
- -¿Es eso todo? -preguntó Alicia, tragándose la rabia lo mejor que pudo.
- -No -dijo la Oruga.

Alicia decidió que sería mejor esperar, ya que no tenía otra cosa que hacer, y ver si la Oruga decía por fin algo que mereciera la pena. Durante unos minutos la Oruga siguió fumando sin decir palabra, pero después abrió los brazos, volvió a sacarse la pipa de la boca y dijo:

- -Así que tú crees haber cambiado, ¿no?
- -Mucho me temo que si, señora. No me acuerdo de cosas que antes sabía muy bien, y no pasan diez minutos sin que cambie de tamaño.
- -¿No te acuerdas? ¿de qué cosas?
- -Bueno, intenté recitar los versos de "Ved cómo la industriosa abeja... pero todo me salió distinto, completamente distinto y seguí hablando de cocodrilos".
- -Pues bien, haremos una cosa.
- -¿Que?
- -Recítame eso de "Ha envejecido, Padre Guillermo..." -ordenó la Oruga.

Alicia cruzó los brazos y empezó a recitar el poema:

"Ha envejecido, Padre Guillermo," dijo el chico, "Y su pelo está lleno de canas; Sin embargo siempre hace el pino.
¿Con sus años aún tiene las ganas?

"Cuando joven," dijo Padre Guillermo a su hijo, "No quería dañarme el coco; Pero ya no me da ningún miedo, Que de mis sesos me queda muy poco."

"Ha envejecido," dijo el muchacho,
"Como ya se ha dicho;
Sin embargo entró capotando; Como aún
puede andar como un bicho?

"Cuando joven," dijo el sabio, meneando su pelo blanco, "Me mantenía el cuerpo muy ágil Con ayuda medicinal y, si puedo ser franco, Debes probarlo para no acabar débil."

"Ha envejecido," dijo el chico, "y tiene los dientes inútiles Para más que agua y vino; Pero zampó el ganso hasta los huesos frágilesA ver, señor, ¿que es el tino?" Cuando joven," dijo su padre, "me empeñé en ser abogado, Y discutía la ley con mi esposa; Y por eso, toda mi vida me ha durado Una mandíbula muy fuerte y musculosa."

"Ha envejecido y sería muy raro," dijo el chico, "Si aún tuviera la vista perfecta; ¿Pues cómo hizo bailar en su pico Esta anguila de forma tan recta?"

"Tres preguntas ya has posado, Y a ninguna más contestaré. Si no te vas ahora mismo, ¡Vaya golpe que te pegaré! -Eso no está bien -dijo la Oruga.

- -No, me temo que no está del todo bien -reconoció Alicia con timidez-. Algunas palabras tal vez me han salido revueltas.
- -Está mal de cabo a rabo- sentenció la Oruga en tono implacable, y siguió un silencio de varios minutos.

La Oruga fue la primera en hablar.

- -¿Qué tamaño te gustaría tener? -le preguntó.
- -No soy difícil en asunto de tamaños -se apresuró a contestar Alicia-. Sólo que no es agradable estar cambiando tan a menudo, sabe.
- -No sé nada -dijo la Oruga. Alicia no contestó. Nunca en toda su vida le habían llevado tanto la contraria, y sintió que se le estaba acabando la paciencia.
- -¿Estás contenta con tu tamaño actual? -preguntó la Oruga.
- -Bueno, me gustaría ser un poco más alta, si a usted no le importa. ¡Siete centímetros es una estatura tan insignificante!
- -¡Es una estatura perfecta! -dijo la Oruga muy enfadada, irguiéndose cuan larga era (medía exactamente siete centímetros).
- -¡Pero yo no estoy acostumbrada a medir siete centímetros! -se lamentó la pobre Alicia con voz lastimera, mientras pensaba para sus adentros: «¡Ojalá estas criaturas no se ofendieran tan fácilmente!»
- -Ya te irás acostumbrando -dijo la Oruga, y volvió a meterse la pipa en la boca y empezó otra vez a fumar.

Esta vez Alicia esperó pacientemente a que se decidiera a hablar de nuevo. Al cabo de uno o dos minutos la Oruga se sacó la pipa de la boca, dio unos bostezos y se desperezó. Después bajó de la seta y empezó a deslizarse por la hierba, al tiempo que decía:

- -Un lado te hará crecer, y el otro lado te hará disminuir.
- -Un lado ¿de qué? El otro lado ¿de que? -se dijo Alicia para sus adentros.
- -De la seta -dijo la Oruga, como si la niña se lo hubiera preguntado en voz alta.

Y al cabo de unos instantes se perdió de vista.

Alicia se quedó un rato contemplando pensativa la seta, en un intento de descubrir cuáles serían sus dos lados, y, como era perfectamente redonda, el problema no resultaba nada fácil. Así pues, extendió los brazos todo lo que pudo alrededor de la seta y arrancó con cada mano un pedacito.

-Y ahora -se dijo-, ¿cuál será cuál?

Dio un mordisquito al pedazo de la mano derecha para ver el efecto y al instante sintió un rudo golpe en la barbilla. ¡La barbilla le había chocado con los pies!

Se asustó mucho con este cambio tan repentino, pero comprendió que estaba disminuyendo rápidamente de tamaño, que no había por tanto tiempo que perder y que debía apresurarse a morder el otro pedazo. Tenía la mandíbula tan apretada contra los pies que resultaba difícil abrir la boca, pero lo consiguió al fin, y pudo tragar un trocito del pedazo de seta que tenía en la mano izquierda.

* * * * *

« ¡Vaya, por fin tengo libre la cabeza! », se dijo Alicia con alivio, pero el alivio se transformó inmediatamente en alarma, al advertir que había perdido de vista sus propios hombros: todo lo que podía ver, al mirar hacia abajo, era un larguísimo pedazo de cuello, que parecía brotar como un tallo del mar de hojas verdes que se extendía muy por debajo de ella.

-¿Qué puede ser todo este verde? -dijo Alicia-. ¿Y dónde se habrán marchado mis hombros? Y, oh mis pobres manos, ¿cómo es que no puedo veros?

Mientras hablaba movía las manos, pero no pareció conseguir ningún resultado, salvo un ligero estremecimiento que agitó aquella verde hojarasca distante.

Como no había modo de que sus manos subieran hasta su cabeza, decidió bajar la cabeza hasta las manos, y descubrió con entusiasmo que su cuello se doblaba con mucha facilidad en cualquier dirección, como una serpiente. Acababa de lograr que su cabeza descendiera por el aire en un gracioso zigzag y se disponía a introducirla entre las hojas, que descubrió no eran más que las copas de los árboles bajo los que antes había estado paseando, cuando un agudo silbido la hizo retroceder a toda prisa. Una gran paloma se precipitaba contra su cabeza y la golpeaba violentamente con las alas.

- -¡Serpiente! -chilló la paloma.
- -¡Yo no soy una serpiente! -protestó Alicia muy indignada-. ¡Y déjame en paz!
- -¡Serpiente, más que serpiente! -siguió la Paloma, aunque en un tono menos convencido, y añadió en una especie de sollozo-: ¡Lo he intentado todo, y nada ha dado resultado!
- -No tengo la menor idea de lo que usted está diciendo! -dijo Alicia.
- -Lo he intentado en las raíces de los árboles, y lo he intentado en las riberas, y lo he intentado en los setos -siguió la Paloma, sin escuchar lo que Alicia le decía-. ¡Pero siempre estas serpientes! ¡No hay modo de librarse de ellas!

Alicia se sentía cada vez más confusa, pero pensó que de nada serviría todo lo que ella pudiera decir ahora y que era mejor esperar a que la Paloma terminara su discurso.

- -¡Como si no fuera ya bastante engorro empollar los huevos! -dijo la Paloma-. ¡Encima hay que guardarlos día y noche contra las serpientes! ¡No he podido pegar ojo durante tres semanas!
- -Siento mucho que sufra usted tantas molestias -dijo Alicia, que empezaba a comprender el significado de las palabras de la Paloma.
- -¡Y justo cuando elijo el árbol más alto del bosque -continuó la Paloma, levantando la voz en un chillido-, y justo cuando me creía por fin libre de ellas, tienen que empezar a bajar culebreando desde el cielo! ¡Qué asco de serpientes!
- -Pero le digo que yo no soy una serpiente. Yo soy una... Yo soy una...
- -Bueno, ¿qué eres, pues? -dijo la Paloma-. ¡Veamos qué demonios inventas ahora!
- -Soy... soy una niñita -dijo Alicia, llena de dudas, pues tenía muy presentes todos los cambios que había sufrido a lo largo del día.
- -¡A otro con este cuento! -respondió la Paloma, en tono del más profundo desprecio-. He visto montones de niñitas a lo largo de mi vida, ¡pero ninguna que tuviera un cuello como el tuyo! ¡No, no! Eres una serpiente, y de nada sirve negarlo. ¡Supongo que ahora me dirás que en tu vida te has zampado un huevo!
- -Bueno, huevos si he comido -reconoció Alicia, que siempre decía la verdad-. Pero es que las niñas también comen huevos, igual que las serpientes, sabe.
- -No lo creo -dijo la Paloma-, pero, si es verdad que comen huevos, entonces no son más que una variedad de serpientes, y eso es todo.

Era una idea tan nueva para Alicia, que quedó muda durante uno o dos minutos, lo que dio oportunidad a la Paloma de añadir:

- -¡Estás buscando huevos! ¡Si lo sabré yo! ¿Y qué más me da a mí que seas una niña o una serpiente?
- -¡Pues a mí sí me da! -se apresuró a declarar Alicia-. Y además da la casualidad de que no estoy buscando huevos. Y aunque estuviera buscando huevos, no querría los tuyos: no me gustan crudos.
- -Bueno, pues entonces, lárgate -gruñó la Paloma, mientras se volvía a colocar en el nido.

Alicia se sumergió trabajosamente entre los árboles. El cuello se le enredaba entre las ramas y tenía que pararse a cada momento para liberarlo. Al cabo de un rato, recordó que todavía tenía los pedazos de seta, y puso cuidadosamente manos a la obra, mordisqueando primero uno y luego el otro, y creciendo unas veces y decreciendo otras, hasta que consiguió recuperar su estatura normal.

Hacía tanto tiempo que no había tenido un tamaño ni siquiera aproximado al suyo, que al principio se le hizo un poco extraño. Pero no le costó mucho acostumbrarse y empezó a hablar consigo misma como solía.

-¡Vaya, he realizado la mitad de mi plan! ¡Qué desconcertantes son estos cambios! ¡No puede estar una segura de lo que va a ser al minuto siguiente! Lo cierto es que he recobrado mi estatura normal. El próximo objetivo es entrar en aquel precioso jardín... Me pregunto cómo me las arreglaré para lograrlo.

Mientras decía estas palabras, llegó a un claro del bosque, donde se alzaba una casita de poco más de un metro de altura.

-Sea quien sea el que viva allí -pensó Alicia-, no puedo presentarme con este tamaño. ¡Se morirían del susto!

Así pues, empezó a mordisquear una vez más el pedacito de la mano derecha, Y no se atrevió a acercarse a la casita hasta haber reducido su propio tamaño a unos veinte centímetros.

CAPÍTULO VI

CERDO Y PIMIENTA

Alicia se quedó mirando la casa uno o dos minutos, y preguntándose lo que iba a hacer, cuando de repente salió corriendo del bosque un lacayo con librea (a Alicia le pareció un lacayo porque iba con librea; de no ser así, y juzgando sólo por su cara, habría dicho que era un pez) y golpeó enérgicamente la puerta con los nudillos. Abrió la puerta otro lacayo de librea, con una cara redonda y grandes ojos de rana. Y los dos lacayos, observó Alicia, llevaban el pelo empolvado y rizado. Le entró una gran curiosidad por saber lo que estaba pasando y salió cautelosamente del bosque para oír lo que decían.

El lacayo-pez empezó por sacarse de debajo del brazo una gran carta, casi tan grande como él, y se la entregó al otro lacayo, mientras decía en tono solemne:

-Para la Duquesa. Una invitación de la Reina para jugar al croquet.

El lacayo-rana lo repitió, en el mismo tono solemne, pero cambiando un poco el orden de las palabras:

-De la Reina. Una invitación para la Duquesa para jugar al croquet.

Después los dos hicieron una profunda reverencia, y los empolvados rizos entrechocaron y se enredaron.

A Alicia le dio tal ataque de risa que tuvo que correr a esconderse en el bosque por miedo a que la oyeran. Y, cuando volvió a asomarse, el lacayo-pez se había marchado y el otro estaba sentado en el suelo junto a la puerta, mirando estúpidamente el cielo.

Alicia se acercó tímidamente y llamó a la puerta.

-No sirve de nada llamar -dijo el lacayo-, y esto por dos razones. Primero, porque yo estoy en el mismo lado de la puerta que tú; segundo, porque están armando tal ruido dentro de la casa, que es imposible que te oigan.

Y efectivamente del interior de la casa salía un ruido espantoso: aullidos, estornudos y de vez en cuando un estrepitoso golpe, como si un plato o una olla se hubiera roto en mil pedazos.

- -Dígame entonces, por favor -preguntó Alicia-, qué tengo que hacer para entrar.
- -Llamar a la puerta serviría de algo -siguió el lacayo sin escucharla-, si tuviéramos la puerta entre nosotros dos. Por ejemplo, si tú estuvieras dentro, podrías llamar, y yo podría abrir para que salieras, sabes.

Había estado mirando todo el rato hacia el cielo, mientras hablaba, y esto le pareció a Alicia decididamente una grosería. «Pero a lo mejor no puede evitarlo», se dijo para sus adentros. «¡Tiene los ojos tan arriba de la cabeza! Aunque por lo menos podría responder cuando se le pregunta algo».

- -¿Qué tengo que hacer para entrar? -repitió ahora en voz alta.
- -Yo estaré sentado aquí -observó el lacayo- hasta mañana...

En este momento la puerta de la casa se abrió, y un gran plato salió zumbando por los aires, en dirección a la cabeza del lacayo: le rozó la nariz y fue a estrellarse contra uno de los árboles que había detrás.

- -... o pasado mañana, quizás -continuó el lacayo en el mismo tono de voz, como si no hubiese pasado absolutamente nada.
- -¿Qué tengo que hacer para entrar? -volvió a preguntar Alicia alzando la voz.
- -Pero ¿tienes realmente que entrar? -dijo el lacayo-. Esto es lo primero que hay que aclarar, sabes.

Era la pura verdad, pero a Alicia no le gustó nada que se lo dijeran.

-¡Qué pesadez! -masculló para sí-. ¡Qué manera de razonar tienen todas estas criaturas! ¡Hay para volverse loco!

Al lacayo le pareció ésta una buena oportunidad para repetir su observación, con variaciones:

- -Estaré sentado aquí -dijo- días y días.
- -Pero ¿qué tengo que hacer yo? -insistió Alicia.
- -Lo que se te antoje -dijo el criado, y empezó a silbar.
- -¡Oh, no sirve para nada hablar con él! -murmuró Alicia desesperada-. ¡Es un perfecto idiota! Abrió la puerta y entró en la casa.

La puerta daba directamente a una gran cocina, que estaba completamente llena de humo. En el centro estaba la Duquesa, sentada sobre un taburete de tres patas y con un bebé en los brazos. La

cocinera se inclinaba sobre el fogón y revolvía el interior de un enorme puchero que parecía estar lleno de sopa.

-¡Esta sopa tiene por descontado demasiada pimienta! -se dijo Alicia para sus adentros, mientras soltaba el primer estornudo.

Donde si había demasiada pimienta era en el aire. Incluso la Duquesa estornudaba de vez en cuando, y el bebé estornudaba y aullaba alternativamente, sin un momento de respiro. Los únicos seres que en aquella cocina no estornudaban eran la cocinera y un rollizo gatazo que yacía cerca del fuego, con una sonrisa de oreja a oreja.

- -¿Por favor, podría usted decirme -preguntó Alicia con timidez, pues no estaba demasiado segura de que fuera correcto por su parte empezar ella la conversación- por qué sonríe su gato de esa manera?
- -Es un gato de Cheshire -dijo la Duquesa-, por eso sonríe. ¡Cochino!

Gritó esta última palabra con una violencia tan repentina, que Alicia estuvo a punto de dar un salto, pero en seguida se dio cuenta de que iba dirigida al bebé, y no a ella, de modo que recobró el valor y siguió hablando.

- -No sabía que los gatos de Cheshire estuvieran siempre sonriendo. En realidad, ni siquiera sabía que los gatos pudieran sonreír.
- -Todos pueden -dijo la Duquesa-, y muchos lo hacen.
- -No sabía de ninguno que lo hiciera -dijo Alicia muy amablemente, contenta de haber iniciado una conversación.
- -No sabes casi nada de nada -dijo la Duquesa-. Eso es lo que ocurre.

A Alicia no le gustó ni pizca el tono de la observación, y decidió que sería oportuno cambiar de tema. Mientras estaba pensando qué tema elegir, la cocinera apartó la olla de sopa del fuego, y comenzó a lanzar todo lo que caía en sus manos contra la Duquesa y el bebé: primero los hierros del hogar, después una lluvia de cacharros, platos y fuentes. La Duquesa no dio señales de enterarse, ni siquiera cuando los proyectiles la alcanzaban, y el bebé berreaba ya con tanta fuerza que era imposible saber si los golpes le dolían o no.

- -¡Oh, por favor, tenga usted cuidado con lo que hace! -gritó Alicia, mientras saltaba asustadísima para esquivar los proyectiles-. ¡Le va a arrancar su preciosa nariz! -añadió, al ver que un caldero extraordinariamente grande volaba muy cerca de la Duquesa.
- -Si cada uno se ocupara de sus propios asuntos -dijo la Duquesa en un gruñido-, el mundo giraría mucho mejor y con menos pérdida de tiempo.
- -Lo cual no supondría ninguna ventaja -intervino Alicia, muy contenta de que se presentara una oportunidad de hacer gala de sus conocimientos-. Si la tierra girase más aprisa, ¡imagine usted el

lío que se armaría con el día y la noche! Ya sabe que la tierra tarda veinticuatro horas en ejecutar un giro completo sobre su propio eje...

-Hablando de ejecutar -interrumpió la Duquesa-, ¡que le corten la cabeza!

Alicia miró a la cocinera con ansiedad, para ver si se disponía a hacer algo parecido, pero la cocinera estaba muy ocupada revolviendo la sopa y no parecía prestar oídos a la conversación, de modo que Alicia se animó a proseguir su lección:

- -Veinticuatro horas, creo, ¿o son doce? Yo...
- -Tú vas a dejar de fastidiarme -dijo la Duquesa-. ¡Nunca he soportado los cálculos!

Y empezó a mecer nuevamente al niño, mientras le cantaba una especie de nana, y al final de cada verso propinaba al pequeño una fuerte sacudida.

Grítale y zurra al niñito si se pone a estornudar, porque lo hace el bendito sólo para fastidiar.

CORO (Con participación de la cocinera y el bebé) ¡Gua! ¡Gua! ¡Gua!

Cuando comenzó la segunda estrofa, la Duquesa lanzó al niño al aire, recogiéndolo luego al caer, con tal violencia que la criatura gritaba a voz en cuello. Alicia apenas podía distinguir las palabras:

A mi hijo le grito, y si estornuda, ¡menuda paliza! Porque, ¿es que acaso no le gusta la pimienta cuando le da la gana?

CORO
¡Gua! ¡Gua! ¡Gua!

-¡Ea! ¡Ahora puedes mecerlo un poco tú, si quieres! -dijo la Duquesa al concluir la canción, mientras le arrojaba el bebé por el aire-. Yo tengo que ir a arreglarme para jugar al croquet con la Reina

Y la Duquesa salió apresuradamente de la habitación. La cocinera le tiró una sartén en el último instante, pero no la alcanzó.

Alicia cogió al niño en brazos con cierta dificultad, pues se trataba de una criaturita de forma extraña y que forcejeaba con brazos y piernas en todas direcciones, «como una estrella de mar», pensó Alicia. El pobre pequeño resoplaba como una maquina de vapor cuando ella lo cogió, y se encogía y se estiraba con tal furia que durante los primeros minutos Alicia se las vio y deseó para evitar que se le escabullera de los brazos.

En cuanto encontró el modo de tener el niño en brazos (modo que consistió en retorcerlo en una especie de nudo, la oreja izquierda y el pie derecho bien sujetos para impedir que se deshiciera), Alicia lo sacó al aire libre. «Si no me llevo a este niño conmigo», pensó, «seguro que lo matan en un día o dos.

¿Acaso no sería un crimen dejarlo en esta casa?» Dijo estas últimas palabras en alta voz, y el pequeño le respondió con un gruñido (para entonces había dejado ya de estornudar).

-No gruñas -le riñó Alicia-. Ésa no es forma de expresarse.

El bebé volvió a gruñir, y Alicia le miró la cara con ansiedad, para ver si le pasaba algo. No había duda de que tenía una nariz muy respingona, mucho más parecida a un hocico que a una verdadera nariz. Además los ojos se le estaban poniendo demasiado pequeños para ser ojos de bebé. A Alicia no le gustaba ni pizca el aspecto que estaba tomando aquello. «A lo mejor es porque ha estado llorando», pensó, y le miró de nuevo los ojos, para ver si había alguna lágrima. No, no había lágrimas.

-Si piensas convertirte en un cerdito, cariño -dijo Alicia muy seria-, yo no querré saber nada contigo. ¡Conque ándate con cuidado!

La pobre criaturita volvió a soltar un quejido (¿o un gruñido? era imposible asegurarlo), y los dos anduvieron en silencio durante un rato.

Alicia estaba empezando a preguntarse a sí misma: «Y ahora, ¿qué voy a hacer yo con este chiquillo al volver a mi casa?», cuando el bebé soltó otro gruñido, con tanta violencia que volvió a mirarlo alarmada. Esta vez no cabía la menor duda: no era ni más ni menos que un cerdito, y a Alicia le pareció que sería absurdo seguir llevándolo en brazos.

Así pues, lo dejó en el suelo, y sintió un gran alivio al ver que echaba a trotar y se adentraba en el bosque.

«Si hubiera crecido», se dijo a sí misma, «hubiera sido un niño terriblemente feo, pero como cerdito me parece precioso». Y empezó a pensar en otros niños que ella conocía y a los que les sentaría muy bien convertirse en cerditos.

« ¡Si supiéramos la manera de transformarlos! », se estaba diciendo, cuando tuvo un ligero sobresalto al ver que el Gato de Cheshire estaba sentado en la rama de un árbol muy próximo a ella.

El Gato, cuando vio a Alicia, se limitó a sonreír. Parecía tener buen carácter, pero también tenía unas uñas muy largas Y muchísimos dientes, de modo que sería mejor tratarlo con respeto.

- -Minino de Cheshire -empezó Alicia tímidamente, pues no estaba del todo segura de si le gustaría este tratamiento: pero el Gato no hizo más que ensanchar su sonrisa, por lo que Alicia decidió que sí le gustaba-. Minino de Cheshire, ¿podrías decirme, por favor, qué camino debo seguir para salir de aquí?
- -Esto depende en gran parte del sitio al que quieras llegar -dijo el Gato.
- -No me importa mucho el sitio... -dijo Alicia.
- -Entonces tampoco importa mucho el camino que tomes -dijo el Gato.
- -... siempre que llegue a alguna parte -añadió Alicia como explicación.
- -¡Oh, siempre llegarás a alguna parte -aseguró el Gato-, si caminas lo suficiente!
- A Alicia le pareció que esto no tenía vuelta de hoja, y decidió hacer otra pregunta:
- -¿Qué clase de gente vive por aquí?
- -En esta dirección -dijo el Gato, haciendo un gesto con la pata derecha- vive un Sombrerero. Y en esta dirección -e hizo un gesto con la otra pata- vive una Liebre de Marzo. Visita al que quieras: los dos están locos.
- -Pero es que a mí no me gusta tratar a gente loca -protestó Alicia.
- -Oh, eso no lo puedes evitar -repuso el Gato-. Aquí todos estamos locos. Yo estoy loco. Tú estás loca.
- -¿Cómo sabes que yo estoy loca? -preguntó Alicia.
- -Tienes que estarlo -afirmó el Gato-, o no habrías venido aquí.

Alicia pensó que esto no demostraba nada. Sin embargo, continuó con sus preguntas:

- -¿Y cómo sabes que tú estás loco?
- -Para empezar -repuso el Gato-, los perros no están locos. ¿De acuerdo?
- -Supongo que sí -concedió Alicia.
- -Muy bien. Pues en tal caso -siguió su razonamiento el Gato-, ya sabes que los perros gruñen cuando están enfadados, y mueven la cola cuando están contentos. Pues bien, yo gruño cuando estoy contento, y muevo la cola cuando estoy enfadado. Por lo tanto, estoy loco.
- -A eso yo le llamo ronronear, no gruñir -dijo Alicia.

- -Llámalo como quieras -dijo el Gato-. ¿Vas a jugar hoy al croquet con la Reina?
- -Me gustaría mucho -dijo Alicia-, pero por ahora no me han invitado.
- -Allí nos volveremos a ver -aseguró el Gato, y se desvaneció.

A Alicia esto no la sorprendió demasiado, tan acostumbrada estaba ya a que sucedieran cosas raras. Estaba todavía mirando hacia el lugar donde el Gato había estado, cuando éste reapareció de golpe.

- -A propósito, ¿qué ha pasado con el bebé? -preguntó-. Me olvidaba de preguntarlo.
- -Se convirtió en un cerdito -contestó Alicia sin inmutarse, como si el Gato hubiera vuelto de la forma más natural del mundo.
- -Ya sabía que acabaría así -dijo el Gato, y desapareció de nuevo.

Alicia esperó un ratito, con la idea de que quizás aparecería una vez más, pero no fue así, y, pasados uno o dos minutos, la niña se puso en marcha hacia la dirección en que le había dicho que vivía la Liebre de Marzo.

-Sombrereros ya he visto algunos -se dijo para sí-. La Liebre de Marzo será mucho más interesante. Y además, como estamos en mayo, quizá ya no esté loca... o al menos quizá no esté tan loca como en marzo.

Mientras decía estas palabras, miró hacia arriba, y allí estaba el Gato una vez más, sentado en la rama de un árbol.

- -¿Dijiste cerdito o cardito? -preguntó el Gato.
- -Dije cerdito -contestó Alicia-. ¡Y a ver si dejas de andar apareciendo y desapareciendo tan de golpe! ¡Me da mareo!
- -De acuerdo -dijo el Gato.

Y esta vez desapareció despacito, con mucha suavidad, empezando por la punta de la cola y terminando por la sonrisa, que permaneció un rato allí, cuando el resto del Gato ya había desaparecido.

-¡Vaya! -se dijo Alicia-. He visto muchísimas veces un gato sin sonrisa, ¡pero una sonrisa sin gato! ¡Es la cosa más rara que he visto en toda mi vida!

No tardó mucho en llegar a la casa de la Liebre de Marzo. Pensó que tenía que ser forzosamente aquella casa, porque las chimeneas tenían forma de largas orejas y el techo estaba recubierto de piel. Era una casa tan grande, que no se atrevió a acercarse sin dar antes un mordisquito al pedazo de seta de la mano izquierda, con lo que creció hasta una altura de unos dos palmos. Aún así, se acercó con cierto recelo, mientras se decía a sí misma:

-¿Y si estuviera loca de verdad? ¡Empiezo a pensar que tal vez hubiera sido mejor ir a ver al Sombrerero!

CAPÍTULO VII

UNA MERIENDA DE LOCOS

Habían puesto la mesa debajo de un árbol, delante de la casa, y la Liebre de Marzo y el Sombrerero estaban tomando el té. Sentado entre ellos había un Lirón, que dormía profundamente, y los otros dos lo hacían servir de almohada, apoyando los codos sobre él, y hablando por encima de su cabeza. «Muy incómodo para el Lirón», pensó Alicia. «Pero como está dormido, supongo que no le importa».

La mesa era muy grande, pero los tres se apretujaban muy juntos en uno de los extremos.

- -¡No hay sitio! -se pusieron a gritar, cuando vieron que se acercaba Alicia.
- -¡Hay un montón de sitio! -protestó Alicia indignada, y se sentó en un gran sillón a un extremo de la mesa.
- -Toma un poco de vino -la animó la Liebre de Marzo.

Alicia miró por toda la mesa, pero allí sólo había té.

- -No veo ni rastro de vino -observó.
- -Claro. No lo hay -dijo la Liebre de Marzo.
- -En tal caso, no es muy correcto por su parte andar ofreciéndolo -dijo Alicia enfadada.

- -Tampoco es muy correcto por tu parte sentarte con nosotros sin haber sido invitada -dijo la Liebre de Marzo.
- -No sabía que la mesa era suya -dijo Alicia-. Está puesta para muchas más de tres personas.
- -Necesitas un buen corte de pelo -dijo el Sombrerero.

Había estado observando a Alicia con mucha curiosidad, y estas eran sus primeras palabras.

-Debería aprender usted a no hacer observaciones tan personales -dijo Alicia con acritud-. Es de muy mala educación.

Al oír esto, el Sombrerero abrió unos ojos como naranjas, pero lo único que dijo fue:

- -¿En qué se parece un cuervo a un escritorio?
- « ¡Vaya, parece que nos vamos a divertir! », pensó Alicia. «Me encanta que hayan empezado a jugar a las adivinanzas.» Y añadió en voz alta:
- -Creo que sé la solución.
- -¿Quieres decir que crees que puedes encontrar la solución? -preguntó la Liebre de Marzo.
- -Exactamente -contestó Alicia.
- -Entonces debes decir lo que piensas -siguió la Liebre de Marzo.
- -Ya lo hago -se apresuró a replicar Alicia-. O al menos... al menos pienso lo que digo... Viene a ser lo mismo, ¿no?
- -¿Lo mismo? ¡De ninguna manera! -dijo el Sombrerero-. ¡En tal caso, sería lo mismo decir «veo lo que como» que «como lo que veo»!
- -¡Y sería lo mismo decir -añadió la Liebre de Marzo- «me gusta lo que tengo» que «tengo lo que me gusta»!
- -¡Y sería lo mismo decir -añadió el Lirón, que parecía hablar en medio de sus sueños- «respiro cuando duermo» que «duermo cuando respiro»!
- -Es lo mismo en tu caso -dijo el Sombrerero.

Y aquí la conversación se interrumpió, y el pequeño grupo se mantuvo en silencio unos instantes, mientras Alicia intentaba recordar todo lo que sabía de cuervos y de escritorios, que no era demasiado.

El Sombrerero fue el primero en romper el silencio.

-¿Qué día del mes es hoy? -preguntó, dirigiéndose a Alicia.

Se había sacado el reloj del bolsillo, y lo miraba con ansiedad, propinándole violentas sacudidas y llevándoselo una y otra vez al oído.

Alicia reflexionó unos instantes.

- -Es día cuatro dijo por fin.
- -¡Dos días de error! -se lamentó el Sombrerero, y, dirigiéndose amargamente a la Liebre de Marzo, añadió-: ¡Ya te dije que la mantequilla no le sentaría bien a la maquinaria!
- -Era mantequilla de la mejor -replicó la Liebre muy compungida.
- -Sí, pero se habrán metido también algunas migajas -gruñó el Sombrerero.

No debiste utilizar el cuchillo del pan.

La Liebre de Marzo cogió el reloj y lo miró con aire melancólico: después lo sumergió en su taza de té, y lo miró de nuevo. Pero no se le ocurrió nada mejor que decir y repitió su primera observación:

-Era mantequilla de la mejor, sabes.

Alicia había estado mirando por encima del hombro de la Liebre con bastante curiosidad.

- -¡Qué reloj más raro! -exclamó-. ¡Señala el día del mes, y no señala la hora que es!
- -¿Y por qué habría de hacerlo? -rezongó el Sombrerero-. ¿Señala tu reloj el año en que estamos?
- -Claro que no -reconoció Alicia con prontitud-. Pero esto es porque está tanto tiempo dentro del mismo año.
- -Que es precisamente lo que le pasa al mío -dijo el Sombrerero.

Alicia quedó completamente desconcertada. Las palabras del Sombrerero no parecían tener el menor sentido.

- -No acabo de comprender -dijo, tan amablemente como pudo.
- -El Lirón se ha vuelto a dormir -dijo el Sombrerero, y le echó un poco de té caliente en el hocico.
- El Lirón sacudió la cabeza con impaciencia, y dijo, sin abrir los ojos:
- -Claro que sí, claro que sí. Es justamente lo que yo iba a decir.
- -¿Has encontrado la solución a la adivinanza? -preguntó el Sombrerero, dirigiéndose de nuevo a Alicia.
- -No. Me doy por vencida. ¿Cuál es la solución?

- -No tengo la menor idea -dijo el Sombrerero.
- -Ni yo -dijo la Liebre de Marzo.

Alicia suspiró fastidiada.

- -Creo que ustedes podrían encontrar mejor manera de matar el tiempo -dijo- que ir proponiendo adivinanzas sin solución.
- -Si conocieras al Tiempo tan bien como lo conozco yo -dijo el Sombrerero-, no hablarías de matarlo. ¡El Tiempo es todo un personaje!
- -No sé lo que usted quiere decir -protestó Alicia.
- -¡Claro que no lo sabes! -dijo el Sombrerero, arrugando la nariz en un gesto de desprecio-. ¡Estoy seguro de que ni siquiera has hablado nunca con el Tiempo!
- -Creo que no -respondió Alicia con cautela-. Pero en la clase de música tengo que marcar el tiempo con palmadas.
- -¡Ah, eso lo explica todo! -dijo el Sombrerero-. El Tiempo no tolera que le den palmadas. En cambio, si estuvieras en buenas relaciones con él, haría todo lo que tú quisieras con el reloj. Por ejemplo, supón que son las nueve de la mañana, justo la hora de empezar las clases, pues no tendrías más que susurrarle al Tiempo tu deseo y el Tiempo en un abrir y cerrar de ojos haría girar las agujas de tu reloj. ¡La una y media! ¡Hora de comer!
- (« ¡Cómo me gustaría que lo fuera ahora! », se dijo la Liebre de Marzo para sí en un susurro).
- -Sería estupendo, desde luego -admitió Alicia, pensativa-. Pero entonces todavía no tendría hambre, ¿no le parece?
- -Quizá no tuvieras hambre al principio -dijo el Sombrerero-. Pero es que podrías hacer que siguiera siendo la una y media todo el rato que tú quisieras.
- -¿Es esto lo que ustedes hacen con el Tiempo? -preguntó Alicia.
- El Sombrerero movió la cabeza con pesar.
- -¡Yo no! -contestó-. Nos peleamos el pasado marzo, justo antes de que ésta se volviera loca, sabes (y señaló con la cucharilla hacia la Liebre de Marzo).
- -¿Ah, si?- preguntó Alicia interesada.
- -Si. Sucedió durante el gran concierto que ofreció la Reina de Corazones, y en el que me tocó cantar a mí.
- -¿Y que cantaste?- preguntó Alicia.

-Pues canté:

"Brilla, brilla, ratita alada, ¿En que estás tan atareada"?

- -Porque esa canción la conocerás, ¿no?
- -Quizá me suene de algo, pero no estoy segura- dijo Alicia.
- -Tiene más estrofas -siguió el Sombrerero-. Por ejemplo:

"Por sobre el Universo vas volando, con una bandeja de teteras llevando. Brilla, brilla..."

Al llegar a este punto, el Lirón se estremeció y empezó a canturrear en sueños: «brilla, brilla, brilla, brilla...», y estuvo así tanto rato que tuvieron que darle un buen pellizco para que se callara.

- -Bueno -siguió contando su historia el Sombrerero-. Lo cierto es que apenas había terminado yo la primera estrofa, cuando la Reina se puso a gritar:
- «¡Vaya forma estúpida de matar el tiempo!¡Que le corten la cabeza! »
- -¡Qué barbaridad! ¡Vaya fiera! -exclamó Alicia.
- -Y desde entonces -añadió el Sombrerero con una voz tristísima-, el Tiempo cree que quise matarlo y no quiere hacer nada por mí. Ahora son siempre las seis de la tarde.

Alicia comprendió de repente todo lo que allí ocurría.

- -¿Es ésta la razón de que haya tantos servicios de té encima de la mesa? -preguntó.
- -Sí, ésta es la razón -dijo el Sombrerero con un suspiro-. Siempre es la hora del té, y no tenemos tiempo de lavar la vajilla entre té y té.
- -¿Y lo que hacen es ir dando la vuelta a la mesa, verdad? -preguntó Alicia.
- -Exactamente -admitió el Sombrerero-, a medida que vamos ensuciando las tazas.
- -Pero, ¿qué pasa cuando llegan de nuevo al principio de la mesa? -se atrevió a preguntar Alicia.
- -¿Y si cambiáramos de conversación? -los interrumpió la Liebre de Marzo con un bostezo-. Estoy harta de todo este asunto. Propongo que esta señorita nos cuente un cuento.

-Mucho me temo que no sé ninguno -se apresuró a decir Alicia, muy alarmada ante esta proposición. -¡Pues que lo haga el Lirón! -exclamaron el Sombrerero y la Liebre de Marzo-.¡Despierta, Lirón!

Y empezaron a darle pellizcos uno por cada lado.

El Lirón abrió lentamente los ojos.

- -No estaba dormido -aseguró con voz ronca y débil-. He estado escuchando todo lo que decíais, amigos.
- -¡Cuéntanos un cuento! -dijo la Liebre de Marzo.
- -¡Sí, por favor! -imploró Alicia.
- -Y date prisa -añadió el Sombrerero-. No vayas a dormirte otra vez antes de terminar.
- -Había una vez tres hermanitas empezó apresuradamente el Lirón-, y se llamaban Elsie, Lacie y Tillie, y vivían en el fondo de un pozo...
- -¿Y de qué se alimentaban? -preguntó Alicia, que siempre se interesaba mucho por todo lo que fuera comer y beber.
- -Se alimentaban de melaza -contestó el Lirón, después de reflexionar unos segundos.
- -No pueden haberse alimentado de melaza, sabe -observó Alicia con amabilidad-. Se habrían puesto enfermísimas.
- -Y así fue -dijo el Lirón-. Se pusieron de lo más enfermísimas.

Alicia hizo un esfuerzo por imaginar lo que sería vivir de una forma tan extraordinaria, pero no lo veía ni pizca claro, de modo que siguió preguntando:

- -Pero, ¿por qué vivían en el fondo de un pozo?
- -Toma un poco más de té -ofreció solícita la Liebre de Marzo.
- -Hasta ahora no he tomado nada -protestó Alicia en tono ofendido-, de modo que no puedo tomar más.
- -Quieres decir que no puedes tomar menos -puntualizó el Sombrerero-. Es mucho más fácil tomar más que nada.
- -Nadie le pedía su opinión -dijo Alicia.
- -¿Quién está haciendo ahora observaciones personales? -preguntó el Sombrerero en tono triunfal.

Alicia no supo qué contestar a esto. Así pues, optó por servirse un poco de té y pan con mantequilla. Y después, se volvió hacia el Lirón y le repitió la misma pregunta:

-¿Por qué vivían en el fondo de un pozo?

El Lirón se puso a cavilar de nuevo durante uno o dos minutos, y entonces dijo:

-Era un pozo de melaza.

-¡No existe tal cosa!

Alicia había hablado con energía, pero el Sombrerero y la Liebre de Marzo la hicieron callar con sus «¡Chst! ¡Chst! », mientras el Lirón rezongaba indignado:

- -Si no sabes comportarte con educación, mejor será que termines tú el cuento.
- -No, por favor, ¡continúe! -dijo Alicia en tono humilde-. No volveré a interrumpirle. Puede que en efecto exista uno de estos pozos.
- -¡Claro que existe uno! -exclamó el Lirón indignado. Pero, sin embargo, estuvo dispuesto a seguir con el cuento-. Así pues, nuestras tres hermanitas... estaban aprendiendo a dibujar, sacando...
- -¿Qué sacaban? -preguntó Alicia, que ya había olvidado su promesa.
- -Melaza -contestó el Lirón, sin tomarse esta vez tiempo para reflexionar.
- -Quiero una taza limpia -les interrumpió el Sombrerero-. Corrámonos todos un sitio.

Se cambió de silla mientras hablaba, y el Lirón le siguió: la Liebre de Marzo pasó a ocupar el sitio del Lirón, y Alicia ocupó a regañadientes el asiento de la Liebre de Marzo. El Sombrerero era el único que salía ganando con el cambio, y Alicia estaba bastante peor que antes, porque la Liebre de Marzo acababa de derramar la leche dentro de su plato.

Alicia no quería ofender otra vez al Lirón, de modo que empezó a hablar con mucha prudencia:

- -Pero es que no lo entiendo. ¿De donde sacaban la melaza?
- -Uno puede sacar agua de un pozo de agua -dijo el Sombrerero-, ¿por qué no va a poder sacar melaza de un pozo de melaza? ¡No seas estúpida!
- -Pero es que ellas estaban dentro, bien adentro -le dijo Alicia al Lirón, no queriéndose dar por enterada de las últimas palabras del Sombrerero.
- -Claro que lo estaban -dijo el Lirón-. Estaban de lo más requetebién.

Alicia quedó tan confundida al ver que el Lirón había entendido algo distinto a lo que ella quería decir, que no volvió a interrumpirle durante un ratito.

- -Nuestras tres hermanitas estaban aprendiendo, pues, a dibujar -siguió el Lirón, bostezando y frotándose los ojos, porque le estaba entrando un sueño terrible-, y dibujaban todo tipo de cosas... todo lo que empieza con la letra M...
- -¿Por qué con la M? -preguntó Alicia.
- -¿Y por qué no? -preguntó la Liebre de Marzo.

Alicia guardó silencio.

Para entonces, el Lirón había cerrado los ojos y empezaba a cabecear. Pero, con los pellizcos del Sombrerero, se despertó de nuevo, soltó un gritito y siguió la narración: -... lo que empieza con la letra M, como matarratas, mundo, memoria y mucho... muy, en fin todas esas cosas. Mucho, digo, porque ya sabes, como cuando se dice "un mucho más que un menos". ¿Habéis visto alguna vez el dibujo de un «mucho»?

- -Ahora que usted me lo pregunta -dijo Alicia, que se sentía terriblemente confusa-, debo reconocer que yo no pienso...
- -¡Pues si no piensas, cállate! -la interrumpió el Sombrerero.

Esta última grosería era más de lo que Alicia podía soportar: se levantó muy disgustada y se alejó de allí. El Lirón cayó dormido en el acto, y ninguno de los otros dio la menor muestra de haber advertido su marcha, aunque Alicia miró una o dos veces hacia atrás, casi esperando que la llamaran. La última vez que los vio estaban intentando meter al Lirón dentro de la tetera.

-¡Por nada del mundo volveré a poner los pies en ese lugar! -se dijo Alicia, mientras se adentraba en el bosque-. ¡Es la merienda más estúpida a la que he asistido en toda mi vida!

Mientras decía estas palabras, descubrió que uno de los árboles tenía una puerta en el tronco.

-¡Qué extraño! -pensó-. Pero todo es extraño hoy. Creo que lo mejor será que entre en seguida.

Y entró en el árbol.

Una vez más se encontró en el gran vestíbulo, muy cerca de la mesita de cristal. «Esta vez haré las cosas mucho mejor», se dijo a sí misma. Y empezó por coger la llavecita de oro y abrir la puerta que daba al jardín. Entonces se puso a mordisquear cuidadosamente la seta (se había guardado un pedazo en el bolsillo), hasta que midió poco más de un palmo. Entonces se adentró por el estrecho pasadizo. Y entonces... entonces estuvo por fin en el maravilloso jardín, entre las flores multicolores y las frescas fuentes.

CAPÍTULO VIII

EL CROQUET DE LA REINA

Un gran rosal se alzaba cerca de la entrada del jardín: sus rosas eran blancas, pero había allí tres jardineros ocupados en pintarlas de rojo. A Alicia le pareció muy extraño, y se acercó para averiguar lo que pasaba, y al acercarse a ellos oyó que uno de los jardineros decía:

- -¡Ten cuidado, Cinco!¡No me salpiques así de pintura!
- -No es culpa mía -dijo Cinco, en tono dolido-. Siete me ha dado un golpe en el codo.

Ante lo cual, Siete levantó los ojos dijo:

- -¡Muy bonito, Cinco! ¡Échale siempre la culpa a los demás!
- -¡Mejor será que calles esa boca! -dijo Cinco-. ¡Ayer mismo oí decir a la Reina que debían cortarte la cabeza!
- -¿Por qué? -preguntó el que había hablado en primer lugar.
- -¡Eso no es asunto tuyo, Dos! -dijo Siete.
- -¡Sí es asunto suyo! -protestó Cinco-. Y voy a decírselo: fue por llevarle a la cocinera bulbos de tulipán en vez de cebollas.

Siete tiró la brocha al suelo y estaba empezando a decir: «¡Vaya! De todas las injusticias...», cuando sus ojos se fijaron casualmente en Alicia, que estaba allí observándolos, y se calló en el acto. Los otros dos se volvieron también hacia ella, y los tres hicieron una profunda reverencia. -¿Querrían hacer el favor de decirme -empezó Alicia con cierta timidez- por qué están pintando estas rosas?

Cinco y Siete no dijeron nada, pero miraron a Dos. Dos empezó en una vocecita temblorosa:

-Pues, verá usted, señorita, el hecho es que esto tenía que haber sido un rosal rojo, y nosotros plantamos uno blanco por equivocación, y, si la Reina lo descubre, nos cortarán a todos la cabeza, sabe. Así que, ya ve, señorita, estamos haciendo lo posible, antes de que ella llegue, para...

En este momento, Cinco, que había estado mirando ansiosamente por el jardín, gritó: «¡La Reina! ¡La Reina! », y los tres jardineros se arrojaron inmediatamente de bruces en el suelo. Se oía un ruido de muchos pasos, y Alicia miró a su alrededor, ansiosa por ver a la Reina.

Primero aparecieron diez soldados, enarbolando tréboles. Tenían la misma forma que los tres jardineros, oblonga y plana, con las manos y los pies en las esquinas. Después seguían diez cortesanos, adornados enteramente con diamantes, y formados, como los soldados, de dos en dos. A continuación venían los infantes reales; eran también diez, y avanzaban saltando, cogidos de la mano de dos en dos, adornados con corazones. Después seguían los invitados, casi todos reyes y reinas, y entre ellos Alicia reconoció al Conejo Blanco: hablaba atropelladamente, muy nervioso, sonriendo sin ton ni son, y no advirtió la presencia de la niña. A continuación venía el Valet de Corazones, que llevaba la corona del Rey sobre un cojín de terciopelo carmesí. Y al final de este espléndido cortejo avanzaban EL REY Y LA REINA DE CORAZONES.

Alicia estaba dudando si debería o no echarse de bruces como los tres jardineros, pero no recordaba haber oído nunca que tuviera uno que hacer algo así cuando pasaba un desfile. «Y además», pensó, « ¿de qué serviría un desfile, si todo el mundo tuviera que echarse de bruces, de modo que no pudiera ver nada? » Así pues, se quedó quieta donde estaba, y esperó.

Cuando el cortejo llegó a la altura de Alicia, todos se detuvieron y la miraron, y la Reina preguntó severamente:

-¿Quién es ésta?

La pregunta iba dirigida al Valet de Corazones, pero el Valet no hizo más que inclinarse y sonreír por toda respuesta.

- -¡Idiota! -dijo la Reina, agitando la cabeza con impaciencia, y, volviéndose hacia Alicia, le preguntó-: ¿Cómo te llamas, niña?
- -Me llamo Alicia, para servir a Su Majestad -contestó Alicia en un tono de lo más cortés, pero añadió para sus adentros: «Bueno, a fin de cuentas, no son más que una baraja de cartas. ¡No tengo por qué sentirme asustada!»
- -¿Y quiénes son éstos? -siguió preguntando la Reina, mientras señalaba a los tres jardineros que yacían en torno al rosal.

Porque, claro, al estar de bruces sólo se les veía la parte de atrás, que era igual en todas las cartas de la baraja, y la Reina no podía saber si eran jardineros, o soldados, o cortesanos, o tres de sus propios hijos.

-¿Cómo voy a saberlo yo? -replicó Alicia, asombrada de su propia audacia-. ¡No es asunto mío!

La Reina se puso roja de furia, y, tras dirigirle una mirada fulminante y feroz, empezó a gritar:

- -¡Que le corten la cabeza! ¡Que le corten...!
- -¡Tonterías! -exclamó Alicia, en voz muy alta y decidida.

Y la Reina se calló.

El Rey le puso la mano en el brazo, y dijo con timidez:

-¡Considera, cariño, que sólo se trata de una niña!

La Reina se desprendió furiosa de él, y dijo al Valet:

-¡Dales la vuelta a éstos!

Y así lo hizo el Valet, muy cuidadosamente, con un pie.

-¡Arriba! -gritó la Reina, en voz fuerte y detonante.

Y los tres jardineros se pusieron en pie de un salto, y empezaron a hacer profundas reverencias al Rey, a la Reina, a los infantes reales, al Valet y a todo el mundo.

-¡Basta ya! -gritó la Reina-. ¡Me estáis poniendo nerviosa! -Y después, volviéndose hacia el rosal, continuó-: ¿Qué diablos habéis estado haciendo aquí?

-Con la venia de Su Majestad -empezó a explicar Dos, en tono muy humilde, e hincando en el suelo una rodilla mientras hablaba-, estábamos intentando...

-¡Ya lo veo! -estalló la Reina, que había estado examinando las rosas-. ¡Que les corten la cabeza!

Y el cortejo se puso de nuevo en marcha, aunque tres soldados se quedaron allí para ejecutar a los desgraciados jardineros, que corrieron a refugiarse junto a Alicia.

-¡No os cortarán la cabeza! -dijo Alicia, y los metió en una gran maceta que había allí cerca.

Los tres soldados estuvieron algunos minutos dando vueltas por allí, buscando a los jardineros, y después se marcharon tranquilamente tras el cortejo.

- -¿Han perdido sus cabezas? -gritó la Reina.
- -Sí, sus cabezas se han perdido, con la venia de Su Majestad -gritaron los soldados como respuesta.
- -¡Muy bien! -gritó la Reina-. ¿Sabes jugar al croquet?

Los soldados guardaron silencio, y volvieron la mirada hacia Alicia, porque era evidente que la pregunta iba dirigida a ella.

- -¡Sí! -gritó Alicia.
- -¡Pues andando! -vociferó la Reina.

Y Alicia se unió al cortejo, preguntándose con gran curiosidad qué iba a suceder a continuación.

-Hace... ¡hace un día espléndido! -murmuró a su lado una tímida vocecilla.

Alicia estaba andando al lado del Conejo Blanco, que la miraba con ansiedad.

- -Mucho -dijo Alicia-. ¿Dónde está la Duquesa?
- -¡Chitón! ¡Chitón! -dijo el Conejo en voz baja y apremiante. Miraba ansiosamente a sus espaldas mientras hablaba, y después se puso de puntillas, acercó el hocico a la oreja de Alicia y susurró-: Ha sido condenada a muerte.
- -¿Por qué motivo? -quiso saber Alicia.
- -¿Has dicho «pobrecilla»? -preguntó el Conejo.
- -No, no he dicho eso. No creo que sea ninguna «pobrecilla». He dicho: ¿Por qué motivo?»
- -Le dio un sopapo a la Reina... -empezó a decir el Conejo, y a Alicia le dio un ataque de risa-, ¡Chitón! ¡Chitón! -suplicó el Conejo con una vocecilla aterrada-. ¡Va a oírte la Reina! Lo ocurrido fue que la Duquesa llegó bastante tarde, y la Reina dijo...
- -¡Todos a sus sitios! -gritó la Reina con voz de trueno.

Y todos se pusieron a correr en todas direcciones, tropezando unos con otros.

Sin embargo, unos minutos después ocupaban sus sitios, y empezó el partido.

Alicia pensó que no había visto un campo de croquet tan raro como aquél en toda su vida. Estaba lleno de montículos y de surcos, las bolas eran erizos vivos, los mazos eran flamencos vivos, y los soldados tenían que doblarse y ponerse a cuatro patas para formar los aros.

La dificultad más grave con que Alicia se encontró al principio fue manejar a su flamenco. Logró dominar al pajarraco metiéndoselo debajo del brazo, con las patas colgando detrás, pero casi siempre, cuando había logrado enderezarle el largo cuello y estaba a punto de darle un buen golpe al erizo con la cabeza del flamenco, éste torcía el cuello y la miraba derechamente a los ojos con tanta extrañeza, que Alicia no podía contener la risa. Y cuando le había vuelto a bajar la cabeza y estaba dispuesta a empezar de nuevo, era muy irritante descubrir que el erizo se había desenroscado y se alejaba arrastrándose. Por si todo esto no bastara, siempre había un montículo o un surco en la dirección en que ella quería lanzar al erizo, y, como además los soldados doblados en forma de

aro no paraban de incorporarse y largarse a otros puntos del campo, Alicia llegó pronto a la conclusión de que se trataba de una partida realmente dificil.

Los jugadores jugaban todos a la vez, sin esperar su turno, discutiendo sin cesar y disputándose los erizos. Y al poco rato la Reina había caído en un paroxismo de furor y andaba de un lado a otro dando patadas en el suelo y gritando a cada momento «¡Que le corten a éste la cabeza! » o «¡Que le corten a ésta la cabeza! ».

Alicia empezó a sentirse incómoda: a decir verdad ella no había tenido todavía ninguna disputa con la Reina, pero sabía que podía suceder en cualquier instante. «Y entonces», pensaba, «¿qué será de mí? Aquí todo lo arreglan cortando cabezas. Lo extraño es que quede todavía alguien con vida! » Estaba buscando pues alguna forma de escapar, Y preguntándose si podría irse de allí sin que la vieran, cuando advirtió una extraña aparición en el aire.

Al principio quedó muy desconcertada, pero, después de observarla unos minutos, descubrió que se trataba de una sonrisa, y se dijo:

- -Es el Gato de Cheshire. Ahora tendré alguien con quien poder hablar.
- -¿Qué tal estás? -le dijo el Gato, en cuanto tuvo hocico suficiente para poder hablar.

Alicia esperó hasta que aparecieron los ojos, y entonces le saludó con un gesto. «De nada servirá que le hable», pensó, «hasta que tenga orejas, o al menos una de ellas». Un minuto después había aparecido toda la cabeza, Y entonces Alicia dejó en el suelo su flamenco y empezó a contar lo que, ocurría en el juego, muy contenta de tener a alguien que la escuchara. El Gato creía sin duda que su parte visible era ya suficiente, y no apareció nada más.

-Me parece que no juegan ni un poco limpio -empezó Alicia en tono quejumbroso-, y se pelean de un modo tan terrible que no hay quien se entienda, y no parece que haya reglas ningunas... Y, si las hay, nadie hace caso de ellas... Y no puedes imaginar qué lío es el que las cosas estén vivas.

Por ejemplo, allí va el aro que me tocaba jugar ahora, ¡justo al otro lado del campo! ¡Y le hubiera dado ahora mismo al erizo de la Reina, pero se largó cuando vio que se acercaba el mío!

- -¿Qué te parece la Reina? -dijo el Gato en voz baja.
- -No me gusta nada -dijo Alicia-. Es tan exagerada... -En este momento, Alicia advirtió que la Reina estaba justo detrás de ella, escuchando lo que decía, de modo que siguió-: ... tan exageradamente dada a ganar, que no merece la pena terminar la partida.

La Reina sonrió y reanudó su camino.

- -¿Con quién estás hablando? -preguntó el Rey, acercándose a Alicia y mirando la cabeza del Gato con gran curiosidad.
- -Es un amigo mío... un Gato de Cheshire -dijo Alicia-. Permita que se lo presente.

- -No me gusta ni pizca su aspecto -aseguró el Rey-. Sin embargo, puede besar mi mano si así lo desea.
- -Prefiero no hacerlo -confesó el Gato.
- -No seas impertinente -dijo el Rey-, ¡Y no me mires de esta manera!

Y se refugió detrás de Alicia mientras hablaba.

- -Un gato puede mirar cara a cara a un rey -sentenció Alicia-. Lo he leído en un libro, pero no recuerdo cuál.
- -Bueno, pues hay que eliminarlo -dijo el Rey con decisión, y llamó a la Reina, que precisamente pasaba por allí-. ¡Querida! ¡Me gustaría que eliminaras a este gato!

Para la Reina sólo existía un modo de resolver los problemas, fueran grandes o pequeños.

- -¡Que le corten la cabeza! -ordenó, sin molestarse siquiera en echarles una ojeada.
- -Yo mismo iré a buscar al verdugo -dijo el Rey apresuradamente.

Y se alejó corriendo de allí.

Alicia pensó que sería mejor que ella volviese al juego y averiguase cómo iba la partida, pues oyó a lo lejos la voz de la Reina, que aullaba de furor.

Acababa de dictar sentencia de muerte contra tres de los jugadores, por no haber jugado cuando les tocaba su turno. Y a Alicia no le gustaba ni pizca el aspecto que estaba tomando todo aquello, porque la partida había llegado a tal punto de confusión que le era imposible saber cuándo le tocaba jugar y cuándo no. Así pues, se puso a buscar su erizo.

El erizo se había enzarzado en una pelea con otro erizo, y esto le pareció a Alicia una excelente ocasión para hacer una carambola: la única dificultad era que su flamenco se había largado al otro extremo del jardín, y Alicia podía verlo allí, aleteando torpemente en un intento de volar hasta las ramas de un árbol.

Cuando hubo recuperado a su flamenco y volvió con el, la pelea había terminado, y no se veía rastro de ninguno de los erizos. «Pero esto no tiene demasiada importancia», pensó Alicia, «ya que todos los aros se han marchado de esta parte del campo». Así pues, sujetó bien al flamenco debajo del brazo, para que no volviera a escaparse, y se fue a charlar un poco más con su amigo.

Cuando volvió junto al Gato de Cheshire, quedó sorprendida al ver que un gran grupo de gente se había congregado a su alrededor. El verdugo, el Rey y la Reina discutían acaloradamente, hablando los tres a la vez, mientras los demás guardaban silencio y parecían sentirse muy incómodos.

En cuanto Alicia entró en escena, los tres se dirigieron a ella para que decidiera la cuestión, y le dieron sus argumentos. Pero, como hablaban todos a la vez, se le hizo muy difícil entender exactamente lo que le decían.

La teoría del verdugo era que resultaba imposible cortar una cabeza si no había cuerpo del que cortarla; decía que nunca había tenido que hacer una cosa parecida en el pasado y que no iba a empezar a hacerla a estas alturas de su vida.

La teoría del Rey era que todo lo que tenía una cabeza podía ser decapitado, y que se dejara de decir tonterías.

La teoría de la Reina era que si no solucionaban el problema inmediatamente, haría cortar la cabeza a cuantos la rodeaban. (Era esta última amenaza la que hacía que todos tuvieran un aspecto grave y asustado). A Alicia sólo se le ocurrió decir:

- -El Gato es de la Duquesa. Lo mejor será preguntarle a ella lo que debe hacerse con él.
- -La Duquesa está en la cárcel -dijo la Reina al verdugo-. Ve a buscarla.

Y el verdugo partió como una flecha.

La cabeza del Gato empezó a desvanecerse a partir del momento en que el verdugo se fue, y, cuando éste volvió con la Duquesa, había desaparecido totalmente. Así pues, el Rey y el verdugo empezaron a corretear de un lado a otro en busca del Gato, mientras el resto del grupo volvía a la partida de croquet.

CAPÍTULO IX

LA HISTORIA DE LA FALSA TORTUGA

-¡No sabes lo contenta que estoy de volver a verte, querida mía! -dijo la Duquesa, mientras cogía a Alicia cariñosamente del brazo y se la llevaba a pasear con ella.

Alicia se alegró de encontrarla de tan buen humor, y pensó para sus adentros que quizá fuera sólo la pimienta lo que la tenía hecha una furia cuando se conocieron en la cocina. «Cuando yo sea Duquesa», se dijo (aunque no con demasiadas esperanzas de llegar a serlo), «no tendré ni una pizca de pimienta en mi cocina. La sopa está muy bien sin pimienta... A lo mejor es la pimienta lo que pone a la gente de mal humor», siguió pensando, muy contenta de haber hecho un nuevo descubrimiento, «y el vinagre lo que hace a las personas agrias... y la manzanilla lo que las hace amargas... y... el regaliz y las golosinas lo que hace que los niños sean dulces. ¡Ojalá la gente lo supiera! Entonces no serían tan tacaños con los dulces...»

Entretanto, Alicia casi se había olvidado de la Duquesa, y tuvo un pequeño sobresalto cuando oyó su voz muy cerca de su oído.

- -Estás pensando en algo, querida, y eso hace que te olvides de hablar. No puedo decirte en este instante la moraleja de esto, pero la recordaré en seguida.
- -Quizá no tenga moraleja -se atrevió a observar Alicia.
- -¡Calla, calla, criatura! -dijo la Duquesa-. Todo tiene una moraleja, sólo falta saber encontrarla. Y se apretujó más estrechamente contra Alicia mientras hablaba. A Alicia no le gustaba mucho tenerla tan cerca: primero, porque la Duquesa era muy fea; y, segundo, porque tenía exactamente la estatura precisa para apoyar la barbilla en el hombro de Alicia, y era una barbilla puntiaguda de lo más desagradable.

Sin embargo, como no le gustaba ser grosera, lo soportó lo mejor que pudo.

- -La partida va ahora un poco mejor -dijo, en un intento de reanudar la conversación.
- -Así es -afirmó la Duquesa-, y la moraleja de esto es... «Oh, el amor, el amor. El amor hace girar el mundo.»
- -Cierta persona dijo -rezongó Alicia- que el mundo giraría mejor si cada uno se ocupara de sus propios asuntos.
- -Bueno, bueno. En el fondo viene a ser lo mismo -dijo la Duquesa, y hundió un poco más la puntiaguda barbilla en el hombro de Alicia al añadir-: Y la moraleja de esto es...
- «¡Qué manía en buscarle a todo una moraleja! », pensó Alicia.
- -Me parece que estás sorprendida de que no te pase el brazo por la cintura -dijo la Duquesa tras unos instantes de silencio-. La razón es que tengo mis dudas sobre el carácter de tu flamenco. ¿Quieres que intente el experimento?
- -A lo mejor le da un picotazo -replicó prudentemente Alicia, que no tenía las menores ganas de que se intentara el experimento.
- -Es verdad -reconoció la Duquesa-. Los flamencos y la mostaza pican. Y la moraleja de esto es: «Pájaros de igual plumaje hacen buen maridaje».
- -Sólo que la mostaza no es un pájaro -observó Alicia.
- -Tienes toda la razón -dijo la Duquesa-. ¡Con qué claridad planteas las cuestiones!
- -Es un mineral, creo -dijo Alicia.
- -Claro que lo es -asintió la Duquesa, que parecía dispuesta a estar de acuerdo con todo lo que decía Alicia-. Hay una gran mina de mostaza cerca de aquí. Y la moraleja de esto es...
- -¡Ah, ya me acuerdo! -exclamó Alicia, que no había prestado atención a este último comentario-. Es un vegetal. No tiene aspecto de serlo, pero lo es.
- -Enteramente de acuerdo -dijo la Duquesa-, y la moraleja de esto es: «Sé lo que quieres parecer» o, si quieres que lo diga de un modo más simple: «Nunca imagines ser diferente de lo que a los demás pudieras parecer o hubieses parecido ser si les hubiera parecido que no fueses lo que eres».
- -Me parece que esto lo entendería mejor -dijo Alicia amablemente- si lo viera escrito, pero tal como usted lo dice no puedo seguir el hilo.
- -¡Esto no es nada comparado con lo que yo podría decir si quisiera! -afirmó la Duquesa con orgullo.
- -¡Por favor, no se moleste en decirlo de una manera más larga! -imploró Alicia.
- -¡Oh, no hables de molestias! -dijo la Duquesa-. Te regalo con gusto todas las cosas que he dicho hasta este momento.

- « ¡Vaya regalito! », pensó Alicia. « ¡Menos mal que no existen regalos de cumpleaños de este tipo! » Pero no se atrevió a decirlo en voz alta.
- -¿Otra vez pensativa? -preguntó la Duquesa, hundiendo un poco más la afilada barbilla en el hombro de Alicia.
- -Tengo derecho a pensar, ¿no? -replicó Alicia con acritud, porque empezaba a estar harta de la Duquesa.
- -Exactamente el mismo derecho -dijo la Duquesa- que el que tienen los cerdos a volar, y la mora...

Pero en este punto, con gran sorpresa de Alicia, la voz de la Duquesa se perdió en un susurro, precisamente en medio de su palabra favorita, «moraleja», y el brazo con que tenía cogida a Alicia empezó a temblar. Alicia levantó los ojos, y vio que la Reina estaba delante de ellas, con los brazos cruzados y el ceño tempestuoso.

- -¡Hermoso día, Majestad! -empezó a decir la Duquesa en voz baja y temblorosa.
- -Ahora vamos a dejar las cosas bien claras rugió la Reina, dando una patada en el suelo mientras hablaba-: ¡O tú o tu cabeza tenéis que desaparecer del mapa! ¡Y en menos que canta un gallo! ¡Elige!

La Duquesa eligió, y desapareció a toda prisa.

-Y ahora volvamos al juego -le dijo la Reina a Alicia.

Alicia estaba demasiado asustada para decir esta boca es mía, pero siguió dócilmente a la Reina hacia el campo de croquet.

Los otros invitados habían aprovechado la ausencia de la Reina, y se habían tumbado a la sombra, pero, en cuanto la vieron, se apresuraron a volver al juego, mientras la Reina se limitaba a señalar que un segundo de retraso les costaría la vida.

Todo el tiempo que estuvieron jugando, la Reina no dejó de pelearse con los otros jugadores, ni dejó de gritar «¡Que le corten a éste la cabeza! » o «¡Que le corten a ésta la cabeza! » Aquellos a los que condenaba eran puestos bajo la vigilancia de soldados, que naturalmente tenían que dejar de hacer de aros, de modo que al cabo de una media hora no quedaba ni un solo aro, y todos los jugadores, excepto el Rey, la Reina y Alicia, estaban arrestados y bajo sentencia de muerte.

Entonces la Reina abandonó la partida, casi sin aliento, y le preguntó a Alicia: -; Has visto ya a la Falsa Tortuga?

- -No -dijo Alicia-. Ni siquiera sé lo que es una Falsa Tortuga.
- -¿Nunca has comido sopa de tortuga? -preguntó la Reina-. Pues hay otra sopa que parece de tortuga pero no es de auténtica tortuga. La Falsa Tortuga sirve para hacer esta sopa.

- -Nunca he visto ninguna, ni he oído hablar de ella -dijo Alicia.
- -¡Andando, pues! -ordenó la Reina-. Y la Falsa Tortuga te contará su historia.

Mientras se alejaban juntas, Alicia oyó que el Rey decía en voz baja a todo el grupo: «Quedáis todos perdonados.» « ¡Vaya, eso sí que está bien! », se dijo Alicia, que se sentía muy inquieta por el gran número de ejecuciones que la Reina había ordenado.

Al poco rato llegaron junto a un Grifo, que yacía profundamente dormido al sol.

-¡Arriba, perezoso! -ordenó la Reina-. Y acompaña a esta señorita a ver a la Falsa Tortuga y a que oiga su historia. Yo tengo que volver para vigilar unas cuantas ejecuciones que he ordenado.

Y se alejó de allí, dejando a Alicia sola con el Grifo. A Alicia no le gustaba nada el aspecto de aquel bicho, pero pensó que, a fin de cuentas, quizás estuviera más segura si se quedaba con él que si volvía atrás con el basilisco de la Reina. Así pues, esperó.

El Grifo se incorporó y se frotó los ojos; después estuvo mirando a la Reina hasta que se perdió de vista; después soltó una carcajada burlona.

- -¡Tiene gracia! -dijo el Grifo, medio para sí, medio dirigiéndose a Alicia.
- -¿Qué es lo que tiene gracia? -preguntó Alicia.
- -Ella -contestó el Grifo-. Todo son fantasías suyas. Nunca ejecutan a nadie, sabes. ¡Vamos!
- «Aquí todo el mundo da órdenes», pensó Alicia, mientras lo seguía con desgana.
- « ¡No había recibido tantas órdenes en toda mi vida! ¡Jamás! » No habían andado mucho cuando vieron a la Falsa Tortuga a lo lejos, sentada triste y solitaria sobre una roca, y, al acercarse, Alicia pudo oír que suspiraba como si se le partiera el corazón. Le dio mucha pena.
- -¿Qué desgracia le ha ocurrido? -preguntó al Grifo.

Y el Grifo contestó, casi con las mismas palabras de antes:

-Todo son fantasías suyas. No le ha ocurrido ninguna desgracia, sabes. ¡Vamos!

Así pues, llegaron junto a la Falsa Tortuga, que los miró con sus grandes ojos llenos de lágrimas, pero no dijo nada.

- -Aquí esta señorita -explicó el Grifo- quiere conocer tu historia.
- -Voy a contársela -dijo la Falsa Tortuga en voz grave y quejumbrosa-. Sentaos los dos, y no digáis ni una sola palabra hasta que yo haya terminado.

Se sentaron pues, y durante unos minutos nadie habló. Alicia se dijo para sus adentros: «No entiendo cómo va a poder terminar su historia, si no se decide a empezarla». Pero esperó pacientemente.

-Hubo un tiempo -dijo por fin la Falsa Tortuga, con un profundo suspiro- en que yo era una tortuga de verdad.

Estas palabras fueron seguidas por un silencio muy largo, roto sólo por uno que otro graznido del Grifo y por los constantes sollozos de la Falsa Tortuga.

Alicia estaba a punto de levantarse y de decir: «Muchas gracias, señora, por su interesante historia», pero no podía dejar de pensar que tenía forzosamente que seguir algo más, conque siguió sentada y no dijo nada.

- -Cuando éramos pequeñas -siguió por fin la Falsa Tortuga, un poco más tranquila, pero sin poder todavía contener algún sollozo-, íbamos a la escuela del mar. El maestro era una vieja tortuga a la que llamábamos Galápago.
- -¿Por qué lo llamaban Galápago, si no era un galápago? -preguntó Alicia.
- -Lo llamábamos Galápago porque siempre estaba diciendo que tenía «gala» enseñar en una escuela de «pago» -explicó la Falsa Tortuga de mal humor-. ¡Realmente eres una niña bastante tonta!
- -Tendrías que avergonzarte de ti misma por preguntar cosas tan evidentes -añadió el Grifo.

Y el Grifo y la Falsa Tortuga permanecieron sentados en silencio, mirando a la pobre Alicia, que hubiera querido que se la tragara la tierra. Por fin el Grifo le dijo a la Falsa Tortuga:

- -Sigue con tu historia, querida. ¡No vamos a pasarnos el día en esto!
- Y la Falsa Tortuga siguió con estas palabras:
- -Sí, íbamos a la escuela del mar, aunque tú no lo creas...
- -¡Yo nunca dije que no lo creyera! -la interrumpió Alicia.
- -Sí lo hiciste -dijo la Falsa Tortuga.
- -¡Cállate esa boca! -añadió el Grifo, antes de que Alicia pudiera volver a hablar.
- La Falsa Tortuga siguió:
- -Recibíamos una educación perfecta... En realidad, íbamos a la escuela todos los días...
- -También yo voy a la escuela todos los días -dijo Alicia-. No hay motivo para presumir tanto.
- -¿Una escuela con clases especiales? -preguntó la Falsa Tortuga con cierta ansiedad.

- -Sí -contestó Alicia-. Tenemos clases especiales de francés y de música.
- -¿Y lavado? -preguntó la Falsa Tortuga.
- -¡Claro que no! -protestó Alicia indignada.
- -¡Ah! En tal caso no vas en realidad a una buena escuela -dijo la Falsa Tortuga en tono de alivio-. En nuestra escuela había clases especiales de francés, música y lavado.
- -No han debido servirle de gran cosa -observó Alicia-, viviendo en el fondo del mar.
- -Yo no tuve ocasión de aprender -dijo la Falsa Tortuga con un suspiro-. Sólo asistí a las clases normales.
- -¿Y cuales eran esas? -preguntó Alicia interesada.
- -Nos enseñaban a tambalearnos y retorcernos, naturalmente. Y luego, las diversas materias de la aritmética: ambición, distracción, afeamiento y burla.
- -Jamás oí hablar de afeamiento -respondió Alicia. El

Grifo se alzó sobre dos patas, muy asombrado:

- -¡Cómo! ¿Nunca aprendiste sobre afeamiento? Por lo menos sabrás lo que significa "embellecer".
- -Pues... eso sí, quiere decir hacer algo más bello de lo que es.
- -Pues -respondió el Grifo triunfalmente-, si no sabes ahora lo que quiere decir afear es que estás completamente tonta.

Con lo cual cerró la boca a Alicia, la que ya no se atrevió a seguir preguntando lo que significaban las cosas. Dijo a la Falsa Tortuga:

- -¿Qué otras cosas aprendías allí?
- -Pues aprendía, Misterio, antiguo y moderno. También Mareografía y arrastramiento. El profesor era un congrio que venía a darnos clase una vez por semana y que nos enseño eso, más otras cosas, como estiramiento y desmayo enroscado.
- -¿Y eso qué es? -preguntó Alicia.
- -No puedo hacerte una demostración, ya que ahora estoy muy baja de forma -respondió la Falsa Tortuga-. Y el Grifo, como él mismo podrá decirte, nunca aprendió a tintar al boleo.
- -Nunca tuve tiempo suficiente -se excusó el Grifo. -Pero sí que iba a las clases de Letras. Y teníamos un maestro que era un gran maestro, un viejo cangrejo.

- -Nunca fui a sus clases -dijo la Falsa Tortuga lloriqueando-, dicen que enseñaba patín y riego.
- -Sí, sí que lo hacía -respondió el Grifo. Y las dos se taparon la cabeza con las patas, muy soliviantadas. -¿Cuantas horas al día duraban esas lecciones? -preguntó Alicia interesada, aunque no lograba entender mucho qué eran aquellas asignaturas tan raras, o si es que no sabían pronunciar. Tintura al boleo debería ser pintura al óleo, y patín y riego serían latín y griego, pero lo que es las otras, se le escapaban.
- -Teníamos diez horas al día el primer día. Luego, el segundo día, nueve y así sucesivamente.
- -Pues me resulta un horario muy extraño -observó la niña.
- -Por eso se llamaban cursos, no entiendes nada. Se llamaban cursos porque se acortaban de día en día.

Eso resultaba nuevo para Alicia y antes de hacer una nueva pregunta le dio unas cuantas vueltas al asunto.

Por fin preguntó:

- -Entonces, el día once, sería fiesta, claro.
- -Naturalmente que sí -respondió la Falsa Tortuga.
- -¿Y el doceavo?
- -Basta de cursos ya -ordenó el Grifo autoritariamente. -Cuéntale ahora algo sobre los juegos.

CAPÍTULO X

EL BAILE DE LA LANGOSTA

La Falsa Tortuga suspiró profundamente y se enjugó una lágrima con la aleta. Antes de hablar, miró a Alicia durante bastante tiempo, mientras los sollozos casi la ahogaban.

-Se te ha atragantado un hueso, parece -dijo el Grifo poco respetuoso. Y se puso a darle golpes en la concha por la parte de la espalda.

Por fin la Tortuga recobró la voz y reanudó su narración, solo que las lágrimas resbalaban por su vieja cara arrugada.

- -Tú acaso no hayas vivido mucho tiempo en el fondo del mar...
- -Desde luego que no -dijo Alicia.
- -Y quizá no hayas entrado nunca en contacto con una langosta.

Alicia empezó a decir: «Una vez comí...», pero se interrumpió a toda prisa por si alguien se sentía ofendido.

- -No, nunca -respondió.
- -Pues entonces, ¡no puedes tener ni idea de lo agradable que resulta el Baile de la Langosta!
- -No -reconoció Alicia-. ¿Qué clase de baile es éste?
- -Verás -dijo el Grifo-, primero se forma una línea a lo largo de la playa...
- -¡Dos líneas! -gritó la Falsa Tortuga-. Focas, tortugas y demás. Entonces, cuando se han quitado todas las medusas de en medio...
- -Cosa que por lo general lleva bastante tiempo -interrumpió el Grifo.

- -... se dan dos pasos al frente...
- -¡Cada uno con una langosta de pareja! -gritó el Grifo.
- -Por supuesto -dijo la Falsa Tortuga-. Se dan dos pasos al frente, se forman parejas...
- -... se cambia de langosta, y se retrocede en el mismo orden -siguió el Grifo.
- -Entonces -siguió la Falsa Tortuga- se lanzan las...
- -¡Las langostas! -exclamó el Grifo con entusiasmo, dando un salto en el aire.
- -...lo más lejos que se pueda en el mar...
- -¡Y a nadar tras ellas! -chilló el Grifo.
- -¡Se da un salto mortal en el mar! -gritó la Falsa Tortuga, dando palmadas de entusiasmo.
- -¡Se cambia otra vez de langosta! -aulló el Grifo.
- -Se vuelve a la playa, y... aquí termina la primera figura -dijo la Falsa Tortuga, mientras bajaba repentinamente la voz.
- Y las dos criaturas, que habían estado dando saltos y haciendo cabriolas durante toda la explicación, se volvieron a sentar muy tristes y tranquilas, y miraron a Alicia.
- -Debe de ser un baile precioso -dijo Alicia con timidez.
- -¿Te gustaría ver un poquito cómo se baila? -propuso la Falsa Tortuga.
- -Claro, me gustaría muchísimo -dijo Alicia.
- -¡Ea, vamos a intentar la primera figura! -le dijo la Falsa Tortuga al Grifo-. Podemos hacerlo sin langostas, sabes. ¿Quién va a cantar?
- -Cantarás tú -dijo el Grifo-. Yo he olvidado la letra.

Empezaron pues a bailar solemnemente alrededor de Alicia, dándole un pisotón cada vez que se acercaban demasiado y llevando el compás con las patas delanteras, mientras la Falsa Tortuga entonaba lentamente y con melancolía:

"¿Porqué no te mueves más aprisa? le preguntó una pescadilla a un caracol. Porque tengo tras mí un delfín pisoteándome el talón.
¡Mira lo contentas que se ponen las langostas y tortugas al andar!
Nos esperan en la playa. ¡Venga! ¡Baila y déjate llevar!
¡Venga, baila, venga, baila, venga, baila y déjate llevar!

¡Baila, venga, baila, venga, baila, venga y déjate llevar!"

"¡No te puedes imaginar qué agradable es el baile cuando nos arrojan con las langostas hacia el mar!

Pero el caracol respondía siempre: "¡Demasiado lejos, demasiado lejos!" y ni siquiera se preocupaba de mirar.

No quería bailar, no quería bailar, no quería bailar..."

- -Muchas gracias. Es un baile muy interesante -dijo Alicia, cuando vio con alivio que el baile había terminado-. ¡Y me ha gustado mucho esta canción de la pescadilla!
- -Oh, respecto a la pescadilla... -dijo la Falsa Tortuga-. Las pescadillas son... Bueno, supongo que tú ya habrás visto alguna.
- -Sí -respondió Alicia-, las he visto a menudo en la cen...

Pero se contuvo a tiempo y guardó silencio.

- -No sé qué es eso de cen -dijo la Falsa Tortuga-, pero, si las has visto tan a menudo, sabrás naturalmente cómo son.
- -Creo que sí -respondió Alicia pensativa-. Llevan la cola dentro de la boca y van cubiertas de pan rallado.
- -Te equivocas en lo del pan -dijo la Falsa Tortuga-. En el mar el pan rallado desaparecería en seguida. Pero es verdad que llevan la cola dentro de la boca, y la razón es... -Al llegar a este punto la Falsa Tortuga bostezó y cerró los ojos-. Cuéntale tú la razón de todo esto -añadió, dirigiéndose al Grifo.
- -La razón es -dijo el Grifo- que las pescadillas quieren participar con las langostas en el baile. Y por lo tanto las arrojan al mar. Y por lo tanto tienen que ir a caer lo más lejos posible. Y por lo tanto se cogen bien las colas con la boca. Y por lo tanto no pueden después volver a sacarlas. Eso es todo.
- -Gracias -dijo Alicia-. Es muy interesante. Nunca había sabido tantas cosas sobre las pescadillas.
- -Pues aún puedo contarte más cosas sobre ellas -dijo el Grifo-. ¿A que no sabes por qué las pescadillas son blancas?
- -No, y jamás me lo he preguntado, la verdad ¿Por qué son blancas?
- -Pues porque sirven para darle brillo a los zapatos y las botas, por eso, por lo blancas que son -respondió el Grifo muy satisfecho.

Alicia permaneció asombrada, con la boca abierta.

- -Para sacar brillo -repetía estupefacta-. No me lo explico.
- -Pero, claro. ¿A ver? ¿Cómo se limpian los zapatos? Vamos, ¿cómo se les saca brillo?

Alicia se miró los pies, pensativa, y vaciló antes de dar una explicación lógica.

- -Con betún negro, creo.
- -Pues bajo el mar, a los zapatos se les da blanco de pescadilla -respondió el Grifo sentenciosamente-. Ahora ya lo sabes.
- -¿Y de que están hechos?
- -De mero y otros peces, vamos hombre, si cualquier gamba sabría responder a esa pregunta respondió el Grifo con impaciencia.
- -Si yo hubiera sido una pescadilla, le hubiera dicho al delfin: "Haga el favor de marcharse, porque no deseamos estar con usted" -dijo Alicia pensando en una estrofa de la canción.
- -No -respondió la Falsa Tortuga-. No tenían más remedio que estar con él, ya que no hay ningún pez que se respete que no quiera ir acompañado de un delfín.
- -¿Eso es así? -preguntó Alicia muy sorprendida.
- -¡Claro que no! -replicó la Falsa Tortuga-. Si a mí se me acercase un pez y me dijera que marchaba de viaje, le preguntaría primeramente: "¿Y con qué delfin vas?

Alicia se quedó pensativa. Luego aventuró:

- -No sería en realidad lo que le dijera ¿con que fin?
- -¡Digo lo que digo! -aseguró la Tortuga ofendida.
- -Y ahora -dijo el Grifo, dirigiéndose a Alicia-, cuéntanos tú alguna de tus aventuras.
- -Puedo contaros mis aventuras... a partir de esta mañana -dijo Alicia con cierta timidez-. Pero no serviría de nada retroceder hasta ayer, porque ayer yo era otra persona.
- -¡Es un galimatías! Explica todo esto -dijo la Falsa Tortuga.
- -¡No, no! Las aventuras primero -exclamó el Grifo con impaciencia-, las explicaciones ocupan demasiado tiempo.

Así pues, Alicia empezó a contar sus aventuras a partir del momento en que vio por primera vez al Conejo Blanco. Al principio estaba un poco nerviosa, porque las dos criaturas se pegaron a ella,

una a cada lado, con ojos y bocas abiertas como naranjas, pero fue cobrando valor a medida que avanzaba en su relato. Sus oyentes guardaron un silencio completo hasta que llegó el momento en que le había recitado a la Oruga el poema aquél de "Has envejecido, Padre Guillermo..." que en realidad le había salido muy distinto de lo que era. Al llegar a este punto, la Falsa Tortuga dio un profundo suspiro y dijo:

- -Todo eso me parece muy curioso.
- -No puede ser más curioso -remachó el Grifo.
- -Te salió tan diferente... -repitió la Tortuga-, que me gustaría que nos recitases algo ahora.

Se volvió al Grifo.

-Dile que empiece.

El Grifo indicó:

- -Ponte en pie y recita eso de "Es la voz del perezoso..."
- -Pero, ¡cuántas órdenes me dan estas criaturas! -dijo Alicia en voz baja-. Parece como si me estuvieran haciendo repetir las lecciones. Para esto lo mismo me daría estar en la escuela.

Pero se puso en pie y comenzó obedientemente a recitar el poema. Mientras tanto, no dejaba de darle vueltas en su cabeza a la danza de las langostas y en realidad apenas sabía lo que estaba diciendo. Y así le resultó lo que recitaba:

La voz de la Langosta he oído declarar: Me han tostado demasiado y ahora tendré que ponerme azúcar. Lo mismo que el pato hace con los párpados hace la langosta con su nariz: ajustarse el cinturón y abotonarse mientras tuerce los tobillos.

Cuando la arena está seca Está feliz, tanto como una perdiz, y habla con desprecio del tiburón. Pero cuando la marea sube y los tiburones la cercan, se le quiebra la voz

Y sólo sabe balbucear.

El Grifo dijo:

-No lo oía así yo cuando era niño. Resulta distinto.

-Puede ser, aunque lo cierto es que yo jamás he oído ese poema -dijo la Falsa Tortuga-, pero el caso es que me suena a disparates.

Alicia no contestó. Se cubrió la cara con las manos, tras de sentarse de nuevo y se preguntó si sería posible que nada pudiera suceder allí de una manera natural.

- -Veamos, me gustaría escuchar una explicación lógica -dijo la Falsa Tortuga.
- -No sabe explicarlo -intervino el Grifo-. Pero, bueno, prosigue con la siguiente estrofa.
- -Pero -insistió la Tortuga-, ¿qué hay de los tobillos! ¿Cómo podía torcérselos con la nariz?
- -Se trata de la primera posición de todo el baile -aclaró Alicia, que, sin embargo, no comprendía nada de lo que estaba sucediendo, y deseaba cambiar el tema de la conversación.
- -¡Prosigue con la siguiente estrofa! -reclamó el Grifo-. Si no me equivoco es la que comienza diciendo: "Pasé por su jardín...".

Alicia obedeció, aunque estaba segura de que todo iba a seguir saliendo tergiversado. Con voz temblorosa dijo:

Pasé por su jardín y con un solo ojo pude observar muy bien cómo el búho y la pantera estaban repartiéndose un pastel.

La pantera se llevó la pasta, la carne y el relleno, mientras que al búho le tocaba sólo la fuente que contenía el pastel.

Cuando terminaron de comérselo, al búho le tocaba sólo la fuente que contenía el pastel.

Cuando terminaron de comérselo, el búho como regalo, se llevó en el bolsillo la cucharilla, en tanto la pantera, con el cuchillo y el tenedor, terminaba el singular banquete.

-Lo que digo yo -dijo la Tortuga-, es ¿de qué nos sirve tanto recitar y recitar? ¡Si no explicas el significado de los que estás diciendo! ¡Bueno! ¡Esto es lo más confuso que he oído en mi vida!

-Desde luego -asintió el Grifo-. Creo que lo mejor será que lo dejes.

Y Alicia se alegró muchísimo.

- -¿Intentamos otra figura del Baile de la Langosta? -siguió el Grifo-. ¿O te gustaría que la Falsa Tortuga te cantara otra canción?
- -¡Otra canción, por favor, si la Falsa Tortuga fuese tan amable! -exclamó Alicia, con tantas prisas que el Grifo se sintió ofendido.
- -¡Vaya! -murmuró en tono dolido-. ¡Sobre gustos no hay nada escrito! ¿Quieres cantarle Sopa de Tortuga, amiga mía?

La Falsa Tortuga dio un profundo suspiro y empezó a cantar con voz ahogada por los sollozos:

```
Hermosa sopa, en la sopera,
tan verde y rica, nos espera.
Es exquisita, es deliciosa.
¡Sopa de noche, hermosa sopa!
¡Hermooo-sa soooo-pa!
¡Hermooo-sa soooo-pa!
¡Soooo-pa de la noooo-che!
¡Hermosa, hermosa sopa!
```

-¡Canta la segunda estrofa! -exclamó el Grifo.

Y la Falsa Tortuga acababa de empezarla, cuando se oyó a lo lejos un grito de « ¡Se abre el juicio! »

-¡Vamos! -gritó el Grifo.

Y, cogiendo a Alicia de la mano, echó a correr, sin esperar el final de la canción.

-¿Qué juicio es éste? -jadeó Alicia mientras corrían.

Pero el Grifo se limitó a contestar: « ¡Vamos! », y se puso a correr aún más aprisa, mientras, cada vez más débiles, arrastradas por la brisa que les seguía, les llegaban las melancólicas palabras:

¡Soooo-pa de la noooo-che!

¡Hermosa, hermosa sopa!

CAPÍTULO XI

¿QUIÉN ROBÓ LAS TARTAS?

Cuando llegaron, el Rey y la Reina de Corazones estaban sentados en sus tronos, y había una gran multitud congregada a su alrededor: toda clase de pajarillos y animalitos, así como la baraja de cartas completa. El Valet estaba de pie ante ellos, encadenado, con un soldado a cada lado para vigilarlo. Y cerca del Rey estaba el Conejo Blanco, con una trompeta en una mano y un rollo de pergamino en la otra. Justo en el centro de la sala había una mesa y encima de ella una gran bandeja de tartas: tenían tan buen aspecto que a Alicia se le hizo la boca agua al verlas. «¡Ojalá el juicio termine pronto », pensó, « y repartan la merienda! » Pero no parecía haber muchas posibilidades de que así fuera, y Alicia se puso a mirar lo que ocurría a su alrededor, para matar el tiempo.

No había estado nunca en una corte de justicia, pero había leído cosas sobre ellas en los libros, y se sintió muy satisfecha al ver que sabía el nombre de casi todo lo que allí había.

-Aquél es el juez -se dijo a sí misma-, porque lleva esa gran peluca.

El Juez, por cierto, era el Rey; y como llevaba la corona encima de la peluca, no parecía sentirse muy cómodo, y desde luego no tenía buen aspecto.

-Y aquello es el estrado del jurado -pensó Alicia-, y esas doce criaturas (se vio obligada a decir «criaturas», sabéis, porque algunos eran animales de pelo y otros eran pájaros) supongo que son los miembros del jurado.

Repitió esta última palabra dos o tres veces para sí, sintiéndose orgullosa de ella: Alicia pensaba, y con razón, que muy pocas niñas de su edad podían saber su significado.

Los doce jurados estaban escribiendo afanosamente en unas pizarras.

-¿Qué están haciendo? -le susurró Alicia al Grifo-. No pueden tener nada que anotar ahora, antes de que el juicio haya empezado.

- -Están anotando sus nombres -susurró el Grifo como respuesta-, no vaya a ser que se les olviden antes de que termine el juicio.
- -¡Bichejos estúpidos! -empezó a decir Alicia en voz alta e indignada.

Pero se detuvo rápidamente al oír que el Conejo Blanco gritaba: «¡Silencio en la sala! », y al ver que el Rey se calaba los anteojos y miraba severamente a su alrededor para descubrir quién era el que había hablado.

Alicia pudo ver, tan bien como si estuviera mirando por encima de sus hombros, que todos los miembros del jurado estaban escribiendo « ¡bichejos estúpidos! » en sus pizarras, e incluso pudo darse cuenta de que uno de ellos no sabía cómo se escribía «bichejo» y tuvo que preguntarlo a su vecino. « ¡Menudo lío habrán armado en sus pizarras antes de que el juicio termine! », pensó Alicia.

Uno de los miembros del jurado tenía una tiza que chirriaba. Naturalmente esto era algo que Alicia no podía soportar, así pues dio la vuelta a la sala, se colocó a sus espaldas, y encontró muy pronto oportunidad de arrebatarle la tiza. Lo hizo con tanta habilidad que el pobrecillo jurado (era Bill, la Lagartija) no se dio cuenta en absoluto de lo que había sucedido con su tiza; y así, después de buscarla por todas partes, se vio obligado a escribir con un dedo el resto de la jornada; y esto no servía de gran cosa, pues no dejaba marca alguna en la pizarra.

-¡Heraldo, lee la acusación! -dijo el Rey.

Y entonces el Conejo Blanco dio tres toques de trompeta, y desenrolló el pergamino, y leyó lo que sigue:

La Reina cocinó varias tartas un día de verano azul, el Valet se apoderó de esas tartas Y se las llevó a Estambul.

- -¡Considerad vuestro veredicto! -dijo el Rey al jurado.
- -¡Todavía no! ¡Todavía no! -le interrumpió apresuradamente el Conejo-. ¡Hay muchas otras cosas antes de esto!
- -Llama al primer testigo -dijo el Rey.

Y el Conejo dio tres toques de trompeta y gritó:

-¡Primer testigo!

El primer testigo era el Sombrerero. Compareció con una taza de té en una mano y un pedazo de pan con mantequilla en la otra.

- -Os ruego me perdonéis, Majestad -empezó-, por traer aquí estas cosas, pero no había terminado de tomar el té, cuando fui convocado a este juicio.
- -Debías haber terminado -dijo el Rey-. ¿Cuándo empezaste?
- El Sombrerero miró a la Liebre de Marzo, que, del brazo del Lirón, lo había seguido hasta allí.
- -Me parece que fue el catorce de marzo.
- -El quince -dijo la Liebre de Marzo.
- -El dieciséis -dijo el Lirón.
- -Anotad todo esto -ordenó el Rey al jurado.

Y los miembros del jurado se apresuraron a escribir las tres fechas en sus pizarras, y después sumaron las tres cifras y redujeron el resultado a chelines y peniques.

- -Quitate tu sombrero -ordenó el Rey al Sombrerero.
- -No es mío, Majestad -dijo el Sombrero.
- -¡Sombrero robado! -exclamó el Rey, volviéndose hacia los miembros del jurado, que inmediatamente tomaron nota del hecho.
- -Los tengo para vender -añadió el Sombrerero como explicación-. Ninguno es mío. Soy sombrerero.
- Al llegar a este punto, la Reina se caló los anteojos y empezó a examinar severamente al Sombrerero, que se puso pálido y se echó a temblar.
- -Di lo que tengas que declarar -exigió el Rey-, y no te pongas nervioso, o te hago ejecutar en el acto.

Esto no pareció animar al testigo en absoluto: se apoyaba ora sobre un pie ora sobre el otro, miraba inquieto a la Reina, y era tal su confusión que dio un tremendo mordisco a la taza de té creyendo que se trataba del pan con mantequilla.

En este preciso momento Alicia experimentó una sensación muy extraña, que la desconcertó terriblemente hasta que comprendió lo que era: había vuelto a empezar a crecer. Al principio pensó que debía levantarse y abandonar la sala, pero lo pensó mejor y decidió quedarse donde estaba mientras su tamaño se lo permitiera.

- -Haz el favor de no empujar tanto -dijo el Lirón, que estaba sentado a su lado-. Apenas puedo respirar.
- -No puedo evitarlo -contestó humildemente Alicia-. Estoy creciendo.

- -No tienes ningún derecho a crecer aquí -dijo el Lirón.
- -No digas tonterías -replicó Alicia con más brío-. De sobra sabes que también tú creces.
- -Sí, pero yo crezco a un ritmo razonable -dijo el Lirón-, y no de esta manera grotesca.

Se levantó con aire digno y fue a situarse al otro extremo de la sala.

Durante todo este tiempo, la Reina no le había quitado los ojos de encima al Sombrerero, y, justo en el momento en que el Lirón cruzaba la sala, ordenó a uno de los ujieres de la corte:

-¡Tráeme la lista de los cantantes del último concierto!

Lo que produjo en el Sombrerero tal ataque de temblor que las botas se le salieron de los pies.

- -Di lo que tengas que declarar -repitió el Rey muy enfadado-, o te hago ejecutar ahora mismo, estés nervioso o no lo estés.
- -Soy un pobre hombre, Majestad -empezó a decir el Sombrerero en voz temblorosa-... y no había empezado aún a tomar el té... no debe hacer siquiera una semana... y las rebanadas de pan con mantequilla se hacían cada vez más delgadas... y el titileo del té...
- -¿El titileo de qué? -preguntó el Rey.
- -El titileo empezó con el té -contestó el Sombrerero.
- -¡Querrás decir que titileo empieza con la T! -replicó el Rey con aspereza-. ¿Crees que no sé ortografía? ¡Sigue!
- -Soy un pobre hombre -siguió el Sombrerero-... y otras cosas empezaron a titilar después de aquello... pero la Liebre de Marzo dijo...
- -¡Yo no dije eso! -se apresuró a interrumpirle la Liebre de Marzo.
- -¡Lo dijiste! -gritó el Sombrerero.
- -¡Lo niego! -dijo la Liebre de Marzo.
- -Ella lo niega -dijo el Rey-. Tachad esta parte.
- -Bueno, en cualquier caso, el Lirón dijo... -siguió el Sombrerero, y miró ansioso a su alrededor, para ver si el Lirón también lo negaba, pero el Lirón no negó nada, porque estaba profundamente dormido-. Después de esto -continuó el Sombrerero-, cogí un poco más de pan con mantequilla...
- -¿Pero qué fue lo que dijo el Lirón? -preguntó uno de los miembros del jurado.
- -De esto no puedo acordarme -dijo el Sombrerero.

- -Tienes que acordarte -subrayó el Rey-, o haré que te ejecuten.
- El desgraciado Sombrerero dejó caer la taza de té y el pan con mantequilla, y cayó de rodillas.
- -Soy un pobre hombre, Majestad -empezó.
- -Lo que eres es un pobre orador -dijo sarcástico el Rey.

Al llegar a este punto uno de los conejillos de indias empezó a aplaudir, y fue inmediatamente reprimido por los ujieres de la corte. (Como eso de «reprimir» puede resultar difícil de entender, voy a explicar con exactitud lo que pasó. Los ujieres tenían un gran saco de lona, cuya boca se cerraba con una cuerda: dentro de este saco metieron al conejillo de indias, la cabeza por delante, y después se sentaron encima).

- -Me alegro muchísimo de haber visto esto -se dijo Alicia-. Estoy harta de leer en los periódicos que, al final de un juicio, «estalló una salva de aplausos, que fue inmediatamente reprimida por los ujieres de la sala», y nunca comprendí hasta ahora lo que querían decir.
- -Si esto es todo lo que sabes del caso, ya puedes bajar del estrado -siguió diciendo el Rey.
- -No puedo bajar más abajo -dijo el Sombrerero-, porque ya estoy en el mismísimo suelo.
- -Entonces puedes sentarte -replicó el Rey.

Al llegar a este punto el otro conejillo de indias empezó a aplaudir, y fue también reprimido.

- -¡Vaya, con eso acaban los conejillos de indias! -se dijo Alicia-. Me parece que todo irá mejor sin ellos.
- -Preferiría terminar de tomar el té -dijo el Sombrerero, lanzando una mirada inquieta hacia la Reina, que estaba leyendo la lista de cantantes.
- -Puedes irte -dijo el Rey. Y el Sombrerero salió volando de la sala, sin esperar siquiera el tiempo suficiente para ponerse los zapatos.
- -Y al salir que le corten la cabeza -añadió la Reina, dirigiéndose a uno de los ujieres.

Pero el Sombrerero se había perdido de vista, antes de que el ujier pudiera llegar a la puerta de la sala.

-¡Llama al siguiente testigo! -dijo el Rey.

El siguiente testigo era la cocinera de la Duquesa. Llevaba el pote de pimienta en la mano, y Alicia supo que era ella, incluso antes de que entrara en la sala, por el modo en que la gente que estaba cerca de la puerta empezó a estornudar.

-Di lo que tengas que declarar -ordenó el Rey.

- -De eso nada -dijo la cocinera.
- El Rey miró con ansiedad al Conejo Blanco, y el Conejo Blanco dijo en voz baja:
- -Su Majestad debe examinar detenidamente a este testigo.
- -Bueno, si debo hacerlo, lo haré -dijo el Rey con resignación, y, tras cruzarse de brazos y mirar de hito en hito a la cocinera con aire amenazador, preguntó en voz profunda-: ¿De qué se hacen las tartas?
- -Sobre todo de pimienta -respondió la cocinera.
- -Melaza -dijo a sus espaldas una voz soñolienta.
- -Prended a ese Lirón -chilló la Reina-. ¡Decapitad a ese Lirón! ¡Arrojad a ese Lirón de la sala! ¡Reprimidle! ¡Pellizcadle! ¡Dejadle sin bigotes!

Durante unos minutos reinó gran confusión en la sala, para arrojar de ella al Lirón, y, cuando todos volvieron a ocupar sus puestos, la cocinera había desaparecido.

-¡No importa! -dijo el Rey, con aire de alivio-. Llama al siguiente testigo. -Y añadió a media voz dirigiéndose a la Reina-: Realmente, cariño, debieras interrogar tú al próximo testigo. ¡Estas cosas me dan dolor de cabeza!

Alicia observó al Conejo Blanco, que examinaba la lista, y se preguntó con curiosidad quién sería el próximo testigo. «Porque hasta ahora poco ha sido lo que han sacado en limpio», se dijo para sí. Imaginad su sorpresa cuando el Conejo Blanco, elevando al máximo volumen su vocecilla, leyó el nombre de:

-¡Alicia!

CAPÍTULO XII

LA DECLARACIÓN DE ALICIA

-¡Estoy aquí! -gritó Alicia.

Y olvidando, en la emoción del momento, lo mucho que había crecido en los últimos minutos, se puso en pie con tal precipitación que golpeó con el borde de su falda el estrado de los jurados, y todos los miembros del jurado cayeron de cabeza encima de la gente que había debajo, y quedaron allí pataleando y agitándose, y esto le recordó a Alicia intensamente la pecera de peces de colores que ella había volcado sin querer la semana pasada.

-¡Oh, les ruego me perdonen! -exclamó Alicia en tono consternado.

Y empezó a levantarlos a toda prisa, pues no podía apartar de su mente el accidente de la pecera, y tenía la vaga sensación de que era preciso recogerlas cuanto antes y devolverlos al estrado, o de lo contrario morirían.

-El juicio no puede seguir -dijo el Rey con voz muy grave- hasta que todos los miembros del jurado hayan ocupado debidamente sus puestos... todos los miembros del jurado -repitió con mucho énfasis, mirando severamente a Alicia mientras decía estas palabras.

Alicia miró hacia el estrado del jurado, y vio que, con las prisas, había colocado a la Lagartija cabeza abajo, y el pobre animalito, incapaz de incorporarse, no podía hacer otra cosa que agitar melancólicamente la cola.

Alicia lo cogió inmediatamente y lo colocó en la postura adecuada.

«Aunque no creo que sirva de gran cosa», se dijo para sí. «Me parece que el juicio no va a cambiar en nada por el hecho de que este animalito esté de pies o de cabeza».

Tan pronto como el jurado se hubo recobrado un poco del shock que había sufrido, y hubo encontrado y enarbolado de nuevo sus tizas y pizarras, se pusieron todos a escribir con gran diligencia para consignar la historia del accidente. Todos menos la Lagartija, que parecía haber quedado demasiado impresionada para hacer otra cosa que estar sentada allí, con la boca abierta, los ojos fijos en el techo de la sala.

- -¿Qué sabes tú de este asunto? -le dijo el Rey a Alicia.
- -Nada -dijo Alicia.
- -¿Nada de nada? -insistió el Rey.
- -Nada de nada -dijo Alicia.
- -Esto es algo realmente trascendente -dijo el Rey, dirigiéndose al jurado.

Y los miembros del jurado estaban empezando a anotar esto en sus pizarras, cuando intervino a toda prisa el Conejo Blanco:

-Naturalmente, Su Majestad ha querido decir intrascendente -dijo en tono muy respetuoso, pero frunciendo el ceño y haciéndole signos de inteligencia al Rey mientras hablaba.

Intrascendente es lo que he querido decir, naturalmente -se apresuró a decir el Rey.

Y empezó a mascullar para sí: «Trascendente... intrascendente... trascendente... intrascendente...», como si estuviera intentando decidir qué palabra sonaba mejor.

Parte del jurado escribió «trascendente», y otra parte escribió «intrascendente». Alicia pudo verlo, pues estaba lo suficiente cerca de los miembros del jurado para leer sus pizarras. «Pero esto no tiene la menor importancia», se dijo para sí.

En este momento el Rey, que había estado muy ocupado escribiendo algo en su libreta de notas, gritó: «¡Silencio! », y leyó en su libreta:

-Artículo Cuarenta y Dos. Toda persona que mida más de un kilómetro tendrá que abandonar la sala.

Todos miraron a Alicia.

- -Yo no mido un kilómetro -protestó Alicia.
- -Sí lo mides -dijo el Rey.
- -Mides casi dos kilómetros -añadió la Reina.
- -Bueno, pues no pienso moverme de aquí, de todos modos -aseguró Alicia-. Y además este artículo no vale: usted lo acaba de inventar.
- -Es el artículo más viejo de todo el libro -dijo el Rey.
- -En tal caso, debería llevar el Número Uno -dijo Alicia.
- El Rey palideció, y cerró a toda prisa su libro de notas.
- -¡Considerad vuestro veredicto! -ordenó al jurado, en voz débil y temblorosa.
- -Faltan todavía muchas pruebas, con la venia de Su Majestad -dijo el Conejo Blanco, poniéndose apresuradamente de pie-. Acaba de encontrarse este papel.
- -¿Qué dice este papel? -preguntó la Reina.
- -Todavía no lo he abierto -contestó el Conejo Blanco-, pero parece ser una carta, escrita por el prisionero a... a alguien.
- -Así debe ser -asintió el Rey-, porque de lo contrario hubiera sido escrita a nadie, lo cual es poco frecuente.

- -¿A quién va dirigida? -preguntó uno de los miembros del jurado.
- -No va dirigida a nadie -dijo el Conejo Blanco-. No lleva nada escrito en la parte exterior. Desdobló el papel, mientras hablaba, y añadió-: Bueno, en realidad no es una carta: es una serie de versos.
- -¿Están en la letra del acusado? -preguntó otro de los miembros del jurado.
- -No, no lo están -dijo el Conejo Blanco-, y esto es lo más extraño de todo este asunto.

(Todos los miembros del jurado quedaron perplejos).

-Debe de haber imitado la letra de otra persona -dijo el Rey.

(Todos los miembros del jurado respiraron con alivio).

- -Con la venia de Su Majestad -dijo el Valet-, yo no he escrito este papel, y nadie puede probar que lo haya hecho, porque no hay ninguna firma al final del escrito.
- -Si no lo has firmado -dijo el Rey-, eso no hace más que agravar tu culpa.

Lo tienes que haber escrito con mala intención, o de lo contrario habrías firmado con tu nombre como cualquier persona honrada.

Un unánime aplauso siguió a estas palabras: en realidad, era la primera cosa sensata que el Rey había dicho en todo el día.

-Esto prueba su culpabilidad, naturalmente -exclamó la Reina-. Por lo tanto, que le corten...

- -¡Esto no prueba nada de nada! -protestó Alicia-. ¡Si ni siquiera sabemos lo que hay escrito en el papel!
- -Léelo -ordenó el Rey al Conejo Blanco.
- El Conejo Blanco se puso las gafas.
- -¡Por dónde debo empezar, con la venia de Su Majestad? -preguntó.
- -Empieza por el principio -dijo el Rey con gravedad- y sigue hasta llegar al final; allí te paras.

Se hizo un silencio de muerte en la sala, mientras el Conejo Blanco leía los siguientes versos:

Dijeron que fuiste a verla y que a él le hablaste de mí: ella aprobó mi carácter y yo a nadar no aprendí.

Él dijo que yo no era (bien sabemos que es verdad): pero si ella insistiera ¿qué te podría pasar?

Yo di una, ellos dos, tú nos diste tres o más, todas volvieron a ti, y eran mías tiempo atrás.

Si ella o yo tal vez nos vemos mezclados en este lío, él espera tú los libres y sean como al principio.

Me parece que tú fuiste (antes del ataque de ella), entre él, y yo y aquello un motivo de querella.

No dejes que él sepa nunca que ella los quería más, pues debe ser un secreto y entre tú y yo ha de quedar. -

¡Ésta es la prueba más importante que hemos obtenido hasta ahora! -dijo el Rey, frotándose las manos-. Así pues, que el jurado proceda a...

-Si alguno de vosotros es capaz de explicarme este galimatías -dijo Alicia (había crecido tanto en los últimos minutos que no le daba ningún miedo interrumpir al Rey)-, le doy seis peniques. Yo estoy convencida de que estos versos no tienen pies ni cabeza.

Todos los miembros del jurado escribieron en sus pizarras: «Ella está convencida de que estos versos no tienen pies ni cabeza», pero ninguno de ellos se atrevió a explicar el contenido del escrito.

-Si el poema no tiene sentido -dijo el Rey-, eso nos evitará muchas complicaciones, porque no tendremos que buscárselo. Y, sin embargo -siguió, apoyando el papel sobre sus rodillas y mirándolo con ojos entornados-, me parece que yo veo algún significado... Y yo a nadar no aprendí... Tú no sabes nadar, ¿o sí sabes? -añadió, dirigiéndose al Valet.

El Valet sacudió tristemente la cabeza.

-¿Tengo yo aspecto de saber nadar? -dijo.

(Desde luego no lo tenía, ya que estaba hecho enteramente de cartón.)

- -Hasta aquí todo encaja -observó el Rey, y siguió murmurando para sí mientras examinaba los versos-: Bien sabemos que es verdad... Evidentemente se refiere al jurado... Pero si ella insistiera... Tiene que ser la Reina... ¿Qué te podría pasar?... ¿Qué, en efecto? Yo di una, ellos dos... Vaya, esto debe ser lo que él hizo con las tartas...
- -Pero después sigue todas volvieron a ti -observó Alicia.
- -¡Claro, y aquí están! -exclamó triunfalmente el Rey, señalando las tartas que había sobre la mesa-. Está más claro que el agua. Y más adelante... Antes del ataque de ella... ¿Tú nunca tienes ataques, verdad, querida? -le dijo a la Reina.
- -¡Nunca! -rugió la Reina furiosa, arrojando un tintero contra la pobre Lagartija.

(La infeliz Lagartija había renunciado ya a escribir en su pizarra con el dedo, porque se dio cuenta de que no dejaba marca, pero ahora se apresuró a empezar de nuevo, aprovechando la tinta que le caía chorreando por la cara, todo el rato que pudo).

-Entonces las palabras del verso no pueden atacarte a ti -dijo el Rey, mirando a su alrededor con una sonrisa.

Había un silencio de muerte.

-¡Es un juego de palabras! -tuvo que explicar el Rey con acritud.

Y ahora todos rieron.

- -¡Que el jurado considere su veredicto! -ordenó el Rey, por centésima vez aquel día.
- -¡No! ¡No! -protestó la Reina-. Primero la sentencia... El veredicto después.
- -¡Valiente idiotez! -exclamó Alicia alzando la voz-. ¡Qué ocurrencia pedir la sentencia primero!
- -¡Cállate la boca! -gritó la Reina, poniéndose color púrpura.
- -¡No quiero! -dijo Alicia.
- -¡Que le corten la cabeza! -chilló la Reina a grito pelado.

Nadie se movió.

-¿Quién le va a hacer caso? -dijo Alicia (al llegar a este momento ya había crecido hasta su estatura normal)-. ¡No sois todos más que una baraja de cartas!

Al oír esto la baraja se elevó por los aires y se precipitó en picada contra ella. Alicia dio un pequeño grito, mitad de miedo y mitad de enfado, e intentó sacárselos de encima... Y se encontró tumbada en la ribera, con la cabeza apoyada en la falda de su hermana, que le estaba quitando cariñosamente de la cara unas hojas secas que habían caído desde los árboles.

- -¡Despierta ya, Alicia! -le dijo su hermana-. ¡Cuánto rato has dormido!
- -¡Oh, he tenido un sueño tan extraño! -dijo Alicia.

Y le contó a su hermana, tan bien como sus recuerdos lo permitían, todas las sorprendentes aventuras que hemos estado leyendo. Y, cuando hubo terminado, su hermana le dio un beso y le dijo:

-Realmente, ha sido un sueño extraño, cariño. Pero ahora corre a merendar. Se está haciendo tarde.

Así pues, Alicia se levantó y se alejó corriendo de allí, y mientras corría no dejó de pensar en el maravilloso sueño que había tenido.

Pero su hermana siguió sentada allí, tal como Alicia la había dejado, la cabeza apoyada en una mano, viendo cómo se ponía el sol y pensando en la pequeña Alicia y en sus maravillosas aventuras. Hasta que también ella empezó a soñar a su vez, y éste fue su sueño:

Primero, soñó en la propia Alicia, y le pareció sentir de nuevo las manos de la niña apoyadas en sus rodillas y ver sus ojos brillantes y curiosos fijos en ella. Oía todos los tonos de su voz y veía el

gesto con que apartaba los cabellos que siempre le caían delante de los ojos. Y mientras los oía, o imaginaba que los oía, el espacio que la rodeaba cobró vida y se pobló con los extraños personajes del sueño de su hermana.

La alta hierba se agitó a sus pies cuando pasó corriendo el Conejo Blanco; el asustado Ratón chapoteó en un estanque cercano; pudo oír el tintineo de las tazas de porcelana mientras la Liebre de Marzo y sus amigos proseguían aquella merienda interminable, y la penetrante voz de la Reina ordenando que se cortara la cabeza a sus invitados; de nuevo el bebé-cerdito estornudó en brazos de la Duquesa, mientras platos y fuentes se estrellaban a su alrededor; de nuevo se llenó el aire con los graznidos del Grifo, el chirriar de la tiza de la Lagartija y los aplausos de los «reprimidos» conejillos de indias, mezclado todo con el distante sollozar de la Falsa Tortuga.

La hermana de Alicia estaba sentada allí, con los ojos cerrados, y casi creyó encontrarse ella también en el País de las Maravillas. Pero sabía que le bastaba volver a abrir los ojos para encontrarse de golpe en la aburrida realidad. La hierba sería sólo agitada por el viento, y el chapoteo del estanque se debería al temblor de las cañas que crecían en él. El tintineo de las tazas de té se transformaría en el resonar de unos cencerros, y la penetrante voz de la Reina en los gritos de un pastor. Y los estornudos del bebé, los graznidos del Grifo, y todos los otros ruidos misteriosos, se transformarían (ella lo sabía) en el confuso rumor que llegaba desde una granja vecina, mientras el lejano balar de los rebaños sustituía los sollozos de la Falsa Tortuga.

Por último, imaginó cómo sería, en el futuro, esta pequeña hermana suya, cómo sería Alicia cuando se convirtiera en una mujer. Y pensó que Alicia conservaría, a lo largo de los años, el mismo corazón sencillo y entusiasta de su niñez, y que reuniría a su alrededor a otros chiquillos, y haría brillar los ojos de los pequeños al contarles un cuento extraño, quizás este mismo sueño del País de las Maravillas que había tenido años atrás; y que Alicia sentiría las pequeñas tristezas y se alegraría con los ingenuos goces de los chiquillos, recordando su propia infancia y los felices días del verano.

-FIN-



www.imprentanacional.go.cr